

AÑO IV

---

NÚM. XXXIX

---

LA  
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

~~~~~  
MARZO — 1892  
~~~~~

MADRID

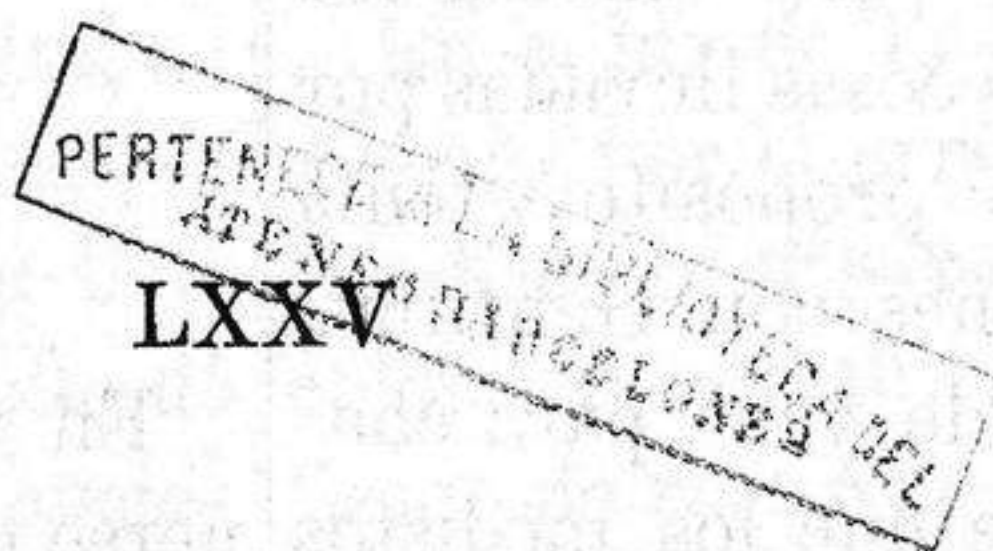
IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

*à cargo de D. Agustín Avrial,*

SAN BERNARDO, 92

*Para la reproducción de los artículos  
comprendidos en el presente tomo, es indis-  
pensable el permiso del Director de LA  
ESPAÑA MODERNA.*

## QUERIDA



París entero reconocía que Querida tenía particularísimo gusto en el vestir; y, al aparecer en un sitio de reunión, era curioso observar en las demás mujeres el reconocimiento humilde, *aplastante*, casi doloroso, que les imponía la superioridad de su manera de presentarse.

Un modo de vestir en que entraban por algo un ilustre modisto ó una célebre confeccionadora, pero en que la personalidad de la mujer vestida ponía en todo su adorno un poco de capricho y fantasía, algunas veces un amable é incitante desorden, y siempre una armonía deliciosa.

Nadie como Querida para discernir al primer golpe de vista la *disposición* distinguida por excelencia; nadie para sentir y adoptar la originalidad de una hechura; nadie

para descubrir el maravilloso sombrero sin apariencia, que la cubría «yéndole bien á la cara» y bañaba su rostro en la risueña transparencia de alegres reflejos.

Y una imaginación inventiva hasta más no poder en la colocación de un biés, en la transformación de un volante, en el arreglo de un plegado, en modificaciones de un nada, en un retoque de genio, que daban ese no sé qué de distinguido á un atavío suyo, y que mandaba á su doncella que lo hiciese bajo su dirección.

Una anciana definía en mi presencia de este modo los gustos de la antigua parisiense en el vestir: estar bien calzada y bien enguantada, tener bonitas cintas (pues los vestidos no eran entonces sino un accesorio), hé aquí todo; y calzado, guantes y cintas de suaves matices.

Querida había conservado de la parisiense de otros tiempos este amor á los tonos dulces, y á ningún precio quería nada con lo brutal, lo vistoso, esos colores *de pistoletazo* introducidos en las modas francesas por las extranjeras, por las americanas.

Querida detestaba igualmente el «estilo tapicería» que amenazaba apoderarse de las cosas llevadas por su sexo; á este propósito, tenía grandes discusiones con Gentillat, y cuando estaba de vena para chacota, declarábale que los modistos no hacían faldas, sino cortinajes, doseles: y que decididamente no había como las mujeres para dar á una tela el ajuste acariciante y la muelle caída que debe tener sobre un cuerpo femenino.

Matices pálidos en hechuras flexibles y voluptuosas; hé aquí como vestía Querida; y tan bien, tan galana y elegantemente, que por aquel entonces era reputada en sociedad como la creadora del verdadero modo de vestirse una señorita joven y rica.

En su tocado, el aspecto precioso, ideal y etéreo de la damisela, revelábase por una especie de espiritualidad de los plegados, por el empleo casi exclusivo de telas vaporosas como celajes.

Este exquisito gusto para vestir así, tenía Querida en sociedad y en casa. Para visitas, para calle, tam-

bién lo tenía; pero menos perfecto, cual una dama que de ordinario va en coche.

Sólo las mujeres habituadas á ir á pie, son quienes saben vestirse bien para calle.

## LXXVI

En verdad que el talento de ponerse bien es un dón que no debe rebajarse con exceso en la mujer, habiéndoles cabido en lote á tan pequeño número de ellas.

El arreglo y la combinación de lo que desdeñosamente llamamos *trapos*, requiere en la mujer muy finas y delicadas aptitudes, un gusto bien seguro de sí mismo, y por encima de todo la especialísima naturaleza de un cuerpo apto para dar realce á todo cuanto lo viste.

En un atavío perfecto, necesítase además una seducción de conjunto, que abarca desde las botinas al sombrero, una distinción formada por lo perfecto en cada detalle, una pulcritud sin sequedad, en una palabra, un algo *bello* en que jamás hay nada de los figurines.

El atavío es un dón, sí, pero también una ciencia que tiene sus meditaciones ligeras, sus amables

rebuscamientos, sus hallazgos, sus iluminaciones súbitas.

En el fondo, el tocado es para una mujer el modo de evidenciar lo artista que es—el medio revelador por excelencia y muy superior al mediano producto de un pobre talento de adorno, á la baratijería de una mala acuarela—es el medio de exponer su gracia, su gentileza, su hermosura, entre la disposición, el colorido y la armonía de un bien compuesto cuadro; es el medio de hacer de su persona, en las sociedades civilizadas, á través de los incesantes cambios de modas y de atavíos, un encantador y glácil objeto de arte, siempre renovado, siempre nuevo.

## LXXVII

Sin ser en absoluto un pintor, la coqueta jovencilla vestíase por la noche con el perfecto conocimiento de los *cambios* que los colores tienen con la luz anaranjada de los saraos, y por la mañana daba la siguiente muestra de ser una ingeniosa *armonista*.

Después de un lento y detallado examen de su rostro, del epidermis de su cuello, hombros y brazos, Querida llamaba á su doncella, la

cual entraba trayendo una escalera de mano y grandes retales de tarlatana, elegidos entre diez diversos matices.

La doncella iba á la ventana, y sobre las cortinillas bien estiradas y corridas, tendía con alfileres clavados en el empapelado el trozo de tarlatana que su señora indicaba.

En la luz de la habitación, modificada por el paso de la luz á través de la transparencia de la tela de color, en este aire suavemente matizado de rosa ó de azul, ó de amarillo asalmonado, ó de violeta «cuello de tórtola», Querida estudiaba detenidamente con ojos de colorista la tonalidad aérea que mejor armonizaba con la calidad de su tinte del día, la luminosa neblina coloreada que más hacía resaltar la vida de sus carnes, haciendo tender y volver á tender la ventana, sin lástima por la fatiga de su doncella, la cual, durante todo ese tiempo, permanecía en lo alto de la escalerilla con los brazos al aire, clavando de nuevo los alfileres mal prendidos.

No; decididamente el rosa no me sienta bien hoy... No me hace del todo argentina la piel... El azul... vaya, qué particular, me parece duro para mí... Veamos otro... Ensayemos el maíz...

Y el matiz que Querida encontraba más favorable á la *fotogenidad* de su piel, á la iluminación armo-

niosa de su belleza, y que la dotaba con el encanto inexplicable producido un día en otras mujeres por los colores de un tocado casual, este matiz, elegido con tal esmero, con tal estudio, con tanta premeditación, llegaba á ser la nota dominante de su traje de tarde.

### LXXVIII

En este momento de su existencia, entregada por completo á comunicar á su sér la elegancia, y una elegancia refinada hasta el último término; en la elaboración coqueta de esta *gloria*, digámoslo así, transmitida por el vestido al cuerpo y al rostro de la mujer; entre estas aspiraciones femeninas á buscar en las fantasías del atavío y del adorno una linda y radiante *sobre humanidad*, Querida había adoptado para estar en casa este modo de vestir un poco teatral, pero que le sentaba divinamente bien, y que, reflejándose en su espejo, ponía ante ella de manifiesto, en medio de confusos esplendores, algo de ese ensueño que toda mujer se forja acerca de su belleza.

Su vestido era una túnica del siglo XVIII que había encontrado en pieza, una túnica azul «lapis-lázu-

li», una tela de seda sembrada de parejitas de capullos de rosa con los rabillos entrecruzados y atados con un encaje de plata rizado, cuyos nudos y cabitos sueltos pendían abarquillados sobre la tela. Había hecho cortar esta túnica por el modelo de un *jaique*, esa vestidura oriental que cae recta, sin pliegues. Debajo no llevaba sino una camisa y una enagua pequeña con volante de encaje de Malinas. Desde el reverso de su corpiño esparcíase sobre su pecho una chorrera, una oleada de encajes de Valenciennes, que subían alrededor de la garganta como una especie de cuello de su invención, con pliegues de canutillo y encañonados, que recuadraba la parte inferior de su rostro con un celaje de blanco hilo. Llevaba también medias de seda azules, abriollantadas con lentejuelas, y chinelas de tisú de plata. Nada había de más voluptuoso coquetismo como el contraste de los grandes pliegues de la gruesa seda de Lyon sobre las jóvenes redondeces de su cuerpo casi desnudo, con lo afollado y alado de su pechera y de su gorguera, con lo felpudo, frívolo y picante de los bordados de plata.

Querida permanecía en su gabinete así ataviada y vestida, deliciosamente disfrazada así, enguantadas siempre las manos para que no perdieran su blancura, con lánguidas



adoraciones de su persona, derrochando coquetería para ella sola, y distraída desagradablemente, por una visita, del estado de divagación y algún tanto místico en que se encontraba.

De esta suerte pasaba largas sobremesas, encerrada hasta la hora de salir, lo cual nunca sucedía antes de las cuatro de la tarde.

A veces, en estas horas de contemplación amorosa de sí misma, de ensueños con tocados ideales, de mecimiento de su cerebro, en lo azul de elegancias seráficas, declarábase de improviso en Querida un deseo excéntrico, una apetencia de cosas muy terrestres, cuya necesidad de satisfacción inmediata, instantánea, la violentaba y arraigaba en su cabeza la obsesión de una idea fija. Si tenía entonces visitas, era de ver con qué aire doliente escuchaba á sus amigas, y el modo como contestaba á todo al revés, y de qué manera su hastío, su preocupación, sus distracciones les decían con la mayor claridad: ¡Cuándo os marcharéis!

Además de esto, habíale sobrevenido de pronto un apetito depravado de comer pepinillos en vinagre del tendero de la esquina, y no de los del hotel, que no estaban suficientemente ácidos; sí, de comer pepinillos y beber pésima cerveza.

Entonces, después de, por decir-

lo así, empujar hacia la puerta á sus amigas por la espalda, enviaba á su doncella á la tienda de ultramarinos y á la lechería; y la pequeña hada, con túnica de capullos de rosa, tomaba en un ángulo de la mesa una merienda de pepinillos verdes que masticaba casi con violencia.

## LXXIX

Por aquellos tiempos, los tés de la Emperatriz en Compiègne, generalizados en la sociedad bonapartista, habían creado entre algunas elegantes de París una moda nacida y muerta con el Imperio: el té de las cinco de la tarde.

Ese té, de concurrencia casi exclusivamente femenina, y al cual sólo eran admitidos algunos íntimos del sexo masculino, formaba un conciliábulo de mundanidades galantes, unas conferencias entre las reinas de la moda, y donde se despachaba la primera edición de los escándalos del día, se discutían los trajes de la víspera, redactábase el borrador de la correspondencia con modistos y modistas, hacíase el programa de los placeres de la velada, y donde el amante titular *tomaba lenguas* con su querida, y donde se

daban para la noche las citas de amor y de amistad.

Entre los tés entonces renombrados, venía en segunda ó tercera línea el té de la señora Tony-Freneuse, la mujer del funcionario que se encontraba á la cabeza de una de las grandes administraciones de París.

La señora Tony-Freneuse recibía á sus amigos en un saloncillo octógono, con las paredes y el techo tapizados de seda, y donde no se veía ni un solo *bibelot*; pero donde el mueblaje, fabricado por el primer tapicero de la capital, era una obra maestra por el estilo de esos muebles del siglo XIX en que todo está almohadillado y redondo, muelle y elegante contorneo de tela, jamás detenido y terminado por el reborde duro de madera alguna.

Las colgaduras con que había hecho *vestir* este saloncillo, según expresión de la señora de la casa, presentaba una serie de medallones bordados bajo la dirección de Worth, y los cuales decíase que habían costado sesenta mil francos.

En este medio, enteramente moderno se hallaba, sin embargo, un mueble de lindísimo gusto de inventiva, una jardinera que se doblaba y desdoblaba, á modo de un pequeño biombo, y cuyo cajón muy bajo aparecía coronado y cerrado por altas varillas de cobre dorado,

contra las cuales apoyábanse todo el invierno las más hermosas camelias.

Además de la jardinera, constituía todo el arte, y todo el arte industrial decorativo de este salón, una monumental tetera de plata, uno de los objetos de moderna fábrica admirados en la última Exposición, y en la cual veíase en todo tiempo cantar el hervor del agua.

La linda señora Tony-Freneuse estaba tendida en una meridiana, rodeada por tres lados por la jardinera de compartimentos, como en una especie de alcoba de verdura florecida con unas diez camelias de matiz «rosa de China», destacándose sobre el raso azul celeste de los cortinajes y de los muebles.

Con ligera *jaqueca* aquel día, desplegaba las gracias indolentes de una parisiense delicada de salud, con su cabeza un poco caída hacia adelante, mostrando en el vértice un rodete de cabellos cual un nido de culebras prontas á desenroscarse. Y quejumbrosa, dolíase de las exigencias de los novelistas, quienes piden á las mujeres que no sean en manera alguna criaturas humanas, y que no tengan en el amor las mismas laxitudes é idénticos fastidios que los hombres: quejas entrecortadas por picantes interrogaciones dirigidas con el gesto y con la punta de la nariz de la gra-

ciosa mujer á dos caballeros y una dama que ya estaban allí de visita. Sentado en un taburete á los pies de la señora Tony-Freneuse, un delicioso auditor del Consejo de Estado, con el revés del traje forrado de terciopelo negro y oliendo aún al perfume distinguido de una sala de armas elegante, entreteníase en arquear un junquillo sobre su rodilla como quien endereza un florete, sin responder nada, limitándose á sonreír.

—¿No es verdad, segura estoy, que sóis del mismo parecer, princesa?

—Sí, sí—contestaba la princesa con un tono en que se notaba la indiferencia de la interlocutora de Mad. Tony-Freneuse por las disertaciones acerca del amor.

La princesa Kolokolsoff era una extranjera, una moscovita, que pasaba su vida en París. Tenía roja la punta de la nariz, como un ladrón de perros inglés, y ojos parpadeantes y sin cejas en el aplastamiento marcado de una carita pálida. Despechugada, á la moda del siglo XVIII, desde las tres de la tarde hasta los dos de la madrugada, su pechera, de una flacidez casi líquida, desbordábase como las congelaciones de una fuente por encima de un corpiño de piel de Rusia, invención ésta de un ilustre modisto, quien había imaginado adherir un cúmulo

de trocitos de acero á la piel donde se encerraba la princesa Kolokolsoff como en un estuche de Viena, y que daba á la extranjera (de tipo kalmuko) cierto aire de un ídolo de dormitorio.

Esta rusa, en lenguaje de diplomático, tenía la *carne fría* de las mujeres de negocios, de las mujeres políticas; una carne muy particular, en absoluto diferente de la carne de las mujeres que gustan del amor, que aman el placer.

Al cabo de algunos instantes de reflexión, la princesa rusa añadió con el dulce acento de su país, que pudiera llamarse el gorjeo de una criolla del Norte:

—Y luego... el amor... vuestro amor... en verdad que yo no soy voto en la materia... Entre las mujeres de nuestro país, hay muchas menos... ¿cómo llamáis á eso?... ¡ah! eso es, muchos menos *transportes* que en las francesas... Sí, en las mujeres de su sér... y en medio de las cosas íntimas del amor... esto es bastante difícil de expresar... dijérase que hay un tercer personaje, asistente á su lado como testigo... y un testigo todo él cerebral, á la fisiología de la cosa.

—¡Diablo, allá adentro, ese fisiólogo en tercería... muy molesto, princesa, oh sí, oh sí!—dijo con un tartamudeo ó más bien una borrarosidad, no de la palabra sino del

pensamiento entrecortado siempre, un caballerete propietario de unas piltrafas de carne sobre su esmirriado cuerpo, y con los cabellos al rape cual si hubiera querido aliviar hasta de tal peso á su persona; un joven, hijo de un riquísimo agente de cambio, cuya existencia entera era una vida de *adelgazamiento artificial*, y que se lamentaba de tener gordos los huesos y se privaba de comer y se paseaba corriendo, para conseguir el peso específico de un postillón y presentarse algún día como jockey en las carreras.

—De seguro—exclamó de pronto el delicioso auditor del Consejo de Estado, puesto á los pies de la señora Tony-Freneuse—que no sabéis el extravagante capricho imaginado por el banquero Beffarol para su noche de boda... —Escuchad.... hizo colocar detrás de un cortinaje... fijáos bien, detrás de un portier... con la puerta abierta... hizo colocarse cinco bandurristas con orden de tocar á altas horas de la noche... y, estando acostada su mujer, entró en el dormitorio con camisa de seda de color de rosa... dió un puñetazo en el cortinaje, de donde brotó en el acto la música... y en medio del *pianissimo* de la melodía y en el suave resplandor de su camisa transparente, iluminada por la luz de una lámpara de alabastro, avanzó

hacia el lecho conyugal.... Mientras los mandolinistas tocaban, desternillábanse de risa.

Inmediatamente, un tropel de jóvenes casadas y solteras que hacían gran ruido en la pieza próxima, y entre las cuales estaban Julieta y Querida, invadieron el saloncillo seguidas del Mariscal, de quien se cuchicheaba que estaba en los mejores auspicios con la señora Tony-Freneuse.

El Mariscal, que tenía gota y llevaba su mano enferma contra el pecho, sostenida por entre las solapas del chaleco, á pesar de su mal, siempre *verde* y en sus labios la más cáustica de las sonrisas, iba á contar á media voz una aventurilla á la señora de la casa.

—Querida, hija mía, hazme el favor de ayudar á Julieta á servir el té—dijo la señora Tony-Freneuse levantándose un poquito sobre el codo y volviéndose á dejar caer con gracioso abandono.

Al oír estas palabras, el batallón de señoritas agrupóse al rededor de la mesa de té, zumbando, cuchicheando y riéndose, con preciosas carcajadas locuelas, de las ironías de Julieta.

Los hombres formaron corro en torno de la charla del Mariscal y de la señora Tony-Freneuse, quien á lo mejor del relato muy alegre y

muy militar del abuelo de Querida, interpeló de pronto al joven auditor en el Consejo de Estado.

—Señor de Eauvillars, ¿no cenábais por aquel tiempo en casa de la dama á quien se refiere el Mariscal?

—No, señora... pero la conozco un poco, á través de un amigo mío... junto al cual iba ella á dormir.

—¿A dormir?

—Y con el sueño de la más pura inocencia... Es el caso... tengo motivos para suponer que, en lo pasado, no siempre había dormido en las mismas condiciones junto á mi amigo... más por el momento así sucedía... En casa de la dama nadie se acuesta por la noche, y todo el día están llamando á la puerta... Pues bien, mi amigo es bolsista, es decir, está ausente de su casa desde las once á las cinco... Siempre que ella tenía de veras gana de dormir... íbase á dormitar durante las horas de Bolsa, sobre un gran diván turco que tiene él en su casa... El portero está tan habituado á sus visitas que le entregaba el llavín, sin advertírselo siquiera á mi amigo cuando este regresaba á casa... Eso no obstante, enseguida conocía, por una señal, que ella había pasado la tarde en casa de él... Tiene un juego de chimenea (reloj y candela-

bros) de porcelana antigua de la China, compuesto de dos loros de color azul celeste y violeta... y encontraba sus loritos vueltos hacia la pared... Según parece, recordaban á la dama un viejo pariente, de nariz aguileña, quien le había hecho muy desgraciada en la infancia... y cuando se dormía mirándolos... pretendía que esto le daba pesadillas.

—Señores formales, oid qué cosa tan picaresca—dijo Querida apareciendo en el círculo masculino con una taza de té en la mano.—La señorita Dangirard nos cuenta haber tenido una abuela, que en tiempo del primer Emperador, á fin de hacerse graciosa la boca para el baile á donde tenía que ir por la noche... ¿á que no adivináis lo que hacía?... ensayarse delante de su espejo cien veces por la mañana, repitiendo, si quería tener pequeñita la boca, *Un cucurucho de dulces*; y si la quería grande, risueña, para lucir bien los dientes, repetía entonces cien veces *Batatas de Málaga* (1).

En vista del poco éxito de su historia, Querida se volvió al rincón de las señoritas, quienes dispersas por un momento, hallábanse frente

(1) Como estas frases tienen por objeto «cerrar ó abrir mucho la boca al pronunciarlas», con ellas hemos sustituido á capricho las correspondientes frases francesas de idéntico fin.

á los tres espejos del saloncillo, donde á pesar de ser todas unas mujeres formadas, repetían con toda clase de monerías divertidas, quién: *Un cucurucho de dulces*; quién: *Batatas de Málaga*.

—¡Ah! De quien habla el Mariscal es de la señora Laubespín— exclamó un vejete, cuya temblona carne de la cara parecía gelatina blanca, retenida en su sitio gracias al triángulo de un férreo cuello postizo.—He conocido mucho á la señora Laubespín, hace algunos años... Entonces no era más que una galante mujer de mundo... Hoy, según se dice, ha pasado á la categoría de *sobona*.

—¿Sobona? ¿Y qué es eso?

—En general, la señora que tiene una tertulia literaria donde se fabrican académicos... y una mujer que nunca pone polvos de arroz en sus hombros y puede frotarse, sin que lo parezca, contra vuestro frac negro... trabajando para incendiarios dulcemente... en provecho de su candidato.

—Mas ahora parece que la incendiaria se ha incendiado.

—¿Se sabe el nombre del feliz mortal?

El Mariscal citó un nombre conocido, muy conocido, el de un hombre casado.

—Esto no ha debido de inferir un golpe violento á su mujer...

Dícese que no podía ni medio verse... ¡con su marido!—escupió el aspirante á jockey.

—Así era en otro tiempo — dejó caer la princesa Kolokolsoff — pero desde entonces acá ha cambiado.—Y añadió con aquella voz, cuya música formaba contraste con la fría ciencia humana de las palabras.—Había hecho como muchos maridos parisienses que no se sienten amados desde el principio... Su joven esposa, á raíz de su casamiento, tenía costumbres muy sencillas... El ha desenvuelto y estimulado en ella gustos de loreta... combatido su repulsión por los regalos... triunfado de su antipatía hacia los ricos que sostienen queridas.

En este momento abrióse la puerta y se presentó la joven señora Malvezin, la recién casada.

Con escandaloso descote dentro de un magnífico traje, el cual, sin embargo, asemejábase al vestido desaliñado y remendado de una cantante de café; con la tez harinosa, toda llena de polvos de arroz, los labios como sanguinolentos de bermellón, las pupilas tamañas como piezas de medio real dentro de negras ojeras artificiales, los cabellos fulgurantes y la frente comida del todo por el pelo, la joven y linda y elegante casadita, con la vista sin fijarse en nada, con una

sonrisa automática en los labios y con el cuerpo decaído, representaba lo mejor posible el embrutecimiento de una *bestia*.

La señora Malvezin que, conforme á la moda de aquellos años, llevaba un grueso brazalete de esponsales de oro, remachado á martillo como un grillete de presidario, fué á sentarse junto á la señora Tony-Freneuse, buscando una postura natural... falsa.

En medio del silencio que siguió á la entrada de la señora Malvezin, oyóse la voz lenta y modulada de la irónica Julieta diciendo en el corro de las señoritas:

—No, decididamente, mamá y yo no volveremos á poner allí los pies... Aquello está demasiado lleno de trajes de mujeres ricas que llevan vestimentas de hace sesenta años, corpiños que como sabéis terminan en la muñeca... y las infelices no tienen pulseras... ¿Creéis divertido encontraros con la mujer del plenipotenciario de Holanda, una pietista... tan estúpida? ¡Las pietistas son de mucha más estupidez que las demás mujeres sosas!... ¿Qué queréis? En esa casa reciben á un general, y ese general se llama Cagnard... También va algunas veces un Consejero de Estado, pero chiquito, muy chiquitín, aún más pequeño que Connean... y su nombre ilustre es Larabit... ¿Y qué

decís de las mujeres?... En primer lugar está la mujer del diputado que tuvo esas pícaras historias... Luego está la buena señora... ya sabes, Querida, esa que refiere perpetuamente los malos partos de sus hijas... con suspiros... y que siempre va con aquella gibosa de dientes podridos y que hace así eternamente... (aquí una mueca diabólica) y con la otra, cuya pechera parecen dos tazas que se van á caer... ¡Y siempre, siempre, la duquesa de Otranto vestida de verde!

La señora Malvezin hacía señas al señor Eauvillars para que se acercase á ella y se sentase á contarle aquella historia.

Hallábase triste, acababa de asistir á un espectáculo muy extraño. Había estado en el convento con una jovencita. Esta damisela, de alta alcurnia y muy rica, habíase enamorado de un primo, quien la amaba tanto como ella á él, un primo de nobleza y fortuna iguales á la suya. Pero los padres tenían otras miras acerca de los hijos, tanto que pusieron obstáculos á la boda durante algunos años, y cuando al fin se celebró el enlace de ambos enamorados, derrocharon su amor con tanta furia que ambos estaban muriendo, y moribundos como estaban, parecían dispuestos á seguir amándose.

La historia era muy linda; mas,

como todas las historias verdaderas de la señora Malvezin, no se sabía nunca precisamente si no las había sacado de su caletre.

—Dispensad, ¿qué decíais?— interrumpió la señora Tony-Freneuse, que ya no escuchaba al señor Eauvillars.

—Digo— respondió el viejo verde— que la mujer americana prefiere siempre su marido á sus hijos, mientras que la mujer francesa da siempre la preferencia á sus hijos sobre su marido.

Esta frase trajo consigo una tempestuosa discusión acerca del matrimonio, y subsidiariamente acerca del amor, en la cual hombres y mujeres todos tomaron parte.

Sosteniendo el Mariscal que el amor no constituye un sentimiento particular, puesto que los efectos que produce coinciden con la amistad, el patriotismo, etc., la joven señora Malvezin, que bajo su estudiada distracción resultaba ser una asidua lectora de libros alemanes, respondióle que Su Excelencia parecía ser un pobrísimo aprendiz en estas materias, puesto que el amor daba origen á un sentimiento que tenía su *color* distinto y que era una cosa *cualitativa*.

Bien pronto extinguióse la conversación general, sustituyéndola cierto número de «apartes» íntimos y risueños, perezosas charlas

de palabras intermitentes, hacia las cuales se inclinaban con un montón de cositas elocuentes en la cara: aquí una linda cabeza de rubia cruel envuelta en una diafanidad sonrosada; allí una cabeza morena, de sombras rígidas, con dos hoyuelos danzadores por los ángulos de la boca; más lejos, una cabeza con ojos de reptil y de piedra preciosa, con cuello culebreante, con la enigmática careta de señora honrada y de cortesana; más allá una cabeza aplastada por una masa de cabellos negros, con ojos aterciopelados adormecidos bajo los párpados entreabiertos, y con la expresión perezosa é indolente de una oriental; todavía más lejos, una cabeza coronada por una cabellera en diadema, la frente alta y estrecha de una Diana del Renacimiento, las facciones finamente esculpidas, con la encantadora sonrisa en los ojos y en los labios riéndose á la par con perfecto conjunto; todo un mundo de mujeres hermosas, de mujeres lindas, de mujeres agradables, hallando en la vida de su fisonomía el medio de ser á la vez hermosas, lindas y agradables.

Dulce, cálido y lánguido estaba aquel saloncillo, con ese no sé qué de misterio que el final del día en aquella estación, el «entre dos luces» de las seis de la tarde, arrojaba sobre hombres y mujeres. Es-



tábase allí bien, y la felicidad del sitio no sólo se advertía que estaba formada por el goce particular de cada uno de los contertulios, sino que al parecer deslizábase allí un poco del quietismo de aquellos años, en que no había alarma por lo porvenir, ni perspectiva de bancarrota general en la Bolsa, ni miedo de una colisión con el extranjero, ni cosa alguna de las que ponen en cuidado á la humanidad; sí, cierta quietud en el aire, que sume á todo el mundo en una tranquilidad sensual.

Y en un rincón, un amable perfecto, con el floreciente aspecto de un vividor, de cabellos canos, predicaba regocijadamente el materialismo al joven Eauvillars, diciéndole:

—Mirad, en el fondo, la vida consiste en una buena poltrona, una buena mesa, un buen cigarro, y todo lo demás... ¡Las gentes que buscan otra cosa en la existencia no son más que personas sin sentido común!

### LXXX

El amor al baile convertíase para Querida en una rabia, en una pasión desenfrenada. Ya no existía

para la joven el día, pues pasábalo durmiendo, y con un sueño que conservaba una actividad febril, y en el cual agujereaba las sábanas en el sitio correspondiente á los dedos de los pies, á fuerza de frotarlos de continuo contra el lienzo.

Sólo sentía el goce de vivir por la noche, á la luz artificial, en la embriaguez de la música, el torbellino de la danza, la sobreexcitación de las miradas, de los cumplidos, de los roces amorosos. Para mantenerla despierta, divertida, interesada, eran precisos el ruido, la agitación, la alegría nerviosa, la especie de frenesí caprino del baile, y eso hasta las seis de la mañana, hasta la última figura del cotillón.

Tened en cuenta que no la conducía al baile ningún sentimiento tierno, ninguna inclinación hacia alguien, ningún latido del corazón por un bailarín cualquiera, sino tan sólo por una especie de fiebre ardiente de su sér, una exasperada necesidad de que todo el mundo se enamorase de ella, un prurito de coquetería feroz, inhumana.

Preciso es decir que también encontraba en ello un poco de ese placer embriagador producido en el hombre y en la mujer por el exceso de ejercicio físico y la exageración sistemática de la gimnástica forzada, por la quebrantadora fatiga de la danza, de la cual salía

molida hasta el punto de no poderse ya tener en pie cuando le echaban sobre los hombros su «salida de baile.»

### LXXXI

En esta sucesión de bailes sin tregua ni interrupciones, ni un día de descanso, para no faltar á ellos uno sólo por olvido ó fatiga de un peluquero, y hasta por no ver su espera retrasada una ó dos horas más, la nieta del Mariscal había imaginado un medio, á la vez ingenioso y expeditivo.

Querida hacíase peinar por su doncella con grandes hierbas verdes entretejidas en forma de corona por encima de sus cabellos sueltos, que le llegaban hasta las corvas: tocado que escandalizaba á las rígidas madres de familia, y de donde provino á la nieta del Mariscal el sobrenombre de *la desgreñada*.

### LXXXII

En la vida de sociedad, en estos bailes, en estos conciertos, en estos

saraos, la joven soltera respira voluptuosidad.

Todo solicita á sus sentidos, todo enardece sus deseos, todo habla al sér físico. Ya es el lúbrico ruido de la música instrumental, ya la lánguida romanza que canta un tenor bonito; ya el vals, esa danza en que la valsadora gira en brazos del hombre, á la vez embriagada y desfallecida; ya ese tórpido calor preñado de aromas de plantas tropicales, ya esa copa de Champagne... ya, en fin, ese delirio particular que en las altas horas de la noche se apodera de las mujeres en esos lugares de vértigo, donde se ven modestas jovencuelas súbitamente transformadas, y con toda clase de coqueterías provocadoras y descaros cándidos, enseñando sus delgadas pecheras con los nacientes y pequeños senos y las carnes descotadas, que parecen dichas al sorber la luz y las miradas de los hombres.

Pero en el ardimiento amoroso producido por la sociedad en la joven soltera, ¿qué son la música, las romanzas y todo lo demás, si se comparan con el espectáculo de esa sociedad en sí misma? Allí, durante todo el tiempo, las sonrisas de los ojos y de la boca, las posturas, las actitudes, los juegos del abanico, hablan de amor, declaran sentimientos dispuestos á ser co-

rrespondidos, confiesan relaciones íntimas; y en el fondo, bajo lo convencional y mentiroso de una reunión llamada baile, concierto ó sarao, no hay absolutamente nada más que citas y encuentros apasionados.

La joven soltera comienza á percatarse de que estas reuniones no tienen por objetivo la danza, ni la cena, ni los placeres que se anuncia que allí van á gozarse; y con la lucidez que toda mujer, por joven que sea, tiene acerca de los asuntos de amor, y con lo que sorprende en una mirada, y lo que adivina en un cuchicheo de rigodón, y lo que entrevé en nonadas invisibles, experimenta la sensación de hallarse en un sitio donde se aman en torno de ella, y donde á su alrededor hay una tierna cadena eslabonada de relaciones íntimas.

Vivir allí dentro, teniendo á la vista el tentador ejemplo de las otras mujeres, ya comprenderéis que es cruel para las pollas mayorcitas.

### LXXXIII

Querida era una mujer dotada, á la par, de un corazón amante y de sentidos. Nada tenía de común con

esas parisienses linfáticas, cuyas facultades amatorias aniquílanse y se pierden en las fatigas de la vida de sociedad, y en las cuales el amor es casi siempre asunto nada más que de cascos ligeros.

Aun cuando de grácil aspecto, la jovencilla, bien constituida y en el pleno goce de todas sus fuerzas vitales, estaba dotada del temperamento nervioso-sanguíneo propio de las verdaderas mujeres amorosas. Es preciso no olvidar que en ella había también sangre de su madre, sangre de las colonias españolas, esa sangre caliente que exige en la mujer por cuyas venas circule que la casen pronto.

Esta necesidad de matrimonio hacía explosión con una particularidad característica. El ver niños producía en Querida una especie de *locura de las caricias*: esta exaltación singular de las ternezas que se advierte en las jovencitas aptas para la maternidad, y de la cual tienen, perdonadme la frase, hambre y sed.

Así, pues, amorosamente apasionada en cuerpo y alma, y viviendo con la más extrema pureza, Querida sufría la visita obstinada é inquieta del *deseo*, la obsesión de imágenes, de visiones y de apetitos turbios, y no podía impedir que ensueños voluptuosos violaran la castidad de sus noches.

## LXXXIV

En este encenderse los sentidos, en esas tormentas de la carne, en esas tentaciones de caída, la polluela de buena sociedad vése á menudo salvada por un socorro providencial que todavía no han revelado los libros.

No es la acción del catolicismo, ni aun siquiera una adhesión bien rígida á la pura honestidad. Se trata sencillamente de un sentimiento femenino, pero propio por modo exclusivo de la mujer refinada.

Una existencia de elegante, la continua ocupación en lo que adorna y embellece, un perpetuo rebusco de lo ideal en lo lindo, en fin, la fuga en todo de la *terrestri- dad*, según se decía en el siglo xviii, dan á las jóvenes como Querida, respecto á la falta material, algo así como ese miedo que el armiño tiene á una mancha de sus blancos vellones.

Repetimos que la virtud y la moral no entran por nada en esta defensa y esta salvaguardia de la solterita de sociedad; una especie de adoración religiosa de su cuerpo, de su divina personilla: esto es, y nada más. La jovenzuela ha hecho

simplemente de sí misma una especie de Virgen puesta en un relicario de raso blanco, y quiere continuar siendo siempre á sus propios ojos la Purísima de su reclinatorio.

Cada vez que sentíase Querida dispuesta á ir más lejos de lo que quería, la pequeña virgen mundanal que tenía dentro de sí la sacaba blanca y pura de su comienzo de perdición.

## LXXXV

La afición á los perfumes llegaba á ser en la joven una exigencia imperiosa en este momento de su vida, y para hacer más incitantes sus lecturas, bañaba á la sazón con pomitos de perfumadas esencias los libros amorosos que leía. Aseméjase este gusto á la pasión de las mujeres de la India, quienes veje- tan entre el humo de los pebeteros y la pulverizada lluvia de las aguas de olor.

Acontéceles á menudo á las parisienses de naturaleza delicada y nerviosa llegar á aficionarse á los perfumes violentos. Al ver á estas lánguidas criaturas, creyérase que deben satisfacerse con la suave y fugaz emanación que el lirio deja

en su ropa blanca interior. Pues no: necesitan que sus vestidos, sus cabellos y su piel se hallen impregnados en todo lo más fuerte, más *nauseabundo*, que obtienen de las materias animales y vegetales las destilaciones de la perfumería; y que su persona se bañe perpetuamente en los efluvios vaporosos y en las moléculas disociadas de los olores concentrados.

Para Querida, respirar en la atmósfera exhalaciones mareadoras, especie de embalsamamiento del aire, habíase convertido en una costumbre, en un hábito despótico; y cuando no tenía esta atmósfera *ambrosiaca*, faltaba algo á su vida, asemejándose á un fumador privado de fumar.

Así, pues, vivía en medio de perfumes «extractos triples» con nombres de bautismo ingleses: *Kiss me quick, Lily of the Valley, New Mown Hay, Spring Flowers, West-End, White-Rose, White-Lilac, Ilang-Ilang*. Y Querida llevaba sucesivamente en su casa ó en sociedad los terribles perfumes de todos los «ramilletes», desde el «ramillete de la emperatriz Eugenia», hasta el «ramillete de los besos disimulados», ramilletes que envolvían siempre á la joven en la flotante mescolanza de las esencias de tuberosa, de azahar, de jazmín, de vetivez, de opoponax, de violeta,

de haba Tonka, de ámbar gris, de sándalo, de bergamota, de romero, de benjuí, de verbena, de patchulí.

Al oler el pañuelo empapado en estos *bouquets*, Querida experimentaba un goce que tenía algo así como de un ligerísimo espasmo. Calmábanse sus nervios, producíase una dulce tranquilidad en su *yo*, una especie de contento cosquilleador, una dejadez gozosa y á la par algo letárgica de su cuerpo, estado del cual, olvidándose con frecuencia Querida de las personas que á su alrededor estaban, salía para aspirar de nuevo el perfume con toda su fuerza olfatoria, frenéticamente, inclinando el busto, con la cabeza un poquito hacia atrás y entornándose de placer sus ojos.

Este lánguido bienestar físico se mezclaba con cierto aspecto risueño repentino en las ideas de la joven. Cardau, Rousseau, Zimmermán, pretenden que el olfato es el sentido especial de la imaginación; no lo sé... Lo que sí estoy dispuesto á creer más bien es que los perfumes y el amor producen goces muy relacionados entre sí; tanto, que el olor del almizcle hace cantar á los pájaros enjaulados.

Querida amaba locamente los perfumes; y, no hay que ocultarlo, hasta adoraba el almizcle tanto como la emperatriz Josefina, cuyo gabinete tocador de la Malmaison,

al cabo de cuarenta años, á pesar de raspamientos y legías, continuaba tan almizclado como en los primeros tiempos. El más ardiente de todos los anhelos secretos de la joven ¿quién lo creería? era el de poseer un grano de almizcle del Thibet y de la provincia de Ta-tseen-loo, un grano de almizcle de primera calidad, exento de toda sofisticación, y con la «auténtica» de su cubierta que, con caracteres rojos, reproduce en una imágen tosca la caza del cabritillo almizclero, representado con su bolsa *mosquífera*. Y Querida, por lo común muy poco comunicativa con las personas de edad, hacía gala de estar muy amable, por lo cual dábanle bromas con un sabio muy viejo, muy feo y muy ridículo, quien se había comprometido á proporcionarle ese grano de almizcle de la provincia de Ta-tseen-loo.

Cuando por fin tuvo la joven el grano auténtico, lo guardó entre sus alhajas, en una cajita de laca de oro del tamaño de un guisante.

#### LXXXVI

A la sazón, la joven se levantaba todas las mañanas enseguida de despertarse, y medio dormida bus-

caba á tientas su vaporizador y se ponía á insuflar dentro de la cama perfume de heliotropo blanco.

Inmediatamente después rebujábase entre las perfumadas sábanas, cuidando de entreabrir las lo menos posible. Y con la cabeza metida hasta los ojos bajo la colcha, experimentaba indecible gozo en sentirse compenetrada, acariciada, refrescada por la odorífera humedad de la vaporización; en la cual parecía que su sér, aún mal despierto, medio se desvanecía y se escapaba también, como si se hubiera volatilizado, convertido en perfume y en buen olor.

Al cabo se volvía á quedar dormida, encontrando cierta voluptuosidad en su sueño, donde había un poco de embriaguez cerebral y un algo de asfixia.

#### LXXXVII

Entonces presentábase con frecuencia pertinaz á la memoria de Querida el recuerdo de un partido que había rehusado, sin que en manera alguna pudiese recordar por qué. No obstante, el hombre que la pidiera en matrimonio era rico, joven, de agradable figura y muy bien relacionado por sus parientes

con el Gobierno. En el fondo, no había que hacerse ilusiones sobre esto; desde entonces no había vuelto á presentarse un partido tan aceptable.

### LXXXVIII

En efecto: no era tan fácil como pudiera suponerse el matrimonio de Querida. Diversos impedimentos y obstáculos particulares oponíanse al enlace de la joven, por más que fuese nieta de un Mariscal de Francia.

El Mariscal no era rico. Sus bienes consistían en aquella hermosa y gran posesión del Muguet: en el fondo, una ruinosa finca de recreo, y cuyo sostenimiento se tragaba mucho más de los doce mil francos de renta de las dos haciendas confinantes con el parque. Además, distaba mucho de estar saldada la restauración regia de los edificios, á la que dábese el Mariscal mientras era ministro, y la cual, como siempre sucede, excedió con mucho de los gastos presupuestos, á pesar de las fuertes sumas suplementarias que abonaba de su sueldo.

El Mariscal era reputado con razón de ser por naturaleza derrochador y generoso, que en su vida ha-

bía sabido hacer ahorros, y nunca había podido rehusar á su nieta un capricho, por caro que costase.

Pero lo que hacía difícilmente casable á Querida, más que la falta de grandes riquezas, era el mimo con que la criaron. Tratándose de una señorita que debía percibir una dote muy mediana, no puede ocultarse que existía en los pretendientes posibles una especie de terror por el lujo que rodeaba á su juventud.

La imprudente damisela indignaba también á las madres de familia con la independendencia de sus modales, lo caprichoso de sus tocados y sus despreciativos desdenes con respecto á ellas. Gozaba de una peligrosa reputación de excentricidad; y las *casamenteras* de tertulia, aun cuando se viesen obligadas á reconocer que no podía alegarse contra su conducta el más mínimo hecho, declaraban muy alto en sus consultas lo imprudente que sería una madre amante de su hijo en dar á éste por mujer á Querida.

Por aquel tiempo, en que comenzaban á cundir y á aceptarse las teorías médicas acerca de la herencia, la historia de la locura de la madre de la joven era una nueva causa más del alejamiento de los pretendientes.

En cuanto á los ambiciosos, los jóvenes que pensaban sacar partido

para su carrera de la influencia del Mariscal en las Tullerías (el Mariscal había dejado el Ministerio desde diez y ocho meses atrás) la evolución ya iniciada de la política imperial hacia el liberalismo, y el carácter anti-democrático bien conocido del abuelo de Querida, permitían, á poco que en ello parasen mientes, darse cuenta de que la nueva entrada del Mariscal en el Ministerio era por completo improbable en lo porvenir.

### LXXXIX

Bajo el segundo Imperio, el marido ambicionado en sus ensueños por una señorita de sociedad, es casi siempre un funcionario, un alto empleado.

En estos años, el hombre de Administración ha adquirido de pronto un prestigio que nunca tuvo en ninguna otra época. Ya no es el funcionario constitucional de la pobre Restauración y del buen rey Luis Felipe, comprimido y limitado en sus atribuciones, en sus acuerdos, en sus caprichos. El funcionario del segundo Imperio lleva en sí mismo algo de la omnipotencia del amo del momento. En su papel militante de agente de la política represiva y de delegado auto-

crático del poder soberano, ejerce el dominio moral que adquiere sobre el espíritu del pueblo y de las mujeres un gobernante militar; aparece como un funcionario civil que llevara sable. En el fondo, un prefecto de este tiempo es un virey del departamento; y ser la esposa de ese virey es la sorda ambición de la mayor parte de las señoritas del mundo oficial, de Querida, como de las demás.

Por último, aun cuando este partido prepotente sea de origen muy oscuro y hasta de humilde cuna, la señorita casadera, por muy pagada que esté siempre de nobleza y de títulos, oye por todas partes anunciar tanto la próxima proclamación de una nobleza imperial, le zumban de tal modo los oídos con el proyecto en estudio de ennoblecer á todos los grandes funcionarios del Estado, que no duda de poder conseguir ver en su futuro marido dentro de algunos meses solamente, el conda-do ó la baronía próximos á elaborarse en la cancillería del Ministerio de Justicia.

### XC

Unas tras otras iban casándose todas las amigas y conocidas de Querida.



¡Cuántos y cuántos enlaces le participaban!... Apenas pasaba día sin que el portero no le entregase una esquila de participación, la cual, con su impaciente curiosidad, leía al subir las escaleras. Bodas de amiguitas de su edad, bodas de amiguitas más jóvenes que ella. Una en pos de otra, todas se convertían en «señoras»; sólo ella quedábase soltera. ¡Oh, de seguro que se quedaría para vestir imágenes!

Cada semana, por decirlo así, reuniones de esponsales, visitas de equipos, misas de casamiento; una serie interrumpida de ocupaciones sociales, que mantenían la mente de la virgen nubil en una emoción amorosa, y remachaban en ella, sin un instante de reposo, su idea fija, el matrimonio. Y además, esos «tente-en-pie» precursores del viaje de boda de los recién casados, esos banquetes de una alegría como ensañadora para todo el mundo, y en que la última amiga que se casó llamó aparte á Querida hacia un rinconcito con manos acariciadoras para decirle algo que olvidó en medio de su frase comenzada y que tuvo por término una sonrisa feliz. —¡Qué bueno debe de ser eso que os hace olvidar así!—pensaba durante muchos días Querida, sin poder borrar de sus ojos el rostro regocijado de la desposada.

Algún tiempo después de esto en esas mismas amigas casadas, confidencias de que «estaba en cinta» inspección de la «canastilla» y bautismo, y madrinazgo, y todas las demás cosas que infunden el deseo y la envidia emuladora de la maternidad en las señoritas mayores.

Luego, la intimidad con esas jóvenes parejas, en esos medios conyugales, entre la ternura de los cónyuges al rededor de las cunas, era un poco así como si Querida atravesase por interiores llenos de un impudor glorioso, del radiante despliegue de un concubinato autorizado, de la exaltadora reunión de un caballero y una señora sobre la rubia cabecita de un niño: cuadro que por momentos adquiría á los ojos de la joven soltera el aspecto de un palo dibujado en una pared.

## XCI

En el contacto diario de su existencia con sus amigas casadas, el ligero pesar por su primer enlace roto cambiábase presto en Querida en el deseo impaciente de volver á encontrar otro; y ese deseo tenaz de casarse, acentuándose poco á poco con el tiempo, había llegado á

la larga á trocarse en un apetito irrazonable, casi enfermizo, en el cual confundíanse la exaltación de los sentidos y el irritado despecho del amor propio de la soltera.

Un estado en que dijérase como si Querida no hubiese conservado el sentido crítico ni el gusto difícil de una joven, linda y delicada mujer, y parecía dispuesta á tomar por marido á cualquiera de la sociedad, sin parar mientes en su fealdad, aspecto vulgar y aun en sus años; un estado en el cual se daba en espectáculo con el cartel de sus intentos y la tristeza de sus decepciones.

Era un suplicio para ella entonces, cuando se veía obligada á besar á una amiga que iba á notificarle su próxima boda: la hubiera mordido.

Querida mostrábase también muy extraña para con los hombres. Cobraba antipatía á los señores casaderos que no pensaban en pedir su mano; y con suma frecuencia pasaba en el lecho varios días, después de haberse figurado, por un puro extravío de su imaginación, que alguien había tratado de casarse con ella y no lo había hecho por oponerse á tal cosa la voluntad de su abuelo.

¡Cuántas combinaciones forjadas por su cerebro para lograr la realización de un enlace matrimonial que ansiaba, combinaciones capa-

ces de dar jaqueca á un jugador de ajedrez!

En esta «caza de marido», para poder continuar resistiendo las fatigas de los bailes y *cotillones* conducidos hasta el amanecer, sujetábase la infeliz á un régimen seguido de Burdeos y carnes rojas, viviendo durante muchos meses con una alimentación ardorosa que la ponía muy enferma.

Llegaba, en fin, hasta ir todas las tardes, en punto de las dos, á la puerta de las Tullerías á tomar un «bocadillo» en la pastelería de Guerre, con la esperanza de encender allí una pasión legítima.

## XCH

Era la noche de un primer viernes de Enero, la noche de un día de Reyes.

Querida no había comido desde veinticuatro horas antes, limitándose á refrescar sus labios con agua pura. Sentada en una butaca, delante de la chimenea de su gabinete, desnuda por completo, sin más que el peinador, miraba con aire singular las agujas del reloj.

Al dar media noche, Querida se levantó, cogió un par de medias de seda negra y lo plegó en cruz ante

un espejo. Estas medias negras en cruz y este espejo púsolos debajo de su almohada larga, así como una tarjeta donde había escrito, con una pluma atada al dedo anular de la mano izquierda, el día, la hora, el año de su nacimiento, y la edad de la luna y el nombre del lucero del alba.

Luego, desnuda del todo, con un pie puesto sobre el larguero de la cama, pronunció esta invocación nocturna:

Je mets le pied sur l' *anti-bois*;  
Je me couche au nom des trois Rois.  
Je prie Gaspard, Melchior et Balthazar  
De me faire voir,  
En mon dormant,  
Le mari que j'aurai  
En mon vivant (1).

Y se acostó en seguida sobre el lado izquierdo.

¡Ay! Las supersticiones de lo pasado son tan corrientes en las mujeres de la clase más elevada como en la de la más humilde, y hay pocas señoritas de la mejor sociedad que en ciertos días no interroguen á lo porvenir por medio de antiguos sortilegios y de viejos encantamientos mágicos.

Querida no podía dormirse.

(1) «Pongo el pie en el larguero; me acuesto en nombre de los tres Reyes. Ruego á Gaspard, Melchor y Baltasar que me hagan ver, cuando me duerma, el marido que tendré en mi vida (ó cuando me despierte).»

Teníanla despierta: la angustia del hambre, una especie de remordimiento por aquellas medias negras en cruz y que puestas así parecíanle un sacrilegio, y un terror indefinible que surgía en la estancia.

Por fin cayó en un sueño corto y se despertó sin haber tenido ensueños.

¿Era, pues, cierto que no se casaría?

Al cabo de una hora volvió á quedarse dormida, y casi al momento encontróse de nuevo con los ojos abiertos de par en par.

Aquella noche reinaba por afuera la luna llena con una luz cegadora de puro blanca, y una persiana mal cerrada y que se había abierto daba paso á un rayo de aquella inquietante claridad, difundiendo sobre la ropa interior, tirada por Querida sobre una silla á los pies de su lecho, algo así como la luz eléctrica que había visto proyectada sobre un sudario en un drama del *bulevar*.

La medrosa emoción que por esto sufría no le dejó volver á dormirse en toda la noche.

Al amanecer, rendida de cansancio, cayó en un profundo sopor; sacóle de él la entrada de la señorita Tony-Freneuse, vestida de amazona y de regreso ya de un paseo á caballo por el Bosque.

— ¡Ah, qué espantosa pesadilla!

—exclamó Querida, haciendo semidespierta y con los brazos extendidos un gesto como para rechazarla.

—Vamos, cuéntame tu ensueño.

—¡No, te lo suplico; no me lo preguntes; no quiero volver á recordarlo más!

Al momento, la señorita Tony-Freneuse sentóse de un salto á los pies de la cama de Querida y comenzó á hacer una confidencia á su joven amiga, una confidencia muy íntima, y en la cual, según su costumbre, ponía una crueldad feroz y hasta algún tanto exajerada.

Julieta hablaba á Querida de un pretendiente que estaba á punto de llegar á ser su marido.

—Mi madre, mi madre... —exclamó la señorita Tony-Freneuse contestando á una pregunta de Querida sobre las buenas disposiciones de su familia — mi madre nada tiene que ver en esto... ¡Ah! mi buena Querida, tú estás aún en los tiempos en que los padres casaban á los hijos... pero ahora nos casamos nosotros solos... Mira, hace algún tiempo que *hago la rosca* á ese chico... me ha dicho que sería mi marido... yo no le amo... es horriblemente rico.

—¿Y no amándole, has tenido maña para persuadirle de que le amabas?

—¿Qué has hecho, querida mía,

de esa hipocresía femenina de que Dios tan paternalmente nos ha dotado... —dijo la joven, golpeando con su latiguillo debajo de su amazona— de esa hipocresía perfeccionada por todas las cosas que á la fuerza hemos de aparentar no comprender... y que las indiscreciones del azar nos han enseñado? Porque, en último término, nuestra superioridad consiste en mentir mucho mejor que los hombres... Nosotras jamás nos hacemos traición con ese maldito fruncimiento de labios ó ese girar los ojos... que con tanta claridad nos revela que un caballero miente cuando nos habla... Pero no me escuchas... estás distraída... ¿qué tienes?... ¿es que aún?... —

—Sí, sí... no quería contártelo... Pues bien, he aquí mi pesadilla... He visto pasar un féretro cubierto de rosas blancas.

—¡Tú, supersticiones de portera! —dijo la señorita Tony-Freneuse, echándose de un salto al suelo desde la cama. — Levántate y ven á almorzar en casa de mamá... Tanto nos burlaremos de ti, que no te atreverás á pensar más en ese estúpido ensueño.

—¿Te casas pronto? —preguntó Querida, saliendo de la cama.

—Sí, dentro de pocos meses.

—¡Vamos, entonces yo soy quien se queda soltera entre todas nosotras!

## XCIII

Aquel año comenzó de pronto la sociedad á convertirse para Querida en un placer desprovisto de todo cuanto le otorga la imaginación femenina, un placer en que ya no existía la espera de un desconocido en otros tiempos prometido de antemano á la joven soltera por cada sarao, un placer que había cesado de ofrecerle los espejismos de los anteriores inviernos.

Ayer, para ir á reuniones, jamás le parecían bastante activos los dedos de su doncella, bastante rápidos los caballos de su abuelo; hoy... No, Querida ya no llevaba á los salones aquella fiebre nerviosa de la voz, aquella ligera embriaguez de los gestos, aquella vivacidad de cuerpo, que dan á la entrada de una tímida damisela en un baile ese lindo aspecto de diablura.

Ya no era la sociedad para ella aquel sitio de ventura y de encantos, donde, sin saber cómo, apoderábase entonces de ella una voluptuosa exaltación de su sér. En la actualidad se daba clara cuenta de esta exaltación, forjábase con las músicas, las luces, las flores, los reflejos de la luna, las frases equívocas, los vasos de ponche.

El baile había dejado de ser aquel frenesí vertiginoso, aquel pleno goce de un no sé qué intraducible en absoluto por lo embriagador, ese arrebató que emborracha y trastorna á la mujer; el baile habíase convertido para ella en la danza y nada más.

Al mismo tiempo que el baile perdía su fascinador atractivo, también el que saca á bailar, el *pollo*, el barbilindo inexperto, despojábase á los ojos de la joven de su lado seductor; hallaba de pronto en él demasiada vaciedad y excesivo aturdimiento; y privado de la corona de su amante aureola, descendía en la mente de Querida hasta el ínfimo papel de cosa útil para un salón, casi casi de un mueble.

Ni siquiera le divertía ya la charla de sus amiguitas, y asombrábase de encontrar en sí misma mucho menos viva la impresión sobre su inteligencia de esas insignificantes ingeniosidades que constituyen el fondo de la conversación propia de la elevada sociedad parisiense.

En fin, según su frase, sentíase entonces *helada*, sin encontrar ya dentro de sí fuerzas para el coqueteo con los pollos, sin tener ni aun recursos para esas atenciones generales de sociedad.

En la actualidad, lo que más le gustaba á Querida en un salón, era no pensar en nada, mirando vaga-

mente los juegos de luz sobre el rostro de las personas, escuchando distraída el confuso ruido de las conversaciones en torno de ella.

#### XCIV

A veces preguntábase la nieta del Mariscal con una especie de incertidumbre, con una duda inquisitiva, si era en verdad la misma Querida de años atrás. Remontándose á sus impresiones, á sus sensaciones, á lo que entonces pasaba dentro de su ligero cerebro, no se conocía á sí propia y experimentaba algo así como la creencia en la sustitución de otra joven puesta en el lugar de ella.

Ya no era, de ningún modo, pero de ninguno, su manera usual de impresionarse y de juzgar y ver las cosas, sin que pudiese darse cuenta de cómo había ocurrido tal metamorfosis y con tal rapidez.

Habíase posesionado de ella una sana razón, y de ese sano juicio resultaban apreciaciones y gustos de persona harta y curada de engañosas ilusiones.

En el trato frecuente con algunos

artistas y literatos satíricos, había renegado del estúpido culto de la *distinción* suprema, perdido el respeto á lo *elegante*, en uso entre la alta sociedad burguesa y administrativa, y rechazado lejos de sí aquella *fatuidad ridícula* en las ideas, cosas todas ellas que por tanto tiempo comprimieron sus cualidades ingénitas.

Hasta su mismo ingenio, pues no carecía de él, dejaba de ser esa parlanchinería saltimbaqui y epiléptica de una marisabidilla moderna; ahora pronunciaba frases lindamente naturales, como esas que dicen las provincianas que son de chispa.

Y en último término ¡extraña particularidad! los ensueños de la joven no tenían por objetivo ya un gran salón oficial, sino que se refugiaban en un rincón de la Lorena, en una casita escondida entre vetustos árboles, en una manada de animales domésticos, agitándose y alborotando alrededor de sus faldas, en una vida entre la naturaleza y en los campos.

Sin embargo, este cambio moral, en vez de efectuarse con la serenidad que acompaña por lo común á la extinción de lo mundano en una joven, producíase en medio de una inquieta tristeza y en un estado de fatiga física tan grande que era casi dolorosa.

## XCV

Despertábanse en Querida ciertas ternuras, ternuras desconocidas hasta entonces y que algunas veces le sorprendían.

Rica, rodeada de lujo, satisfechos en el acto sus necesidades y deseos, sin conocer privaciones de ningún género y sin contacto inmediato con los miserables, por buena que sea una señorita joven y rica, no tiene idea exacta de lo que es el infortunio, y su corazón le informa de un modo incompleto acerca de los sufrimientos de los desdichados. Asemajábase algo á aquella Princesa de Francia á quien se le hizo saber que había personas faltas de pan, y la cual respondió: «Que coman bollos.» La señorita rica ejerce la caridad sin sentir compasión, obediente al programa de los deberes y ocupaciones propias de una joven bien educada.

Querida había ejercitado así mucho tiempo la caridad, pero de poco atrás, desde que ya no era feliz, conmovíase con los infortunados á quienes daba socorro, conmovida y agitada durante varios días seguidos.

## XCVI

Acaso algo de este completo cam-

bio de su sér fué por ese tiempo en Querida producto de un sentimiento, un verdadero amor, una pasión sincera sobrevenida al cabo de esas coqueterías en frío, de ese *galanteo* sin corazón y que, según á veces ocurre en la sociedad parisiense, encendióse y murió dentro de ella misma, sin que llegara á saberlo el hombre amado.

Dos frases escritas en un librito de apuntaciones, hallado más adelante por el Mariscal en el costurero de su nieta, fueron la única revelación de este amor desconocido. He aquí estas dos frases:

«Soy feliz, muy feliz; no necesito nada... me basta con saber que está allí, donde yo estoy.

» ¡Tenía tantas cosas que decirle!... pero no he sabido decirle nada de lo que yo hubiese querido... No ha sido alegre, ni agradable, ese rato de conversación con él... ¡Era como si ya no sintiera nada yo, como si no me acordase ya de nada!»

## XCVII

¡Cuán extravagantes eran las distracciones que había inventado Querida á la sazón para su uso personal! ¡Hubiese llenado de asombro á la joven quien un año antes le

hubiera predicho el modo como pasaría la mayor parte de sus veladas durante una época de ausencia del Mariscal para cumplir la orden de inspeccionar las plazas fuertes del Norte de Francia!

Enseguida de comer, salía escoltada por su doncella é iba á los cuatro extremos de París para comprar, por valor de algunas piezas de cobre, hilos, algodón, trencillas, en los almacenes de novedades más distantes y más lejanos entre sí. Todo ese tiempo, ella, que antes nunca había dado un paso por París, que siempre iba en carruaje, todo ese tiempo andaba á pie.

Y andaba impulsada, forzada-mente, como si se lo hubiese recetado el médico, ó más bien, cual si hubiera apostado consigo misma á estar de pie cinco ó seis horas. Y si llovía, ó hacía niebla, ó reinaba uno de esos temporales que dificultan para caminar sobre el piso resbaladizo, Querida mostraba en su rostro satisfacción por ese aumento de cansancio.

La doncella preguntábase, molidá, qué demonio de gusto podía tener la señorita en patalear así por el barro. Querida trotaba sin parar, recordando en el último instante una caminata que se le había olvidado, y lanzándose á través de los carruajes del arroyo, á través de los paraguas de la acera, entre el

chapoteo y los empujones de las calles parisienses, á la hora en que al encenderse el gas refléjanse las luces en los charcos de agua, en un día de fines del invierno.

De regreso, en su casa, á la hora exacta de comer, la joven enviaba recado á su institutriz de que tenía jaqueca y que se iba á acostar. Desnudábase en un segundo, se metía en cama entre las finas sábanas de hilo, que se mudaban á diario por un refinamiento de limpieza exquisita y hasta un poco maniática. Arrebujábase allí con la gozosa premura de una mujer que se acostara á las seis de la mañana después de bailar toda la noche.

En esos días de escapatoria, Querida mandaba que le hiciesen en la cocina un vulgar puchero; y tan pronto como estaba dentro de la cama, su doncella le servía un plato de hirviente sopa, cuyo calor, difundiéndose por todo su cuerpo, expulsaba esa frialdad interior que produce el quebrantamiento de miembros.

Después de haber tomado la sopa, Querida se hacía servir (no es posible adivinar qué cosa)... una rebanada de pan con mostaza; luego de concluída esa singular refacción y de retirarse su doncella, en ese primero y bienhechor silencio, donde sólo se oyen las palpitations del propio corazón, se hundía en su



lecho para dormirse á escape, sin perder un minuto. Dormir, dormir muchísimo tiempo, dormir doce horas, en el seno de algo alegre, entre colgaduras de color *crema* con grandes ramos de flores; tal era á la sazón su mayor voluptuosidad, su desenfreno; y dormir con un sueño de anonadamiento, un sueño en que había algo de la muerte.

Entonces la joven y bella señorita se irritaba contra el ruido de los carruajes, que retrasaba unos instantes ese sueño: ella, que otros años, en los primeros días de verse de vuelta del campo en la calle de Saint-Dominique-Saint-Germain, estaba voluntariamente despierta una noche, dos noches, para tener la íntima satisfacción de oír rodar los coches por el empedrado, y gozar plenamente de la certidumbre de estar de veras en París, en la capital de los placeres del mundo.

### XCVIII

Poco más ó menos, por aquel entonces, una señora de la sociedad oficial, mientras compraba flores en el mercado de la Magdalena, decía á otras dos señoras paradas ante el mismo puesto:

—Acabo de encontrar hace una hora á la señorita Haudancourt... En verdad que es cosa muy chocante... Ella, en otros tiempos de una elegancia para calle, estoy por decir que absurda... á la verdad, no sé cómo toleraba eso el Mariscal... Pues bien: hoy, no lo creeríais, andaba por ahí de bata... sí, de bata, con un largo chal por encima.

—También yo había reparado en ello desde hace algún tiempo—contestó una de las dos señoras.—Nunca se me olvida, ya sabéis, en aquel baile del invierno último en casa de Erlanger... con aquel traje que no dejaba de ser hechicero, pero tan llamativo... la famosa falda de tul de color de rosa, cubierta de encajes prendidos con ramitos de violeta... Pues bien: últimamente, en una reunión... me asombré de verla puesta como todo el mundo... como una mujer que «no viste».

—En fin, lo cierto es que Gentillat no comprende nada de eso—añadió la otra señora.—Figuráos que no tiene noticias de ella desde hace un año.

Algunos meses después de esta conversación habida en el mercado de la Magdalena, charlaban en un ángulo de una sala Andrea y Lucía:

—¿Cómo la encuentras tú?—preguntaba Lucía á Préandau.—Ayer fui á visitar á Querida... Desde la calle la veo cerrando su ventana...

y el portero me sostiene que ha salido... Germana tampoco tuvo mejor suerte que yo, hace algunas semanas... Forzó la consigna... llegó á la antecámara... parecióle oír desde allí la voz de Querida... Ya la conoces... quiso entrar á viva fuerza... Entonces llegó Lina confusa, y casi llorando, suplicó á Germana que se fuese... que no quería ver á nadie aquel día... Es curioso: ella tan ávida de placeres apenas hace un año... ya ni un baile, ya ni una reunión... ni siquiera come ya en casa de la señora Tony-Freneuse... En fin, en la actualidad no se la ve por ninguna parte... Cuando á su abuelo se le interroga sobre el particular... responde con frases vagas y algunas veces sin sentido... Ya sabes, la opinión generalizada es que el Mariscal desciende á escape.

—Sí, sí, algo pasa—repitió dos ó tres veces Andrea Cheylus.—Mamá me obliga desde hace meses, por mi salud, á ir todos los días al lago una hora; nunca la encuentro en el Bosque.

Un año después, en un gran banquete, contestando á un convidado que desde un extremo á otro de la mesa preguntaba si era cierto que la señorita Haudancourt estaba enferma de verdad, según decían ciertos rumores, un ilustre médico especialista en las enfermedades

nerviosas, contestó:—Está un poco delicada, pero muy levemente y sin gravedad alguna.—Dijo esto en alta voz; pero, inclinándose hacia el oído de uno de sus vecinos, añadió en voz baja:—La evolución exige fecundación, ¿no es así?... Por tanto, cuando las jóvenes desarrolladas á las cuales no se les da marido... son chocantes los padres, palabra de honor... paréceles extraordinario que algunas veces mueran ellas por tal causa... Mas, esto es muy común en un medio tan excitante como París.

## XCIX

—¡Una carta para la señorita!—dijo al entrar la doncella de la señorita, Georgina de Suzange.

La joven tomó la carta, conoció la letra, y sin abrirla, quedóse largo tiempo mirando al sobre, pensativa, cabizbaja.

—¿Por qué le escribía?... Habían transcurrido años sin verse... y durante estos parecía no haber conservado el más mínimo recuerdo de su amiguita de primera comunión... quien, sin embargo, le quiso mucho... pero prefirió á su amistad las de la señora Malvezin

y otras... le parecieron más divertidas.

Abrió la carta.

Era un convite para comer, cual si ambas amigas se hubiesen separado la víspera; una invitación de forma un poco extraña, sin embargo, y que terminaba con estas frases: «Ponte guapa. Iremos á un sitio por la noche».

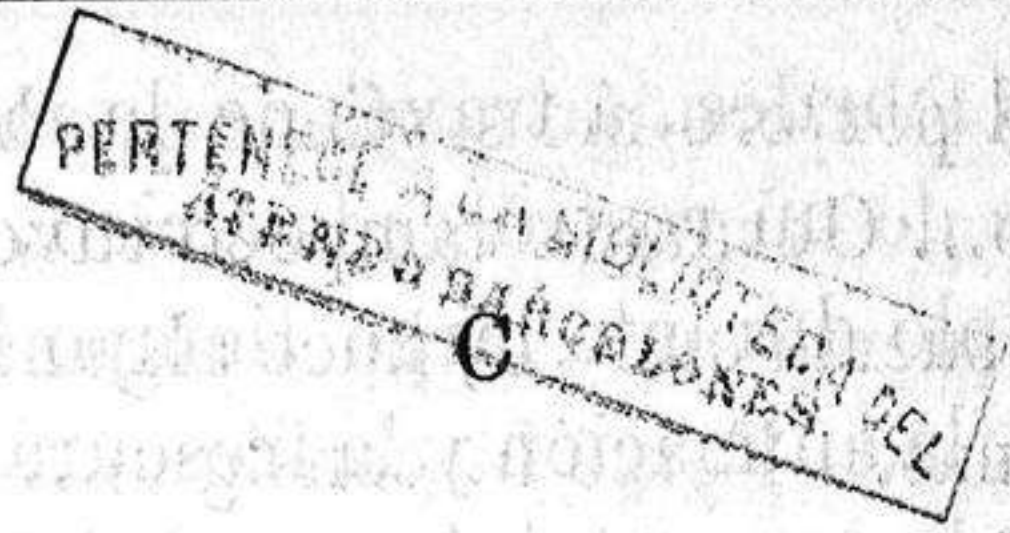
—¿Para qué volver á verse?— pensó Georgina.—¿Valía la pena de *amarse de nuevo*, quizá para pocas semanas?...—Además, estaban ahora tan lejos una de otra... La sociedad, los hábitos y las ideas de su antigua amiga eran hoy tan diferentes de las suyas propias... tan diferentes de las suyas, que no tenía deseo ninguno de aceptar su invitación.

Y sin embargo, había en esta carta algo inexplicablemente tierno y triste que le hacía vacilar para negarse.

En esta incertidumbre, fué en busca de su madre y le dió á leer la carta de su amiga.

—No puedes rechazar el convite de la señorita Haudancourt... ¡Crée á tu anciana madre!—le dijo con tono grave y sin explicarse más.

Un tanto preocupada, pero decidida por las palabras de su madre, Georgina escribió á la nieta del Mariscal una afectuosa carta de aceptación.



El criado que había abierto á la señorita de Suzange, la guió al fondo del jardín del hotel y la introdujo en un kiosco ruinoso, que servía para guardar los instrumentos de jardinería.

La señorita de Suzange, en medio de la luz crepuscular de la caída de la tarde, no vió al principio más que esto: un maniquí de mujer, con el busto rudimentariamente modelado en cutí gris, la cabeza reemplazada por una bola de madera barnizada, los brazos cortados y metidos en el sitio de las axilas, por medio de redondeles de metal ennegrecido como tapaderas de estufa; pero un maniquí cuya parte inferior encerraba la vida de una persona viviente, de una doncella de labor trabajando oculta bajo las ondulaciones y los roces chillones de una falda de raso blanco.

Sin embargo, casi enseguida vió en plena sombra, arrojada por el maniquí sobre un tapiz turco, á la señorita Haudancourt echada en el apisonado suelo de tierra, retorciéndose como un gusano cortado.

Querida levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre la palma de la mano, y sin decir palabra y con

ojos febriles, á través de la mascarilla de un rostro cadavérico, contempló durante largo tiempo la salud, la animación y la frescura sonrosada que refulgían en la cara de su amiga; luégo, echando una mirada con el rabillo del ojo á la falda de raso, exclamó:

— Vamos á los Italianos, ¿sabes?

— ¡Ah!— prorrumpió la señorita de Suzange, sin poder disimular su extrañeza.

— ¿Te asombra esto, caramba?

Y Querida, echada boca abajo, con los codos en el suelo, se puso á mordisquear un pedazo de queso en el hueco de sus dos manos, juntas á sus labios, y en el cual pareció á la visitante ver rebullirse la animalidad de la podredumbre.

A la par que de vez en cuando daba un mordisco á lo verde de su pedazo de queso, y sin contestar á las preguntas que le dirigía la señorita de Suzange, la nieta del Mariscal continuaba mirando casi málevolamente con sus ojos hundidos á su robusta amiga.

## CI

Una campanada anunció la comida.

Querida se puso en pie de un brinco, extendió las manos alrededor

de sí con una especie de palpamiento en el espacio, cual si buscara un punto de apoyo en él, después se agarró á la cintura de su amiga, y atravesó el jardín apoyada en ella.

Delante de la gran chimenea del salón estaba de pie el Mariscal, dando con silencioso saludo la mano á los convidados que entraban en el salón. Y cuando un amigo íntimo, un viejo compañero de Africa iba á colocarse junto á él y eternizarse á su lado, veíase al Mariscal sacar del bolsillo una cajita de cartón llena de *agentes de cambio Bonnet*; y la pastilla que cada cinco minutos ofrecía á su vecino, con mecánico movimiento de brazo, era la única conversación del amo de la casa, quien no dejaba un momento de mirar á su pálida nieta.

En el alféizar de una ventana, una vieja solterona, una pariente remota á quien el Mariscal había hecho venir de provincias para hacer el papel de madre de su enfermita, medio inclinada hacia fuera de su sillón, hablaba al oído de un íntimo de la casa, con grandes surcos de amargura escavados en los ángulos de la boca y dirigiendo de tiempo en tiempo las vagas miradas de sus húmedos ojos hacia el techo, como si éste fuera el cielo.

Flores cuya agua nadie cuidó de renovar, ajábanse en las rinconeras del salón; y los convidados, poseí-

dos del taciturno dolor del Mariscal, lejos unos de otros, contemplaban con tristes languideces los cuadros puestos en sus marcos torcidos.

Al anunciarse que la mesa estaba servida, el Mariscal abandonó la chimenea, ofreció el brazo á su nieta, estrechando entre las suyas la enflaquecida mano de ésta y dándole suaves golpecitos, llevándose la dos ó tres veces á los labios en el trayecto de la sala al comedor, con algo así como la ternura galante de un viejo enamorado.

Empezóse la comida, un gran banquete en extremo largo, en que no se oía el ruido de los tenedores y cucharas sobre los platos; en que las escasas palabras que se decían más bien se cuchicheaban que se hablaban; en que los criados, con extraño aspecto y algo enigmático en el semblante, andaban de puntillas con circunspección; en que, por último, reinaba en torno á la mesa la mustia seriedad, el acompasado recogimiento de actitudes, el silencio intranquilo que reinan en los hogares amenazados por la perspectiva de una catástrofe.

Preocupado el Mariscal con su amada criatura, á quien no perdía un segundo de vista, olvidábase con frecuencia de beber, ponía la copa junto á los labios y dejábala distraidamente intacta sobre la mesa.

En cuanto á Querida, que no tocaba siquiera los manjares, conociase por su rigidez que desplegabá todas sus fuerzas físicas, toda la energía de su voluntad, con el fin de sostenerse derecha en la silla durante una hora entera, derecha delante de su cubierto.

A veces, cuando Querida notaba fijos en ella los ojos de su abuelo, la joven trataba de tranquilizarle con una pobre sonrisa contraída y que daba pena, anunciándole á través de la mesa «que no estaba muy mal». Pero si con la vista llegaba el Mariscal á indicarla que no se obstinase en fatigarse y la hacía seña de que se retirara, ella contestábale un *no* con la cabeza, recalcado con una sombría terquedad.

De pronto, á media comida, después de un relámpago de angustia en los ojos, la nieta del Mariscal deslizóse de su asiento entre sus dos vecinos, cayó de costado dando con la cabeza en el suelo, con el ruido seco y la silueta destrozada de una muñeca rota en dos pedazos.

Inerte y con los ojos abiertos y fijos, Querida fué transportada por detrás del Mariscal á un diván, colocado desde algún tiempo en el comedor «para los síncope de la señorita».

Hízosele respirar vinagre.

Al cabo de breves instantes comenzó á reanimarse la joven. Pro-

nunció el nombre de su doncella. En este primero é imperfecto recobro del conocimiento, creyó que el bulle bulle que había en torno de ella era el ajeteo de Lina en su dormitorio por la mañana alrededor de su lecho. Persuadióse de que abrían las hojas de su ventana; y el aliento de la señorita de Suzange sobre sus sienes mojadas con agua de Colonia le pareció el aire matutino que entraba por dicho hueco.

Mas enseguida volvió en sí, y sentóse inmediatamente en la silla con su tiesa postura.

—¡Querida—le dijo su anciana pariente—no es razonable ir esta noche al teatro!

—¿Han dado orden de enganchar?—exclamó la joven con voz resuelta, recalcando cada palabra de su frase.

Y como la pobre señora implorase la ayuda del Mariscal, el abuelo hizo un vago gesto en el vacío, revelando su falta de valor para condenar un capricho de una sentenciada á muerte.

## CII

Al levantarse de la mesa, Querida llevó á Georgina de Suzange á su cuarto.

Por el suelo había en un rincón

multitud de zapatos de raso blanco probados y desechados unos tras otros, y en medio de los cuales veíanse otros pares sin sacar aún de sus coquetonas fundas de hilo crudo, con iniciales bordadas: todos aquellos zapatitos trascendían á olor de piel de España, con que estaban perfumados.

Junto al vestido del kiosco recién acabado, mostrábanse en unas perchas otros dos trajes de sarao para que á última hora pudiese elegir Querida con cabal conocimiento de todos ellos.

Por la puerta del inmediato guardarropa, veíase en los compartimientos entreabiertos de los armarios la perspectiva de faldas con volantes y faralaes, sobre el mullo de saquitos de olor que guarnecían por completo el fondo. Los cajones de dos cómodas del dormitorio dejaban ver por entre su abertura y á través de las densas capas de un revoltijo, invento de la Menjaud, de la servidumbre de las señoras de la Casa Real de Francia, medias de seda, pañuelos de encaje, docenas de guantes, vueltos á meter más adentro enseguida por una mano desdeñosa.

Sobre un veladorcito descansaba una tablita cuadrada de ébano, en cuya ranura oval destacábase en curva un collar de una sarta de perlas del más hermoso oriente.

Y entre el desbarajuste elegante, rico, distinguido de aquel dormitorio de señorita parisiense, en el fondo de los cortinajes del pequeño lecho con cubrepiés bordado en blanco sobre blanco, como los cojines de los muebles, con dos cuellos de cisne inclinados hacia una gran C., ardía una lamparilla ante una vulgar Virgen de yeso como las que se encuentran en la pobre alcobita de una obrera de Madrid.

Querida, quien parecía estar falta de fuerzas en el comedor para sostenerse sentada en una silla, poníase á la sazón en el dormitorio á andar con los febriles movimientos de un animal herido, yendo y viniendo de un extremo al otro de una jaula; y exaltada, excitada, fustigada poco á poco por este andar á la carrera, sin que su amiga pudiera explicarse tan repentino y sorprendente arrebató, cada vez que pasaba por delante de Georgina apostrofábala con frases sibilantes por las sordas y rabiosas cóleras de su voz.

—Tú, tú no eres una naturaleza apasionada... ¡Tú, amor!... ¡Qué es eso para ti?... ¡Tú, sentidos!... ¡sí sí!... Tú no tienes nada ahí dentro —dijo comprimiendo con ambas manos su pecho— no tienes nada de aquéllo por lo cual me muero yo!... ¡Ah, eres feliz, rematadamente fe-

líz, tú... y las demás parisienses á tu imagen!

Y conforme Querida expulsaba su secreto con estas palabras violentas, parecían sus manos amenazadoras, y lo blanco de sus dientes apretados mostrábase con inquietud por entre sus palidísimos labios; tanto que su medrosa amiga encogíase en el fondo de su butaca pensando si tendría que tirar del cordón de la campanilla.

Entonces Querida se echó bruscamente en brazos de Georgina, la cubrió de besos deshecha en llanto, lágrimas confundidas con las palabras siguientes:

—Sí, está muy enferma tu pobre amiga... muy enferma... vamos, perdónala... ¡Mira, es duro, muy duro salir tan joven de esta vida... sin haber amado!

Interrumpióse y miró á hurtadillas su collar de perlas, hacia el cual iba como atraída, arrastrando consigo á Georgina delante del velador.

Sacó un momento las perlas de su negra ranura y acaricióse con ellas, con tiernos mohines, ese sitio de la mejilla junto á la oreja, donde está esa carne tan dulce para los labios que besan.

—¿No te parece que se ama á las perlas muy de otro modo que á las demás cosas que nos gustan? —dijo Querida. — Mira, son así como leche que fuera claridad... luz, ¿no

te parece?... Allá adentro hay unas que durante largo tiempo contemplé en el escaparate, en la calle de la Paz, sin saber si nunca habían de llegar á pertenecerme... Ese pobre abuelito acababa siempre por regalármelas al fin y á la postre... Hasta esta mañana no me han traído mi collar de casa de la célebre *coleccionista*... ya sabes, esa que se pasa semanas enteras delante de un armatoste de ébano como ese, siempre cambiándolas, cambiándolas hasta que... ¡Las perlas, decididamente me parecen más bonitas que los diamantes!

Querida se quedó suspensa mirando su collar, inclinada sobre el velador, con una de esas risueñas fascinaciones que experimentan las mujeres á la vista de las piedras preciosas; por un curioso efecto psicológico, esta contemplación sumió á la joven en la tranquilidad, en el sosiego más dulce.

—¡Qué tarde es ya!—exclamó Querida, metiendo la cabeza en un inmenso lavabo, y después de sacudirse varias veces lo mismo que un pájaro, esparciendo gotitas de agua á su alrededor, llamó á su doncella.

—¡Pronto, pónme guapa, muy guapa! ¿Oyes?

La doncella comenzó á peinarla, y durante la fatigosa tarea del peinado, y entre el cosquilloso roce de los cabellos que con frecuencia pro-

duce desmayos en las jóvenes anémicas, Querida pasaba de vez en cuando por detrás de su cabeza una mano lánguida para tocar en el brazo á su doncella diciendo:

—Aguarda.

Y Lina se detuvo, hasta que su joven señorita le dijo con suspirosa respiración:

—Sigue ya.

Por un momento cerráronse los ojos de Querida, y Georgina de Suzange creyó que había perdido el conocimiento, cuando los labios de la joven, á quien continuaba peinando su doncella, murmuraron con una musitación apenas perceptible:

—La cara contra la pared... en el ángulo oscuro de una alcoba... en el fondo de un lecho... no, yo no quiero morir así... Es preciso hacerlo como lo deseaba una joven señora en unas memorias que leí... Fué en carruaje... por la gran Avenida de los Campos Elíseos... en medio del movimiento, del ruido, de la vida de todo París... Oye Georgina—dijo volviendo á abrir sus ojos y con voz firme de pronto—¿no piensas que así debe ser la muerte deseable por una parisiense?

Concluyó el peinado de Querida. Llegó el momento de vestirla, de ponerla su traje, momento en que era preciso que estuviese derecha, de pie largo tiempo. Llamó por señas á Georgina, y apoyándose de



lado sobre ella con ambas manos, dejó hacer á su doncella, con la actitud soñolienta y dejada de un niño semidormido, á quien se le viste un disfraz para llevarle á un baile de máscaras.

Sin embargo, hacia el fin, Querida se repuso en un instante de su desfallecimiento; y echándose rápidas ojeadas de arriba á abajo pasando revista á todo su traje, después de una breve sacudida nerviosa del cuerpo, con la yema de un descarnado dedo dió gracia á la caída de un pliegue, ahuecamiento al lazo de una cinta, coquetería á cualquiera nonada de su prendido, todo ello á la par encantador y fúnebre.

Una vez concluido su tocado, después de mirar largo tiempo con impasibilidad su lívido rostro reflejado en el espejo de mano, dijo con voz dura á su doncella:

— Vamos, tú, pónme colorete, y date prisa... Si, que para los demás tenga yo aspecto de viva... ¡siquiera esta noche todavía!

### CIII

La entrada de la señorita Haudancourt en su palco de los Italianos, produjo en la sala ese movi-

miento de curiosidad que acoge á la presentación en escena de las personalidades parisienses que se han ausentado una temporada, y vuelven á aparecer de nuevo cuando menos se piensa.

— ¡Es que doy miedo? — prorumpió la nieta del Mariscal, molesta por lo fijo de todas aquellas miradas que se le dirigían, y tratando de esconderse tras de su abanico; un gran abanico de encaje negro, donde entre el luto de la transparente trama, dábanse el pico unas palomas.

Querida no escuchó la respuesta de Georgina, como si estuviese absorta en la música de amor.

Aquella noche se representaba en los Italianos la ópera *Lucía*, y cantaba Fraschini.

— ¡Oh, qué feliz soy, muy feliz! — dijo Querida al cabo de algunos instantes. Y tomando entre sus manos la muñeca de su amiga, la presión de sus flacos dedos apayados en la carne de la señorita de Suzange, notaba las ternuras, las languideces, los ardores del canto, y revelaba la agitación amorosa de su ser moribundo por un contacto nervioso y lánguido.

En el estado de debilidad en que se encontraba Querida, dijérase que aquella música de *Lucía* le embriagaba; y con su palidez, sus grandes ojos extáticos y su boca son-

riente con los ángulos en sombra aparecía como una moribunda embriagada por el alcohol con que como supremo recurso trátanse en la actualidad las enfermedades del pecho.

Distrayendo un momento su atención del escenario para fijarla en las localidades, dijo á su amiga:

—¿Has visto la sonrisa que acaba de dirigir la condesa de Fenilles á ese joven que está de pie en un escalón á la entrada de la orquesta?... Fíjate, el sitio del marqués de Chateamorand está vacío en el palco de la duquesa... ¡Ah, ah, la embajadora no ha salido aún de París, ni tampoco su amado!... ¡Ya sabrás que tuvo buen descoco la embajadora!... Escribir una carta á la mujer del ministro de Negocios Extranjeros, á la cual no conocía... para que el ministro no trasladase al secretario de embajada de su marido de junto á ella... sí, sí, de quien confesaba lisa y llanamente en su carta que era su querido... Bien, el matrimonio Montverdun parece que hoy está de monos... ¡Cómo se agita la vieja Jonvin... la mujer que está en aquel palquillo de antepecho descubier- to!... ¡Caramba, como que lo está de ver junto á la señorita Honfroy al último caballero con quien estuve para casarme!

Y la atención de Querida trasla-

dábase á los palcos, á todos los palcos donde se amaba, y gozándose en ello, cuchicheaba al oído de Georgina la nomenclatura de los amores legítimos é ilegítimos reunidos aquella noche en la sala.

Luego se calló y quedóse meditabunda, saliendo de su ensimismamiento de repente con esta brusca pregunta:

—¿Por qué no has venido nunca al Muguet?... Vaya, es muy alegre nuestro país... aldeas con casas de piedra blanca... todas con un albaricoquero arrimado contra la fachada... y enfrente de cada una de ellas una losa que sirve de puente al arroyo de agua viva que corre por delante de la puerta... En nuestra posesión hay, entrando á mano izquierda, después de pasar la verja... figúrate una rampa de peñascos cubiertos de musgos amarillos, de musgos de color de rosa, de musgos cuyo color exacto no puede indicarse... y cuajados de esas florecitas, ya sabes, de esas que más bien parecen adornitos de veludillo que flores de verdad... de esas florecillas que el abuelo denomina *sedum plumbago* y no sé qué más... De seguro, no te formarás idea de qué bonito hace eso... el lindo gris atigrado de la piedra y los gentiles colores de esas florecitas carnosas con el azul del cielo... que allí en-

cima parece más azul que en todas partes.

Detúvose bruscamente á mitad de frase y se puso á mirar con los gemelos á una mujer conocida, que en un proscenio hacía gala de un distinguido y descotado traje.

Miróla con tal obstinación, que Georgina de Suzange le dijo:

—¿Pero qué te pasa, para observar como lo haces á la bella señora de Marcien?

—Es cierto, mas no sabes tú... Repara bien, está algo así como tu pobre amiga... mi médico es el suyo... Mirala... qué risueña, ¿ves cómo gusta á todo el mundo en la sala, di?... Pues bien, mañana espera á Velpeau... Ya habrás oído hablar de Velpeau... ¿comprendes?... glándulas cancerosas... se trata de cortarle uno — dijo tocándose un pecho con el abanico.— Pero es preciso que nadie se lo figure en París... ¡La enfermedad, la muerte! hay que ocultarle esto cuando se es una mujer de moda, una mujer *chic*... Es de rigor estar siempre en escena con una sonrisa de bailarina... sin eso os olvidarían... Ya has visto, ahora mismo, parece que nadie me conocía... ¿Qué será lo que tanto mira, sin quitar los gemelos de los ojos?... No es eso lo que ve... ¿Sabes? debe de ser el azul frío del acero, los

instrumentos de cirujía... ¡los bisturís de mañana!

T' amo ingrata, t' amo ancor...

Este doliente grito musical de la pasión trajo de nuevo á Querida hacia la ópera de Donizetti.

Con los ojos cerrados, la barba sobre sus manos cruzadas y con el abanico delante de la cara, la joven escuchaba como quien ora.

—¿Te encuentras mal?—preguntó la señorita de Suzange, viendo á Querida ponerse horriblemente pálida.

—¡No, no quiero... no quiero!— exclamó Querida con voz rápida, acercándose á la nariz un pomito de sales inglesas y respirándolas con toda la fuerza que le quedaba.

El final de la ópera, ese canto desolado, esos balanceos de sollozos, ese arrastrarse moribunda la voz de Edgardo, aquella agonía de dolor amoroso, en fin, ese «número» que valió á Moriani el sobrenombre de *tenor della morte*, lo escuchó á través de una serie de desvanecimientos; en los cuales el colorete que se había hecho dar por Lina convertíase á escape sobre las livideces de su cutis en una mancha morena, una mancha aterradora.

—¡Hasta la vista, hasta luego!

—dijo Georgina de Suzange á su amiga, al apearse del carruaje que la había vuelto á su casa.

—¡Adios!—contestó Querida, recalcando la palabra.

CIV

Sr .....

*El Mariscal Haudancourt, Gran Cruz de la Legión de honor, ex-*

*ministro de la Guerra, tiene el honor de participar á V... la dolorosa pérdida que acaba de sufrir en la persona de la señorita*

**María Querida Haudancourt**

*su nieta, fallecida en el castillo de Nonains-le-Muguet, el 20 de Junio de 1870, á los diez y nueve años de edad, y después de recibir los Santos Sacramentos.*

Rogad á Dios por ella.

**EDMUNDO DE GONCOURT.**

## UNA CORTA EN EL BOSQUE

### I

**E**n pleno invierno del año 18\*\*\* formaba parte del destacamento de la Gran-Tchetchan una sección de nuestra batería. En la tarde del 14 de Febrero, habiendo sabido que el pelotón que yo mandaba en ausencia del oficial debía acompañar á la columna enviada el día siguiente para una corta en el bosque, recibí y comuniqué en seguida las órdenes necesarias, y luego me retiré á mi tienda antes que de ordinario. No tenía la mala costumbre de calentarla con brasero, y así me acosté vestido en una cama de campaña, me eché la gorra sobre los ojos, me arropé con mi abrigo y me dormí con ese sueño profundo y pesado con que se duerme en los momentos de inquietud y de cuidado que preceden al peligro. La espera de la expedición del siguiente día era lo que me ponía en tal estado.

A las tres de la mañana, cuando todo estaba aún en tinieblas, sentí que me quitaban el abrigo tan caliente, y la roja luz de una vela hirió desagradablemente mis ojos adormilados.

—¡Haced el favor de levantaros! —oí que me decían.

Volví á cerrar los párpados, y echándome de nuevo encima el abrigo con un movimiento inconsciente, me dormí otra vez.

—¡Haced el favor de levantaros! —repitió Dimitri, sacudiéndome sin compasión por el hombro. —La columna va á ponerse en marcha.

Volví bruscamente á la realidad; me estremecí, y me puse inmediatamente en pie. Después de beberme á toda prisa un vaso de té, y de lavarme con agua helada, salí de la tienda y me dirigí al parque.

El tiempo estaba oscuro, nublado y frío. Las hogueras que acá y

allá brillaban en el campo, iluminaban el perfil de los soldados dormidos, y con sus trémulos y rojizos resplandores hacían aún más profunda la oscuridad. Muy cerca se oía un ruido sordo, acompasado y tranquilo; á lo lejos el del movimiento, rumores de conversaciones, choque de los fusiles de los soldados que se disponían á partir. Allí olía á humo, á niebla, á estiércol y á la resina de las teas. El frío de la mañana hacía correr un estremecimiento por las espaldas, y los dientes chocaban, á pesar mío, unos con otros. Unicamente por los resoplidos y por el piafar de los caballos se podía adivinar en aquella impenetrable oscuridad dónde estaban enganchados los furgones, y por los puntos luminosos de los botafuegos el sitio de las piezas de artillería.

Al grito de « ¡Con Dios! » se puso en movimiento la primera. El furgón empezó á retumbar detrás de ella, y el pelotón se puso en marcha. Todos nos quitamos las gorras y nos persignamos. Al tomar sitio entre la infantería, el pelotón hizo alto y estuvo aguardando un cuarto de hora á que la columna estuviese dispuesta y á que se presentase el comandante.

—Pues nos falta un soldado, Nikolai Petrovitch—me dijo acercándose á mí una sombra, en la que

reconocí por la voz al oficial Maximov.

—¿Quién es?

—Vélemtchuk. Le he visto pasar cuando estaban enganchando, y luego ha desaparecido.

Como no creíamos que la columna se pusiese inmediatamente en marcha, resolvimos enviar al sargento Antonov á buscar á Vélemtchuk. A poco rato pasaron junto á nosotros, en medio de la oscuridad, algunos jinetes; era el comandante con su escolta.

En seguida se pusieron todos en movimiento. La cabeza de la columna empezó á marchar, y por último también nosotros. Ni Antonov ni Vélemtchuk se hallaban presentes.

Pero apenas habíamos andado cien pasos, cuando los dos se nos incorporaron.

—¿Dónde estaba?—pregunté á Antonov.

—Durmiendo en el parque.

—¿Cómo? ¿Estaba borracho, ó qué?

—Nada de eso.

—Pues entonces, ¿cómo dormía?

—No sé.

Por espacio de tres horas seguimos caminando despacio, con el mismo silencio y en la misma oscuridad, por landas incultas y sin nieve y de arbustos pequeños que crujían bajo las ruedas de los cañones. Por fin, después de atravesar un

arroyo poco profundo, pero de corriente muy rápida, se dió orden de hacer alto. En la vanguardia se oyó el ruido seco de algunos tiros, que, como siempre, reanimó á todo el mundo. El destacamento pareció que despertaba, oyéndose en las filas conversaciones, risas y el ir y venir de los soldados, que se distraían luchando unos con otros, pateando, mascando una galleta ó haciendo ejercicio con el fusil para pasar el tiempo.

Entre tanto empezaba á blanquear la niebla hacia el Oriente. La humedad se iba dejando sentir más, y poco á poco se dibujaban entre las tinieblas de la noche los objetos que nos rodeaban. Yo podía distinguir ya las cureñas y los furgones pintados de verde, el cobre de los cañones cubiertos de una neblina gris, el cuadro familiar de los perfiles de mis soldados con sus caballos bayos, y las filas de los infantes con sus relucientes bayonetas y sus mochilas, sacatrapos y merenderas á la espalda.

Inmediatamente se dió orden de marcha, y á los pocos cientos de pasos se nos señaló el sitio donde habíamos de acampar.

A la derecha se distinguía la orilla escarpada de un arroyo de curso sinuoso y las altas columnas de madera de un cementerio tártaro. A la izquierda y por el frente,

una banda negra cortaba el horizonte.

Mis artilleros desengancharon el avantrén de sus piezas: la octava compañía, que cubría nuestra posición, colocó sus armas en pabellones, y un batallón, armado de fusiles y de hachas, penetró en el bosque.

No habían pasado cinco minutos, cuando por todas partes se vió el resplandor y el humo de las hogueras. Los soldados se diseminaron, activando la llama, arrastrando ramaje y troncos, y en el bosque se oyeron el incesante golpear de las hachas y la caída de los troncos.

Los artilleros, rivalizando en ardor con los infantes, encendieron también su hoguera, y aunque ardía tanto que no se podía uno acercarse á dos pasos, aunque una negra y densa humareda se escapaba á través de las ramas cubiertas de escarcha, de las que corría el agua, haciendo chisporrotear la llama, y aunque por debajo se amontonaba la brasa, quedando todas las hierbas de alrededor abrasadas y blanquecinas, mis soldados, sin embargo, no estaban satisfechos, sino que arrastraban árboles enteros, arrojaban á la hoguera hierbas secas y la atizaban más y más.

Cuando me acerqué al fuego para encender un cigarrillo, Vélentchuk, ya de suyo muy inquieto, y que á

la sazón, como aguijoneado por el conocimiento de su falta, se movía más que los otros, sacó con la mano de en medio de la hoguera, en un acceso de celo, una brasa encendida, pasándola rápidamente de una palma en otra, para acabar por arrojarla la suelo.

—Enciende una rama y dáselas— dijo un soldado.

—Dadme un bota fuego, hermanos— dijo otro.

Cuando por fin hube encendido mi cigarro, sin auxilio de Vélenchuk, que estaba trabajando otra vez por coger un carbón con la mano, se frotó con el faldón del abrigo los dedos quemados, y sin duda por hacer algo, cogió un pesado tronco y le arrojó á la hoguera; cuando creyó llegado el momento de descansar, se acercó al sitio de más llama, se desabrochó el abrigo, separó las piernas, extendió sus grandes manos negras, y mordiéndose los labios por un lado, cerró los ojos.

—¡Ay! ¡se me ha olvidado la pipa! ¡Qué fastidio, hermanitos!— dijo después de corta pausa, y sin dirigirse á nadie en particular.

## II

En Rusia se encuentran tres tipos militares primordiales, á que pue-

den referirse todos los soldados de todas las armas; los del Cáucaso, los de infantería, la guardia, la caballería, etc.

Estos tipos principales, con muchas subdivisiones, son los siguientes:

1.º Los *sumisos*.

2.º Los *dominantes*.

3.º Los *desbravadores*.

Los primeros se dividen en *sumisos* tranquilos y *sumisos* inquietos.

Los segundos se dividen en *dominantes* severos y *dominantes* políticos.

Los últimos se dividen en *desbravadores* divertidos y *desbravadores* propiamente dichos.

El tipo que con más frecuencia se encuentra, el más seductor, el más simpático, el que reúne las más hermosas virtudes del cristiano, dulzura, piedad, paciencia, resignación con la voluntad divina, es el *sumiso*. El rasgo distintivo del tranquilo es una calma inalterable, junta con un profundo desprecio hacia los reveses del destino; el del *sumiso* que bebe, una dulce inclinación á la poesía y al sentimiento, y el del *sumiso* inquieto, un entendimiento limitado, con un celo sin objeto.

Los *dominantes* severos abundan especialmente entre las clases. Es un tipo muy noble, enérgico, aman-



te de la guerra y no desprovisto de tendencias poéticas. A él pertenecía el sargento Antonov. La segunda subdivisión comprende los *dominantes* políticos, que desde hace algún tiempo se multiplican. Este tipo es siempre elocuente, sabe leer, lleva camisa color de rosa, no come del rancho; fuma á veces tabaco superior, se considera como muy por cima del simple soldado, y rara vez es bueno como el *dominante* de la primera categoría.

El tipo del *desbravador*, como el del *dominante*, es bueno en la primera categoría, que se distingue por una alegría continua, grandes aptitudes para todo y temperamento exuberante, y terriblemente malo en la segunda, la de los *desbravadores* calaveras; pero hay que decirlo en honra del ejército ruso; estos últimos son muy raros, y la gran masa de los soldados se aparta de ellos. Ausencia de toda fe, osadía para el vicio, es lo que les caracteriza.

Véleñtchuk pertenecía á la categoría de los *sumisos* inquietos. Natural de la Ukrania, y con quince años de servicio, ni su facha ni habilidad podían recomendarle; pero era bueno y franco, lleno de celo, aunque las más veces inoportuno, y por demás honrado. He dicho por demás honrado: el año anterior tuvo

ocasión de demostrar esta cualidad característica.

Hay que advertir que cada soldado sabe un oficio. Los más comunes, entre ellos, son el de sastre y el de zapatero. Véleñtchuk había aprendido sólo el primero, y á juzgar por el hecho de que el sargento Mikhaïl Dorofeïtch le hacía algunos encargos, hasta parece que había adquirido cierta habilidad.

El año antes, pues, Mikhaïl Dorofeïtch le había encargado que le hiciese un capote de paño fino. Pero habiendo cortado aquella misma noche el paño y puéstosele en la tienda por almohada, le sucedió una desgracia, y fué que se lo robaron y valía siete rublos. Véleñtchuk, con lágrimas en los ojos, con los labios pálidos y temblorosos, trabajando por retener los sollozos, refirió al sargento lo que le había pasado. Este se incomodó, y en el primer momento de enojo amenazó al sastre; pero después, como hombre de buen fondo y de posición desahogada, ni se cuidó de la pérdida, ni exigió el precio del paño. Apesar de todos los esfuerzos de Véleñtchuk y de las lágrimas que derramaba al referir su desgracia, el ladrón no se encontró. Grandes sospechas recaían sobre un perdido *desbravador* que dormía en la misma tienda de Véleñtchuk; pero no se encontraron pruebas positivas.

El *dominante* político, Mikail Dorofeitch, que se hallaba en muy buena posición á causa de los negocillos que trataba con el capitán de armas y con el furriel, los aristócratas de la batería, olvidó pronto su capote por completo; pero á Vé-lentchuk no se le olvidaba. Los soldados decían que en aquel pronto habían temido que hiciera alguna trastada, ó desertado á la montaña, según lo que le había impresionado el lance; porque no comía ni bebía, no podía siquiera trabajar, y lloraba sin tregua.

Tres días después se presentó á Mikhaïl Dorofeitch, muy pálido, sacó de la vuelta de la manga una moneda de oro, y le dijo sollozando:

—Por todos los santos, Mikhaïl Dorofeitch, éste es mi último dinero, y aun así he tenido que pedirselo prestado á Idanov. Os debo dos rublos, que os entregaré, bajo mi palabra, en cuanto los gane. El, (quién era aquel *él*, no lo sabía aún Vé-lentchuk); *él* me ha hecho pasar por un miserable á vuestros ojos; *él*, alma ruin y asquerosa, ha robado la última fortuna de un soldado, de un hermano, que hace quince años que está en el servicio...

Hay que decir, en honra de Mikhaïl Dorofeitch, que se negó á tomar los dos rublos que Vé-lentchuk le llevó dos meses después.

### III

En derredor del fuego estaban calentándose, á más de Vé-lentchuk, otros cinco soldados de mi pelotón.

En el mejor sitio, al abrigo del viento, estaba sentado el sargento Maximov, fumando en su pipa. La actitud, las miradas, todos los movimientos de aquel hombre revelaban el hábito del mando y la conciencia de su propia dignidad.

Al acercarme á él, volvió hacia mí la cabeza; pero su mirada quedó fija en la hoguera, no siguiendo hasta mucho más tarde el movimiento de la cabeza. Entonces me miró.

Maximov, hijo de un aldeano acomodado, tenía algún dinero, había seguido los cursos del regimiento, adquirido bastantes conocimientos y ganado un grado. «Tiene muchísimo y sabe muchísimo», decían de él los soldados.

Me acuerdo que una vez, en el ejercicio de tiro inmergente, explicaba á los soldados que le rodeaban, que el nivel no es otra cosa que... *proviene* de que el mercurio atmosférico tiene su movimiento... En suma, Maximov no era un bestia, ni mucho menos; conocía bien su oficio; pero tenía la desdicha de

hablar, como si lo hiciese adrede, de modo que no se le entendiese, y estoy seguro que ni él mismo entendía lo que hablaba. Tenía singular predilección por las palabras «provenir» y «continuar», y en cuanto le ocurría decir «esto proviene»... ó «continuando»... ya sabía yo que no se comprendería una sola palabra de cuanto iba á pronunciar. Por el contrario, á los soldados, según pude observarlo, les gustaba oír aquel «proviene» que sospechaban encerraba un sentido profundo, por más que les pasase lo que á mí, que no entendía jota. Pero aquella falta de comprensión la achacaban ellos á torpeza propia y cedía en mayor prestigio suyo. En una palabra, Maximov era un *dominante* político.

El segundo soldado, que se disponía á arreglarse los pies musculosos y amoratados, era Antonov, aquel artillero Antonov que el año 18..., habiéndose quedado con otros dos camaradas al pie de un cañón, sin socorro de nadie, se replegó disparando ante un enemigo numeroso, y continuó cargando, á pesar de haber recibido dos balazos en el muslo.

Los soldados decían que, á no ser por su carácter, ya haría mucho tiempo que hubiera ascendido á sargento. Y en efecto: tenía un genio particular; cuando no estaba

boracho, nadie más pacífico, más amable ni más ordenado que él; pero cuando había bebido, era otro hombre: ya no reconocía superior; andaba á golpes con todo el mundo; armaba escándalo, y no se podía hacer carrera de él. Sin ir más lejos, ocho días antes se había emborrachado durante la semana del carnaval, y á pesar de ruegos y amenazas, á pesar del afecto que profesaba á su cañón, estuvo bebiendo sin tino hasta el primer lunes de cuaresma; y luego, durante toda ella, á pesar de la orden de comer de carne, se estuvo alimentando sólo con galletas, rechazando en la primera semana hasta la ración de aguardiente.

Por lo demás, había que ver á aquel hombre, de baja estatura, con sus piernecillas arqueadas y su hociquillo bigotudo y reluciente, cuando, ya borracho, cogía en sus manos una balalaïka, y mirando indiferentemente en derredor, tocaba la *barinda* (1); ó cuando, echándose al hombro con desgaire el capote de que iban colgando las condecoraciones, atravesaba las calles con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Había que ver su desdén de artillero para todo aquello que no pertenecía á la artillería: cosacos, pandurs, etc., para com-

(1) Canción popular.

prender que le parecía imposible no batirse con ellos. Y se batía, no tanto por darse ese gustazo, como por sostener el honor militar de que se sentía mantenedor.

El tercer soldado que estaba en cuclillas ante el fuego, con un pendiente en la oreja, bigotes crespos y una pipa de porcelana entre los dientes, era el ordenanza de caballería Tchikin. Tchikin, el gracioso mozo, como le llamaban los soldados, era un diablillo. Así helase terriblemente ó tuviera que meterse en el fango hasta las rodillas, ó quedarse dos días sin comer, en campaña, en la revista, en el ejercicio, el gracioso mozo, siempre y en todas partes hacía reír con sus gestos y contorsiones, agitándose de tal modo, que hacía reventar á todos de risa. Lo mismo en las paradas que en el campamento, siempre se formaba un corro de soldados jóvenes alrededor de Tchikin; jugaba con ellos á las cartas; les contaba algún chascarrillo de soldado astuto ó de milord inglés; remedaba á los tártaros ó á los alemanes, ó hacía simplemente observaciones que provocaban la hilaridad general. Verdad es que su reputación de gracioso, hasta tal punto estaba acreditada en su batería, que no tenía más que abrir la boca y guiñar el ojo para que todo el mundo soltase la carcajada. Y en efecto: en

él brotaba lo cómico inesperadamente. En todas las cosas sabía él ver algún detalle en que otro ni siquiera hubiera reparado; y aquella facultad de ver en todo el lado ridículo resistía á todas las pruebas.

El cuarto soldado era un chico de aspecto bastante mezquino, un recluta de la última quinta que entraba por primera vez en campaña. Estaba de pie, en medio de la humareda, y tan cerca de la lumbre, que parecía que iba á quemársele su gastado abrigo; pero á pesar de todo, los faldones de éste, muy abiertos, su actitud tranquila y satisfecha y sus pantorrillas salientes, demostraban que sentía gran gusto en calentarse.

Por último, el quinto soldado, algo distante del fuego, y entretenido en cortar un palo, era el tío Jdanov, el más viejo de la batería. Había conocido á los demás soldados desde su entrada en el regimiento, y todos, por antigua costumbre, le llamaban «mi tío». Se decía que no bebía ni fumaba jamás, que no tocaba las cartas y que no echaba juramentos. Todos los ratos que le dejaba libres el servicio los dedicaba al oficio de zapatero. Los días de fiesta iba á las iglesias, cuando las había, y cuando no, encendía una vela de un kopek delante de una imágen y abría su libro de salmos, el único en que

sabía leer. Mantenía pocas relaciones con los soldados; friamente respetuoso para con aquellos que, más jóvenes que él, eran superiores en grado, tenía pocas ocasiones, no frecuentando la taberna, de tratar á sus iguales; pero profesaba especial afecto á los reclutas: los protegía en todas ocasiones, los aconsejaba y los ayudaba. Todos, en la batería, le tenían por un capitalista, porque poseía veinticinco rublos que prestaba con mucho gusto á los soldados verdaderamente necesitados.

Aquel mismo Maximov, hoy sargento, me refería que diez años antes, cuando llegó al cuerpo y cuando se había bebido sus cuartos con los otros soldados borrachines, Jdanov, observando su angustia, le llamó, le reprendió agriamente su conducta, llegó hasta á pegarle, le enseñó cómo debe vivir un soldado y le despidió con una camisa (la única que tenía Maximov) y cincuenta kopeks en plata.

« ¡Ha hecho de mí un hombre! » decía con frecuencia Maximov, refiriéndose á él, con una expresión de respeto y de reconocimiento.

El era también el que había socorrido á Vélentchuk, uno de sus protegidos, cuando le ocurrió el robo del abrigo, y á otros muchos

además durante sus veinticinco años de servicio.

En el cuerpo no hubiera podido encontrarse soldado más valiente ni que mejor supiese su oficio; pero era excesivamente modesto, y se mantenía demasiado á la sombra para ser ascendido á sargento, á pesar de llevar ya quince años de bombardero. El único goce, la única pasión de Jdanov, eran las canciones. Había algunas por las que tenía singular predilección, viéndosele reunir en derredor suyo un corro de cantantes, escogidos entre los soldados jóvenes, y aunque no sabía cantar, permanecía entre ellos largo rato, con las manos en los bolsillos, los párpados cerrados y expresando su complacencia por los movimientos de cabeza y las arrugas de sus mejillas. No sé por qué siempre he encontrado una expresión singular á ese arrugar las mejillas, que he observado en otras personas, además de Jdanov.

La cabeza, completamente blanca, los negros bigotes bien alisados y el rostro curtido y arrugado, le daban á primera vista un aspecto severo y grave; pero examinando más de cerca sus ojos redondos, sobre todo cuando se sonreía, porque en sus labios jamás se veía la risa, chocaba en él algo dulce y casi infantil.

## IV

—¡Demonio! ¡Pues se me ha olvidado la pipa! ¡Qué fastidio, hermanos!—repitió Vérentchuk.

—¿Por qué no fumas una cigarrka (1), lindo muchacho?—dijo Tchikin mordiéndose el ángulo de los labios y guiñando el ojo.—Yo no fumo otra cosa en casa. Es mucho más dulce.

No hay que decir que todos soltaron la carcajada.

—¿Y por qué se te ha olvidado la pipa?—dijo Maximov sin cuidarse de la hilaridad general y con aires de superior, sacudiendo contra la palma de la mano la pipa para que cayera la ceniza.—¿Dónde diablos has ido á meterte, Vérentchuk?

Este dió media vuelta hacia él, y levantó la mano á la altura de la gorra; pero en seguida la volvió á dejar caer.

—¿Sin duda no has dormido bastante ayer, para dormirte de pie? Pues no hay de qué alabarse.

—Hazme trizas aquí mismo, Fedor Maximovitch, si en mi boca ha entrado una sola gota. Pero ni yo

(1) Palabra compuesta en que parece unida la idea de azúcar á la de cigarro.

mismo sé cómo ha sucedido esto—contestó Vérentchuk.

—¿A qué santo había yo de haber bebido?—murmuró él.

—Está bien; pero es que hay que responder de vosotros á los jefes, ¡y mira cómo os portáis vosotros! ¡Es una porquería!—acabó por decir el elocuente Maximov con tono ya más dulce.

—Es un milagro, hermanos—siguió diciendo Vérentchuk después de un minuto de silencio, rascándose la nuca y sin dirigirse á nadie en particular.—Palabra de honor, ¡qué es un milagro! En los diez y seis años que llevo en el servicio, es la primera vez que me sucede. Cuando tocaron á pasar lista, estaba yo dispuesto, sin sentir cosa alguna; pero de repente, junto al parque, me agarra *ella*... me agarra, me tira al suelo, y pare V. de contar... Cómo me dormí, es lo que yo no sé, hermanitos. Sin duda fué la modorra, acabó diciendo.

—Lo que es á mí, buen trabajo me costó despertarte—dijo Antonov mientras se ponía una bota.—Empuja que te empuja, como á un leño.

—Vamos, ¿lo ves?—dijo Vérentchuk.—Yo lo comprendería si hubiera estado borracho...

—Así teníamos en mi casa una moza—dijo Tchikin.—Creo que se pasó sus dos años al lado de la lum-

bre. Pues un día, al ir á despertarla, creyendo que dormía, la encontramos muerta. Era una de esas modorras la que tenía. Y eso es lo que pasa, guapo chico.

— Vaya, Tchikin, cuéntanos cómo te las echabas de hombre de pro durante tu licencia—dijo Maximov sonriendo y mirándome de soslayo como si quisiera preguntar: «¿Quiere V. oír á este tonto?»

— ¿Cómo, Maximov?—dijo el interpelado mirándome rápidamente con el rabo del ojo;—pues bien sabido es. Contaba lo que es el Cáucaso.

— Sí, sí... Pero ¿cómo? No hagas dengues. Dinos cómo *mandabas*.

— Pues bien sabido es cómo mandaba... Me preguntaban cómo vivíamos—empezó á decir Tchikin en tono rápido como el de quien ha referido ya varias veces la misma cosa.—Entonces decía yo que vivíamos bien, guapo muchacho. Recibíamos los víveres que nos hacían falta; por mañana y noche una taza de chocolate á cada soldado; á la comida, una sopa de señor, de cebada perlada; y en lugar de aguardiente, Madera, Madera Duverrier... sin casco.

— ¡Famoso Madera!— exclamó en voz más fuerte que los demás Vélentchuk, echándose á reír.— ¡Ese si que es excelente Madera!

— Bueno, y de los asiáticos ¿qué

contabas?— siguió diciendo Maximov, cuando la hilaridad general se calmó algún tanto.

Tchikin se bajó, cogió de la hoguera, con una astilla, una brasa que colocó en la pipa, y silenciosamente, y sin demostrar que notaba la atención y la curiosidad de sus oyentes, aspiró durante largo rato. Por fin, cuando hubo tragado bastante humo, dejó caer la brasa y se echó más atrás el gorro, se desperezó y continuó con ligera sonrisa:

— También preguntan y dicen: «¿Cómo son los Tcherkesses allá?» Otras veces me dicen: «¿Es el turco con el que peleáis en el Cáucaso?» Entonces contesto yo: «Entre nosotros, el tcherkess, guapo muchacho, no tiene más que un aspecto. Los hay de diversos tipos. Así, hay Tavlintsi que viven en montañas de piedra y comen cantos en lugar de pan. Otros son muy altos, les digo yo, como vigas; no tienen más que un ojo en la frente y gorros colorados que parece que están encendidos.» Como tú, verbi gracia, guapo chico—añadió dirigiéndose á un joven recluta que llevaba en efecto un ridículo gorrillo de casquete encarnado.

Al verse tan bruscamente interpelado, el joven soldado se retorció hasta el suelo, y luego, golpeándose las rodillas con las manos, se echó á reír de tal modo y le aco-

metió tal tos, que apenas pudo pronunciar con voz sofocada:

— ¡Esos son Taulintsi!

— «También hay allí Mumri», les decía yo—continuó refiriendo Tchikin, echándose de un manotazo el gorro sobre la frente.—«Esos son mellizos, así de altos: andan siempre en parejas, cogiditos de la mano, y corren tanto, que un hombre á caballo no puede cogerlos.»

—«Y entonces, mocito, me dicen, ¿cómo es que esos Mumri... es que nacen así, cogiditos de la mano, ó qué?»—decía Tchikin en voz baja imitando la de los mujiks.—«Sí, contestaba yo, guapo mozo, son así de nacimiento. Si les desgarras las manos, sucede como cuando le arrancan á un chino el gorro, que salta sangre.»—«Y dime, mocito, ¿cómo se baten?» me dice.—«Pues vas á ver cómo, le contestaba yo.» «Si te cogen, te abren el vientre, te sacan las tripas y se las van arrollando al brazo. Ellos arrollando, arrollando, y tú riendo, riendo, tanto te ries, que te las guillas.»

—¿Y qué, te creían, Tchikin?—preguntó Maximov con ligera sonrisa, mientras los otros se hartaban de reir.

—De veras, son tan tunantes, Maximov, que creen toda clase de bolas ¡canasto! todo lo que les cuentas. Pero cuando empecé á hablarles de la montaña Kazbek, dicién-

doles que allí la nieve no se derrite en todo el verano, entonces se burlaron de mí, guapo chico. «Oye tú, mocito, ¿qué cuento nos estás ahí relatando? ¿Dónde se ha visto una gran montaña en que la nieve no se derrita? En nuestra tierra, mocito, cuando se derrite la nieve, empieza por las alturas, y en los valles dura más tiempo...»—¿Qué se le ha de hacer?—dijo Tchikin guiñando el ojo.

## V

El disco brillante del sol que se divisaba á través de una neblina de un blanco lechoso, estaba ya bastante alto en el cielo. El horizonte, de color de lila oscuro, iba ensanchándose poco á poco, aunque limitado siempre por el blanco muro de la niebla. Delante de nosotros, y al otro lado de los claros del bosque, se extendía una llanura bastante dilatada: á lo lejos se ensanchaba más y más, ya negro, ya blanco ó de color de lila, el humo de las numerosas hogueras, y en las pizarrosas capas de nieblas se veían agitarse extrañas sombras. Más lejos todavía se veían á veces grupos de tártaros á caballo, y de cuando en cuando se oían las detonaciones de



nuestras carabinas y de nuestros cañones.

—Todavía no es la batalla; no es más que una diversión—decía el buen capitán Khlopov.

El comandante de la 9.<sup>a</sup> compañía de cazadores, encargada de protejernos, se acercó á las piezas, y señalando á tres jinetes tártaros que en aquel momento pasaban por la orilla del bosque á menos de 600 sagenas de nosotros, me dijo, con ese afecto particular de los oficiales de infantería hacia los artilleros, que les lanzase una granada ó una bomba.

—Mirad—dijo con sonrisa persuasiva y bondadosa, extendiendo la mano por cima de mi hombro—allí donde hay dos grandes árboles. El que va delante lleva uniforme negro de tcherkess, y detrás de él van otros dos. ¿Los veis? Decid, ¿no sería posible?...

—Y allí hay otros tres que recorren la línea del bosque—añadió Antonov, que tenía excelente vista.

Y acercándose á nosotros, ocultando la pipa á la espalda, añadió:

—Ahora saca el primero la carabina de la funda. Le veo perfectamente, Vuestra Nobleza.

—Mirad cómo ha tirado, hermanos; todavía se ve el humo blanquecino—dijo Vérentchuk en un grupo de soldados que se mantenían algo apartados.

—¡Ah, zarramplín! ¡está tirando á nuestros puestos avanzados!—dijo otro.

—¿Ves como ha salido del bosque? Están buscando un sitio, sin duda para establecer una batería—añadió un tercero.

—¡Si se lanzara una granadita al montón, habrían de escupir más que de paso!

—¿Y crees tú que esto llega hasta allí, lindo mozo?—preguntó Tchikin.

—Deben estar á quinientas ó quinientas veinte sagenas á lo más—dijo Maximov friamente y como si hablase consigo mismo, por más que se conociese que, como los otros, rabiaba por tirar... Levantando el obús cuarenta y cinco líneas se podía dar en medio en medio.

—¿Y sabéis vosotros si, apuntando al montón, se tocaría á alguno? Mirad, acaban de agruparse. Quizá se debería tirar ahora—decía el insinuante jefe de cazadores.

—¿Dais orden de apuntar la pieza?—preguntó con voz de bajo, resueltamente y con cierto enojo el cabo Antonov.

Confieso que yo no deseaba otra cosa, y así dí orden de apuntar.

Apenas había hablado, cuando ya estaba dispuesta una granada, y Antonov, apoyado en la gualdera,

y con la mano en el cubrenuca, mandaba la maniobra de la cureña.

—Una miajita á la izquierda... Un si es no es á la derecha... Más, otro poquito... ¡Ajajá!—dijo con cierto orgullo, apartándose del obús.

El oficial de cazadores, yo y Maximov, unos tras otros, aplicamos el ojo á la mira, y todos fuimos de opinión distinta.

—¡Por San Pedro, que va á pasar por encima!—dijo Vérentchuk castañeteando la lengua, por más que, habiendo mirado sólo por cima del hombro de Antonov, no tenía, por consiguiente, base alguna de apreciación. ¡Po...o...o...r San Pedro, que va á dar derechita al árbol, hermanos!

—¡Fuego!—dije yo.

Los artilleros se apartaron, y Antonov se retiró á un lado para ver la dirección de la granada. Ardió la mecha y retumbó el disparo. En seguida nos vimos envueltos en una humareda de pólvora, y entre el formidable estruendo de la detonación se percibió un zumbido metálico, que se iba alejando con la velocidad del rayo, yendo á perderse en lontananza en medio del silencio general.

Algo detrás del grupo de los jinetes se vió un humo blanquecino; los tártaros se diseminaron, y el

estruendo de la detonación llegó hasta nosotros.

—¡Está muy bien! ¡Mira cómo escapan! ¡Ves tú? No les gusta eso á esos diablillos—decían en las filas de los artilleros y de los cazadores.

—Si se hubiera apuntado algo más bajo, se da en mitad del grupo—dijo Vérentchuk.—Ya lo decía yo que iba á pegar en el árbol. Y ahí tienes, así ha sido. Cayó á la derecha.

## VI

Dejando á los soldados comentar la fuga de los tártaros á la vista de la granada, los motivos de su aparición y el número probable de los que habría en el bosque, me alejé algunos pasos con el comandante de cazadores y me senté bajo un árbol, esperando que se calentase el guisado que me había ofrecido.

El comandante Bolkhov era uno de esos oficiales á quien llamaban en el regimiento *bonjourols* (1). Estaba bien acomodado, había servido en la Guardia y hablaba francés. A pesar de esto, sus camaradas le querían. Tenía inteligencia y

(1) Palabra derivada de la francesa *bonjour*, y con la que se designaba á los oficiales de salón.

tacto; llevaba un gabán hecho en San Petersburgo; sabía portarse bien en un convite y hablar francés sin ofender demasiado el amor propio de sus camaradas.

Después de haber hablado del tiempo, del servicio y de amigos comunes; después de comunicarnos mutuamente nuestra manera de ver las cosas, llegamos á una conversación más íntima. En el Cáucaso, cuando dos oficiales de la misma clase social se encuentran, la primera pregunta que se presenta á su imaginación es la siguiente: «¿Por qué estáis aquí?» A esta pregunta tácita es á la que mi interlocutor parecía querer responder.

—¿Y cuándo se acabará esta campaña?—me dijo con tono lánguido.—Yo me aburro.

—Yo no—respondí.—Más se aburre uno de guarnición.

—¡Oh, sí, de guarnición, diez mil veces más!—dijo con tono irritado.

—No, ¿cuándo acabará todo esto?

—¿Qué es lo que queréis que acabe?—pregunté yo.

—¡Todo, absolutamente todo!... Y qué, Nicolaiev, ¿está pronto el guisado?—añadió.

—¿Y por qué habéis venido á servir al Cáucaso, si os disgusta tanto?

—¿Sabéis por qué?—contestó con decisión y franqueza.—Por tradición. No ignoráis que en Rusia existe una extraña tradición sobre el Cáu-

caso, especie de tierra de promisión para todo el que ha tenido desgracias.

—Sí, y casi es verdad; la mayor parte de nosotros...

—Pero—dijo él interrumpiéndome—oid lo más curioso. Todos aquellos á quien la tradición arroja al Cáucaso, nos vemos chasqueados en nuestros planes; y, francamente, no veo la razón de que por un amor sin esperanza ó por pérdidas de fortuna, haya que venir al Cáucaso, con preferencia á Kazán ó á Kaluga. En Rusia se figuran que el Cáucaso es una región grandiosa, con nieves vírgenes y eternas, torrentes furiosos, puñales, albornoces y hermosas tcherkessas. Todo eso parece imponente; pero, en el fondo, le falta encanto. Con sólo que se supiese que jamás vamos á los ventisqueros vírgenes, que aquí no hay nada que sea muy divertido y que el Cáucaso es sencillamente un país dividido en provincias, la de Stavropol, la de Tiflis, etc...

—Sí—dije yo riéndome—en Rusia nos figuramos todos el Cáucaso de muy diferente modo que aquí. ¿Nunca habéis observado que cuando se leen versos en un idioma que nos es poco familiar, le parecen á uno más hermosos de lo que realmente son?

—No sé—dijo él—pero lo que es el Cáucaso, me revienta.

—Pues bien, ¡no! A mí el Cáucaso me parece bueno, pero de otro modo...

—Posible es que sea bueno—replicó él con una especie de irritación. Lo que yo sé es que aquí, en el Cáucaso, ni yo mismo me reconozco bueno.

—¿Y por qué?—pregunté yo por decir algo.

—En primer lugar, porque me ha dado chasco. Todo cuanto traje al Cáucaso para curarme de ello, conmigo lo llevo; con la diferencia de que antes todo se hacía en gran escala, mientras que hoy se hace en escala reducida y ruin, en cada escalón de la cual encuentro millones de pequeñas miserias, afrentas y bajezas... Después, porque conozco que decaigo moralmente cada día más y más; me siento, sobre todo, incapaz de hacer frente al servicio de aquí; no puedo afrontar el peligro... No soy valiente, en una palabra...

Detúvose y me miró muy serio.

Por más que aquella espontánea confesión me sorprendiese mucho, no respondí nada, como evidentemente esperaba mi compañero; pero aguardé que explicase sus palabras, como sucede siempre en tales casos.

—Hoy—siguió diciendo—entro en fuego por primera vez, y no podéis figuraros en qué estado me en-

contraba ayer. Cuando el sargento primero me comunicó el aviso de que mi compañía formaba parte de la columna, me puse blanco como un papel y la emoción no me dejó proferir una palabra. ¡Si supiéseis qué noche he pasado! Si fuese verdad que el miedo hace encanecer el cabello, el mío debía estar enteramente blanco. Es muy probable que ningún condenado á muerte sufra en la última noche lo que yo he sufrido en la pasada. Todavía en este instante, aunque me siento algo mejor que anoche, pasa algo aquí dentro—añadió señalando al pecho. Lo que es ridículo—siguió diciendo—es que apesar del terrible drama que aquí se representa, se coma guisado con cebolla y se asegure que se divierte uno muchísimo... ¿Hay vino, Nikolaïev?—dijo bostezando.

—*El* es, hermanos—se oyó decir en aquel instante á un soldado con acento entusiasta.

Todas las miradas se dirigieron hacia la linde del bosque.

A lo lejos, extendida y empujada por el viento, se levantaba una columna azulada de humo. Cuando comprendí que era un cañonazo que el enemigo nos había disparado, todo lo que se hallaba al alcance de mi vista adquirió de pronto un carácter de grandiosidad nueva; y los fusiles en pabellones, el

humo de las hogueras, el azul del cielo, el verde de la cureña, el rostro curtido y bigotudo de Nikolaiev, todo me parecía decir que la bala, que ya había salido de la humareda y volaba en aquel momento por el espacio, iba tal vez á dar en mi pecho.

—¿Dónde habéis comprado este vino? — pregunté con indiferencia á Bolkhov, mientras que en el fondo de mi alma hablaban distintamente con fuerza igual estas dos voces: «Señor, recibe mi alma en tu seno de paz». «Espero que no me bajaré y que me estaré sonriendo mientras pase la bala.» — Y en el mismo instante silbó por cima de mi cabeza algo terriblemente desagradable, y la bala vino á dar á dos pasos de nosotros.

—Ahí tenéis, si fuese Napoleón ó Federico el Grande—dijo en aquel momento Bolkhov volviéndose hacia mí con una sangre fría completa—hubiera yo dicho seguramente alguna linda frase.

—Pues si acabáis de decir una—contesté yo, disimulando á duras penas la turbación que me había producido el peligro pasado.

—¿Y qué importa lo que he dicho? Nadie ha de notarlo.

—Pues sí, yo lo notaré.

—Bien, pero si lo notáis, será para criticarlo, como dice Mistchenkov—añadió sonriendo.

—¡Puf! ¡El maldito! — dijo detrás de nosotros Antonov, escupiéndolo de lado con mal humor. — Un poco más y me desuella las piernas.

Todos mis esfuerzos por afectar sangre fría, y todas nuestras frases de mando me parecieron insoportablemente estúpidas después de aquella sincera exclamación.

## VII

El enemigo, en efecto, había emplazado su batería en el sitio reconocido por sus jinetes tártaros, y á cada veinte ó treinta minutos lanzaba una granada contra nuestros gastadores. Dióse orden de que mi batería avanzase por el claro del bosque y contestara al fuego enemigo. Allá abajo, en el lindero de aspiél, se veía una ligera columna de humo, se oía una detonación, un silbido, y la granada caía delante ó detrás de nosotros. Por suerte, el enemigo hacía mal la puntería, y no teníamos que lamentar bajas.

Los artilleros, como siempre, se portaban arrogantemente. Cargaban á escape, apuntaban con cuidado hacia el lado del humo y bro-

meaban tranquilamente unos con otros. Los cazadores encargados de protejernos, inmóviles y silenciosos, aguardaban su vez tendidos en tierra. Los gastadores continuaban su tarea, y los hachazos resonaban en el bosque cada vez con más fuerza y más frecuencia. Sólo cuando silbaba una granada se callaban todos de repente, y en medio del silencio se oían voces llenas de inquietud, que gritaban:

— ¡Cuidado, muchachos!

Entonces todas las miradas se volvían hacia la bala, que rebotaba contra las hogueras y las ramas cortadas.

La niebla estaba alta, y tomando la forma de nubes, se disipaba poco á poco en el azul oscuro del cielo. El sol, libre de velos, resplandecía alegremente, reflejado por el acero de las bayonetas, el cobre de los cañones, el suelo en que se derretía el hielo y las pajitas de la escarcha. En el aire se sentía el fresco helado de la mañana, al mismo tiempo que el tibio ambiente del sol de primavera; multitud de colores y de sombras diferentes se mezclaban entre las hojas secas del bosque. Sobre el camino, luminoso, aparecían claramente huellas de las ruedas y de las herraduras de los caballos.

Los movimientos de la tropa iban siendo más y más vivos. Por todos

lados se elevaban, cada vez más frecuentes, las humaredas azuladas de las descargas.

Los dragones, con cintas en las lanzas, avanzaban impetuosamente. En las filas se oían las voces de mando, y el convoy de carretas, cargadas de maderas, se iba formando en la retaguardia. El General se acercó á nuestra batería y dió la orden de retirada.

El enemigo, escondiéndose tras los arbustos, á nuestro flanco izquierdo, empezó á hostigarnos con su fusilería. De la izquierda del bosque una bala vino silbando y fué á dar en una cureña, luego en otra y después en otra. Nuestros soldados, que estaban tendidos en tierra junto á nosotros, se levantaron ruidosamente, cogieron sus fusiles y entraron en acción.

El fuego de fusilería aumentaba y las balas volaban por todas partes. La retirada empezó, es decir, la verdadera batalla, como sucede siempre en el Cáucaso.

Claramente se veía que á los artilleros les hacían tan poca gracia las balas, como antes las granadas á los soldados de infantería. Antonov se incomodaba; Tchikin imitaba, burlándose, el silbido de las balas; pero se conocía bien que no le hacían maldita la gracia. De una decía: « ¡Buena prisa lleva esa! » A otra la llamaba « una abeja »; y

á otra que pasó lentamente por cima de nosotros, con cierto gemido lastimero, la calificó de «huérfana», lo que provocó una hilaridad general.

El joven recluta, todavía novicio, inclinaba la cabeza hacia un lado á cada bala que silbaba, doblando el cuello, lo cual hizo reír á los soldados, que le decían: «La conoces ¿eh? cuando la saludas.»

Vélentchuk mismo, de ordinario tan indiferente al peligro, experimentaba cierto malestar, y no ocultaba su irritación porque no lanzábamos granadas hacia donde venían las balas.

—¿Y por qué nos han de fusilar así impunemente? Si volviéramos hacia él la boca de un obús y le administrásemos una buena dosis de metralla ¡á buen seguro que se callaría!—repetía una y otra vez con voz enojada.

En efecto, era tiempo de contestar. Dí orden de que lanzasen la última granada, y luego que cargasen con metralla.

—¡Metralla!—gritó en medio de la humarada Antonov con tono resuelto, acercándose á la pieza con el escobillón enseguida que disparó la granada.

En aquel momento oí detrás de mí, y muy cerca, el zumbido de una bala, interrumpido de repente por un golpe seco, y se me apretó el corazón.

«Me parece que uno de los nuestros acaba de ser herido», pensé yo.

Pero al mismo tiempo, bajo el influjo de un sentimiento penoso, me daba miedo volver la cabeza. En efecto, inmediatamente después del ruido seco, oí la caída pesada de un cuerpo y el «¡ay!» de un herido.

—Me ha dado, hermanos—dijo trabajosamente una voz que yo reconocí.

Era Vélentchuk, que yacía boca arriba entre el avatrén y el cañón. Su saco estaba vuelto de lado; corría la sangre de su frente, y por el ojo derecho y por la nariz iba deslizándose un reguero rojo y espeso. Le habían herido en el vientre; pero en tal sitio se veía poca sangre, y al caer se había lastimado la frente contra un tronco.

Yo no observé todo aquello hasta mucho después. En el primer momento sólo distinguí una masa confusa, y, á lo que me pareció, mucha sangre.

Ninguno de los artilleros que cargaban la pieza pronunció una sola palabra. Únicamente el joven recluta murmuró algo así como: «¡Ves? ¡Hasta sangre!» mientras que Antonov ahogaba un «¡hum!» de cólera. Todo revelaba, sin embargo, que el pensamiento de la muerte se presentaba á la imaginación de todos.

Redoblaba la actividad; el cañón estuvo cargado en un abrir y cerrar de ojos, y el soldado que traía la metralleta venía rodeando el sitio en que el herido seguía quejándose.

### VIII

Todo el que ha tomado parte en un encuentro ha experimentado sin duda ese extraño sentimiento de disgusto, poco lógico, pero muy poderoso, respecto al sitio en que alguno ha sido muerto ó herido. Ese sentimiento dominó á mis soldados cuando hubo que levantar é Vélentchuk y transportarle en una carreta que acababa de llegar.

Jdanov se aproximó de mala gana al herido, á pesar de sus lamentos, cada vez mayores, y le levantó por los sobacos.

—¿Qué hacéis ahí sin moveros? Levantad—les dijo.

Diez soldados rodearon inmediatamente al herido; pero apenas le habían movido, cuando empezó á dar gritos terribles y á agitarse.

—¿A qué chillas como una liebre?—dijo Antonov sujetándole con fuerza por una pierna.—Si no te callas te dejamos aquí mismo.

El herido se calló, en efecto, y sólo de cuando en cuando repetía:

—¡Me muero! ¡Me muero, hermanos!

Cuando le subieron á la carreta, hasta dejó de lamentarse, y yo le oí hablar con sus camaradas con voz débil, pero clara. Parecía que se despedía de ellos.

Durante el fuego de la acción á nadie le gusta mirar á un herido. Instintivamente me apresuré á alejarme de aquel espectáculo; di orden de que le llevasen á la ambulancia, y me dirigí hacia donde estaban las granadas. Al poco rato vinieron á decirme que Vélentchuk quería verme y fui allá.

En el fondo de la carreta, y agarrándose con las manos á los dos adrales, estaba tendido el herido. Su rostro, ancho y floreciente de salud, había cambiado en algunos segundos, pareciendo que había enflaquecido y se había aviejado muchos años. Sus labios estaban cárdenos y crispados, y á la expresión movible y vaga de sus ojos había sucedido un brillo sereno y tranquilo. Sobre su frente y sobre su nariz, llenas de sangre, la muerte tenía su garra fija.

A pesar del insufrible dolor que le causaba cada movimiento, pidió que le quitaran de la pierna izquierda el *tcheres* (1) con el dinero.

(1) Bolsa que los soldados llevan arrollada á la rodilla.



Me impresionó dolorosamente la vista de la carne blanca de la pierna sana, cuando después de haberle quitado la bota desataron el *tcheres*.

—Ahí hay tres rublos y medio —me dijo mientras le cogía.— Qué-dese con ellos.

Y al echar á andar la carreta, hizo que se detuviera.

—Tengo empezado un capote para el teniente Soulimovsky; me ha dado dos rublos, y los botones me han costado rublo y medio. Devuél-vale V. el resto.

—Bueno, bueno— le dije yo;— haz por curarte, hermano.

No me contestó. La carreta se puso en marcha. El empezó á que-jarse con una voz que partía el co-razón. Como hombre ya libre de las aprensiones de este mundo, no le parecía necesario contenerse, y se consolaba gritando.

## IX

—¿A dónde vas? ¡Vuélvete!— grité yo al recluta que con el bota-fuego de reserva bajo el brazo y con un palo en la mano marchaba tran-quilamente tras la carreta en que iba el herido.

Volvió la cabeza perezosamente

hacia mí, murmuró algunas pala-bras y siguió su camino. Tuve que enviar á un soldado para hacerle volver.

Se quitó la gorrilla encarnada y se puso á mirarme con una sonrisa estúpida.

—¿A dónde ibas?—le pregunté.

—Al campamento.

—¿A qué?

—¡Toma! ¡Como han herido á Vé-lentchuk!...—dijo sonriendo de nuevo.

—¿Y eso qué te importa á ti? Tú tienes que quedarte aquí.

Me miró con asombro, y luego, volviéndose tranquilamente, se puso la gorra y se volvió á su puesto.

El combate había terminado fe-lizmente, gracias á una magnífica carga de los cosacos, que trajeron tres prisioneros tártaros. La infan-tería había acabado de hacer su pro-visión de leña sin más que tres he-ridos. En la artillería sólo Vé-len-tchuk y dos caballos habían queda-do fuera de combate. En cambio el bosque había sido cortado en una extensión de tres verstas, y allí donde antes se veía un macizo ma-torral, se abría ahora ancho claro, cubierto de hogueras encendidas y atravesado por la caballería y los cazadores que se dirigían á sus cam-pamentos.

Aunque el enemigo no había de-jado de perseguirnos con su fuego

de cañón y de fusilería hasta el arroyo y el cementerio que habíamos atravesado por la mañana, la retirada se efectuó sin obstáculo.

Ya empezaba yo á soñar con el *stchi* (1) y con las chuletas de carnero al *kacha* que me esperaban en el cuartel, cuando se recibió orden general de construir un reducto sobre el río, y de dejar allí hasta el día siguiente al tercer batallón del regimiento K\*\*\* y un pelotón de la cuarta batería.

Las carretas cargadas de leña y de heridos, los cosacos, la artillería, los cazadores con el fusil al hombro y troncos á la espalda, desfilaron ante nosotros ruidosamente cantando. En todos los rostros radiaba alegre animación, conciencia del peligro ya muy pasado y seguridad del descanso.

Sólo nosotros con el tercer batallón teníamos que aplazar hasta el día siguiente aquellas agradables sensaciones.

## X

Mientras nosotros, los artilleros, cuidábamos de nuestros cañones, arreglando los avantrenes y furgones, la infantería formaba pabello-

(1) Sopa de coles.

nes, encendía hogueras, construía chozas con ramaje y paja de maíz y cocía el *kacha*.

Empezaba á oscurecer. Nubes azuladas cruzaban el cielo, y la niebla se resolvía en llovizna que mojaba la tierra y los capotes de los soldados. La humedad que yo sentía penetrar en mis botas y en mi nuca, el movimiento, la interminable conversación en que yo no tomaba la menor parte, el fango pegajoso en que me movía, mi estómago vacío, todo ello me afectaba penosa y desagradablemente después de aquella jornada de fatiga física y moral.

No podía desechar de la memoria á Vélentchuk, y toda la sencilla historia de su vida de soldado acudía á mi imaginación. Sus últimos momentos habían sido tan tranquilos y tan pacíficos como su vida entera. Había vivido demasiado sencilla y honradamente, para que su sincera fe en la vida futura hubiera vacilado en el instante supremo.

—Tenga Vuestra Salud la bondad—dijo Nikolaïev acercándose á mí—de ir á casa del capitán, que le invita á tomar té con él.

Abriéndome paso con trabajo á través de los pabellones de fusiles y de las hogueras, seguí á Nicolaïev á casa de Bolkhov, pensando con gusto en el vaso de té caliente y en la alegre charla que iban á disipar mis tristes pensamientos.

—¿Y qué, le has encontrado?— dijo Bolkhov en el interior de una choza de paja de maiz iluminada.

—Viene conmigo, Vuestra Nobleza—contestó Nikolaïev con voz de bajo.

En la choza, y sobre un albornoz seco, estaba sentado Bolkhov, desabrochado el traje y sin capote. Junto á él hervía un samovar, y sobre un tambor se veían algunos viveres. En una bayoneta, clavada en el suelo, ardía una vela.

—¿Qué le parece á V. esto?— dijo mirando con orgullo el confort de su choza.

Tan bien se sentía uno en ella, que delante del té me olvidé por completo de la humedad, de la oscuridad y de la herida de Véleutchuk. Pusímonos á hablar de Moscu y de cosas sin relación alguna con la guerra del Cáucaso.

Después de uno de esos silencios que á veces interrumpen las más animadas conversaciones, Bolkhov me miró de pronto sonriendo.

—Creo que nuestra conversación de esta mañana le habrá parecido á V. muy extraña.

—No. ¿Por qué? Sólo me ha parecido que era demasiado franca. Hay cosas que todos sabemos y de las que no siempre conviene hablar.

—¿Y por qué no? Si existiese el menor medio de cambiar esta vida

por otra, aunque fuese por la más vulgar y más pobre, yo no vacilaría un momento.

—¿Y por qué no regresar á Rusia?—le dije.

—¿Por qué?—repitió él. —¡Oh! Ya hace mucho tiempo que pienso en ello; sólo que no puedo hacerlo antes de haber obtenido las cruces de Santa Ana y de Wladimiro; la banda de la primera al cuello, con el grado de Mayor, como me lo propuse cuando me marché.

—¿Y por qué, si, según dice, se siente V. incapaz de servir en el Cáucaso?

—Pues porque me siento aún más incapaz de volver á Rusia como vine. Esa es otra de esas leyendas que han propalado entre nosotros Passek, Sliaptsov y los demás, á saber, que basta venir al Cáucaso para que le colmen á uno de recompensas. Allá todos suponen que recibimos montes y morenas; pero lo que yo sé es que hace dos años que estoy aquí y que he hecho dos campañas, y no he recibido absolutamente nada.

Pues á pesar de todo, tengo tal amor propio, que quiero quedarme aquí hasta obtener el grado de Mayor y hasta tener al cuello las bandas de Santa Ana y de Wladimiro. Estoy ya tan embrutecido, que me siento trastornado cuando dan una recompensa á cualquier Gnilokich-

kin y á mí nada. Y además, ¿con qué cara me presento yo allí, delante de mi capataz, el comerciante Kotelnikov, á quien vendo mi trigo, á mi tía de Moscu, á toda aquella gente, después de dos años de permanencia en el Cáucaso, sin la menor recompensa? Verdad es que ni aun quiero conocer á esas gentes, y no es menos cierto que tampoco ellos se cuidan de mí; pero el hombre está constituido de tal manera, que al mismo tiempo que me niego á conocerlos, á ellos es á quien sacrifico la felicidad de mi vida y todo mi porvenir.

## XI

En aquel momento se oyó fuera la voz del comandante del batallón.

—¿Con quién está V., Nikolai Fedorovitch?

Bolkhov pronunció mi nombre y en seguida entraron en la cabaña tres oficiales; el mayor Kirsanov, su ayudante y el capitán Trossenko.

Kirsanov era un hombre grueso y de baja estatura, con fino bigote negro, mejillas coloradas y ojos vivos, que constituían el rasgo característico de su fisonomía. Cuando se reía, no quedaban más que dos estrechitas húmedas, que contribuían,

juntamente con sus labios y su cuello alargado, á darle una extraña expresión de estupidez.

Kirsanov guardaba en el regimiento excelente comportamiento; sus subordinados no le aborrecían; sus superiores le estimaban, á pesar de la opinión general que le atribuía una inteligencia que no pasaba de mediana. Conocía á fondo los deberes de su cargo, se mostraba puntual y celoso, tenía siempre dinero, carruaje propio, cocinero, y se hacía el orgulloso con bastante naturalidad.

—¿De qué estabáis hablando, Nicolaïev Fedorovitch?—dijo al entrar á Bolkhov.

—Pues de lo divertido que es el servicio en el Cáucaso.

En aquel instante Kirsanov se fijó en mí, simple caballero, y queriendo hacerme sentir su importancia, preguntó, como si no hubiera oído la respuesta de Bolkhov, y con los ojos clavados sobre el tambor:

—¿Qué, está V. cansado, Nikolaïev Fedorovich?

—No, pero nosotros...—iba á seguir diciendo Bolkhov.

Pero la dignidad de comandante de batallón exigió sin duda nueva interrupción y nueva pregunta:

—¿No es verdad que la prueba de hoy ha sido buena?

El ayudante era un joven subteniente, un caballero recientemente

ascendido, tímido y dulce, vergonzoso, simpático y buen chico. Yo le había ya visto en casa de Bolkhov; el joven iba frecuentemente á su casa, saludaba, se sentaba en un rincón y guardaba silencio durante horas enteras, hacía cigarrillos, se los fumaba y al cabo se levantaba y se iba.

Era hijo de un noble pobre: había seguido la carrera militar, como la única compatible con su instrucción, y estimaba sobre todas las cosas del mundo su grado de oficial. Este tipo es siempre simpático y bueno, á pesar de sus atributos ridículos: fanfarronería, bata, guitarra y cepillo para el bigote, bagaje con que estamos acostumbrados á verle.

En el regimiento suponían que el ayudante se alababa de mostrarse con su ordenanza «severo, pero justo». También afirmaba que le gustaba decir: «Yo castigo rara vez; pero cuando me obligan á ello, ¡ay del que me la hace!» Y un día que su ordenanza se emborrachó, le robó y llegó á insultarle, cuentan que llevó él mismo al culpable á la sala de policía, y mandó que lo prepararan todo para el castigo; pero que al ver los preparativos, se turbó tanto, que sólo pudo proferir estas palabras: «Vaya, ya ves que... si quisiera»... Y cada vez más turbado, echó á correr hacia su casa,

sin que desde entonces se atreviese á mirar á la cara de su ordenanza Tchernov.

Sus camaradas no dejaban de darle matraca con aquel lance; y varias veces oí al buen muchacho protestar y asegurar, poniéndose colorado como un pavo, que no había palabra de verdad en aquel cuento.

El tercer personaje, el capitán Trossenko, era un viejo caucasiano, en toda la extensión de la palabra, es decir, un hombre que había hecho de la compañía su familia, de la fortaleza en que residía el Estado Mayor su patria, y de los cantantes del regimiento su única distracción: un hombre para quien todo lo que no era el Cáucaso, no merecía más que desprecio y era casi indigno de existir; al paso que todo lo que era el Cáucaso se dividía en dos partes: la nuestra y la *suya*.

Amaba á la primera y aborrecía á la segunda con toda su alma. Era un hombre de un valor tranquilo y aguerrido, de una rara bondad en las relaciones con sus subordinados, y de ruda franqueza que llegaba á la insolencia.

Al entrar en la cabaña faltó poco para que rompiese el techo con la cabeza; luego se bajó de pronto y se sentó en el suelo:

—Con que...—dijo.

Y observando al instante un rostro desconocido, no siguió hablando, y fijó sobre mí su mirada apagada.

—¿De qué hablabais?—preguntó el Mayor, sacando su reloj para mirar la hora, aunque evidentemente no necesitaba saberla.

—Me estaba preguntando por qué me quedo aquí en el servicio...

—Pues está claro; Nikolai Fedorovitch quiere distinguirse en el Cáucaso y volverse en seguida á su casa.

—¿Y V., Abram Iliitch, por qué sirve en el Cáucaso?

—¿Yo? Porque en primer lugar, ¿sabe V.? respondió el Mayor todos tenemos que servir como el deber nos lo manda... ¿Qué?—añadió, aunque nadie había hablado.

—Ayer he recibido una carta de Rusia, Nikolai Fedorovitch — siguió diciendo, visiblemente deseoso de cambiar de conversación. — Me escriben que... ¡Ah! ¡Qué preguntas más extrañas me hacen!

—¿Y qué preguntas son esas?—preguntó Bolkhov.

Y se echó á reír.

—Preguntas verdaderamente extrañas... Me escriben preguntándome si la envidia puede existir sin el amor... ¿Qué? — preguntó mirándonos alternativamente.

—¿Pero veis esto?—dijo Bolkhov sonriéndose.

—Sí, ¿saben Vds.? En Rusia se está bien — continuó diciendo, como si sus frases hubiesen estado lógicamente deducidas. — Cuando yo estaba en Tambov, en 1852, me recibían como si hubiera sido edecán del Emperador. ¿Me creerán Vds.? En el baile del Gobernador, cuando entré en el salón, ¿saben Vds.?... me recibieron admirablemente. La misma gobernadora, ¿saben Vds.? estuvo hablando conmigo, preguntándome sobre el Cáucaso, y todo el mundo también... que yo no sabía... Miraban mi sable de oro como si hubiese sido una rareza; me preguntaban por qué me habían dado aquel sable, y la orden de Santa Ana, y la de Wladimiro... y yo les refería... ¿Qué? He ahí por qué razón es bueno el Cáucaso.

Nikolai Fedorovitch siguió diciendo sin aguardar la respuesta:

—A nosotros, los caucasianos, nos miran con buenos ojos; un joven, ¿saben Vds.? ya oficial distinguido, con las órdenes de Santa Ana y de Wladimiro, es algo en Rusia... ¿Qué?

—¿Y luego que sin duda se habrá V. agenciado algo, me figuro yo, Abram Iliitch?—dijo Bolkhov.

—¡Hi! ¡Hi!—respondió el Mayor con su risa ingenua.—Eso, no hay remedio, ¿sabe V.? Sí... y además he comido bien durante estos dos meses.

—¿Que tal se pasa en Rusia?— preguntó Trossenko al joven subteniente, hablando de Rusia como hubiese hablado de la China ó del Japón.

—¡Oh! Y el champagne que hemos bebido en dos meses, ¡es una atrocidad!— siguió diciendo el Mayor Kirsanov...

— Ustedes — dijo Trossenko — habrán bebido limonada. Si hubiese sido yo, ya hubieran visto cómo bebe un caucasiano. Hubiéramos sostenido nuestra reputación, y hubiera yo enseñado cómo se debe beber. ¿Eh, Bolkhov?—añadió:

—Pero, tú, tío, hace más de diez años que estás en el Cáucaso— dijo Bolkhov.—¿Te acuerdas lo que ha dicho Ermolov, que Abram Iliitch hace sólo seis años que está aquí?

—¿Cómo diez? Pronto hará diez y seis— exclamó Trossenko.

—Bolkhov, dí que nos traigan algo que beber. ¡Qué humedad hay aquí! ¡Brrr! ¿Eh?—añadió sonriendo. —¿Vamos á beber un trago, Mayor?

Pero á éste no le agradaba mucho verse así tratado por el viejo capitán, y, por tanto, se encerró en su reserva y se parapetó con su dignidad. Púsose á canturrear, y miró otra vez al reloj.

—Pues lo que es yo, jamás iré allá abajo — siguió diciendo Tros-

senko, sin cuidarse del adusto aspecto del Mayor. —Hasta se me ha olvidado andar y hablar á la rusa. Dirían de mí: «¿Qué bicho raro es éste que nos envían?» En una palabra, el Asia, ¿no es verdad, Nikolai Fedorovitch? Además, ¿qué voy yo á hacer en Rusia? Acabaré, pues, por dejarme matar aquí. Luego preguntarán: «¿Dónde está Trossenko?—Le han matado.»

—¿Y qué haréis entonces con la octava compañía, eh? —añadió dirigiéndose de nuevo al Mayor.

—Que envíen al oficial de servicio al batallón— gritaba Kirsanov, sin contestar al capitán, por más que, estoy seguro de ello, no tuviese ninguna orden que dar.—¿Y usted—dijo al ayudante después de una pausa — creo que estará contento con su doble paga?

—Ya lo creo; contentísimo.

—Me parece que ahora tenemos un sueldo muy bonito, Nikolai Fedorovitch — dijo Kirsanov. — Un oficial joven puede vivir hoy muy decentemente, y hasta permitirse algunos caprichitos.

—De ninguna manera, Abram Iliitch —dijo tímidamente el ayudante. — Es verdad que la paga es doble, pero también hay que tener caballo...

—¿Qué está V. diciendo, joven? Yo también he sido subteniente, y sé lo que es. Créame, con algo de

orden se puede vivir muy bien. Y si no, vamos á cuentas—añadió doblando el dedo meñique de la mano izquierda.

—Siempre gastamos la paga por adelantado, y esa es toda la cuenta—añadió Trossenko, echándose al colete una copa de aguardiente.

—Bueno; ¿y entonces qué quiere V.? ¿Eh?

En aquel momento apareció en la puerta de la tienda una cabeza blanca, con nariz chata, y una voz chillona dijo con acento alemán:

—¿Está V. aquí, Abram Iliitch? El oficial de servicio le está buscando.

—Entre V., Kraff—dijo Bolkhov.

La elevada figura del oficial, con uniforme de Estado Mayor, penetró en la tienda y se puso á estrechar calurosamente la mano á todos.

—¡Ah, querido capitán, también está V. aquí!—dijo dirigiéndose á Trossenko.

El recién entrado, á pesar de la sombra, llegó hasta el capitán, y con gran extrañeza y disgusto de éste, le dió un beso en los labios.

«Es un alemán que quiere echárselas de buen camarada», pensé yo.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
APENDICE XII

MI suposición se confirmó en seguida. El capitán Kraff pidió aguardiente, que llamaba por el nombre popular de *horilka*, pronunció un ruidoso ¡hem! y echó la cabeza atrás al beber.

—¿Y qué, señores, hemos andado hoy bastante por las llanuras de Tchetcha?—empezó á decir.

Pero al ver al oficial de servicio, se calló en seguida para dejar tiempo al Mayor de dar sus órdenes.

—¿Y qué, ha inspeccionado V. las avanzadas?

—Quedan inspeccionadas.

—¿Y el santo y seña se ha dado?

—Se ha dado.

—Entonces dé V. orden á los jefes de compañía de que redoblen su prudencia.

—Está bien.

El Mayor guiñó los ojos y se quedó pensativo.

—Diga también que los soldados pueden preparar el rancho.

—Le están preparando.

—Está bien; puede V. retirarse.

—Estábamos, pues, contando los gastos de un oficial—siguió diciendo el Mayor con una sonrisa benévola dirigida á nosotros. Hagamos



la cuenta. Necesita un gabán y un par de pantalones, ¿no es verdad? Sí; pongamos para eso cincuenta rublos cada dós años; por consiguiente, veinticinco rublos al año para vestido. Luego la comida, dos *abas* (1)... ¿no es verdad?

—Sí; y es mucho quizá.

—Sin embargo, pongamos dos. Además, un caballo ensillado, treinta rublos al año para su manutención. Y se acabó. Luego hemos contado veinticinco, más ciento veinte, más treinta; total, ciento setenta y cinco rublos. Quedan, pues, para diversiones, para azúcar, té y tabaco, unos veinte rublos. Ya lo ve V. ¿No es así, Nikolai Fedorovitch?

—No; dispéñeme, Abram Iliitch, —dijo tímidamente el ayudante.— Para el azúcar y el té no me queda nada. Usted supone que un uniforme dura dos años, cuando aquí, en campaña, nunca tiene uno pantalones. ¿Y las botas? Todos los meses gasto un par. Luego la ropa blanca, camisas, servilletas, tohallas y la ropa interior; todo eso hay que comprarlo. De modo que, echada la cuenta, no queda nada, palabra de honor, Iliitch.

—Sí, llevar ropa interior está muy bien —dijo Krafft después de

(1) Moneda de Persia que vale unos ochenta céntimos.

una pausa, pronunciando la palabra «interior» con una entonación cariñosa. Es sencillo, ya sabéis, es ruso.

—Haré observar—dijo Trossenko—que de cualquier manera que se haga la cuenta, siempre resultará que no tendremos que hacer más que apretarnos el vientre; cuando en realidad vivimos muy bien, tomando té, fumando tabaco y bebiendo aguardiente. Cuando lleves tanto tiempo en el servicio como yo —siguió diciendo dirigiéndose al subteniente—sabrás vivir también tú. ¿Saben ustedes señores, como trata á sus ordenanzas?

Y Trossenko refirió, riendo á carcajada, la historia del subteniente y de su ordenanza, por más que ya la hubiésemos oído más de cien veces.

—¿Qué te pasa, hermano, que me miras más encarnado que una rosa?—continuó diciendo, volviéndose hacia el subteniente que se avergonzaba, sudaba y sonreía que era una compasión...—Eso no es nada, hermano. También yo era como tú, y mira ahora que moctón me he hecho. Que vengan, pues, de Rusia algunos bravos—ya los hemos visto de ese temple—y cogerán cada pasmo y cada reumatismo... yo por mi parte, aquí establezco mi morada; esta es mi casa, mi cama y todo. ¿Comprendes?

Al decir esto, se bebió otro vaso de aguardiente.

—¿Eh?—dijo mirando fijamente á los ojos á Krafft.

—Esos son mis hombres; ese es verdaderamente un veterano circasiano. Déjeme que le estreche la mano.

Krafft, casi atropellándonos, se abrió paso hasta donde estaba Trossenko, le cogió la mano y se la estrechó con efusión.

—Sí, podemos decir que aquí las hemos pasado buenas — dijo. — En 1845... V. estaba aquí sin duda, ¿no es verdad, capitán? ¿Os acordáis de la noche del 12 al 13 que pasamos con el barro hasta la rodilla, y al día siguiente atacamos el reducto? Yo estaba entonces cerca del comandante en jefe, y tomamos en un solo día quince trincheras, ¿se acuerda V., capitán?

Trossenko hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y sacando el labio inferior, cerró los párpados.

—Pues bien, veréis — continuó diciendo Krafft, muy animado y gesticulando á tontas y á locas, al hablar con el Mayor.

Pero éste, que sin duda había oído más de una vez aquella historia, le miró con aire tan indiferente, tan distraído, que Krafft se apartó de él y se volvió hacia mí y hacia Bolkhov, mirándonos alternativamente. En cuanto á Trossen-

ko, Krafft no le miró una sola vez durante todo el relato.

—Pues bien, veréis. Cuando subimos por la mañana, el comandante en jefe me dijo: «¿Krafft, á tomar aquellas trincheras!» Ya saben ustedes que en el servicio militar no hay que replicar. Me llevé la mano á la gorra y dije: «A las órdenes de V. E.» Y avancé. En cuanto llegamos cerca de la primer trinchera, me vuelvo á los soldados y les digo: «¿No tengáis miedo, muchachos! ¿Mucho ojo! ¿Al que se haga el remolón, le divido con el sable!» Con el soldado ruso, ya sabéis, hay que hablar clarito. De repente, ¡pum! una granada. Miro, y veo un soldado, dos, tres... Luego las balas ¡pin! ¡pin! ¡pin!... Grito: «¿Adelante, muchachos! ¿Seguidme!» Pero al aproximarnos, miro y veo... ¿cómo se llama?... ¿saben ustedes? ¿Cómo se llama eso?

Y el narrador se puso á agitar los brazos buscando la palabra.

—¿Un foso! —indicó Bolkhov.

—No... ¡Ah! ¿Pero cómo es?... Dios mío! ¿Cómo se dice?... Un foso — exclamó de repente. — Tan sólo... con el arma al pie. ¡Hurra! ¡Tararí, tararí, tararí! Y de enemigos, ni sombra. ¿Sabéis? todos se asustaron. En fin... bien está... Vamos más allá... Segunda trinchera. Allí fué otro lance. Nos hervía la sangre en las venas, ¿sabéis?... Con

que nos acercamos, miramos, veo otra trinchera; imposible llegar más allá... ¡Vaya! ¿Pero cómo se llama esto? ¡Cómo diantres!...

— ¡Otro foso! — dije yo.

— De ningún modo — dijo el otro mal humorado. — No es un foso, sino... vamos á ver, ¿cómo se llama esto?

Hizo con la mano algunos gestos incomprensibles, y añadió:

— ¡Ah, Dios mío! ¿Cómo es?...

Se veía que se desesperaba tanto, que aun á pesar de todo se procuraba auxiliarle.

— Un río, acaso — dijo Bolkhov.

— No, un simple foso. Nos precipitamos, y entonces, ¿me creeréis?... empieza un fuego, un verdadero fuego del infierno.

En aquel instante me llamaron desde fuera. Era Maximov. Y como después de escuchar las relaciones variadas de los dos primeros atrincheramientos, todavía me faltaban otras trece que tragar, me alegré mucho aprovechar aquella ocasión para reunirme con mi pelotón. Trosenko salió conmigo.

— ¡No hace más que mentir! — me dijo á poco de salir de la tienda. Ni siquiera se encontró en el combate de las trincheras.

Y se echó á reír con tanta espontaneidad, que yo le imité.

### XIII

Era noche cerrada. Apenas se divisaba la vaga claridad de las hogueras en el campamento, cuando, acabado mi servicio, llegué á donde estaba mi gente. Un gran leño ardía bajo la ceniza y sólo tres hombres estaban sentados en derredor. Antonov, que cuidaba de la marmita puesta al fuego, en donde cocía el *riabko* (1); Jdanov que, muy pensativo, escarbaba la ceniza con un palito, y Tchikin con su pipa que no ardía nunca.

Los demás estaban ya acostados, unos sobre los furgones, otros entre el heno y otros al lado de la hoguera. A la débil luz de las brasas, distinguí espaldas, piernas y cabezas que iba poco á poco reconociendo. En el montón se encontraba el joven recluta que, tumbado á la larga junto al fuego, parecía ya dormido.

Antonov me hizo sitio. Yo me senté á su lado y encendí un cigarrillo. El olor de la niebla y del humo que arrojaba la leña húmeda se extendía por los aires y hacía llorar los ojos: de la oscuridad del

(1) Comida de los soldados; galleta mojada y cocida con manteca de cerdo.

cielo seguía cayendo la misma neblina húmeda.

A nuestro alrededor se oían ronquidos acompasados, crujidos de las ramas en la hoguera, rumores de voces, y de cuando en cuando el choque de los fusiles de los cazadores. Por todas partes hogueras que iluminaban en un estrecho radio las sombras de los soldados. No lejos de mí divisé, en uno de aquellos espacios iluminados, el perfil de algunos soldados desnudos que sacudían las camisas encima de la lumbre.

Muchos de ellos todavía no se habían dormido; hablaban y se movían en un espacio de 15 sagenas cuadradas. Pero la oscuridad de la noche llenaba de misterio toda aquella agitación, como si cada uno de nosotros hubiese sentido pesar sobre sí su lúgubre calma y temido turbar su tranquila armonía.

Cuando empecé á hablar, conocí que mi voz no sonaba como de ordinario. En los rostros de todos los soldados, sentados alrededor del fuego, leía la misma impresión.

Al principio creí que antes de llegar yo, estaban hablando de sus camaradas heridos; pero nada de eso: Tchikin estaba refiriendo la llegada de efectos militares á Tiflis y no sé qué fuga de los estudiantes de aquella ciudad.

Siempre y en todas partes, pero sobre todo en el Cáucaso, he reco-

nocido en nuestros soldados el buen tacto de evitar, durante el peligro, las conversaciones capaces de debilitar la moral del soldado. El valor ruso no se parece al de los pueblos del Mediodía, que llega instantáneamente al entusiasmo y se apaga del mismo modo, sino que tarda tanto en inflamarse como en extinguirse. No necesita recursos de efecto, gritos de combate, cantos y tambores; al contrario, le hace falta tranquilidad, orden, franqueza. En el soldado ruso, verdaderamente ruso, no se observa casi nunca ni arrogancia, ni fanfarronería, ni necesidad de excitarse y enfurecerse durante el peligro. Por el contrario, la reserva, la sencillez y el dón de ver en el peligro cosa distinta de él, he aquí los rasgos salientes de su carácter.

He visto á un soldado herido en una pierna, cuyo primer impulso fué sentir que la bala le hubiese agujereado un capote nuevo. Otro de caballería, á quien mataron el caballo, le quitó la silla, según iba cayendo, para que no se le estropease. ¿Quién no se acuerda de aquel hecho del sitio de Herghebel, cuando en la maestranza se inflamó la mecha de una bomba y el artillero mandó á dos soldados que la cogiesen y la arrojasen inmediatamente en el foso? No queriendo echarla demasiado cerca de la tienda del coronel, si-

tuada á la orilla del foso, por miedo de despertar á los oficiales que en aquélla dormían, llevaron más lejos la granada, que al estallar los hizo pedazos.

Otro recuerdo de la expedición de 1852. Habiendo dicho casualmente un soldado bisoño, durante un combate, que su compañía quedaría en el sitio, todos los camaradas le reprendieron agriamente aquellas inconsideradas palabras que ni siquiera querían repetir.

Así, en aquel momento en que parecía que todos estarían pensando en Vélentchuk, y en que un ataque de los tártaros podía cogernos de improviso, de un momento á otro, todos prestaban atención á los alegres cuentos de Tchikin, y nadie decía palabra del combate de aquel día, ni del peligro inminente, ni del herido, como si todo aquello hubiera pasado mucho tiempo antes ó como si jamás hubiera sucedido.

Me parecía, sin embargo, que sus rostros estaban más tristes que de ordinario, y que no escuchaban con gran atención á Tchikin, el cual, conociendo que casi no le oían, hablaba como maquinalmente.

Maximov se acercó á la hoguera y se sentó á mi lado, habiendo desaparecido Tchikin para dejarle sitio. Después de una pausa, este último se puso á fumar en su pipa.

—Los cazadores han enviado á buscar aguardiente á la fortaleza—dijo Maximov después de un largo silencio.—Los enviados están de vuelta.

Y escupió en la hoguera.

—El sargento dice que ha visto al nuestro.

—Pues qué, ¿vive aún?—preguntó Antonov dando vueltas á la marmita.

—No, ha muerto.

El joven recluta levantó de pronto la cabeza, cubierta con la gorra encarnada, miró fijamente á Maximov y después á mí, y luego se volvió á echar, arrojándose con su capote.

—¿Veis esto? No vió impunemente la muerte al lado cuando le desperté en el parque—dijo Antonov.

—¡Tontunas!—dijo Jdanov dando la vuelta al leño que ardía.

Todos se callaron.

En medio del silencio general, se oyó detrás de nosotros, hacia la fortaleza, un disparo. Nuestros tambores contestaron tocando marcha. Cuando acabó el último redoble, Jdanov se levantó el primero y se quitó la gorra. Todos seguimos su ejemplo.

En la profunda serenidad de la noche se oyó un armonioso coro de voces varoniles, que decía:

«Padre nuestro, que estás en los

cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

»El pan nuestro de cada día dá-nosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdo-namos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas libranos de mal. Amén.»

.....  
—Así es como hirieron allá á uno de los nuestros en 1845—dijo Antonov—cuando después de poner-nos las gorras hicimos otra vez corro alrededor de la hoguera. Entonces le llevamos con nosotros sobre los cañones. ¿Te acuerdas de Schevtchenko, Jdanov?... Acabamos por dejarle abandonado debajo de un árbol.

En aquel momento un soldado de infantería, de grandes patillas y largos bigotes, con el fusil al hombro y la mochila á la espalda, se acercó á nuestra hoguera.

—Con permiso, paisanos... Un poco de lumbre para encender la pipa—dijo.

—Bien, enciéndela; lo que es fuego no falta—dijo Tchikin.

—¿Hablábais sin duda de Dargo?—dijo el soldado dirigiéndose á Antonov.

—De la campaña de 1845 en Dargo—contestó Antonov.

El soldado meneó la cabeza, ce-

rró los párpados y se acurrucó á nuestro lado.

—Ah, sí, buenas las pasamos allí—dijo.

—¿Y por qué le abandonásteis?—pregunté yo á Antonov.

—Sufría mucho del vientre. Mientras estábamos parados, vaya; pero en cuanto nos poníamos en marcha, ya no dejaba de gritar. Nos rogaba por Dios que le dejásemos allí; pero nos daba lástima. Y luego *él* (1) empezaba á hostigarnos demasiado; sólo en nuestra pieza nos mató tres soldados y un oficial; además estábamos separados no sé cómo de la batería. Una verdadera desdicha. Temíamos no poder salvar el cañón. ¡Y qué barro!

—El sitio peor—dijo el soldado—era junto á la Montaña India.

—Pues bueno, allí se sintió peor. Entonces Anochenka, un sargento veterano, pensó como nosotros que, hiciéramos lo que quisiéramos, no había de vivir, y él mismo nos pedía otra vez por Dios que le abandonásemos. «¡Dejémosle, pues, aquí!» Y eso es lo que hicimos. Había en aquel sitio un árbol muy copudo. Cogimos algunas galletas mojadas que llevaba Jdanov, y las pusimos junto al herido. Le apoyamos en el árbol, le pusimos una camisa

(1) Así designan al enemigo los soldados rusos.

limpia, nos despedimos de él como se acostumbra y le dejamos así.

— ¡Era un buen soldado!

— Un soldado bastante bueno — dijo Jdanov.

— ¡Lo que fué de él, Dios lo sabe! — siguió diciendo Antonov. — Allá se quedan muchos de los nuestros.

— ¡En Dargo? — dijo el soldado levantándose y desocupando su pipa.

Volvió á cerrar los párpados y dijo meneando la cabeza:

— ¡Ah! ¡Buenas se han pasado allá!

Y se marchó.

— ¿Quedan todavía muchos en nuestra batería de los que combatieron en Dargo? — pregunté yo.

— ¡Muchos? Jdanov, yo, Patsan, actualmente con licencia, y otros cinco ó seis nada más.

— Pues nuestro Patsan me parece que estira la licencia — dijo Tchikin alargando las piernas y apoyando la cabeza en el tronco de un árbol. — Creo que pronto hará un año que se fué.

— Y tú, ¿has tomado la licencia de un año? — pregunté á Djanov.

— No, nunca — respondió de mala gana.

— Cuando se tienen posibles, ó cuando se puede trabajar — dijo Antonov — está bien irse á la sierra; entonces todo el mundo está contento en casa.

— Si no, á qué ir, cuando no se

tiene más que dos hermanos, que lejos de poder dar de comer á un soldado, apenas tienen para ellos? Cuando ha servido uno veinticinco años, ya para poco vale. Y además, que ni siquiera sé si viven.

— ¿Nunca les has escrito?

— Sí, les he enviado dos cartas; pero no me han contestado á ninguna. Ni sé si se han muerto, ni si la pobreza les impide de pensar en mí.

— ¿Hace mucho tiempo que escribistes?

— Al volver de Dargo escribí la última carta. Canta «El Abedulillo» — dijo Jdanov á Antonov que, con los codos apoyados en las rodillas, estaba canturreando.

Antonov cantó «El Abedulillo.»

Es la canción favorita de Jdanov — me dijo Tchikin, tirándome de la manga. — Cuando Antonov se pone á cantarla, el viejo llora.

Jdanov, que al principio estaba sentado en una completa inmovilidad, con los ojos fijos sobre la hoguera y el rostro iluminado por el rojizo resplandor que despedía, parecía triste; luego le temblaron las mejillas y al cabo se levantó, tendió el capote en el suelo y se echó á un lado del fuego á la sombra. Fuese que se agitara esperando el sueño, fuese la influencia de aquel tiempo de tristeza y la idea de la muerte de Vélentchuk, ello es que me pareció que lloraba.

El gran leño, que se iba apagando por una punta, no iluminaba ya sino con escasa luz el perfil de Antonov, con sus largos bigotes, su rostro encarnado y las condecoraciones pendientes de su capote, las botas de otro soldado, cabezas y espaldas. De las nubes seguía cayendo la misma neblina desesperante. En el aire se sentía el mismo relente de humedad y el humo. Y aquí y allá brillaban los mismos puntos luminosos de las hogueras que se apagaban; en medio de la calma universal, se exhalaba la melancó-

lica melopea de Antonov; y cuando se interrumpía por un momento el ruido de los movimientos nocturnos del campo, los ronquidos, el choque de los fusiles de los centinelas y las conversaciones en voz baja parecía que le contestaban.

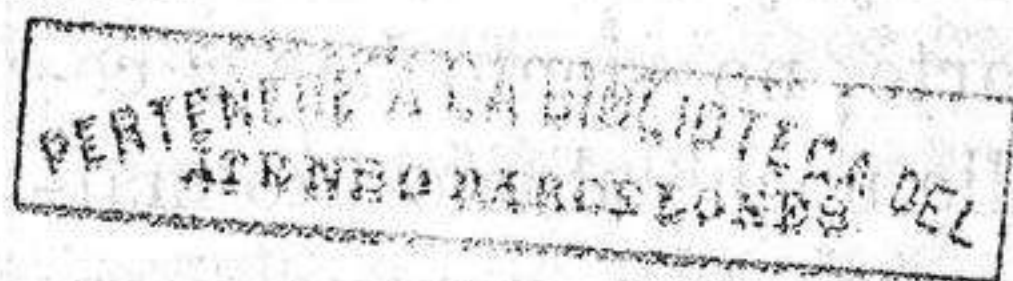
— ¡Dos números de guardia, Makatiuk y Jdanov! — gritó Maximov.

Antonov se calló. Jdanov se levantó, dió un profundo suspiro, subió por cima de un tronco de árbol y se dirigió hacia donde estaban los cañones.

CONDE LEÓN TOLSTOY.



## UN JUGADOR



**A**l salir del teatro entré en el Círculo, y me entretuve hasta muy tarde ante la mesa del baccarat, mirando el juego, y montado en el respaldo de una de esas sillas altas para uso de los jugadores que no han encontrado sitio ante el tapete verde, ó de los simples curiosos como yo. Era aquella, como se dice en el lenguaje de club, una hermosa partida. El banquero, un joven guapo, con traje de *soirée* y con una gardenia en el ojal del frac, llevaba perdidos unos tres mil luisas, pero en su radiante fisonomía de vividor de veinticinco años no se notaba la menor emoción. Únicamente el ángulo de aquella boca que pronunciaba las sacramentales frases: «Doy... En cartas... Bac... Aquí está el punto», no habría mascado tan nerviosamente una punta de cigarro apagado, si el frío frenesí del juego no le hubiera oprimido el co-

razón. En frente de él un sujeto de cabellos blancos, jugador de toda la vida, hacía de sotabanquero, y manifestaba sin hipocresía su mal humor contra la mala sombra que de tirada en tirada iba disminuyendo el montón de fichas y tantos colocados delante de sí. En cambio, el más alegre regocijo iluminaba el rostro de los puntos que, sentados en derredor de la mesa, extendían sus puestas, y marcaban en el papel con la punta del lápiz las alternativas de la puesta, ese «espíritu de la talla» en que los menos supersticiosos no pueden dejar de creer en cuanto tocan una carta. Hay ciertamente en el espectáculo de toda lucha, aunque sea la de un siete con un ocho, y de un rey con un as, no sé qué fascinación que interesa profundamente la curiosidad, porque allí estábamos cincuenta personas alrededor de aquellos ju-

gadores siguiendo los lances de la partida sin aperebirnos de lo avanzado de la hora. ¿Qué filósofo explicará ese otro fenómeno, esa inercia de después de media noche que inmoviliza en París á tanta gente, no importa dónde, pero siempre fuera de sus casas, donde descansarían del trabajo y de las diversiones? Por mi parte, no siento haber cedido aquella noche al encanto malsano del trasnochar, porque si me hubiese retirado cuerdamente á la hora regular, no hubiera encontrado en el saloncillo en que se cena á mi amigo el pintor Miraut, solo ante su mesa, en disposición de beberse una taza de caldo; no me hubiera propuesto llevarme á mi casa en su coche, y no le hubiera oído referirme un caso de juego que á la mañana siguiente escribí lo mejor que pude, dándome él su autorización para ello.

—¿Qué diablos estaba V. haciendo en el Círculo después de las doce—me preguntó—puesto que no cenaba V.?

—Estaba mirando jugar—le respondí yo—he dejado en buen camino al mocito Lautrec. Perdía en los sesenta mil...

El coche se ponía en marcha al pronunciar yo esta frase, y veía de perfil á Miraut que encendía su cigarro con aire á lo Francisco I (el Francisco I del Louvre, pintado por

Ticiano), aire que sus cincuenta años bien cumplidos han amplificado, dando también realce á su hermosura. ¿No es bastante singular que con sus hombros de lansquenet, su anchura de espaldas y su sensualidad refinada, casi glotona, este gigante siga siendo el más especial de nuestros pintores de flores y de retratos de mujeres? Conviene añadir que de aquel pulmón de gladiador sale una voz de una dulzura musical, y que las manos, que yo examinaba de nuevo mientras sostenía la cerilla y el cigarro, son de una finura incomparable. Sé además, por experiencia, que este soldadón tiene un corazón excelente, y así no me chocó mucho la melancólica confianza involuntariamente provocada por mi frase sobre el juego. Afortunadamente tuvo tiempo bastante para contarme el caso muy por menor. A medida que nos acercábamos al Sena, la niebla se iba haciendo más espesa, y nuestro carruaje avanzaba al paso, en tanto que mi compañero daba rienda suelta al recuerdo de la historia, ya antigua, que me iba refiriendo. Algunos agentes de policía andaban de acá para allá con antorchas encendidas; otras brillaban en el ángulo del puente que atravesábamos, colocadas al rape de las piedras, por donde corría un arroyuelo de resina encendida. La fantástica silueta

de los otros coches que se cruzaban con el nuestro en aquella niebla acre, casi negra, desgarrada á trechos por las movibles luces, aumentaba sin duda la impresión del pasado que se apoderaba del artista, porque su voz se iba haciendo más dulce y más débil á medida que se alejaba en espíritu más y más de mí, que le interrumpía lo preciso para excitar sus recuerdos.

—Yo—empezó á decir—no he jugado más que dos veces, y, ¿me creeréis? hoy ni siquiera puedo ver jugar... Hay algunas horas, ya sabéis, de esas en que uno no tiene los nervios bien templados, en que la vista sola de un naípe me obliga á salir del cuarto... Y es que ¡ay! de esas dos únicas partidas conservo tan terrible recuerdo!...

—¿Quién no los tiene de esa clase?—dije.—¡Y yo que estaba presente cuando nuestro pobre Paul Durieu trabó cuestión en este mismo Círculo de que salimos, por una jugada dudosa, y luego surgió aquel absurdo desafío, acompañándole al cementerio á los cuatro días de haberle estrechado la mano delante de este tapete verde! Siempre hay algo de tragedia al rededor de las cartas, de los crímenes, de las deshonras y de los suicidios. Pero todo esto no impide que se vuelva á reincidir, como se vuelve en España á las corridas de toros, á pesar del despan-

zurramiento de los caballos, de las heridas de los picadores y del asesinato del toro.

—Convenido—dijo Miraut—pero no debe ser uno mismo la causa de una de esas tragedias, y eso es lo que á mí me ha sucedido en circunstancias bien sencillas. Pero cuando os lo haya referido, comprenderéis por qué la más insignificante partida de besigue me infunde igual escalofrío de horror que sentiría al oír una detonación en el campo un hombre que hubiese dado muerte á alguno por descuido al limpiar un arma. Era precisamente el año de mi entrada en el Círculo, en 1872, que fué también el de mi primer triunfo en la Exposición...

—Vuestra *Ofelia entre las flores*, me parece estarla viendo. Bien recuerdo el ramo de rosas amarillentas junto á la rubia cabellera, rosas de un amarillo tan pálido, tan delicado, y luego sobre el corazón aquellas otras rosas oscuras, como manchadas de sangre... ¿Quién tiene ahora ese cuadro?

—Un banquero de New-York—contestó el pintor, dando un suspiro—que ha dado por él cuarenta mil francos. Yo le vendí en mil quinientos en época en que... Claro, todavía no era yo el artista afortunado de quien vuestro *alter ego* Claudio Larcher, decía maliciosamente: Dichoso Miraut, cuyo oficio con-

siste en estar mirando todo el día á una americana, lo cual le produce quince mil francos!...» Dicho sea entre nosotros; pero podía haber hecho sus juegos de palabras á costa de otros, y no de sus antiguos amigos... En fin, Dios le haya perdonado.—Pero si os hablo de dinero —añadió tocándome en el brazo, porque conocía que iba á contestar defendiendo la memoria de mi antiguo amigo—no vayáis á creer que es por realzar el valor comercial de mis obras; no. Es sólo porque esos mil quinientos francos tienen relación con mi aventura. Figuraos que yo no había tenido nunca reunida una cantidad igual. ¡Mis principios han sido tan penosos! Llegué á París con una subvención de mil francos que me pagaba mi pueblo, y con esa suma ó poco más he tenido que contentarme durante seis años.

—He conocido esos apuros—dije yo—pero por poco tiempo. ¿Comía usted, como nosotros, en casa de Polydoro, calle de Monsieur-le-Prince, donde por diez y ocho sueldos se lograba almorzar? Cuando encuentre V. á Jacques Molan y le aburra con sus historias de mundanas y con las elegancias de su próxima novela, háblele de esa repostería, y antes de cinco minutos quedará V. libre de él.

—Nosotros habíamos resuelto el problema por medio del falansterio

—replicó el pintor; algunos compañeros y yo hacíamos la comida en común. La amiga de uno de nosotros, que había sido cocinera (tales eran nuestras elegancias), nos guiaba las dos comidas diarias por cuarenta y cinco francos al mes cada uno. El cuarto, quince francos; nada de criados; yo mismo me hacía la cama. Total, sesenta francos para lo preciso. Estaba desharrapado como un ladrón, pero no sabía lo que era ir en ómnibus. Mis compañeros vivían como yo, y no nos ha ido mal. Allí estaban el escultor Tardif; Sudre, el pintor de animales; Rivals, el grabador, y por fin, el mejor dotado de todos, el cantinero de nuestra cantinera, como le llamábamos, Ladrat...

— ¡Ladrat, Ladrat! — dije yo, evocando mis recuerdos — yo conozco ese nombre.

—Le habréis leído en los periódicos—siguió diciendo Miraud, cuyo rostro se nubló;—pero voy á ello. Ese Ladrat, que se llevaba todos los premios de estudio en la Academia, era ya entonces víctima del terrible vicio de la bebida. En la vida demasiado libre que llevábamos, semi obreros, y en continuo roce con modelos y trabajadores, estábamos expuestos á muchas tentaciones, y desde luego á ésta. A Ladrat le había dominado. Tengo que deciros esto para que no me juzguéis den-

tro de un momento con demasiada severidad. Aquel triste hábito le impidió ganar la pensión de Roma. De tal manera se alcoholizó que acabó locamente y á la diabla una composición que había empezado magistralmente. En una palabra, en 1872 era el único de nosotros que había continuado en la vida de bohemia, y de la más baja estofa. Había llegado á ser lo que llamamos un petardista, ó sea un hombre que va de estudio en estudio, pidiendo prestados cien sueldos aquí, mayor cantidad allá, siempre con deliberado propósito de no pagarlos en la vida. Y los de este género duran muchos años.

—Por lo menos daba las gracias con algún insultito—reliqué yo—como ese Legrimandet que conocí y que nunca iba á casa de Mareuil sin pedirle algo para la capillita (era su fórmula) y sin insultarle en seguida para salvaguardia de su dignidad. Un día le encontró disponiéndose á corregir las pruebas de un artículo que iba á publicarse. Pidió su limosna, y Andrés se la dió. «Caballero, le dijo, metiéndose en el bolsillo la moneda de plata, ¿queréis conocer si un escritor tiene talento? Pues no tenéis más que averiguar si reciben su copia en una redacción. Si la reciben, está juzgado; es una medianía. Adiós»... Ahí tiene V. un pobre modelo.

—No—dijo Miraut—no era ese el género de Ladrat. Daba las gracias, se echaba á llorar, juraba que trabajaría y luego se iba al café y se envenenaba con ajenjo. Entonces le daba vergüenza y no volvía á presentarse en muchos días. Sus pedidos, por otra parte, eran insignificantes; casi nunca pasaban de cien sueldos. Así es que me extrañó mucho una tarde al encontrar en mi casa una larga carta suya en que me pedía nada menos que doscientos francos. Hacía más de seis meses que yo no le había visto, y me contaba en ella que todo ese tiempo había estado luchando con su vicio, que no había bebido, que había querido trabajar, que sus fuerzas le habían vendido, que su mujer estaba enferma (seguía viviendo con la cantinera), en fin, una de esas cartas de mendigo, desoladoras, cuya lectura le deja á uno disgustado.

—Cuando se las da crédito—dije yo—porque á los diez años de vivir en París ha recibido uno tantas epístolas semejantes... y si entre el montón hubiera siquiera dos sinceras...

—Más vale exponerse á que le engañen á uno todas las demás veces, que dejar de atender á esas dos—replicó el pintor.—Por otra parte, en aquel momento no puse en duda la sinceridad de Ladrat. Quiso la casualidad que aquel día

hubiese yo cobrado los mil quinientos francos de la *Ofelia*. En mis asuntos de dinero siempre he sido yo muy meticulado. Yo no tenía deudas, y guardaba en mi cajón una cantidad casi igual. Tenía instalado mi estudio y provisto mi guardarropa para todo el año. Me acuerdo que hice de memoria el balance de mi situación económica al tiempo que cepillaba mi gabán para ir á uno de mis primeros convites de sociedad, una de esas comidas de triunfador á que se va con un apetito de maestro de escuela y con un amor propio de estudiante. ¡Se tiene igual fe en la autenticidad de los vinos que en la sinceridad de los elogios! Comparé mi situación con la de mi antiguo compañero de barrio, y tuve uno de esos impulsos generosos tan propios de la juventud como la flexibilidad y la alegría. Cogí dos luises, los metí en un sobre, escribí las señas de Ladrát y luego llamé á mi portero. Si este hombre hubiese estado allí, mi antiguo camarada hubiera recibido el dinero aquella noche misma; pero había salido á recados. Pues mañana será, dije, y salí, dejando preparado el sobre encima de mi mesa. Tenía tan bien tomada mi resolución, que experimenté de antemano ese cosquilleo de ligera vanidad que nos produce la conciencia de una acción

generosa. No es muy hermosa la tal vanidad, pero es humana, y hay tantas otras que no tienen ese pretexto elevado, por ejemplo, ¡la que en mi interior sucedió á la primera casi inmediatamente! En la casa donde comía me encontré sentado entre dos mujeres muy elegantes que rivalizaron para conmigo en adulaciones y coqueterías. En una palabra, salí de allí á eso de las once, dominado por una de esas crisis de fatuidad en que se siente uno dueño del mundo, y me apeé en nuestro Círculo, establecido entonces en el hotel de la plaza Vendôme, á donde me había guiado uno de los convidados que se brindó á hacerme los honores de la reunión. Como casi no conocía á nadie allí, no había puesto en él los pies seis semanas después de haber sido admitido. Dos pintores me habían servido de padrinos, y sólo la perspectiva de la Exposición anual me había decidido á hacerme socio, á pesar de la cuota, que me parecía entonces muy cara. Era yo tan ingenuo, que pregunté á mi guía cómo se llamaba el juego que tenía reunidas alrededor de la mesa á tantas personas. El se echó á reír, y me demostró en dos palabras las reglas del *baccarat*.

—¿No os tienta esto?— me dijo.

—¿Por qué no?— contesté algo

mortificado de mi ignorancia — pero no tengo dinero.

Sin dejar de reir, me explicó cómo me bastaría firmar un pagaré para recibir sobre mi palabra hasta tres mil francos, á condición de devolverlos dentro de las veinticuatro horas. Después comprendí que aquel mozo me había tentado para jugar él con la buena suerte de un principiante. Pero yo me hubiera bastado solo para caer en la tentación. Me encontraba en uno de esos momentos en que gritaría uno, como aquel otro, al barquero durante la tormenta: «Llevas á César y su fortuna»... ¡Oh! Un César bien pequeño y una fortuna reducidísima, porque me senté á la mesa diciendo á mi compañero:

—Voy á firmar un pagaré de cinco luises, y si pierdo, me voy...

—Y perdió V. y se quedó.

—Tengo un vestido del mismo color — dije yo. — ¡Me acuerdo de haber formado tantas veces esas prudentes resoluciones y de no haberlas cumplido!

—La cosa no fué tan fácil — replicó Miraut.

Mi tentador, que se había sentado junto á mí, me dijo que aguardase mi mano. Le obedecí. Tiro nueve. Yo había arriesgado mis cinco luises.

—Haga V. doble puesta — me dice al oído mi consejero.

Tiro ocho. Sigo doblando siete,

y gano. En fin, de nueve en ocho y de ocho en siete, y siempre doblando, paso seis veces seguidas. A la séptima tirada, y siempre inspirado por mi compañero, hago un luis tan sólo. Pierdo; pero tenía unos tres mil francos ante mí. Mi guía, que había ganado casi otro tanto, se levanta y me dice:

—Si es V. razonable, haga como yo.

Pero ya no le escuchaba yo. Acababa de experimentar una sensación demasiado fuerte para dejar aquello así.

No pertenezco á la escuela de los que V. llama analistas, y yo, perdón V. la frase, de los que cortan un cabello en cuatro, y egoístas. No me paso la vida en mirarme pensar y sentir. Dispensadme, pues, si no os declaro sino en globo y por medio de imágenes lo que por mí pasaba. Durante los cortos instantes en que había ganado, había invadido repentinamente todo mi sér un embriagador orgullo. Un exaltado sentimiento de mi personalidad me agitaba y me soliviantaba. Una sensación análoga he experimentado al nadar en mar gruesa. Aquella inmensa ola movible que os amenaza, os balancea, y á la que domináis con vuestra fuerza, es ciertamente el símbolo exacto de lo que fué el juego para mí en aquel primer período, el de la ganancia;

porque nuevamente gané en iguales proporciones que un momento antes, y luego más. No arriesgaba grandes puestas sino sobre mi mano y sobre la de los demás; jugadas insignificantes; pero cada vez que tocaba las cartas, tenía un humor tan insolente, que primero callaban todos, y luego cuando tiraba, prorumpían como en un rumor de admiración. Quizá sin aquella admiración hubiera tenido valor para dejarlo. Pero ¡ay! siempre he tenido un amor propio de todos los diablos que me ha hecho hacer mil tonterías, y con mis canas, todavía ha de hacerme cometer otras muchas sin duda. Lo conozco, me doy cuenta de ello, y luego, cuando tengo espectadores, adiós mi dinero, no puedo sufrir que digan: «Se ha echado atrás.» Es sublime ser así cuando la escena pasa sobre el puente de Arcole; pero ante una mesa de baccarat, y al azar de una carta, es estúpido. Sin embargo, este orgullo infantil fué causa de que después de haberme hecho notar en mi buena fortuna, no quise ceder ante la mala cuando conocí que se acercaba. Porque lo conocí. Llegó un instante en que comprendí que iba á perder, y aquella especie de lucidez victoriosa que me había hecho coger las cartas con una confianza absoluta se eclipsó de repente. Estaba escrito que yo

había de experimentar, en una misma sesión, todas las emociones que el juego produce á sus aficionados, porque después de haber conocido la borrachera de la ganancia, experimenté la seca y punzante embriaguez de la mala suerte. Porque existe. Ya conocéis la célebre frase: «En el juego, después del placer de ganar, hay el de perder». No encuentro otra frase para explicaros esa especie de ardor emponzoñado, esa mezcla de esperanza y de desesperación, de cobardía y de encarnizamiento. Se cuenta con dominar la mala suerte, y se tiene la seguridad de que se saldrá vencido. Se pierde la facultad de raciocinar, y se hacen puestas que se sabe que son absurdas. Y la ganancia corre, primero las fichas, luego los tantos encarnados, los blancos, y se firman nuevos pagarés. Después de haber tenido, durante diez años seguidos, el valor de mirarme antes de gastar los veinte céntimos de un tranvía, como yo hice, se juegan quinientos y mil francos sin vacilar. Pero voy á hacerlos el resumen de todo en dos palabras. Había entrado en el Círculo á las once, y á las dos abría la puerta de mi casa, habiendo perdido sobre mi palabra los tres mil francos de mi crédito, que era, como os lo he dicho, casi todo lo que poseía.

—Pues bien—dije yo—si después



de aquella sacudida no se ha hecho usted jugador, es que no tiene vocación. Era para perderse para siempre.

—Tiene V. razón—replicó Miraut.—Cuando me desperté al día siguiente del sueño abrumador que sigue á semejantes sensaciones, se me representó de nuevo, y ya no tuve más que dos ideas: la de tomar mi desquite aquella noche misma y la de combinar mis apuestas con arreglo á la experiencia adquirida. Reconstituí mentalmente ciertas jugadas que había perdido y que hubiera debido ganar, unas tirando y otras no tirando á cinco. De pronto mis ojos se fijaron sobre la carta dirigida á Ladratt y que la víspera había dejado sobre la mesa. Un cálculo involuntario me demuestra interiormente que con dar aquel dinero hago un sacrificio insensato. Pagados los tres mil francos de mi deuda, ya no me quedaría casi nada. Para reunir una cantidad que me permitiese volver allá por la noche (y yo conocía que no podía dejar de volver), necesitaba tomar prestado del tratante en cuadros y malbaratar algunos estudios. Así podría recoger unos cincuenta luises, y de aquellos iba á distraer diez para aquel perezoso, para aquel borracho, para aquel embustero. Porque yo intenté demostrarme á mí mismo que su carta no era

más que un tejido de falsedades. La cogí y la volví á leer. Su acento me desgarró nuevamente el corazón. Pero, no. No quise oír aquella voz, y me eché abajo de la cama para escribir apresuradamente un billete negativo. Le escribí en términos breves y secos, para interponer una barrera infranqueable entre mi antiguo camarada y mi compasión. Cuando envié el billete, sentí un poco de vergüenza y de remordimiento; pero me aturdí á más y mejor con los muchos paseos que tuve que dar. Por otra parte, me decía yo para acallar mi conciencia, si gano, siempre estaré á tiempo de enviar la cantidad á Ladratt mañana. Y ganaré.»

—¿Y ganó V.?—le pregunté yo viendo que se callaba.

—Sí—respondió con voz completamente alterada—y más de quinientos luises; pero al día siguiente era demasiado tarde. Inmediatamente después de haber recibido la negativa de mi billete, Ladratt, que no me había engañado, se sintió poseído del frenesí de la desesperación. Su compañera y él tomaron la fatal resolución de asfixiarse. Encontráronlos muertos en su cama, y yo fui, yo, nótelo V. bien, el que hice descerrajar la puerta. Llegué con los doscientos francos... sí, ¡era demasiado tarde!... Ahí tiene V. por qué se acuerda de haber

leído en los periódicos ese nombre de Ladrat. ¿Comprende V. ahora por qué la sola vista de una carta me inspira horror?

—Vamos—le dije—si le hubiera V. enviado el dinero la víspera, le hubiera salvado un mes, dos me-

ses; pero hubiera vuelto á caer, el vicio le hubiera dominado de nuevo, y hubiera acabado como acabó.

—Es posible—contestó el pintor—pero mirad, en la vida nunca debe ser uno la gota de agua que haga rebosar el vaso.

P. BOURGET.

## TOC... TOC... TOC...

---

**N**os sentamos en corro, y nuestro amigo Alejandro Vassilievitch—alemán de apellido, pero ruso á macha martillo—comenzó así:

### I

Señores, voy á contaros una historia que me ocurrió hacia 1830... Como veis, hace de esto cuarenta años. Seré breve, no me interrumpáis.

Habiendo salido recientemente de la Universidad, vivía yo entonces en Petersburgo. Mi hermano era portaestandarte de artillería montada de la Guardia. Su batería estaba en el campamento de Krasnoe-Selo. Esto sucedió en verano. Mi hermano no estaba alojado en el mismo Krasnoe-Selo, sino en una aldeilla de los alrededores, donde á menudo iba yo á verle. Así trabé conocimiento con todos sus camara-

das. Habitaba en una barraca bastante curiosa, á medias con un oficial de su batería, Elías Stepanich Teglew, á quien por eso trataba yo con más intimidad que á los otros.

Ya está pasado de moda Marlinsky, nadie lo lee, y su nombre hasta inspira sonrisas; pero por aquella época metía mucho ruido, y según el sentir de la juventud de entonces, el mismo Pouchkine no podía compararse con él. No sólo se le consideraba como el primero de los escritores rusos, sino (lo que es más difícil y raro) que había impreso su sello en la generación contemporánea. Héros á lo Marlinsky encontrábanse á cada paso, en provincias sobre todo, y particularmente en el ejército y entre los artilleros; hablaban y escribían en su jerga; en sociedad guardaban una actitud sombría y reconcentrada, «con la tempestad en el alma y fuego en la sangre», como el teniente Belozoz de la fragata *Nadèdja*. «Devoraban» los corazones de las mu-

jeros. Se les dirigía la denominación de « fatales ». Sabido es que este tipo se conservó durante mucho tiempo, hasta la época de Petchorine (1). ¡Qué de cosas no se encontraban dentro de este tipo! El byronismo, el romanticismo, los recuerdos de la Revolución francesa, de los decembristas — y la idolatría de Napoleón; la fe en el destino, en la estrella, en la fuerza del carácter, de la actitud estudiada y de la fraseología — y las angustias del vacío; las inquietantes fluctuaciones de un mezquino amor propio — al mismo tiempo que la audacia y la energía activa; tendencias generosas — y una pésima y grosera educación; gustos aristocráticos — y frivolidades de pisaverde... Pero, basta de filosofías; he prometido una narración.

## II

El subteniente Teglew pertenecía á ese grupo de los personajes « fatales », aun cuando carecía de las circunstancias exteriores con las cuales nos representamos aquella clase de héroes: por ejemplo, no se parecía en nada al « fatalista » de Lermontof.

Era un hombre de regular estatura, bastante fuerte, ligeramente encorvado, rubio y con las cejas casi blancas;

(1) Héroe de una novela de Lermontof.

su cara era redonda y fresca, sonrosadas sus mejillas, nariz distinguida, frente baja y ancha por las sienes, labios regordetes, bien dibujados y eternamente inmóviles: no se reía, ni siquiera sonreíase jamás. Sólo á veces, cuando estaba fatigado y abría la boca para tomar aliento, dejaba ver unos dientes regulares, blancos como azúcar. La misma inmovilidad artificial notábase en todas sus facciones, que sin ella hubiesen tenido una expresión de benevolencia. La única parte de su rostro que no era de las que se ven por lo común, eran sus ojos, de pupilas verdes y pestañas amarillas. El ojo derecho parecía más alto que el izquierdo, cuyos párpados entornados daban á su mirada un extraño carácter de *desigualdad* y de soñolencia. La fisonomía de Teglew, sin carecer de cierto encanto, tenía una expresión constante de disgusto con un matiz de perplejidad, como si persiguiese dentro de sí mismo una idea triste sin poder alcanzarla. Todo esto no le daba una expresión de altivez; antes al contrario, tenía el aspecto de un hombre secretamente ofendido. Hablaba muy poco, con carraspera, tartamudeando y repitiendo las palabras sin necesidad. Al hablar, no empleaba esas expresiones estafalarias propias de los fatalistas, y sólo recurría á ellas en sus cartas; su escritura parecía la de un niño. Sus jefes teníanle en concepto de un oficial « ni fú, ni fá », sin capacidad excesiva ni exceso de celo. « Es puntual, pero no solícito », decía de él un General de origen alemán. Para con

los soldados también era «ni fú, ni fá», ni carne, ni pescado. Vivía modestamente, con arreglo á su posición. A la edad de nueve años había quedado huérfano; su padre y su madre ahogáronse al atravesar en una barcaza el río Oka, en la época de las crecidas de primavera. Educado en un colegio particular, estaba entre los alumnos más lentos de comprensión pero más tranquilos; á gusto suyo y por recomendación de un primo, hombre influyente, consiguió entrar de portaestandarte en la artillería montada de la Guardia, sufriendo no sin trabajo el oportuno examen, y luego el de subteniente. Sus relaciones con los demás oficiales eran muy tirantes. No le querían; rara vez iban á verle y él tampoco visitaba á casi nadie. Molestábale la presencia de los extraños, con los cuales era encogido y lerdo; no tuteaba á nadie; en una palabra, no tenía ninguna cosa propia de un verdadero camarada. Pero se le respetaba, no por su talento ó por su educación, sino porque se creía encontrar en él ese «no sé qué» característico de los personajes «fatales». Entre los camaradas de Teglew ninguno decía: «Hará carrera, se distinguirá»; pero nadie juzgaba tampoco imposible que llegase algún día ser un Napoleón. Pues en estas cosas influye la «estrella» de cada cual; y Teglew era un hombre «predestinado».

## III

Dos circunstancias, que se remontan á sus primeros tiempos en el servicio militar, contribuyeron poderosamente á dejar sentada su reputación de hombre fatal. El mismo día de su promoción (esto era á mediados de Marzo) paseábase con uniforme de gala por los muelles del Neva, en compañía de algunos oficiales recién ascendidos como él. Ese año adelantóse la primavera, y el Neva comenzaba á deshelarse; los grandes témpanos habían desaparecido, pero una tenue y continua costra de hielo, empapada de agua, cubría aún el río. Aquellos jóvenes estaban hablando unos con otros y riéndose, cuando de pronto detúvose uno de ellos: había visto á veinte pasos de la orilla, sobre el hielo que se movía con lentitud, un perro pequeño; el pobre animalito temblaba con todos sus miembros, dando aullidos lastimeros. «Está perdido», murmuró entre dientes el oficial. Arrastrado poco á poco el perro, pasó por delante de una rampa que llegaba hasta el nivel del agua. Sin decir una palabra, de repente bajó Teglew por la rampa, se arrojó sobre la delgada capa de hielo, tan pronto hundiéndose como saliendo á flote, se acercó al perro, le cogió por el pescuezo, y regresando sano y salvo, lo dejó encima de las losas. Era tan grande el peligro á que se expuso

Teglew y tan inesperada su acción, que sus compañeros se quedaron literalmente petrificados, y no recobraron el uso de la palabra (todos á un tiempo) sino cuando llamó á un cochero para meterse en su casa; todo su uniforme estaba chorreando. Contestando á sus exclamaciones, Teglew dijo con indiferencia que nadie puede marrar su destino; é hizo señas al cochero para que arrancase.

—Pues llévate el perro como recuerdo—le dijo á gritos un oficial.

Teglew hizo con la mano un ademán de tenerle sin cuidado, y sus camaradas miráronse unos á otros con mudo asombro.

La otra circunstancia ocurrió pocos días después, en una partida de juego en la residencia del comandante de su batería. Teglew estaba sentado en un rincón, sin tomar parte alguna en el juego.

—¡Ah, si (como en la *Sota de espadas* de Pouchkine) me hubiese dicho de antemano alguna vieja cuáles son las cartas que deben ganar!—exclamó un teniente al perder su tercer millar de puntos.

Teglew se acercó en silencio á la mesa, tomó la baraja, cortó y dió vuelta á los naipes, diciendo: «Seis de oros». En efecto, abajo estaba el seis de oros. «As de bastos», añadió; cortó de nuevo y apareció debajo el as de bastos. «Rey de oros», murmuró con voz iracunda y apretando los dientes; por tercera vez había adivinado. En el acto se puso rojo: de seguro que él mismo no había esperado aquello.

—¡Excelente escamoteo! Repetirlo otra vez—dijo el comandante.

—No me ocupo de suertes de naipes—respondió Teglew con sequedad, y se marchó á otra pieza.

Yo no me explico de qué manera había adivinado las cartas; pero lo vi por mis propios ojos. Después de él intentaron hacer lo mismo la mayoría de los jugadores presentes: nadie lo consiguió. Algunos de ellos pudieron á lo sumo acertar una carta; pero dos seguidas, imposible. ¡Y Teglew había adivinado tres seguidas! Esta circunstancia confirmó de nuevo su reputación de hombre fatal y misterioso.

#### IV

Compréndese cómo Teglew se aferró en seguida á aquella reputación: le daba una importancia propia suya, un colorido particular. *Eso le daba representación*, según suele decirse, y con su escaso talento natural, sus insignificantes conocimientos y su enorme amor propio, veníale de molde aquella reputación. Merecerla hubiera sido difícil, sostenerla era muy sencillo: bastaba con callarse y aislarse. Pero el haber simpatizado yo con Teglew no fué á causa de esta reputación, ni el haberle querido de veras puedo afirmarlo. En primer término, le quería porque también yo mismo era un poco salvaje, y encontraba en él un semejante mío; además, porque era bueno y, en

el fondo, de una gran sencillez de corazón. Me inspiraba un sentimiento como de compasiva lástima; á parte de aquella fama *fatal* que le había dado el azar, creí ver pesar sobre él un trágico destino que él mismo no sospechaba. Naturalmente, procuré no dejarle que viese en mí tal sentimiento. ¡Inspirar compasión! ¿Cabe mayor ofensa para un hombre fatal? Teglew, por su parte, sentíase predispuesto en mi favor; estaba á gusto conmigo, conversaba; en mi presencia se decidía á bajar de ese extraño pedestal donde le habían puesto los demás... mejor que él mismo. Atormentado por un amor propio enfermizo, probable es que en el fondo de su alma confesase que nada justificaba en él este amor propio, y que los demás acaso le mirarían por encima del hombro... mientras que yo, mozo de diez y nueve años, no le perturbaba. El temor de decir alguna vulgaridad ó alguna incongruencia delante de mí, no oprimía su corazón siempre alerta. Algunas veces hasta llegaba á ser parlanchín, y entonces era ventajoso para él que nadie oyese sus discursos, excepto yo, pues no habría conservado mucho tiempo su reputación. No sólo sabía muy poca cosa, sino que apenas leía nada, limitándose á recolectar anécdotas é historias muy conocidas. Creía en los presentimientos, en las predicciones, en los presagios, en los encuentros fortuitos, en los días fastos y nefastos, en la persecución ó en la protección por el destino, en la importacia de la vida en una palabra. Hasta creía en ciertos

años «climatéricos», de que alguien había hablado delante de él, pero sin comprender nada de lo que significaba esta palabra. Las verdaderas gentes «fatales», las de pura sangre, no se creen en el deber de profesar semejantes creencias; su misión consiste en inspirárselas á los demás... Pero por este lado, yo era el único que conocía á Teglew.

## V

Cierto día (bien me acuerdo, era San Elías, el 20 de Julio) fuí á ver á mi hermano y no le encontré; le habían enviado no sé á dónde, por toda la semana, en asuntos del servicio. No teniendo ganas de volverme á Petersburgo, me puse á recorrer con mi escopeta las marismas circunvecinas, maté un par de chochas y pasé la velada con Teglew bajo el sobradillo de una granja, donde había establecido él su residencia de verano, según su expresión. Charlamos á tuertas y derechas, tomando té, fumando en nuestras pipas, y conversando ya con el propietario, un finlandés rusificado, ya con un buhonero que rondaba en torno de la batería vendiendo «naranjas y hermosos limones»; este hombre, amable y chistoso, entre otros talentos, tenía el de tocar la guitarra, nos refirió un amor desgraciado que en tiempos remotos había sentido por la hija de un guardia municipal. En una

edad más madura, este Don Juan, de blusa roja, no había conocido ya ninguna otra pasión desgraciada. Ante la puerta de nuestra granja extendíase una vasta llanura con suavísima bajada. Brillaba á trechos un riachuelo encajonado en su álveo. En lontananza cerraba el horizonte una estrecha faja de selvas. Aproximábase la noche; estábamos solos. Con la noche se envolvió la tierra en un manto de vapor ligero y húmedo, que, extendiéndose más y más, acabó por convertirse en una densa niebla. La luna se remontó por el cielo. Toda la niebla quedó penetrada y como dorada por su fulgor. Todo parecía cambiado de sitio, confundido y embrollado de una manera extraña: lo que estaba lejos parecía cercano, lo que estaba cerca parecía lejano; lo que era grande semejaba pequeño, lo que era pequeño convertíase en grande... Todos los objetos eran á la vez claros y confusos. Estábamos transportados ni más ni menos que á un reino de los cuentos de hadas, al reino de la neblina blanca y dorada, de la tranquilidad profunda, del sueño ensoñador y ligero... ¡Y cuán misteriosamente brillaban allá arriba las estrellas, con sus rayos de plata, á través de ese gran velo blanco! Ambos nos callamos. El fantástico aspecto de aquella noche obraba en nosotros y nos predisponía á lo maravilloso.

## VI

El primero que tomó la palabra fué Teglew, y con sus perplejidades, sus interrupciones y sus machaconeos ordinarios, habló de presentimientos..., de fantasmas. Refirióme que una noche como aquella, cierto amigo suyo, estudiante, y desde poco tiempo atrás ayo de dos huérfanos, con los cuales estaba alojado en un pabellón de jardín, había visto una cara de mujer inclinada sobre la cabecera del lecho de él, y á la mañana siguiente reconoció aquel rostro en un retrato en que hasta entonces no se había fijado, y que era el de la madre de ambos niños. En seguida me contó que sus propios padres creían oír constantemente ruido de agua, pocos días antes de morir ahogados; que durante la batalla de Borodino salvóse de la muerte su tío por una circunstancia insignificante, y fué que, habiéndose agachado para cojer un guijarro grisáceo, una bala de cañón pasó en aquel momento sobre su cabeza, cortándole su largo plumero negro. Teglew me prometió hasta enseñarme ese guijo que había salvado á su tío y que tenía engarzado en un medallón. Después me habló de la misión de todo hombre y de la suya en particular; y añadió que siempre había creído en ella hasta entonces, y que si alguna vez le cupiesen dudas acerca de esto, se libraría de ellas quitándose la vida,



pórq̄ue desde entonces la vida no tendría interés ninguno para él.

—¿Os figuráis acaso —dijo mirándome con el rabillo del ojo— que no tendría valor para hacerlo? No me conocéis... ¡Tengo una voluntad de hierro!

—¡Magnífica expresión! —dije para mis adentros.

Teglew se quedó meditabundo, respiró con fuerza, y dejando á un lado la pipa, me declaró que ese día de San Elías, el de su fiesta onomástica, era para él de una importancia suma...

—Es... —añadió— es para mí siempre una mala fecha.

Nada le respondí, y me limité á mirarle sentado ante mí, abatido, doblado, confuso, con su mirar soñador y velado, dirigido hacia el suelo.

—Hoy —continuó— una vieja mendiga (Teglew no dejaba nunca pasar un pobre sin darle limosna) me ha dicho que rezaría por mi alma. ¿No es extraño eso?

Hay gentes, pensé, á quienes les agrada ocuparse de sí mismas constantemente. Sin embargo, debo añadir que las últimas palabras de Teglew las pronunció con una desusada expresión de inquietud y de trastorno. No era melancolía «fatal»; algo le oprimía y devoraba realmente. Lo que más me chocaba era la expresión de abatimiento difundida en sus facciones. ¿Sentía quizá nacer en él esas dudas sobre las cuales acababa de decirme algunas palabras? Poco antes, habíanme hablado sus camaradas acerca de un proyecto presentado por él á sus jefes sobre

no sé qué reforma en la artillería, y se lo habían devuelto con una «reprimenda». Conociendo su carácter, no me cabían dudas de que el desdén de sus jefes le habría herido profundamente; mas parecíame ver en Teglew algo más íntimo, de un matiz personalísimo.

—Hace humedad —dijo de pronto meneando los hombros.— Entremos en la barraca. Ya es hora de dormir. Era en él un hábito eso de mover así los hombros y volver la cabeza á derecha é izquierda, llevándose la mano á la garganta y á la nuca, como quien lleva puesto un cuello que le aprieta. Me parecía como que el carácter entero de Teglew se manifestaba en ese movimiento intranquilo y nervioso. Este mundo le venía estrecho.

Nos metimos en la barraca y nos acostamos: él en el rincón de las imágenes y yo en el rincón opuesto, sobre un banco donde había un poco de heno.

## VII

Teglew dió muchas vueltas en su lecho; y en cuanto á mí, no podía quedarme dormido. ¿Me habían sacudido los nervios sus relatos, ó aquella extraña noche habíame irritado la sangre? No lo sé; pero me era imposible dormir. El mismo deseo de dormir concluyó por disiparse, y me quedé con los ojos abiertos, en tensión mi espíritu, persiguiendo las más incoherentes

ideas, como ocurre siempre en las horas de insomnio. Al dar vueltas á un lado y á otro, extendí el brazo... y mis dedos tropezaron contra una de las vigas que formaban las paredes. Ese choque produjo un sonido débil, pero vibrante y bastante prolongado... sin duda vine á dar contra un sitio en hueco.

Toqué de nuevo, pero aquella vez voluntariamente. Prodújose idéntico sonido. Repetí los golpecitos otra vez... Teglew levantó bruscamente la cabeza, y exclamó:

—Riedel, ¿no oye V.? Llaman en la ventana.

Hice como que dormía. Se me puso en la cabeza burlarme un poco de mi «fatal» compañero, ya que no me podía dormir.

Dejó caer de nuevo la cabeza en la almohada.

Dejé pasar un rato, y luego di otros tres golpes.

Teglew volvió á levantar la cabeza y se puso á escuchar.

Volví á mis golpecitos. Estaba acostado de manera que se veía mi cara, pero no era posible que me viese la mano que sacaba yo por debajo de las mantas.

— ¡Riedel! — exclamó Teglew.

No le respondí.

— ¡Riedel! — repitió en voz más alta.

— ¡Riedel!

— ¿Qué? ¿Qué hay? — le contesté con el tono de un hombre que se despierta.

— ¿No oye V.? Alguien toca en la ventana. ¿Querrán entrar?

— Será un transeunte — balbuceé.

— Hay que hacerle entrar ó saber qué pasa.

No le respondí, é hice de nuevo como que me había dormido.

Pasaron algunos minutos. Al cabo de ellos, renové mi jugarreta.

*Toc... toc... toc...*

Teglew se puso en seguida sentado, y escuchó.

*Toc... toc... toc. Toc... toc... toc...*

A través de mis párpados entornados, podía atisbar todos sus movimientos, gracias á la blanquizca claridad de la noche. Ora se volvía hacia la puerta, ora hacia la ventana. En efecto, era difícil saber de dónde provenía el ruido: hubiérase dicho que volaba dentro de la estancia, rasando las paredes. Por casualidad, había topado con un foco acústico.

*Toc... toc... toc...*

— ¡Riedel! — exclamó al fin. — ¡Riedel! ¡Riedel!...

— Pero, ¿qué pasa? — le dije, bostezando.

— ¿De veras no ha oído V. nada? Alguno está llamando.

— Bueno, déjele que llame. — Fingí otra vez dormirme y hasta roncar...

Calmóse Teglew.

*Toc... toc... toc...*

Teglew saltó de la cama, abrió la ventana, é inclinándose hacia fuera gritó con voz ronca:

— ¿Quién va? ¿Quién toca?

Luego abrió la puerta y repitió su pregunta. Relinchó á lo lejos un caballo, y eso fué todo.

Volvióse á su lecho.

*Toc... toc... toc...*

Teglew se volvió con lentitud, y se sentó otra vez.

*Toc... toc... toc...*

Teglew se puso á escapar las botas, echóse sobre los hombros el capote de oficial, y descolgando de la pared su sable, salió de la barraca. Le oí dar la vuelta dos veces y preguntar á cada instante: «¿Quién va? ¿Quién anda ahí? ¿Quién llama?» Después callóse de pronto, se detuvo en la calle, no lejos del rincón donde estaba yo echado; y sin decir una palabra, entrando otra vez en la barraca, se acostó vestido.

—*Toc... toc... toc...*—repetí de nuevo.—*Toc... toc... toc...*

Pero Teglew no se movió ni preguntó ya «¿Quién toca?» Apoyó la cabeza entre las manos.

Viendo que aquello ya no hacía efecto, dejé transcurrir un rato; al cabo del cual fingí despertarme, y mirando á Teglew, manifesté asombro:

—¿Ha salido V.?

—Sí—contestó con indiferencia.

—¿Ha continuado V. oyendo ese ruido?

—Sí.

—¿Y no ha visto V. á nadie?

—No.

—¿Ha cesado el ruido?

—No lo sé. Ahora todo me da igual.

—¿Ahora?... ¿Y por qué ahora?

Teglew no respondió.

Tuve un impulso de vergüenza y de remordimiento, pero no pude resolverme á confesarle mi picardigüela.

—Escuche V.—le dije—estoy se-

guro de que todo eso no ha existido más que en su imaginación.

Teglew frunció el entrecejo.

—¡Ah! ¿Lo cree V. así?

—¿No dice V. que cree haber oído tocar?...

—También he oído otra cosa—interrumpió.

—¿Pues qué?

Teglew se inclinó hacia adelante y se mordió los labios. Es evidente que vacilaba...

—¡Me han llamado!—dijo al fin á media voz, volviendo la cabeza.

—¡Le han llamado! ¿Quién le ha llamado?

—Una... (Teglew continuaba mirando á hurtadillas.) Un ser á quien hasta ahora suponía yo muerto, sin estar seguro... Pero ahora he adquirido la certidumbre de ello.

—¡Le juro, Elías Stepanitch, que todo esto sólo existe en la imaginación de V.!

—¿En mi imaginación?—repitió—¿Quiere convencerse V. mismo de ello?

—Aceptado.

—Entonces, salgamos.

## VIII

Me vestí con prontitud, y seguí á Teglew. Al otro lado de la calle y frente á la barraca no había casas, sino un seto bajo abierto acá y allá, á partir del cual descendía hasta el llano una cuesta bastante pendiente. La nie-

bla continuaba envolviendo todos los objetos; á veinte pasos, casi no se distinguía la forma de nada. Atravesamos el seto y nos detuvimos.

—Aquí es—dijo, bajando la cabeza.—No se mueva, no hable y escuche. Agucé el oído como él, y nada oí, excepto ese murmurio incesante y casi imperceptible, que es como el resuello de la noche. Permanecimos inmóviles durante algunos minutos, mirándonos con intervalos uno á otro. Cuando nos disponíamos á volver á entrar, una voz débil como un soplo y que parecía salir del seto murmuró:—¡Elías!

Miré á Teglew; mas parecía no haber oído nada, y permanecía con la cabeza baja.

—¡Elías!... ¡Elías!...—volvió á decir la voz con más claridad, tanto que pudo notarse que era la voz de una mujer.—Ambos nos estremecimos.

—¡Vamos!—me dijo Teglew en voz baja:—ahora ya no dudará V.

—Espere—le contesté en el mismo tono—esto no prueba nada aún. Es preciso ver si hay por ahí alguien... algún bromista...

Me lancé á través del seto y avancé en dirección al sitio de donde había partido la voz, según mi parecer.

Bajo mis piés sentía la tierra blanda y desterronada; largas fajas paralelas perdíanse de vista entre la niebla. Me encontraba en un huerto. Pero nada se movía delante de mí, ni en mi derredor. Todo parecía sumido en el letargo del sueño. Di otros cuantos pasos.

—¿Quién anda ahí?—exclamé con una expresión que me recordaba en-

teramente la de Teglew un poco antes.

*Pirr...* Una codorniz asustada salió bajo mis piés y levantó el vuelo hacia los aires, recta como una bala. Involuntariamente, me estremecí... ¡Qué niñería!

Miré atrás. Teglew estaba aún en el sitio donde le dejé. Me acerqué á él.

—Pierde V. el tiempo en buscar—me dijo.—Esa voz ha llegado hasta nosotros... hasta mí... desde muy lejos.

Se pasó la mano por la cara y dirigióse á paso lento al barracón; pero yo no quise entrar tan pronto, y me volví al jardín. No podía caber ni sombra de duda de que alguien llamó, en efecto, tres veces ¡Elías!, y me era preciso confesar que en aquel llamamiento había algo de doliente y misterioso. Pero, ¿quién sabe? Esto parecía incomprendible, y podría explicarse quizá con tanta sencillez como el ruido que había turbado á Teglew.

Anduve á lo largo del seto, parándome á veces para observar en torno mío. Junto al seto, y á corta distancia de nuestra barraca, alzábase un viejo sauce de frondosa copa; parecía una mancha negra en medio de la blancura de la niebla, de esa blancura opaca que deja á oscuras y detiene las miradas mejor que las sombras de la noche. De pronto me pareció ver una cosa bastante grande y viva moverse junto al sauce. Me adelanté gritando: ¡Alto! ¿Quién va? Oí pasos ligeros, como los de una liebre. Una figura extraña (¿hombre ó mujer? no pude dis-

tinguirlo) deslizóse con rapidez cerca de mí. Quise cogerla, pero habiéndome faltado la acción di un traspié y me caí sobre unas ortigas que me abrasaron la cara. Al apoyarme en tierra para levantarme, sentí bajo mi mano un objeto duro: era un peine de cobre esculpido, pendiente de un cordón, por el estilo de los que llevan los aldeanos rusos colgando de la cintura.

Fueron vanas mis ulteriores pesquisas, y regresé á la barraca con las mejillas acribilladas á picaduras y llevando el peine en la mano.

## IX

Encontré á Teglew sentado en un banco. Sobre la mesa había una vela encendida ante él, y estaba escribiendo no sé qué en un álbum que jamás abandonaba. Cuando me vió, precipitadamente escondió el álbum en el bolsillo y se puso á cargar la pipa.

—¡Mire V., amigo mío— le dije— el trofeo que traigo de mi campaña!

Le enseñé el peine y le referí lo que me había sucedido junto al sauce.

—Sin duda—añadí— es algún ladrón á quien he asustado. Ya sabe V. que ayer robaron un caballo en la vecindad.

Teglew se sonrió friamente y encendió la pipa. Me senté á su lado.

—Ya estará V. convencido, Elías Stepanitch, de que la voz que hemos

escuchado venía de esas regiones incógnitas...

Me impuso silencio con un gesto imperativo.

—Riedel, no tengo ganas de broma; no se burle V., se lo suplico.

En efecto, Teglew no estaba de humor para chanzas. Habíase transformado su rostro. Parecía más pálido, más expresivo y más alargado. Sus extraños ojos *desiguales* se movían vagamente con lentitud, y continuó diciendo:

—No creí tener que contar nunca á otro... á otro hombre, lo que va V. á escuchar, y que debía morir... sí, morir dentro de mi pecho. Pero, evidentemente, esto es necesario. Lo pone el destino así. Escuche V.

Y me refirió toda su historia.

Ya he dicho á Vds., señores, que Teglew era un pésimo narrador. Pero lo que más me extrañó aquella noche fué, no sólo la dificultad con que pintaba los sucesos que á él mismo le habían acaecido, sino que el timbre de su voz, sus miradas, los ademanes de sus manos, los movimientos de sus dedos, todo parecía en él embarazoso, fingido, falso, en una palabra. En aquella época aún era yo muy joven y muy inexperto, y no sabía que la costumbre de expresarse con énfasis, la falsedad de tonos y actitudes, pueden llegar hasta tal punto, que ciertas personas son incapaces de librarse de ello: es una maldición de una clase particular. Andando el tiempo me aconteció encontrar una señora, que empleaba expresiones tan exageradas, gestos tan

teatrales y movimientos de cabeza tan melodramáticos al hablarme de la impresión que le había causado la muerte de su hijo, de su «incomensurable» dolor y del miedo que tenía de perder el juicio, que pensé para mí: «¡Cuántos visajes y embustes! ¡Jamás ha amado á su hijo!» Y ocho días más tarde supe que, en efecto, la pobre mujer se había vuelto loca. Desde entonces fui mucho más circunspecto en mis juicios y me fié mucho menos de mis propias impresiones.

He aquí en breves frases el relato que me hizo Teglew. Además de su tío (que era un hombre de elevada posición), tenía en Petersburgo una tía de menos alta alcurnia, pero bastante rica; quien, careciendo de hijos, había adoptado á una niña abandonada, educándola de un modo conveniente y tratándola como si propia hija suya hubiese sido. Se llamaba María. Veíala Teglew casi á diario. Concluyeron por amarse, y María se entregó á él. Descubrióse el misterio. Furiosa la tía de Teglew, expulsó ignominiosamente á la pobre muchacha y partió para Moscú, donde adoptó é instituyó por heredera suya á una señorita noble. De regreso María en casa de sus padres, pobres y dados á la embriaguez, tuvo que sufrir cruel destino. Teglew la había prometido casarse con ella, y no cumplió su palabra. En su última entrevista con ella, vióse obligado á explicarse; quiso saber ella la verdad, y logró saberla. «Bueno, contestó; puesto que no debo ser tu mujer, ya sé lo que me corresponde que haga.»

Más de quince días habían transcurrido desde que se celebró aquella postrema entrevista.

—No me he engañado ni un solo instante acerca del sentido de sus últimas palabras—añadió Teglew.—Estoy persuadido de que se ha quitado la vida y de que... y de que *su voz, ella misma* es quien me llamaba desde allá arriba... hacia ella... He reconocido su voz... No hay sino un solo medio de concluir con esto.

—¿Pero por qué no se casó V. con ella, Eliás Stepanitch?—le pregunté.—¿Es porque ya no la ama?

—De ningún modo. Todavía la amo apasionadamente.

Al oír esta respuesta, señores, me quedé mirando estupefacto á Teglew. Vínoseme á la memoria el recuerdo de uno de mis amigos, hombre inteligentísimo, quien se había casado con una mujer fea, tonta y pobre, y era desgraciado en su matrimonio. «¿La amabas sin duda?», le preguntó alguien en mi presencia. «Nunca la amé.» «Pues entonces, ¿por qué os habéis casado?» «¡Porque!...» Teglew amaba con pasión á aquella jovencita y no la hacía su esposa. ¿Por qué? Por la misma causa: «¡Porque!...»

—¿Por qué no se casa V. con ella?—repetí.

La mirada extrañamente soñolienta de Teglew vagaba sobre la mesa.

—No se puede... explicar eso... en pocas palabras—dijo titubeando.—Hubo sus motivos. Y además, es una chica plebeya. Y mi tío... también debía yo pensar en él.

—¿Su tío de V.?—exclamé. —Pero ¡qué tiene que ver con eso su tío! Apenas lo veía V. por Año Nuevo, al hacerle V. su serie de visitas de cumplido. ¿Cuenta V. con heredar sus bienes? Pero ¡si tiene una docena de hijos!

Hablaba yo con fuego... Teglew quedóse agobiado y su rostro se puso enrojecido... con un rubor desigual, por chapas...

—Nada de sermones, se lo ruego—dijo con voz sorda. —De todas maneras, no me justificaría. Soy el causante de su muerte, y preciso es ahora que pague mi deuda.

Bajó la cabeza y se calló. Por mi parte, nada encontraba ya que decirle.

## X

Así permanecimos un cuarto de hora. Volvía él la vista hacia otro lado, yo le miraba y advertía que sus cabellos rizábanse de un modo particular sobre su frente; según dicho de un médico militar, por las manos del cual habían pasado muchos heridos, eso era un signo seguro de calor y sequedad del cerebro. Entonces paré mientes de nuevo en que la mano del destino pesaba como plomo sobre aquel hombre, y en que sus camaradas habían tenido razón para ver en él algo de fatal. Y durante este tiempo, condenábale yo en mi fuero interno. «¡Una plebeya! —pensé— Pues ¿qué clase de aristócrata eres tú?»

—Riedel, quizá me está V. condenando—dijo de pronto Teglew, como si hubiese adivinado mi pensamiento. —A mí mismo... me pesa de eso. Pero ¿qué hacer? ¿Qué hacer?

Apoyó su barba en la palma de la mano y se puso á roerse las uñas anchas y planas de sus dedos, cortos y rojos, fuertes como barras de hierro.

—Soy de parecer, Elías Stepanitch, de que ante todo debe V. asegurarse acerca de la realidad de sus presentimientos... Acaso esté buena y sana la amada de V.

¿Convendría decirle la verdadera causa del ruido? Y me respondí á mí mismo al punto: «No... más tarde.»

—Desde que estamos en el campamento, no me ha escrito ella ni una sola vez—me hizo notar Teglew.

—Eso nada prueba, Elías Stepanitch.

Teglew hizo con la mano un gesto negativo.

—¡No! Con seguridad que ya no es de este mundo. ¡Me ha llamado!...

De repente, dirigióse hacia la venana.

—¡Otra vez tocan!

Me sonreí involuntariamente y exclamé:

—Dispense V., Elías Stepanitch; lo que es ahora son vuestros nervios. Fíjese: ya asoma el alba. Dentro de diez minutos saldrá el sol; son cerca de las cuatro, y las apariciones no se presentan á la luz del día.

Teglew me miró sombríamente, y murmurando un «adiós» echóse en el banco y me volvió la espalda.

Yo también me acosté, y recuerdo que antes de quedarme dormido estuve pensando: «Todas las reticencias de Teglew quieren decir: *¡Tengo la intención de matarme!* ¡Qué absurdo y qué farsa! ¡El mismo se ha negado á casarse, ha renunciado á casarse con ella, y de golpe y porrazo cádate que se quiere matar! ¡Esto no tiene sentido común! ¡No puede remediar el hacerse el figurón!»

Tras esto me quedé profundísimamente dormido; cuando abrí los ojos, el sol estaba ya muy alto en el cielo, y Teglew ya no estaba en el barracón. Su criado me dijo que se había marchado á la ciudad.

## XI

Pasé un día fatigoso y aburrido. Teglew no volvió para el almuerzo ni á la hora de comer. Yo no esperaba á mi hermano. Hacia la entrada de la noche se levantó una niebla todavía más densa que la víspera. Me acosté bastante temprano. Un ruido que sonó en mi ventana me hizo despertarme.

Me llegó la vez de estremecerme.

Repitióse el ruido, pero tan real y claro, que no era posible tener dudas acerca de su realidad. Me levanté, abrí la ventana... y allá estaba debajo Teglew envuelto en su capote, con la go-

rra calada hasta los ojos, de pié, inmóvil.

—¡Elías Stepanitch!—exclamé.—  
¿Es V.? No le esperaba; entre. ¿Es que está cerrada la puerta?

Teglew movió negativamente la cabeza.

—No quiero entrar—dijo con voz sorda;—sólo quiero suplicarle que entregue mañana esta carta al comandante de la batería.

Me alargó un gran sobre lacrado con cinco sellos. Vacilé en tomarlo; sin embargo, maquinalmente, cogí la carta. Teglew puso á escape entre él y yo la mitad de la calle.

—¡Aguarde, espere V.!—le dije;—¿á dónde va? ¿Acaba de llegar ahora mismo? ¿Qué significa esta carta?

—Prométame V. hacer que llegue á su destino—dijo Teglew, y se alejó unos cuantos pasos más.

La niebla desvanecía sus contornos.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo. Pero ante todo...

Teglew siguió alejándose, hasta convertirse en una larga mancha oscura.

—Adiós, Riedel, adiós—dijo desde lejos.—No conserve mal recuerdo de mí... y no se olvide de Simeón...

Y desapareció la mancha.

Eso era demasiado. ¡Ah maldito buscafrases! pense. ¿Será preciso que siempre andes tras de hacer efecto?

Sin embargo, experimentaba una penosa impresión; un temor involuntario me oprimía el pecho. Me eché el capote sobre los hombros y salí.



PERTENECEN A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO RAJXII

Pero, ¿á dónde encaminarme? La niebla me envolvía por todas partes. A cinco ó seis pasos aún era bastante translúcida, pero más lejos condensábase formando una especie de muro suave y blanco, cual algodón en rama. Me volví hacia la derecha en la calleja de la aldehuela, que concluía allí: nuestra casa era la penúltima. Más allá comenzaba la desierta llanura, salpicada de escasos matorrales. Al final del llano, á cuatro *verstas* del pueblecillo, había un macizo pequeño de álamos blancos cruzado por el río que rodeaba al villorrio un poco más abajo. Sabía yo muy bien todo eso, por haberlo visto con frecuencia de día; pero, á la sazón, me era imposible distinguir nada, y sólo por la densidad y la blancura más perceptibles de la niebla, es como podía yo adivinar el sitio en que el suelo bajaba y aquel por donde iba el río. Formaba la luna en el cielo una mancha pálida; pero su fulgor no tenía como la noche antes fuerza para atravesar el vaporoso espesor de la niebla: quedaba ésta suspensa encima como un amplio cortinaje opaco. Entré en el campo y me puse á escuchar: ningún ruido surgía de ninguna parte. Los chorlitos, nada más, eran quienes cantaban á silbos de vez en cuando.

— ¡Teglew! — grite. — ¡Elías Stepanitch!... ¡Teglew!

Mi voz se extinguió sin eco en torno mío, cual si la bruma hubiera impedido que se extendiese á lo lejos.

— ¡Teglew!... — repetí.

Nadie respondió.

Avancé al acaso. Dos veces di contra un seto; otra vez á poco me caigo en una zanja. Estuve á pique de tropezar contra un caballo de aldeano tumbado en el suelo.

— ¡Teglew... Teglew!... — grité.

De pronto, oí á muy poca distancia detrás de mí, una voz bastante débil.

— Aquí estoy... ¿Qué quiere?

Volvime bruscamente. A mi presencia estaba Teglew con los brazos colgando, la cabeza descubierta y pálido; pero con los ojos animados y más grandes que de ordinario. Respiraba con lentitud y fuerza al través de sus labios entreabiertos.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamé con un arranque de alegría, y le cogí ambas manos. — ¡Bendito sea Dios! Ya desesperaba de encontrarle. ¿No le da á V. vergüenza causarme tales terrores? Piense V., Elías Stepanitch...

— ¿Qué pretende V. de mí? — repitió Teglew.

— Quiero... ante todo quiero que nos volvamos juntos á casa; después, quiero, exijo de V. como de un amigo, que me explique al instante lo que significa su... su conducta y aquella carta al coronel. ¿Le ha sucedido en Petersburgo algo inesperado?

— En Petersburgo encontré precisamente lo que me esperaba — respondió Teglew, sin moverse de su sitio.

—Eso... significa que... su amada María...

—Se ha matado—contestó Teglew con rapidez y como con terquedad.—Anteayer la enterraron. No ha dejado para mí ni siquiera una palabra. Se envenenó.

Teglew dijo estas pavorosas frases con una especie de premura y sin hacer un movimiento.

Yo junté las manos.

—¿Es posible? ¡Qué desgracia! El presentimiento de V. se ha realizado... ¡Eso es horrible!

Me callé, contristado del todo. Teglew se cruzó de brazos tranquilamente, con cierto aire de triunfo.

—Pero, ¿por qué permanecemos aquí—reliqué.—Volvámonos á casa.

—Vamos—dijo Teglew.—Mas, ¿cómo encontraremos el camino entre esta niebla?

—Hay luz en las ventanas de nuestro barracón. Por ella nos guiaremos para orientarnos. Vamos.

—Vaya V. delante—respondió Teglew.—Yo le seguiré.

Partimos. Durante cinco minutos estuvimos andando sin advertir la luz conductora. Por fin brillaron á lo lejos dos puntos rojos. Teglew me seguía con paso acompasado. Se me hacía un siglo la tardanza en llegar al barracón y saber todos los detalles de su desdichado viaje á Petersburgo. Asombrado de lo que me había dicho, presa de un acceso de arrepentimiento y de supersticioso temor, antes de llegar á

nuestra barraca le confesé que había sido yo quien produjo los ruidos misteriosos de la víspera... ¡Qué trágico carácter había tomado aquella broma!

Teglew limitóse á decir que yo no tenía arte ni parte en aquello; que una cosa innominada dirigió mi mano, y que eso no probaba nada más cuán poco le conocía yo. Su voz, extrañamente tranquila é igual, resonaba junto á mi oído.

—Pero ya me conocerá V.—añadió.—Ayer le vi sonreír al hablarle de la fuerza de la voluntad... Ya me conocerás y te acordarás de mis palabras.

Ante nosotros surgió de entre la niebla, como una sombría aparición, la primera barraca de la aldea; después vimos presentarse la segunda, la nuestra, y mi lebel ladró, probablemente por haberme reconocido al ventear.

Di golpes en la ventana.—¡Simeón!—grité al criado de Teglew.—¡Eh, Simeón, ábrenos pronto la puerta!

Empujada bruscamente la barrera, golpeó en la empalizada y quedóse oscilando. Simeón atravesó á zancadas los umbrales.

—Elías Stepanitch—exclamé—entre V.

Volví atrás la cabeza.

Pero ya no estaba detrás de mí Elías Stepanitch. Teglew había desaparecido cual si se lo hubiese tragado la tierra.

Entré en la casa, completamente descorazonado.

## XIII

Un vivo descontento contra Teglew y contra mí mismo, reemplazó á la consternación que se había apoderado de mí al principio.

—¡Tu amo está loco, loco de remate!—dige bruscamente á Simeón.—Ha ido al galope á Petersburgo, ha vuelto á escape, y ahí le tienes corriendo á campo traviesa. Lo he hallado, lo he traído hasta la puerta, y se me escapa de nuevo. ¡Con semejante noche quedarse fuera de casa! ¡Vaya un tiempo que elige para pasearse! ¿Y por qué le habré soltado de la mano?—me decía con pena.

Simeón me miró en silencio, como si quisiera decir algo. Pero, según costumbre de los sirvientes de entonces, limitóse á mover los piés sin cambiar de sitio.

—¿A qué hora salió para la ciudad?—preguntó severamente.

—A las seis de la mañana.

—Bueno. ¿Parecía estar preocupado, triste?

Simeón bajó los ojos.

—Nuestro amo es un hombre raro. ¿Quién puede comprenderle? Al ir á la ciudad, hizo que le diese el uniforme nuevo, y se rizó.

—¿Cómo qué se rizó?

—Se rizó el pelo. Yo le preparé las tenacillas.

He de convenir en que no me esperaba eso.

—¿Conoces tú á una señorita que era novia de Elías Stepanitch?—pregunté á Simeón.—Se llama María.

—¿María Anempodistovna? ¿Cómo no la he de conocer? Es una señorita preciosa.

—Tu amo está enamorado de esa María... ¿y qué más?...

Simeón suspiró:

—Que por causa de esa misma señorita se perderá Elías Stepanitch, porque la quiere con locura y no se decide á tomarla por mujer. También le cuesta mucho el renunciar á ella. Todo esto proviene de su debilidad. Verdaderamente que la ama mucho.

—¿Y... es bonita?—pregunté curioso.

Simeón se puso serio.

—A los señores les gustan así.

—¿Y á tu parecer?

—En cuanto á nosotros, no nos agradan mucho las que son como ella.

—¿Y por qué?

—Está muy flaca.

—Si hubiera muerto, ¿crees que la sobreviviría Elías Stepanitch?

Simeón volvió á suspirar.

—Nosotros no nos atrevemos á juzgar de esas cosas. Eso es asunto de los señores. Pero nuestro amo es un hombre raro.

De encima de la mesa cogí la carta, ancha y bastante abultada, que me había entregado Teglew. La volví hacia arriba. En el sobre estaban esmerada y minuciosamente escritos los títulos, el nombre de pila, el nombre pa-

tronímico (1) y los apellidos de familia del coronel. En uno de los ángulos superiores del sobre encontrábase la palabra «Urgente» subrayada dos veces.

—Oye, Simeón, temo por tu amo. Creo que se le ha metido en la cabeza un mal pensamiento. Es preciso de toda necesidad que vayamos en su busca.

—Muy bien, señor—respondió Simeón.

—Es verdad que hay tal niebla por ahí fuera, que á dos pasos nada se ve. Pero no importa, es menester intentarlo. Cada uno de nosotros llevará una linterna; y, por si acaso, pondremos una bujía en cada ventana.

—Muy bien, señor—repitió Simeón.

Encendió las linternas y las bujías, y salimos.

#### XIV

Sería difícil de contar cuántas veces perdimos el camino y cuántas veces nos separamos. De nada nos servían las linternas: apenas podían desvanecer un poco aquella bruma blanca y casi clara que por todas partes nos envolvía. Simeón y yo nos extraviábamos varias veces el uno del otro, á pesar

(1) Es costumbre rusa poner entre el nombre y el apellido paterno el *nombre patronímico*, esto es, el nombre del padre, terminado en las desinencias *itch* (para el sexo masculino) y *ovna* (para el femenino), como con la terminación *ez* se forman los patronímicos castellanos (Fernánd-*ez*, Pér-*ez*, Gonzál-*ez*, Diégu-*ez*, etc.)

de nuestros repetidos llamamientos, gritando yo: «¡Teglew! ¡Elías Stepánitch!» y él: «¡Amo! ¡Señor!»

La niebla nos trastornaba hasta tal punto, que íbamos vagando como en un ensueño. Bien pronto estuvimos ambos enronquecidos: la humedad nos calaba hasta el fondo del pecho. Sin embargo, á pesar de todo, volvimos á ver el barracón, gracias á las velas puestas en las ventanas. Nuestras pesquisas combinadas no tuvieron buen éxito: no hacíamos más que estorbarnos uno á otro. Así, pues, resolvimos no preocuparnos por ir juntos, sino tirar cada cual por su lado. Tomó él por la izquierda, yo tomé por la derecha, y pronto dejé de oír su voz. Parecíame que la niebla había calado hasta mi cerebro; é iba vagando como extraviado, limitándome á gritar:

—¡Teglw!... ¡Teglew!...

—Aquí estoy—contestó de pronto una voz.

¡Dios mío, qué alegría senti! Me precipité con avidez hacia el lado donde había oído la voz. Dibujóse ante mí vagamente una forma humana, como una mancha negra. Eché á correr... ¡Al fin!

Pero en lugar de Teglew, me encontré con otro oficial de la misma batería llamado Telepnew.

—¿Es V. quien me ha respondido?—pregunté.

—¿Es V. quien me ha llamado?—preguntó á su vez.

—No. Yo llamaba á Teglew.

—¿Teglew? Acabo de encontrarle hace un momento. ¡Vaya una noche

bestial! ¡Cualquiera encuentra su propia casa!

—¿Con que ha visto V. á Teglew?  
¿Y hacia qué parte iba?

—Por allá, creo —dijo el oficial indicando vagamente una dirección.— Pero ahora no puede reconocerse nada. ¿Sabe V., por casualidad, por dónde cae la aldea? No hay para eso más que un indicio de suerte, y es que ladre un perro. ¡Qué estúpida noche! Permítame V. que encienda mi cigarro. Me parece que un cigarro alumbraba bastante bien el camino.

Según pude comprender, el oficial estaba un poquillo alegre.

—¿No le ha dicho á V. nada Teglew?

—¡Vaya que sí! Yo le dije: «Buenos días, camarada», y él me contestó: «Adiós, camarada».—¿Cómo «adiós»? ¿Por qué «adiós»? —Sí —me dijo —voy á pegarme un pistoletazo. —¡Es bien original!

Suspendí el aliento.

—¿Dice V. que le respondió?...

—Original —repitió el oficial, y se alejó de mí.

Aún no había vuelto del asombro que me produjo la respuesta del oficial, cuando hirió mis oídos mi nombre, pronunciado varias veces con fuertes gritos. Conocí la voz de Simeón.

Contesté; acercóse á mí.

## XV

—¡Qué hay! ¿Has encontrado á Elías Stepanitch?

—Sí.

—¿Dónde?

—Allá, muy cerca.

—¿Cómo lo has encontrado?... ¿Vivo?

—¡Pardiez! Como que he hablado con él. Sentí quitárseme un gran peso del corazón. Estaba sentado bajo un árbol, envuelto en su capote... y eso es todo. Yo le dije: «Elías Stepanitch, vuelva V. á casa si gusta; Alejandro Vassilitch está muy intranquilo á causa de V.» Y él me contestó: «¿Quién le manda estar intranquilo? Tengo ganas de respirar el aire libre. Me duele la cabeza. Vete á casa. Más tarde iré yo.»

—¡Y le has abandonado! —exclamé juntando las manos.

—¿Y qué hacer? Me lo mandó... ¿Cómo había yo de quedarme allí?

Todos mis temores acometiéronme á la vez.

—¡Llévame al instante á su lado! ¿Oyes? ¡Al instante! ¡Ah, Simeón, Simeón; yo no esperaba esto de ti! ¿Dices que está aquí cerca?

—Muy cerca, allá, donde principia el bosque... Está á dos *sagenas*, á lo más, de la orilla del río. Le encontré siguiendo la margen.

—¡Vamos, andando, guíame!

Simeón tomó la delantera.

—¡Ajajá! Mire V., no hay más que seguir el río, y en seguidita estamos allá...

Pero en vez de encontrar el río, dimos con el borde de una zanja, frente á un cobertizo vacío.

—¡Eh, alto! —exclamó de pronto Simeón.—Debo de haberme torcido

demasiado á la derecha. Volvamos un poco hacia esa otra parte.

Torcimos por la izquierda y fuimos á dar en unas matas de hierba tan espesa, que nos vimos y nos deseamos para salir de allí. Según recuerdo, no había ninguna montanera de tal espesura en la proximidad de nuestro lugar. Luego, de golpe y porrazo, sentimos chapotear bajo nuestros piés una marisma salpicada de terruchos mohosos que tampoco había visto yo jamás. Volvimos por nuestros pasos... Delante de nosotros alzabase un cerrillo de pendiente escarpada, sobre el cual se veía un barracón de donde parecía salir un ronquido. Valiéndonos de las manos á manera de bocina, llamamos Simón y yo varias veces al habitante de la barraca; movióse algo en el fondo de ésta, se levantó la paja y una voz casajosa dió el grito de los vigilantes nocturnos.

Volvimos de nuevo piés atrás: la llanura... la llanura... nada más que la llanura...

En aquel momento me entraron muchas ganas de llorar... Pensé en las palabras del bufón en *El rey Lear*: «Esta noche acabará por volvernos á todos locos.»

—¿A dónde dirigirnos?— pregunté con angustia á Simeón.

—Mire V., señor, creo que el espíritu maligno anda mezclado en esto— respondió el pobre hombre, desorientado por completo.—Este asunto no está claro...

Iba á enfadarme con él... En el mismo instante llegó á mis oídos un ruido

débil, pero perceptible, que al punto absorbió toda mi atención. Asemejábase al ruido que produce un tapón de corcho sacado de pronto de una botella de gollete estrecho. Ese ruido se produjo no muy lejos de mí. ¿Por qué me pareció notar en él algo de extraño y de particular? No lo sé; pero en seguida me dirigí al sitio de donde había partido.

Simeón fué siguiéndome. Al cabo de pocos instantes, á través de la niebla, apareció con vaguedad una mancha larga y alta.

—¡El bosque! ¡ahí está el bosque!— exclamó Simeón con alegría.— ¡Fijese usted! ¡Mi amo está sentado aún debajo del álamo... allí, donde yo lo dejé! ¡Sí, es él!

Miré, y en efecto, en el suelo, al pié de un álamo, había un hombre sentado, doblado sobre sí mismo en una extraña actitud. Avancé con rapidez hacia él y conocí el capote de Teglew, su figura, su cabeza inclinada sobre el pecho.— ¡Teglew!—exclamé mas no contestó.

— ¡Teglew!— repetí, poniéndole la mano en un hombro.

Inclinóse de pronto hacia adelante, como si hubiese obedecido al choque, y se cayó sobre la hierba. Levantámosle en seguida. Su rostro no estaba pálido, pero sí inmóvil, inerte; sus labios, apretados, estaban blancos; y sus ojos abiertos y fijos conservaban ese mirar soñoliento y «desigual» que tenían de ordinario...

— ¡Señor Dios!— murmuró de repente Simeón, y me enseñó la mano manchada de sangre...—La sangre salía del

costado izquierdo de Teglew, por debajo del capote.

Se había matado con una pistola pequeña, que yacía en el suelo junto á él. Ese débil ruido que había yo escuchado, era el del disparo fatal.

## XVI

A los camaradas de Teglew no les causó gran sorpresa este suicidio. Conforme dije antes, esperaban de él alguna cosa extraordinaria, propia de un hombre «fatal». Sin embargo, es probable que jamás habían pensado en un suicidio.

En su carta rogaba Teglew al comandante de la batería que hiciese borrar del registro de la oficialidad al subteniente Teglew, por suicida; declaraba después que el dinero que encontrasen en su cofrecillo excedía del total de sus deudas; y, por último, rogaba al Comandante que remitiese al Comandante en jefe del cuerpo de la Guardia otra carta abierta, que incluía en la primera. Es evidente que Teglew se había esmerado mucho al escribir aquella segunda carta, la que empezaba así, según recuerdo:

«Fíjese Vuestra Alteza en lo severísimo que sois y en cómo castigáis la más leve falta en el equipo, la más ligera infracción de las ordenanzas ó del reglamento, cuando se presenta ante vos un oficial pálido y tembloroso. Y note Vuestra Alteza que ahora

me presento yo ante el Sumo Juez de todos nosotros, ante el Ser Supremo, ante un Ser infinitamente más importante que Vuestra Alteza mismo; y me presento sencillamente, con capote, y hasta sin corbata...»

¡Ah, qué penosa impresión produjeron en mí aquellas frases, cada una de cuyas palabras, cada una de cuyas letras habían sido esmeradamente escritas con una mano pueril! ¿Cómo pensar en semejantes bobadas en unos momentos así?, me decía yo para mis adentros. Y no cabía duda de que aquellas frases fueron muy del gusto de Teglew: había acumulado (según la moda de entonces) todos los epítetos y todas las amplificaciones al estilo de Marlinsky. Después hablaba del destino, de persecuciones, de su misión que había quedado sin cumplirse, de un secreto que se llevaba consigo á la tumba, de gentes que no habían querido comprenderle; hasta citaba versos en que cierto poeta dice que la multitud lleva acuestas la vida «como un collar», y se adhiere al vicio «como el fruto de la bardana», y todo esto no sin faltas de ortografía.

Para ser francos, esta última carta del pobre Teglew era bastante vulgar; y me imagino la expresión desdeñosa del elevado personaje á la cual iba dirigida. Me figuro con qué tono diría: «¡Mal oficial! ¡Una mala hierba menos!» Sin embargo, al fin de su carta había encontrado Teglew una verdadera frase hija del corazón, diciendo al terminarla: «¡Ay, Alteza, soy huérfano; en mi infancia no tuve nadie á

quien amar (todo el mundo huía de mí) y el único corazón que se me entregó, yo mismo lo he matado!»

Simeón encontró en el bolsillo del capote de Teglew ese álbum, del cual no se apartaba nunca su amo. Pero casi todas las hojas estaban arrancadas; sólo quedaba una de ellas, en la cual había estas operaciones de sumar:

NAPOLÉON.—N.º en 15 de Agosto, 1769.	
1769	
1	15 del mes de Agosto.
5	(Agosto.—8.º mes del año)
8	
3	
<hr/>	
1873	
1	
7	
8	
3	
<hr/>	
Total.	19

NAPOLÉON.—† en 5 de Mayo, 1821.	
1821	
5	(de Mayo.)
5	(Mayo.—5.º mes del año)
1	
8	
3	
1	
<hr/>	
1831	
1	
8	
3	
1	
<hr/>	
Total.	13

ELÍAS TEGLEW.—N.º el 7 de Mayo, 1807.	
1807	
7	(día del mes).
5	(mes del año).
<hr/>	
1819	
1	
8	
1	
9	
<hr/>	
Total.	19 (¡!)

ELÍAS TEGLEW.—† en 21 de Julio, 1830.	
1830	
2	21 del mes.
1	
7	(mes del año).
<hr/>	
1840	
1	
8	
4	
0	
<hr/>	
Total.	13!

¡Pobre hombre! ¡Quizá por esto ingresó en el cuerpo de artillería!

Le enterraron como un suicida (fuera del cementerio), y nadie volvió á pensar en él.

## XVII

Al siguiente día de enterrar á Teglew (aún estaba yo en el pueblecillo,

aguardando á mi hermano), entró Simeón en la barraca y me dijo que Elías deseaba verme.

—¿Qué Elías?—pregunté.

—El buhonero.

Mandé que le dejaran entrar.

Presentóse el buhonero. Pronunció algunas palabras de lástima por el señor subteniente, preguntándose qué demonio de idea le había dado al señor subteniente.

—¿Te ha dejado algo á deber?—le pregunté.

—No, no. Todo lo que tomaba, lo pagaba al momento. Sólo que...

Al llegar aquí, sonrióse el buhonero.

—... V. se encontró una cosilla que es mía.

—¿Qué cosilla?

—Mírela V., ahí precisamente.

Y me enseñó con el dedo el peine esculpido, que se había quedado en mi mesita de aseo.

—Es una cosa que no vale un comino—continuó el ambulante;—pero como es un regalo que me hicieron...

Me llevé las manos á la cabeza. Por mi mente pasó un rayo de luz.

—¿Te llamas Elías?

—Sí, señor.

—Entonces... ¿eres tú á quien... la otra noche... junto al sauce?...

El buhonero guiñó los ojos y se echó á reír con ganas.

—Yo soy.

—¿Y eres *tú* á quien llamaban?...

—Yo soy—repitió el buhonero con jovial modestia.—Era una muchacha (continuó con voz de falsete), que á



causa de la grandísima severidad de sus padres...

—Bueno, bueno...—Le interrumpí —le entregué el peine y le dije que se marchase.

He aquí quién era aquel Elías.

Me quedé sumido en reflexiones filosóficas, de que pudiendo daros parte, pues no me hallo dispuesto á impedir que haya quien crea en el destino, en la predestinación, en todo cuanto les dé la gana de tener por «fatal».

De regreso en Petersburgo, adquirí informes acerca de María. Hasta concluí por encontrar al doctor que la había asistido. Con gran extrañeza por mi parte, supe que nó se había envenenado, sino que había muerto del cólera. Le referí todo lo que Teglew me había dicho.

—¡Ah, sí!—exclamó el doctor.—¿Teglew... un oficial de artillería, de estatura regular, que cecea un poco?

—Sí.

—Es [él. Ese oficial se presentó en mi casa (yo no le conocía ni de vista), y comenzó á asegurarme que aquella joven se había envenenado.

—Es el cólera—le dije.

—Es un veneno—me respondió.

—¿Qué ha de ser? ¿Es el cólera?—repliqué.

—De ningún modo, es un veneno—replicó.

Dije para mi interior que aquello era sin duda una idea fija; que ese hombre, de nuca ancha, debía de ser testarudo, y que me provocaba de una manera desagradable... Después de todo, pensé, ¿qué me importa? El *caso* ha muerto... Pues bien, le dije, conformes: se ha envenenado, puesto que eso le agrada á V. Me dió las gracias, hasta me apretó la mano, y desapareció.

Referí al doctor cómo ese oficial se había suicidado aquel mismo día.

El doctor no pestañeó, y limitóse á hacerme notar que en el mundo hay originales de muchas especies.

—¡Vaya si los hay!—repetí en pos de él.

Pero no sé quién ha dicho una cosa exactísima acerca de las personas que se matan: mientras no realizan su intento, nadie las cree; y cuando lo han realizado, nadie las tiene lástima.

IVÁN TURGUENEFF.

## EL SITIO DE BERLÍN <sup>(1)</sup>

---

**S**ubíamos por la avenida de los Campos Elíseos con el doctor V., preguntando á las paredes llenas de agujeros por las granadas, á las aceras desenlosadas por la metralla, la historia de París durante el sitio, cuando un poco antes de llegar á la glorieta de la Estrella detúvose el Doctor, y mostrándome una de esas grandes casas de esquina tan pomposamente agrupadas alrededor del Arco de Triunfo, me dijo:

«¿Ve V. esas cuatro ventanas cerradas allá arriba, sobre aquel balcón? En los primeros días de Agosto, de aquel terrible mes de Agosto del año último, tan preñado de tormentas y desastres, me llamaron ahí para ver un caso de apoplejía fulminante. Era en casa del coronel Jouve, un coracero del primer Im-

perio, anciano encalabrinado por la gloria y el patriotismo, quien desde los comienzos de la guerra había venido á alojarse en los Campos Elíseos, en un cuarto con balcón... ¿Adivina V. por qué? Por asistir á la entrada triunfal de nuestras tropas... ¡Pobre viejo! La noticia de Wissemburgo la supo al levantarse de la mesa. Al leer el nombre de Napoleón al pié de aquel parte oficial de la derrota, cayó al suelo como herido por un rayo.

»Encontré al veterano coracero extendido, cuan largo era, sobre la alfombra de la estancia, con la cara inyectada en sangre é inerte, como si hubiese llevado en la cabeza un golpe de maza. De pié, debía de ser muy alto; tumbado, parecía inmenso. Hermosas facciones, dientes soberbios, una espesa maraña de blancos cabellos ensortijados, ochenta años que parecían así sesenta... Junto á él, su nieta de rodillas y

---

(1) Pertenece al tomo que con el título de *Cuentos del Lunes* verá la luz muy pronto en la *Colección de libros escogidos*.

bañada en lágrimas. Se le parecía mucho. Al verlos uno junto al otro, hubiérase dicho que eran dos magníficas medallas griegas acuñadas con un mismo troquel; sólo que una de ellas antigua, con una pátina de tierra y algo borrosa de contornos; mientras que la otra, resplandeciente y limpia, con todo el lustre y la suavidad de la estampación nueva.

»El dolor de aquella niña me conmovió. Hija y nieta de soldados, tenía á su padre en el Estado Mayor de Mac-Mahon; y la imagen de ese gran anciano, tendido ante ella, evocaba en su espíritu otra imagen no menos terrible. La tranquilicé lo mejor que pude; pero, en el fondo, tenía yo pocas esperanzas. Tenía que habérmelas contra una tremenda hemiplegia en toda regla, y á los ochenta años no se logra nunca dominarla. En efecto: durante tres días permaneció el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y de estupor... Entre tanto, llegó á París la noticia de Reichshoffen. Ya recuerda V. de qué modo tan extraño. Hasta el oscurecer, todos creíamos en una gran victoria: veinte mil prusianos muertos, prisionero el Príncipe real... Yo no sé por qué milagro, por qué corriente magnética, un eco de aquella alegría nacional entró á visitar á nuestro pobre sordo-mudo hasta en los limbos de su parálisis; pero es lo cierto que

al acercarme á su cama aquella tarde, no encontré en él ya el mismo hombre. Su mirar era casi lúcido, su lengua menos torpe. Tuvo fuerzas para sonreirme, y tartajéó dos veces: «Vic... to... ria».

—» ¡Sí, Coronel, gran victoria!»

Y á medida que le daba detalles sobre el magnífico éxito de Mac-Mahon, veía cesar la tensión de sus facciones é iluminarse su rostro...

«Cuando salí me esperaba la joven, pálida y de pié ante la puerta. Sollozaba.

—» ¡Pero si está salvado! — la dije, apretándole las manos.

»La infeliz criatura apenas tuvo ánimos para replicarme. Acababan de anunciar el verdadero parte oficial de Reichshoffen: Mac-Mahon puesto en fuga, todo el ejército aplastado. Nos miramos los dos consternados. Ella se desolaba, pensando en su padre; yo temblaba, pensando en el viejo. De seguro no resistiría este nuevo sacudimiento... Y sin embargo, ¿cómo conducirnos?... ¡Era preciso dejarle su alegría, las ilusiones que le hicieran revivir!... Pero entonces necesitábase inventar mentiras...

»Pues bien, ¡yo mentiré! — me dijo la heroica doncella, enjugándose á toda prisa las lágrimas, y radiante, volvió á penetrar en el cuarto de su abuelo.

»Ruda tarea fué la que se impu-

so. Los primeros días aún pudo ir saliendo: el pobre señor tenía débil la cabeza y se dejaba engañar como un niño. Pero, con el retorno de la salud, sus ideas iban siendo más claras. Era menester tenerle al corriente del movimiento de los ejércitos, redactar para él partes militares. En verdad que inspiraba honda pena el ver á aquella linda jovencilla inclinada día y noche sobre el mapa de Alemania, clavando en él banderitas tricolores, esforzándose por combinar una campaña gloriosa entera: Bazaine cerca de Berlín, Froissart en Baviera, MacMahon junto al Báltico. Para todo esto pedíame ella consejos, y yo la prestaba mi ayuda en cuanto me era posible; pero el abuelo era quien sobre todo nos servía en aquella invasión imaginaria. ¡Había conquistado á Alemania tantas veces bajo el primer Imperio! Sabía de antemano todos los incidentes:

»Ahora van á ir á tal punto... Van á hacer esto ó lo otro... Y sus previsiones realizábanse siempre, lo cual no dejaba de enorgullecerle.

»Por desgracia, á pesar de que no cesábamos de tomar ciudades y ganar batallas, para él nunca íbamos bastante de prisa. ¡Era insaciable aquel viejo veterano!... Todos los días, al llegar allí, me no-

tificaban un nuevo hecho de armas.

—» Doctor, hemos tomado á Maguncia — me decía la joven, saliendo á mi encuentro con amarga sonrisa; y á través de la puerta oía yo una voz alegre que me gritaba:

—» ¡La cosa marcha, la cosa marcha!... Dentro de ocho días estamos en Berlín.

» En aquel momento, á los prusianos no les faltaban más que ocho días para llegar á París... Desde luego nos preguntamos si no sería lo mejor transportarlo á provincias; mas tan pronto como estuviese fuera, el estado de Francia se lo revelaría todo; y aún le hallaba yo demasiado débil, en extremo entorpecido por su gran sacudimiento, para permitirle conocer la verdad. Por tanto, decidimos que se quedase.

» El primer día de asedio, bien lo recuerdo, subí muy conmovido á verlos, con aquella angustia que ponía en todos nuestros corazones el ver cerradas las puertas de París, la batalla al pié de sus muros, los pueblecitos de nuestros contornos convertidos en fronteras. Encontré al buen señor sentado en la cama, rebosando júbilo y satisfacción:

—» ¡Vaya — me dijo — al fin ha empezado el sitio!

» Le miré lleno de asombro.

—» ¡Cómo, Coronel! ¿Sabe V.?...

» Su nieta volvióse hacia mí:

—» ¡Pues bien, doctor, sí!...

Gran noticia... Ha comenzado el sitio de Berlín.

» Decía ella esto tirando de aguja, con un aspecto tan solemne, tan tranquilo... ¿Cómo había de sospechar él ninguna cosa? No podía oír el cañón de los fuertes. No podía ver este desdichado París, siniestro y caído. Lo que desde su lecho veía era un lienzo del Arco de Triunfo, y dentro de su cuarto, alrededor suyo, toda una prendería de cosas del primer Imperio, adecuadas para sostener sus ilusiones. Retratos de mariscales, grabados de batallas, el niño-rey de Roma en trajecito de corto; además, grandes consolas tiesas, adornadas con trofeos de cobre, cargadas de reliquias imperiales, medallas, bronceces, una roca de Santa Elena bajo un fanal; miniaturas representando una misma señora con rizos, traje de baile, falda amarilla, mangas de pernil y ojos claros; y todo esto, consolas, rey de Roma, mariscales, damas amarillas con el talle bajo los pechos y cinturón alto, y aquella tiesura apretujada que se tenía por gracia en 1806... ¡valiente Coronel! esta atmósfera de victorias y conquistas, aún más que cuanto nosotros pudiéramos

decirle, era lo suficiente para hacerle creer, con tal simplicidad, el asedio de Berlín.

» A partir de este día, simplificáronse mucho nuestras operaciones militares. El tomar á Berlín no era sino cuestión de paciencia; de vez en cuando, si el viejo se aburría demasiado, se le leía una carta de su hijo; por supuesto, una carta imaginaria, como que ya no entraba nada en París, y desde Sedán, el ayudante de Mac-Mahon había sido llevado á una fortaleza de Alemania. Figúrese V. la desesperación de aquella pobre niña sin nuevas de su padre, sabiendo que estaba prisionero, falto de todo, quizá enfermo; y obligada á hacerle hablar en cartas alegres, algo cortas, como podía escribirlas un militar en campaña avanzando siempre por país conquistado. Algunas veces faltábanle ánimos, y se pasaban las semanas sin noticias. Pero el viejo se inquietaba y ya no dormía. Entonces llegaba á escape de Alemania una carta, la cual iba ella á leerle gozosa junto á su lecho, conteniendo las lágrimas. El Coronel escuchaba con religioso silencio, sonreía con aire de comprensión, aprobaba, criticaba, nos explicaba los párrafos un poco confusos. Pero sobre todo, donde estaba magnífico, era en las respuestas que enviaba á su hijo, diciéndole:— «Nunca olvi-

des que eres francés... Sé generoso con esas pobres gentes. No les hagas en extremo abrumadora la invasión...» — Y una de recomendaciones hasta el cuento de nunca acabar, de adorables homilias acerca del respeto á las propiedades y la galante caballerosidad debida á las damas, un verdadero código del honor militar para uso de los conquistadores. Mezclaba también allí algunas consideraciones generales sobre la política, y condiciones que para la paz debieran imponerse á los vencidos. En esto, debo confesar que no era exigente:

—» La indemnización de guerra, y nada más... ¿Para qué serviría quitarles provincias?... ¿Puede hacerse Francia de Alemania?...

» Dictaba esto con voz firme, y advertíase tanto candor en sus palabras, tan hermosa fe patriótica, que era imposible no conmoverse al escucharle.

» Durante aquel tiempo continuaba avanzando sin cesar el sitio; ¡ay! pero no el de Berlín... Era la época de los grandes fríos, del bombardeo, de las epidemias, del hambre. Mas, gracias á nuestros cuidados y esfuerzos, á la infatigable ternura que se multiplicaba en torno suyo, no se perturbó ni un instante la serenidad del anciano. Hasta en los últimos trances pude proporcionarle pan blanco y carne fresca.

Por supuesto, que eran para él sólo; y no podéis imaginaros nada más conmovedor que esos almuerzos de abuelo, tan inocentemente egoistas: el viejo, sentado en su cama, fresco y risueño, con la servilleta debajo de la barbilla, y junto á él su nieta, un poco pálida por las privaciones, guiándole las manos, haciéndole beber, ayudándole á comer todas estas buenas cosas prohibidas. Entonces, animado por la refracción y con el bienestar de su tibio cuarto, soplando fuera el cierzo del invierno y arremolinándose la nieve ante sus ventanas, el antiguo coracero se acordaba de sus campañas en el Norte, y nos refería por centésima vez aquella sinistra retirada de Rusia, donde no había otra cosa que comer sino galleta helada y carne de caballo.

—» ¿Entiendes, pequeña? ¡Comíamos caballo!

» Ya lo creo que entendía: desde dos meses atrás no comía ella otra cosa... Sin embargo, conforme adelantaba la llegada de la convalecencia, iba siendo más difícil de día en día nuestra misión en torno del enfermo. Aquel letargo de todos sus sentidos y de todos sus miembros, que hasta entonces de tanto nos sirviera, comenzaba á disiparse. Dos ó tres veces ya le habían hecho botar las terribles descargas de la puerta Maillot, aguzando los oídos

como un perro de caza; hubo necesidad de inventar una postrera victoria de Bazaine ante Berlín, y salvas disparadas en su honor en los Inválidos. Otro día, que habían corrido su lecho cerca de la ventana (me parece que era el jueves en que ocurrió la de Buzenval) vió muy bien á los guardias nacionales que se amontonaban por la avenida del Grande Ejército.

—»¿Qué clase de tropas son esas? —preguntó el buen señor, y le oímos mascullar entre dientes: — ¡Mal aspecto! ¡Mala facha!

»No ocurrió nada más, pero comprendimos que en adelante habría que tomar grandes precauciones. Por desgracia, no se tomaron bastantes.

»Una tarde, al entrar yo, vino á mi encuentro la joven, trastornada del todo, y me dijo:

—»Mañana entran.»

»¿Estaba abierta la habitación del abuelo? El hecho es que, pensando luego en ello, me acuerdo de que aquella tarde tenía él algo de extraordinario en la expresión de su fisonomía. Lo probable es que nos oyera. Sólo que nosotros hablábamos de los prusianos; y el buen señor pensaba en los franceses, en aquella entrada triunfal que esperaba tanto tiempo: Mac-Mahon bajando por la avenida entre flores y charangas, su hijo al lado del

Mariscal, y él, el abuelo, en su balcón, de gran uniforme como en Lutzen, saludando á las banderas agujereadas y á las águilas negras de pólvora...

»¡Pobre abuelo Jouve! Habíase imaginado, sin duda, que le querían vedar el asistir á ese desfile de nuestras tropas, para evitarle una emoción excesiva. Por eso guardóse bien de hablar á nadie; pero á la mañana, á la hora misma en que los batallones prusianos se colaban con timidez por la larga vía que conduce desde la puerta Maillot á las Tullerías, se abrió con suavidad la ventana de allá arriba y apareció por encima del balcón el Coronel, con su casco y su chafarote, con toda su vieja vestimenta gloriosa de antiguo coracero de Milhaud. Aún me pregunto á mí mismo qué brío de la voluntad, qué empuje de la vida, habíanle puesto de pié y con su arnés de guerra. Lo cierto es que allí estaba, derecho tras de la rampa, extrañándose al ver tan desiertas y mudas las anchas avenidas, cerradas las persianas de las casas, París siniestro como un lazareto, por todas partes banderas, pero muy singulares, blancas del todo y con cruces rojas, y nadie para salir al encuentro de nuestros soldados.

»Por un momento pudo creer que se había engañado...

»¡Pero no! Allá abajo, detrás del Arco de Triunfo, se notaba un zumbido confuso, una línea oscura que avanzaba con el sol naciente... Después, poco á poco, brillaron las puntas de los cascos, los pequeños tambores de hiena se pusieron á redoblar, y bajo el Arco de la Estrella, ritmada por el pesado paso de las secciones y por el choque de los sables, ¡resonó de pronto la marcha triunfal de Schubert!...

Entonces, entre el tético silencio de la plaza, se oyó un grito, un grito terrible de:

—«¡A las armas!... ¡A las armas!... ¡Los prusianos!»

»Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron ver ahí arriba, sobre el balcón, á un gran anciano vacilar agitando los brazos y desplomarse rígido al suelo. Esta vez, el coronel Jouve estaba muerto y bien muerto,»

ALFONSO DAUDET.

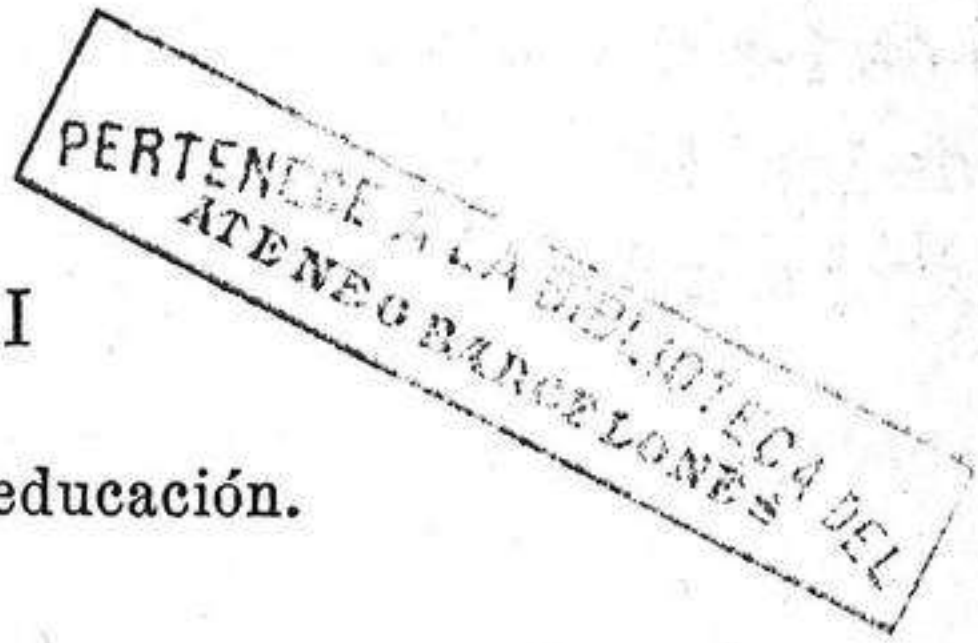


# MIS MEMORIAS

## HISTORIA DE MI VIDA Y DE MIS IDEAS

### CAPÍTULO I

Mi niñez.—Mi primera educación.



**A**l empezar este ensayo biográfico, debo exponer las razones que me han determinado á dejar á la posteridad el recuerdo de una vida tan desprovista de grandes acontecimientos como lo ha sido la mía. No pasa por mi cabeza la idea de que lo que voy á contar pueda excitar el interés del público, ni por la galanura del estilo, ni porque mi persona sea el sujeto de la otra. Pero me ha parecido que en una época en que la educación y los medios que tienden á mejorarla son objeto de un estudio constante, si no más profundo, en Inglaterra, podría ser útil trazar el cuadro de una educación seguida fuera de las vías acostumbradas y de una manera especial. Esta educación, cualesquiera que hayan sido sus frutos, ha demostrado, por lo menos, que es posible enseñar, y enseñar bien, mucho más de lo que se cree, durante esos primeros años de la vida, en que se usan ahora procedimientos tan vulgares, con el nombre de instrucción, y que no sacan partido alguno de ese trabajo. Me ha parecido también, que en una época de transición como la nuestra, en que sufren una crisis las opiniones, era á la vez interesante y provechoso anotar las fases porque ha pasado un espíritu que siempre tendió al progreso, tan dispuesto á aprender como á olvidar, sea por efecto de sus propias ideas ó por la influencia de las ideas de otro. Pero un motivo, más poderoso que los demás, ha sido el deseo de reconocer públicamente lo que debo, de mi desarrollo moral é intelectual, á personas que han llegado á ser célebres y á otras que merecerían ser más conocidas. Entre las últimas hay una á la que debo más que á todas y á la cual no ha tenido el público ocasión de co-

nocer. El lector que no se interese por estos detalles, no debe quejarse de nadie si prosigue su lectura. Sólo le pido una cosa, y es que no olvide que estas páginas no se han escrito para él.

He nacido en Londres el 10 de Mayo de 1806. Soy el hijo mayor de Jaime Mill, el autor de la *Historia de las Indias inglesas*. Mi padre, hijo de un comerciante, que explotaba también una pequeña granja en Northwater Bridge, condado de Angus, en Escocia, llamó, por las dotes de su inteligencia, la atención de sir John Stuart, de Fettercairn, miembro de la corte de Echiquier de Escocia. Sir John Stuart le hizo cursar en la Universidad de Edimburgo, dándole dinero de una fundación que habían instituido Lady Jane Stuart, su mujer, y otras señoras, para la instrucción de los jóvenes que se querían dedicar á la Iglesia de Escocia. Mi padre hizo allí todos sus estudios y recibió sus licencias de predicador. No entró, sin embargo, en la carrera eclesiástica porque comprendía que no podía creer las doctrinas de la Iglesia de Escocia ni las de ninguna otra Iglesia. Durante algunos años, ejerció la profesión de preceptor en algunas familias, entre otras, en casa del marqués de Tweddale; después se fijó en Londres y se dedicó á escribir. Hasta que obtuvo un empleo en las oficinas de la Compañía de las Indias, no tuvo más recursos que los que le procuraba su pluma.

Este período de la vida de mi padre presenta dos particularidades, de las cuales es imposible no asombrarse; una,

por desgracia, muy común, la otra, por el contrario, de las más anómalas. Digamos primero que, en su posición, sin más recurso que el producto reducido de sus escritos que componía para publicaciones periódicas, se casó y tuvo muchos hijos; con lo cual observó una conducta diametralmente opuesta á las opiniones que profesaba, al menos en época más avanzada de su vida. Pensemos después en la fuerza extraordinaria que se necesitaba para conllevar una vida como la suya, en las condiciones tan poco favorables en que se veía desde el principio y que acababa de empeorar con su casamiento. Esto hubiera bastado, aunque nada más le ocurriera, que proveer con su pluma á sus propias necesidades y á las de su familia, durante tantos años, sin adquirir deudas jamás y sin luchar contra los apuros pecuniarios. Profesaba, sin embargo, en política como en religión, las opiniones que han sido siempre odiosas á las personas influyentes, á la gran mayoría de los ingleses que estaban en una situación floreciente y que eran entonces más repulsivas que durante la generación anterior y que lo fueron en la siguiente. Nada hubiera podido determinarle á escribir contra sus convicciones; al contrario, no desperdiciaba ocasión para manifestar sus opiniones en sus escritos. Nunca hacía, y esto hay que decirlo también, nada á la ligera; nunca emprendió un trabajo literario ó de otro género al cual no pudiese consagrar el tiempo necesario para terminarlo dignamente. Bajo el peso de estos deberes que su concien-

cia le imponía, trazó el plan de su *Historia de las Indias* y la escribió en el espacio de diez años, en menos tiempo del que hubieran necesitado otros autores, menos ocupados que él, para escribir una obra histórica de semejante extensión y que necesitase el mismo caudal de datos. Añádase á esto que durante todo ese tiempo, consagraba gran parte de sus días á la instrucción de sus hijos; por mí, especialmente, se impuso un trabajo, unos cuidados, una perseverancia de que no existe seguramente otro ejemplo, á fin de darme, con arreglo á sus ideas, la más elevada educación intelectual.

Mi padre, que observaba tan fielmente en su conducta el precepto que prohíbe malgastar el tiempo, debía naturalmente ponerlo en práctica en la educación de su discípulo. No he conservado ningún recuerdo de la época en que empecé á aprender el griego. Dicese que entonces sólo tenía tres años. El recuerdo más antiguo que he conservado, es que aprendía de memoria lo que mi padre llamaba vocablos, es decir, listas de palabras griegas con su significado en inglés, que escribía para mí en un cuaderno. De la gramática sólo aprendí en los años siguientes las inflexiones de los nombres y de los verbos. Después que me llenó la memoria de vocablos, me puso de pronto á traducir. Recuerdo vagamente que descifraba las *Fábulas* de Esopo, el primer libro griego que leí. El *Anabasis*, del cual me acuerdo mejor, fué el segundo. No empecé el latín hasta que cumplí los

ocho años. A esa edad ya había leído, bajo la dirección de mi padre, á varios prosistas griegos, entre los cuales recuerdo á Herodoto, del cual leí todas sus obras; la *Ciropedia* y los *Diálogos memorables de Sócrates*, algunas biografías de filósofos, de Diógenes Laercio y una parte de Luciano. Leí también, en 1813, los seis primeros diálogos de Platón (por el orden vulgarmente adoptado), desde el *Eutyphron*, hasta el *Theetete* inclusive. Mejor hubiera sido que no hubiese leído ese último diálogo, puesto que no pude comprenderlo. Pero mi padre, en todos los ramos de mi instrucción, no sólo me exigió lo que podía, sino con frecuencia lo que no podía yo hacer. Por el siguiente hecho podrá juzgarse de lo que él mismo se imponía para instruirme. Yo preparaba mis temas de griego en el mismo cuarto y sobre la misma mesa en que él escribía; como entonces no había *Diccionario* greco-inglés, y yo no podía valerme de uno greco-latino, porque no había empezado aún el latín, me veía forzado á recurrir á mi padre, preguntándole el significado de las palabras que no conocía. El aguantaba con paciencia estas incessantes interrupciones, á pesar de ser el hombre más impaciente del mundo, y precisamente en el tiempo en que yo le interrumpía continuamente, escribió varios volúmenes de su *Historia de las Indias*, como todo lo que tuvo que escribir durante aquellos años.

La aritmética es lo único que aprendí, después del griego, en aquella época; y también fué mi padre quien me

la enseñó; de noche me daba lección y aún recuerdo el fastidio que me causaba. Pero esas lecciones no eran más que parte de la instrucción que recibía diariamente: yo aprendía mucho con lo que leía, y con las conversaciones que mi padre tenía conmigo en nuestros paseos. Desde 1810 hasta fines de 1813, vivimos en Newington Green, que entonces estaba en medio del campo. La salud de mi padre exigía que hiciese constantemente ejercicio; acostumbraba á pasearse antes de almorzar por los pintorescos senderos que conducían á Hornsey. Yo le acompañaba siempre, y mis primeros recuerdos de la hermosura del campo y de las flores silvestres están mezclados con los de las relaciones que hacía yo á mi padre de las lecturas de la vispera. Lo que mejor recuerdo es que esta tarea era para mí más voluntaria que obligatoria. Al leer tomaba notas sobre pedazos de papel, y con arreglo á esas notas le contaba á mi padre, durante nuestro paseo matutino, la historia que había leído, pues los libros que tenía á mi disposición eran casi todos de historia. Entre ellos leí: Robertson, Hume, Gibbon. Pero mi mayor placer entonces, como mucho tiempo después, era el leer la historia de Felipe II y de Felipe III de España en Watson. La heroica defensa de los caballeros de Malta contra los turcos, la resistencia de las provincias unidas de los Países Bajos contra España, excitaron en mí un interés vivo y duradero. Después de Watson, fué mi lectura favorita la *Historia de Roma*, de

Hooke. De Grecia no había leído aún una historia verdadera, sino un compendio, que se usaba en las escuelas, de los tres tomos de una traducción de la *Historia antigua*, de Rollin, empezando en Filipo de Macedonia; pero leí con delicia la traducción de Plutarco de Langhorne. En cuanto á la historia de Inglaterra, después de la época en que la deja Hume, recuerdo haber leído la *Historia de mi tiempo*, de Burnet, en la que sólo me interesaban las guerras y las batallas; leí también la parte histórica del *Annual Register*, desde su principio hasta el 1788, en que cesaron los tomos que mi padre pedía prestados para mí á Bentham. Tomaba yo gran interés en la suerte de Federico de Prusia, en los peligros que corrió, y me entretenía Paoli, el patriota corso; pero cuando llegué á la guerra de América, me hice partidario, como un niño que era, de la mala causa, porque se llamaba la causa de Inglaterra. Mi padre me convenció de lo contrario. En las frecuentes conversaciones que teníamos sobre nuestras lecturas, se valía mi padre de todas las ocasiones para darme explicaciones é ideas sobre la civilización, sobre el gobierno y sobre la moralidad y cultura intelectual, y exigía que yo las repitiese á mi manera. También me hacía leer muchos libros, que no me parecían bastante interesantes, y después me obligaba á darle cuenta de su contenido. Fueron, entre otros, las *Consideraciones históricas sobre el Gobierno inglés*, de Millar, obra excelente para su tiempo, y que mi padre apreciaba

mucho; la *Historia de la Iglesia*, de Mosheim; la vida de Juan Knox de M'Crie; y la *Historia de los cuáqueros*, de Sevell y Ruty. Le gustaba colocarme en las manos libros que me presentasen el ejemplo de hombres enérgicos y llenos de recursos para luchar con las graves dificultades, que acaban por vencer. Entre esos libros me acuerdo de los *Recuerdos de Africa*, de Bearrer, y la *Exposición del primer ensayo de colonización de la Nueva Gales del Sur*, por Collins. Dos obras que no me cansaba de leer eran los *Viajes* de Anson, que tanto entusiasmaron á la juventud, y una colección (la de Hawkesworth, quizá) de *Viajes alrededor del mundo*, en cuatro tomos, empezando en Drake y terminando en Cook y en Bougainville. Nunca tuve libros de niño, ni juguetes, excepto cuando los parientes ó amigos me los regalaban. De todos los libros de ese género, *Robinson* fué el que más me gustó; lo he leído con placer durante toda mi juventud. Sin duda no entraba en el plan de mi padre el excluir los libros de recreo, pero me los permitía con gran parsimonia. En aquella época apenas los tenía; pero los pedía prestados para mí. Recuerdo haber leído las *Mil y una noches*, los *Cuentos árabes*, de Cazotte, *Don Quijote*, los *Cuentos populares*, de miss Edgeworth, y un libro que gozaba entonces de alguna reputación, *El loco de calidad*, de Brooke.

A los ocho años empecé el latín, en compañía de una hermana menor, á la cual enseñaba yo á medida que iba adelantando. Mi hermana repetía nues-

tras lecciones á mi padre. Desde entonces tuve por discípulos á casi todos mis hermanos; gran parte de mi trabajo diario consistía en la enseñanza preparatoria que les daba. Esta tarea me gustaba poco, porque yo era responsable de los trabajos de mis discípulos casi tanto como de los míos. Sin embargo, me proporcionó ese régimen un gran beneficio: aprendía más á fondo y retenía más sólidamente lo que tenía que enseñar; también es posible que en aquella edad me haya aprovechado la práctica que adquiría explicando las dificultades á los demás. La experiencia de mi niñez no es favorable, bajo otros puntos de vista, á la instrucción mútua entre los niños. Esta enseñanza, y de ello estoy seguro, no produce por sí misma más que medianos efectos, y he podido convencerme de que la relación de maestro á discípulo no es una buena doctrina moral, ni para el uno ni para el otro. De ese modo aprendí yo la gramática latina. Traduje gran parte de *Cornelio Nepote* y de los *Comentarios* de Cesar, lo cual añadía al cumplimiento de mis obligaciones todas, otro trabajo bastante más largo para mí mismo.

El mismo año en que empecé el latín, leí por primera vez los poetas griegos, comenzando por la *Iliada*. En cuanto adelanté un poco, me entregó mi padre la traducción de Pope. Fué el primer poema inglés que me gustó; fué también uno de los libros que más aprecié durante muchos años. Creo haberlo leído veinte ó treinta veces por completo. Yo no hubiera pensado en

mencionar un punto que parece tan natural en la infancia, si no hubiese creído observar que el vivo placer que causaba esa brillante narración en verso, no es tan general en los niños como lo supuse en un principio, bien *á priori*, bien con arreglo á mi experiencia personal. Poco tiempo después empecé con Euclides y más tarde con el álgebra, siempre mi padre por maestro.

De los ocho á los doce años leí los siguientes libros latinos: las *Bucólicas* de Virgilio y los seis primeros libros de la *Eneida*; todo Horacio, menos las Epodas; las fábulas de Fedro; los primeros libros de Tito Livio, á los cuales añadía en mis horas de recreo, por amor á la historia romana, el sexto de la Década; todo Salustio; gran parte de las *Metamorfosis* de Ovidio; algunas comedias de Terencio; dos ó tres libros de Lucrecio; varios discursos de Cicerón y algunos de sus escritos sobre el arte oratorio; sus *Cartas á Atico*, sobre cuyos asuntos me daba mi padre explicaciones, que se tomaba el trabajo de traducir para mí, del francés, de las notas de Mingault. En griego leí la *Iliada* y la *Odisea*; una ó dos tragedias de Sófocles y de Eurípides; algunas comedias de Aristófanes, por más que no le saqué gran jugo; todo Tucídides; las *Helénicas* de Jenofonte; gran parte de Demóstenes, de Esquines, de Lysias; Teócrito y Anacreonte; una parte de la Antología; un poco de Dionisio de Halicarnaso; varios libros de Polybio, y, por último, la *Retórica* de Aristóteles. Este fué el primer tratado

verdaderamente científico sobre la psicología y la moral que leí. Como contiene gran número de las mejores observaciones de los antiguos sobre la naturaleza humana, mi padre me la hizo estudiar con cuidado especial y me obligó á hacer de sus materias unos cuadros sinópticos. En aquel mismo tiempo aprendí la geometría elemental y el álgebra á fondo, pero no ocurrió lo mismo con el cálculo diferencial y con otros ramos de las matemáticas superiores. Mi padre no había conservado esta parte de los conocimientos que había adquirido y no tenía tiempo para resolver las dificultades que me detenían; me dejaba que me arreglase yo mismo, sin más ayuda que la de los libros; mientras tanto incurría yo en sus censuras por la incapacidad que demostraba en la resolución de los problemas difíciles y no se apercibía de que yo no poseía todavía los conocimientos necesarios para conseguirlo.

En cuanto á las lecturas que yo mismo me procuraba, sólo diré las que recuerde. La historia era siempre mi lectura favorita, y principalmente la antigua. Leí sin descanso la *Grecia*, de Mitford. Mi padre me había puesto en guardia contra los principios aristocráticos de este autor; me había advertido que Mitford alteraba los hechos para alabar á los déspotas y para censurar las instituciones populares. Discurría sobre esas cuestiones y me las explicaba con ejemplos sacados de los oradores y de los historiadores griegos. Tuvo tanto éxito, que al leer yo á Mitford, se formaron mis simpatías en

sentido inverso de las del autor, con el cual hubiera yo podido, hasta cierto punto, discutir. Este antagonismo no disminuía el placer con que siempre volvía yo á la misma lectura. También me gustaba mucho la historia romana y leer mi libro favorito Hooke, como también Ferguson. Un libro que, á pesar de la oscuridad de su estilo, leí siempre con agrado fué la historia universal antigua. A fuerza de leer había incrustado en mi cabeza los detalles históricos relativos á los pueblos de la más remota antigüedad, al mismo tiempo que nada sabía de la historia moderna, excepción hecha de algunos episodios de la guerra de los Países Bajos, no mostrando tampoco gran deseo de aprender más.

He consagrado mucho tiempo, durante mi infancia, á un ejercicio voluntario al que llamaba escribir historias: he compuesto sucesivamente una historia romana, que sacaba de Hooke, un compendio de la historia universal antigua, una historia de Holanda, sacada de mi autor favorito, Watson, y de una compilación anónima. A los once ó doce años me ocupaba en componer un escrito que consideraba como cosa muy seria: era una historia del gobierno romano, arreglada con la ayuda de Hooke, de Tito Livio y de Denys de Halicarnaso. Había escrito bastante para formar un tomo en octavo y había llevado mi asunto hasta las leyes licinianas. En realidad, era una exposición de las luchas entre los patricios y los plebeyos que absorbían entonces todo el interés que concedía

yo antes á las guerras y á las conquistas de los romanos. Yo discutía todas las cuestiones constitucionales á medida que se presentaban. Ignoraba absolutamente los estudios de Niebuhr y, sin embargo, ayudado por las únicas luces que debía á mi padre, tomaba la defensa de las leyes agrarias, apoyándome en el testimonio de Tito Livio, y sostenía como podía el partido democrático de Roma. Algunos años después, despreciando los primeros esfuerzos de mi infancia, rompí esos escritos, sin comprender que algún día podía sentir curiosidad por ver mis primeros ensayos en el arte de escribir y de razonar. Mi padre me animaba en ese recreo útil, aunque con buen sentido, en mi opinión, no me pidió nunca mis escritos para verlos. De ese modo no me creía yo responsable, al escribir, á los ojos de nadie, y mi ardor no se enfriaba por la idea de trabajar bajo la mirada glacial de la crítica.

Esos ejercicios históricos no eran un deber obligatorio, pero yo hacía otras composiciones que sí lo eran; tenía que componer versos y éste era el más desagradable de mis trabajos. No hacía versos griegos ni latinos; no aprendí nunca la prosodia de esas lenguas. Mi padre opinaba que ese ejercicio no valía el tiempo que costaba; se contentaba con hacerme leer los versos en alta voz y con corregir las faltas de medida que cometía. Nunca compuse nada en griego, ni siquiera en prosa, y muy poco en latín: no es que mi padre desconociese el valor de esos ejer-

cicios que dan un conocimiento profundo de esas lenguas, sino que en realidad no me quedaba tiempo para hacerlo. Me hacía escribir versos en inglés. Después de haber leído el *Homero* de Pope, tuve el valor de ensayar una composición que se pareciese, y había escrito un canto que era una continuación de la *Iliada*. Es probable que el arrojo ambicioso que me llevaba hacia la poesía se hubiese parado allí; pero el ejercicio que había empezado por gusto, tuve que continuarlo por obligación. Según su costumbre, que nunca abandonaba, de explicarme lo mejor que podía las razones de lo que exigía de mí, me dió mi padre esta vez, me acuerdo muy bien, dos motivos que le pintan exactamente. Primero, porque hay cosas que pueden expresarse con más energía en verso que en prosa, lo que constituía á mis ojos una ventaja real; y además, porque se da en general á los versos más valor del que merecen, y, por consiguiente, vale la pena de adquirir la facultad de hacerlos. En general me dejaba escoger el asunto, que yo tomaba, si mal no recuerdo, de la mitología ó de las abstracciones alegóricas. Me hizo traducir en versos ingleses gran número de las poesías cortas de Horacio. Recuerdo también que un día me dió á leer el *Invierno*, de Thomson y que después me hizo escribir solo, sin la ayuda del libro, algunas páginas sobre tal asunto. Los versos que yo hacía no eran, y esto se comprende, más que una colección de anticuallas y nunca tuve facilidad para hacerlos; pero esta gimna-

sia me ha sido útil quizá, porque me ha dado la facultad de encontrar con rapidez la palabra propia (1).

Había leído entonces muy pocos poetas ingleses. Mi padre me dió á Shakespeare para que leyese los dramas históricos; de éstos pasé á los otros. No era mi padre admirador de Shakespeare; juzgaba con severidad la idolatría de los ingleses por ese poeta. Hacía poco caso de los poetas ingleses, excepción de Milton, por el cual sentía la más profunda admiración, de Goldsmith, de Burns, de Gray, de los cuales prefería el *Bardo* á la *Elegía*. Quizá deba añadir Cowper y Beattie. Apreciaba á Spencer y recuerdo que me leyó (contra su costumbre de hacerme leer á mí) el primer libro de la *Reina de las hadas*; pero no me gustó. Mi padre no encontraba mucho mérito en los poetas de nuestro siglo; por eso no los conocí hasta más tarde. También hago excepción de las novelas en verso de Walter Scott, que leí por consejo de mi padre, y que me gustaron mucho, como todas las historias animadas. Los poemas de Dryden se encontraban entre los libros de mi padre; me hizo leer algunos, pero ninguno me gustó, excepto la *Fiesta*

(1) Un poco más tarde, siendo niño aún, cuando los ejercicios de la versificación no me eran impuestos aún como un deber obligatorio, compuse, como la mayor parte de los escritores en su niñez, tragedias, no tanto inspiradas en Shakespeare como en Yoanna Baillie, cuyo *Constantino Paleólogo* me parecía la mejor de sus obras maestras. Aún creo que ese drama es de los mejores que se han escrito en los dos últimos siglos.



de Alejandro, que tenía costumbre de recitar, como las canciones de Walter Scott, con una música compuesta por mí. Compuse unos aires que recuerdo todavía. Leí con bastante placer las poesías cortas de Cowper, pero nunca pude leer hasta el final sus largos poemas; y en sus dos tomos no me interesó nada, tanto como un trozo en prosa, la historia de tres liebres domesticadas. A los trece años puse mano en los poemas de Campbell, entre los cuales *Lochiel*, *Hohenlinden*, el *Desterrado de Erin* y algunos otros, me hicieron sentir impresiones que, hasta entonces, no había producido en mí la poesía. En este autor tampoco hice mucho caso de los poemas largos, excepto del poema conmovedor de *Gertrudis de Wyoming*, que consideré, durante mucho tiempo, como el más perfecto modelo de lo patético.

En esta época de mi infancia, una de mis recreaciones favoritas era la ciencia experimental, en el sentido teórico y no en el sentido práctico de la palabra. Yo no hacía experimentos, y con frecuencia sentía no poder dedicarme á ese ejercicio; tampoco los veía hacer; me contentaba con leer sobre ellos. No recuerdo haber tenido por ningún libro la afición que tenía por los *Diálogos científicos* de Joyce. Resistía á las censuras que mi padre hacía de las equivocadas razones que abundan en la primera parte de esa obra, tratando de los principios fundamentales de la física. Yo devoraba los tratados de química, sobre todo el de un antiguo compañero de estudios de mi

padre, el Dr. Thomson, muchos años antes de presenciar un experimento.

Tendría yo unos doce años cuando empecé una parte nueva de mi instrucción, cuyo objeto principal no era ya ayudar al pensamiento y aplicarlo, sino que era el pensamiento mismo. Esta parte empezaba por la lógica; y lo primero que leí fué el *Organum* hasta las Analíticas inclusive, sin sacar gran provecho de la Analítica superior, que pertenece á un dominio de la filosofía, para el cual no estaba yo preparado. Al mismo tiempo que el *Organum*, me hizo leer mi padre, en todo ó en parte, algunos tratados latinos de lógica escolástica. Todos los días, en nuestros paseos, le daba yo cuenta detallada de lo que había leído, contestaba á sus preguntas numerosas y difíciles. Después de eso acabé por el mismo procedimiento con la *Computatio sive Logica*, de Hobbes, obra muy superior á los libros de los lógicos de escuela; mi padre la apreciaba mucho, y en mi opinión bastante más de lo que valía. Mi padre no dejaba nunca de hacerme comprender la utilidad de los estudios que me imponía: insistió particularmente sobre la de la lógica escolástica, que tantos escritores de gran autoridad han combatido. Yo recuerdo muy bien cómo y en qué sitio (era en los alrededores de Bagshot Heath, donde fuimos á visitar á un amigo de mi padre, M. Wallace, profesor de matemáticas en Sandhurst) me condujo, por sus preguntas, á pensar en la lógica y á concebir lo que constituye la utilidad de la silogística; él me ayudaba y

me la hacía comprender con sus explicaciones. Las explicaciones no me aclaraban mucho la cosa; pero no me fueron del todo inútiles. Han quedado en mi espíritu como un núcleo, alrededor del cual mis observaciones y mis reflexiones han podido después cristalizarse. El valor de las ideas generales que mi padre me había enseñado, se revelaba en mí en cada caso particular que yo observaba después. Mis observaciones y la experiencia me condujeron en definitiva á hacer tanto caso como él de un conocimiento íntimo de los procedimientos de la lógica y de la escuela. No hay otra parte de mi educación que haya contribuido más á crear en mí la facultad de pensar, tal como la poseo.

La primera operación intelectual en que hice progresos, fué la disección de un argumento falso y la averiguación del origen del error; toda la habilidad que he adquirido en ese género, la debo á la perseverancia infatigable con que mi padre me había amaestrado en esa gimnasia intelectual, donde la lógica de escuela y los hábitos del espíritu, que se adquieren al estudiar, hacen el papel principal. Estoy convencido de que en la educación moderna nada contribuye más, cuando se hace de ello un uso maderado, á formar pensadores exactos, fieles al sentido de las palabras y de las proposiciones, y en guardia contra los términos vagos, oscuros ó antiguos. Se ensalza mucho la influencia de las matemáticas para obtener ese resultado, y esto no es nada en comparación de la de la lógica; en

efecto, en las operaciones matemáticas no se encuentra ninguna de las dificultades, que son los verdaderos obstáculos de un razonamiento correcto. La lógica es también el estudio que más conviene á los primeros tiempos de la educación filosófica de los jóvenes, porque es independiente de las lentas operaciones, por las cuales se adquiere con la experiencia y la reflexión las ideas que tienen importancia propia; gracias á este estudio, llegan los jóvenes á comprender una idea confusa y contradictoria, antes que su facultad de pensar haya adquirido su total desarrollo, mientras que tantos hombres capaces no pueden conseguirlo por no haber estado sometidos á esta disciplina. Cuando quieren contestar á sus adversarios, se esfuerzan en sostener la opinión contraria valiéndose de los argumentos que tienen á su disposición, sin tratar de refutar los razonamientos de sus antagonistas, y el mayor éxito que pueden obtener es el de dejar la cuestión indecisa puesto que la solución depende del razonamiento.

Durante este tiempo continuaba yo leyendo con mi padre los autores griegos y latinos, que merecían estudiarse, no tanto por la lengua como por las ideas. Así estudié varios oradores, sobre todo á Demóstenes, del cual leí varias veces algunos discursos; después escribía, como ejercicio, completos análisis de estos discursos. Mi padre salpicaba esta lectura con comentarios muy instructivos. No se limitaba á fijar mi atención en la luz que sus

discursos arrojaban sobre las instituciones atenienses y sobre los principios de legislación y de gobierno que explican; me hacía también comprender la habilidad y el arte del orador; me hacía notar el ingenio con que Demóstenes sabía decir las cosas que más importaban á su objeto, en el momento preciso en que el auditorio se encontraba mejor preparado para escucharle; me enseñaba cómo se manejaba el gran orador para deslizar en el espíritu de los atenienses, poco á poco é insinuándose, las ideas que hubieran despertado su oposición si se hubiesen expresado más directamente. La mayor parte de estas consideraciones no estaban aún al alcance de mi entendimiento en aquella época, y no podía comprenderlas por completo. Pero vertían en mí semillas que han germinado en su estación.

Por aquel tiempo leí también á Tácito, á Juvenal y á Quintiliano. Este último autor es poco conocido y mal apreciado, quizá á causa de la oscuridad de su estilo y de la abundancia de detalles escolásticos de que están llenas algunas partes de su tratado. Pero su obra es una especie de enciclopedia de las ideas de los antiguos sobre la educación entera y sobre la cultura del espíritu; yo he sacado de ella muchas ideas importantes, que no he olvidado jamás y que sólo recuerdo por la lectura que de niño hice de la obra.

En la misma época leí por primera vez los principales diálogos de Platón, particularmente el *Gorgias*, el *Pitágoras* y la *República*. Ningún autor le

parecía á mi padre tan conveniente para la cultura del espíritu como Platón, y ninguno recomendaba tanto á los jóvenes estudiosos. Yo, por lo que á mi hace, puedo asegurar la misma idea. El método socrático, del cual los diálogos de Platón son los monumentos principales, sigue siendo la mejor disciplina del espíritu para corregir los errores y aclarar las confusiones inherentes al *intellectus sibi permissus*, es decir, á la inteligencia que ha compuesto todos los grupos de asociaciones de ideas bajo la dirección de la fraseología popular. Las operaciones de que se compone este método, es decir, la interpretación rigurosa que obliga á un hombre, cuyas ideas no son más que vagas generalidades, sea á expresar, en términos precisos, lo que entiende por esas ideas, sea á confesar que no sabe lo que dice; la comprobación constante de toda proposición general por los casos particulares; el poner en su lugar el sentido de los términos abstractos de acepción conocida por las operaciones que consisten en determinar algún nombre genérico de mayor extensión que le comprende, comprendiendo al mismo tiempo otra cosa, á bajar por división, hasta el objeto que se busca, á tragar un límite y á formular su definición por una serie de distinciones cuidadosamente trazadas entre ese objeto y los que se le parecen, para separarlos sucesivamente; todas estas operaciones son de un valor inapreciable para enseñar al hombre á pensar con rigurosa precisión. En la edad que yo tenía tomaron

sobre mí tal imperio, que se convirtieron, por decirlo así, en elementos de mi propio espíritu. Siempre he pensado después, que el título de discípulos de Platón pertenece más bien á los pensadores que se han alimentado de su procedimiento de investigación y que se han esforzado en adquirir el manejo, y no á los que le distinguen únicamente por la adopción de algunas conclusiones dogmáticas, tomadas de sus escritos menos inteligibles, en que el genio de Platón y el carácter de sus obras dejan la duda sobre la cuestión de saber si las considera como fantasías poéticas ó como conjeturas filosóficas.

Cuando yo leía Platón y Demóstenes, desde que pude leer esos autores sin que me detuviesen las dificultades de la lengua, no me exigía mi padre que tradujera el texto frase á frase: me los hacía leer en alta voz y me hacía preguntas á las cuales tenía yo que contestar; pero como daba importancia grande á la declamación, en que él tanto despuntaba, era esa lectura en alta voz muy penosa para mí. De todo lo que me obligaba á hacer, no verificaba yo nada con tanta torpeza, y siempre le ocurría lo mismo, le hacía perder la paciencia. Había él reflexionado mucho sobre los principios del arte de leer, sobre todo en la parte de ese arte que más se descuida, me refiero á las inflexiones de la voz, ó lo que los autores que tratan de la declamación llaman *modulación*, para distinguirla de una parte de la *articulación* y por otra parte á la *expresión*:

había sometido estas inflexiones á reglas fundadas sobre el análisis lógico de la frase. Me inculcaba enérgicamente estas reglas y me censuraba severamente cada vez que faltaba á ellas. Yo había hecho la observación, que no me hubiera atrevido nunca á comunicarle, de que si me censuraba por haber leído mal una frase, se limitaba á *decirme* cómo debía haberla leído, y nunca la *leía* él para explicármela mejor. El mismo defecto se encontraba en todos sus procedimientos de instrucción, por otra parte tan admirables, como también en todas las formas del pensamiento; contaba demasiado con la inteligibilidad de lo abstracto, presentado sólo y sin la ayuda de forma alguna concreta. Mucho más tarde, cuando yo ejercitaba la palabra, solo ó entre jóvenes de mi edad, comprendí por primera vez el objeto de sus reglas y me apercibí de las bases psicológicas sobre las que las había asentado. Perseguí esta cuestión en todas sus ramas, y hubiera podido escribir un tratado muy útil sólo con los principios de mi padre. El no había escrito nada sobre esta cuestión. Y ahora me duele no haber aprovechado el momento en que estaba embebido en ese sujeto y practicaba sistemáticamente esas reglas, para dar formas á las ideas de mi padre y á los perfeccionamientos que se me ocurrieron á mí.

Un libro que contribuyó poderosamente á formarme, en la mejor acepción de la palabra, fué la *Historia de la India*, de mi padre. Esta obra

apareció á principios de 1818. En el año anterior, cuando estaba en prensa, leía yo las pruebas de mi padre, ó más bien leía las cuartillas, mientras él corregía las pruebas. De esa obra notable recibí gran número de ideas nuevas. En ella encontraba críticas y estudios sobre la sociedad y sobre la civilización, referentes á los Indos; sobre las instituciones y los actos del Gobierno, referente á los ingleses. Mis reflexiones recibieron un impulso y una dirección que me fueron en extremo útiles en adelante. Aunque reconozco defectos en esa obra, cuando la comparo á un tipo de perfección, persisto en creer que es por lo menos una de las historias más instructivas y uno de los escritos en que el espíritu, al formar sus opiniones, puede sacar mayor provecho.

El prólogo de la *Historia de las Indias*, uno de los escritos de mi padre que mejor le pintan, es también el más rico en ideas, y ofrece un cuadro fiel de los sentimientos y de las esperanzas que le inspiraban en la época en que lo escribió. Había sembrado, en todo el curso de su obra, las opiniones y los juicios de un radicalismo democrático que parecía entonces una opinión extrema; trataba con extraña severidad en aquella época la constitución y las leyes de Inglaterra, los partidos y las clases que poseían un influjo considerable en el país. Si tenía derecho á esperar que su obra le hiciese una reputación, por otra parte no era fácil que le crease una posición ni que entre los poderosos le procurase

otra cosa que enemigos. Lo que menos podía esperar era el favor de la Compañía de las Indias, cuyos privilegios atacaba tan duramente y cuya administración política había censurado tantas veces. En algunas partes de su libro, es verdad, hace elogios merecidos de la Compañía, sobre todo cuando dice que ningún Gobierno había dado tantas pruebas de sus buenas intenciones para con sus súbditos, y que si los actos de los demás Gobiernos estuviesen sometidos á la misma publicidad, no resistirían probablemente á un examen tan riguroso.

Sin embargo, cuando supo en la primavera de 1819, un año después de la publicación de la *Historia de las Indias*, que los directores de la Compañía querían aumentar el personal de las oficinas de la correspondencia de la India, solicitó mi padre un empleo de los directores y lo obtuvo. Fue nombrado *asistente* del *Examen* de la correspondencia de Indias. La función de los asistentes consistía en preparar los proyectos de despachos para la India, que después se sometían á los directores en los principales servicios de la administración. En ese empleo y en el de *Examinador* que desempeñó más tarde, la influencia que adquirió con su talento, su reputación y la decisión de su carácter para con sus superiores, que deseaban realmente asegurar á la India un buen gobierno, le permitieron introducir en sus proyectos de despachos y presentar al juicio de los directores y al consejo central, sus verdaderas opiniones sobre los negocios

del país, sin suavizarlas demasiado. Había expuesto ya, en su *Historia*, los verdaderos principios de la administración de ese Imperio, y sus despachos, después de su *Historia*, contribuyeron, más que todo lo que se había hecho hasta entonces, á mejorar el régimen de la India, y á enseñar á los funcionarios de la compañía cómo debían cumplir sus deberes. Si se publicase una colección de sus despachos, se vería, estoy seguro de ello, que en mi padre, estaba el hombre de Estado á la altura del filósofo.

Las nuevas ocupaciones que absorbían el tiempo de mi padre, no distraían la atención que siguió poniendo en mi educación. Durante ese mismo año de 1819, me obligó á hacer un estudio completo de la economía política. Ricardo, su amigo íntimo, acababa de publicar la obra que hizo época en la historia de esta ciencia; sin las instancias de mi padre y el gran aliento que le comunicó, Ricardo no la hubiera publicado nunca, ni la hubiera escrito. En efecto, Ricardo, el más modesto de los hombres, aunque estaba convencido de la verdad de sus doctrinas, no se creía capaz de hacerlas valer, y sea por la exposición, sea por el estilo, temblaba ante la idea de publicarlas. Uno ó dos años después, las mismas instancias amistosas le llevaron á entrar en la Cámara de los Comunes. Allí prestó á sus ideas y á las de mi padre eminentes servicios, tanto en economía política como en otras cuestiones, durante los últimos años de una vida demasiado breve, que la muerte cortó en

el momento en que gozaba de la plenitud de su inteligencia.

Aunque la gran obra de Ricardo estaba ya impresa, no existía aún ningún tratado didáctico que resumiese sus ideas para facilitar su estudio. Mi padre se vió, pues, obligado, para enseñarme la economía política, á empezar por lecciones que me daba en nuestros paseos. Cada día me exponía una parte de esta ciencia, y yo, al día siguiente, se la presentaba escrita. Me obligaba á deshacer y á rehacer mi trabajo, hasta que resultaba claro, limpio y bastante completo. De este modo recorrí toda la economía política, y todavía guardo un compendio escrito, formado por mis apuntes. Más tarde se valió de ellos mi padre, como de notas, para escribir sus *Elementos de economía política*. Después de esta preparación leí á Ricardo. Todos los días daba cuenta á mi padre de mis lecturas y discutía las cuestiones accesorias que se presentaban, á medida que iba progresando. Sobre la cuestión de la moneda, la más embrollada de la economía política, siempre en el mismo sistema, los admirables opúsculos que Ricardo había escrito en la época de la polémica sobre los metales preciosos. Me hizo estudiar después á Adam Smith. En lo que más se ocupó durante este estudio, fué en hacerme aplicar á las ideas más superficiales de Smith las superiores luces de Ricardo, y en descubrir lo que hay de erróneo en los argumentos de Smith ó en sus conclusiones. Este método de instrucción estaba maravillosamente

combinado para formar un pensador, pero también era necesario que lo manejase un pensador tan exacto y tan vigoroso como mi padre. Aun con él era rudo el camino; lo era para mí, aunque el asunto me interesaba vivamente. Mi padre se impacientaba con frecuencia más de lo debido, cuando no salía yo airoso de un trabajo en que hubiera debido esperarse éxito alguno; pero, en general, el método era bueno, y dió sus frutos. No creo que ninguna instrucción científica haya sido más profunda y más apropiada al objeto de formar las facultades del espíritu, que la que mi padre me dió en lógica y en economía política. Se esforzaba, muchas veces exajeradamente, en poner en juego mis facultades, haciendo que lo encontrase todo por mí mismo; no me daba sus explicaciones antes, sino después; me hacía sentir toda la fuerza de los obstáculos. No sólo ganaba yo adquiriendo un conocimiento exacto de estas dos ciencias, como entonces se las comprendía, sino que aprendí á

pensar sobre las materias de que tratan. Yo pensaba por mi cuenta casi desde el principio, y á veces de un modo muy diferente al de mi padre. Durante mucho tiempo no existieron estas diferencias más que en cuestiones secundarias, y yo consideraba sus opiniones como una piedra de toque. Más tarde me sucedió que le convencí de una opinión mía, modificando la suya en un detalle. Lo digo en honor suyo, no para alabarme de ello; es una prueba de su perfecta buena fe y de la excelencia de su método de instrucción.

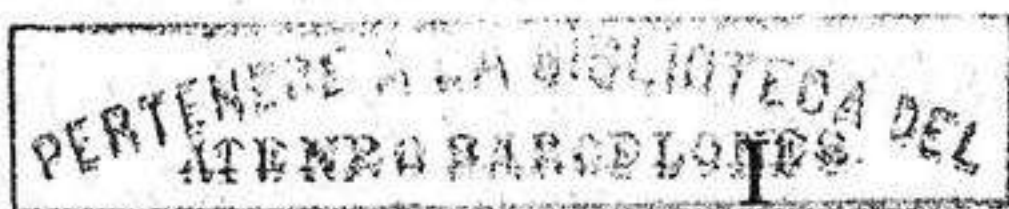
Allí acabaron lo que puedo llamar propiamente mis clases. Tenía yo unos catorce años; me fuí de Inglaterra y estuve más de un año ausente; después de mi vuelta, aunque mis estudios seguían bajo la dirección de mi padre, ya no me dió más lecciones. Conviene que me detenga un instante para considerar las cuestiones de naturaleza más general que se refieren á los años de mi vida, cuyos recuerdos acabo de trazar.

STUART MILL.

*(Se continuará.)*

# ALGO SOBRE LAS CUESTIONES

## ACERCA DEL PRIMER VIAJE DE COLÓN



**P**ropio y natural rasgo de su ingenio es que tome á su cargo el Sr. Castro la tarea de ponernos ante los ojos el crasísimo error en que todos estamos, creyendo que la salida de las tres carabelas que llevaron á feliz término el viaje más extraordinario que registra la historia, *fué del Puerto de Palos, y de convencernos de que nada hay en ello de cierto, pues las carabelas zarparon de Cádiz.*»

Esto dice el Sr. Asensio. Francamente, lo he de consignar aquí. ¿Cuál no ha sido mi estupefacción primero, y mi risa después, al considerar el raro ardid de mi adversario, que se jacta de autor juicioso y veracísimo? No pudiendo hallar fáciles objeciones á mis argumentos

y citas, ha recordado que mora en la patria de *Don Basilio*, y me cuelga una calumnia de aquellas que en uso tenía para sus menesteres y astucias el buen capigorrón; y dijo para sus adentros:

«Castro ha debido escribir un desatino mayúsculo. Pues no lo ha estampado en sus folletos, afirmemos rotundamente que sí, para solazarme con usar del derecho, que cree tener y tiene cada prójimo; de combatir errores y más si son de superior tamaño.

El recurso parece algo atrevidillo; pero, en fin, la fuerza de las circunstancias le obliga á ello.

En mi primer folleto escribí (página 23):

«¿Quién puede dudar que de Palos salió la expedición, habiéndose



formado en las aguas y por orden de los Reyes Católicos?»

«Salió de Palos la expedición y vino á Cádiz.» (Pág. 24.)

Y además, refiriéndome á Palos, me expresé en el principio: «No me propongo arrebatár glorias á una población enaltecida en los más de los escritos históricos sobre América, sino que queden *ainadas en el mismo hecho* las de ella y las de mi patria predilecta.»

Este mismo pensamiento con toda claridad, se halla presentado una y otra vez en mi segundo escrito sobre el asunto.

Tal han creído los que, sin ser el Sr. Asensio, han tratado de mis opúsculos: el ilustre poeta y laureado crítico Sr. D. Andrés Lasso de la Vega comprendió mi intento, al manifestar sus simpatías por mi escrito en uno suyo publicado en la *Revista España y Portugal*: el entendido Sr. D. José María Carpio y Castaños, contador de navío de la Armada, y secretario de la Intendencia del departamento de Cádiz, en carta que publicó el *Diario* de esta ciudad (1), se ha expresado en la siguiente forma:

«Es posible, y no hay prueba concluyente en contrario, máxime teniendo en cuenta, como ya lo ha hecho el Sr. Castro, que el rumbo

que señala el diario de navegación al salir de la barra de Saltes, no es directo á Canarias, como han dicho algunos historiadores. La carta que levantó de orden de Navarrete el piloto D. Miguel Moreno, y ha servido de base para las demás que se han publicado con las derrotas que siguió Colón en sus cuatro viajes, indica que *estuvo cuando menos á la vista de Cádiz*, porque á su altura se enmienda por primera vez el rumbo; y *así se inclinan á creerlo algunos oficiales de marina, que, teniendo en cuenta el cómo se navega cuando se puede tener á la vista la costa, y mucho más en aquella época, creen de buena fe que Colón vino desde Huelva á reconocer á Cádiz, para desde aquí ir, aprovechando todo lo posible, á buscar la costa de Africa, la cual, una vez reconocida tal vez á la altura del cabo Blanco, lo llevaría con más seguridad á la vista de algunas de las Canarias.*»

Esto prueba que yo no he dicho lo que finge entender el Sr. Asensio, y que por los demás nunca se han interpretado de ese modo mis palabras.

Confieso que, á envidiar su talento, lo haría para emplearlo mejor.

Ya por esta muestra, los lectores decidirán lo que vale quien pone semejantes dolos en la verdad, y apa-

(1) 17 de Febrero de 1892.

rentando esquivez y ceño para con mis escritos, viene implícitamente á declararse fugitivo de la cuestión, prefiriendo ello á reconocerse vencido. Literatos de la condición del Sr. Asensio se asemejan á la ostra, que antes se deja hacer pedazos que separarse de la roca á que se halla asida.

## II

Y como jamás ha tenido fama de escritor perspicaz, ni de dialéctica, ni de erudición bastante para sostener una grave polémica, nadie puede extrañar que al ardid anterior una otro del mismísimo carácter, en revelación de su desdichada impotencia y farfantonería.

Para probar que fueron dos las cartas de Colón á Santángel y Sánchez (dos cartas que como distintas cita en su historia el Sr. Asensio, de lo que se ha vuelto atrás con su gallardía, inestabilidad y desenfado ó desahogo de costumbre), puse en parangón alguno que otro texto de que resultaban desigualdades en contados pasajes. Á fin de dar más claridad á la controversia, publiqué al lado del texto español de la carta

de Santángel, la versión del latino de Cosco.

Pero, ¡oh entusiasmo y astucia del Sr. Asensio! Para fingir que me responde, anuncia con perspicacia roma que he puesto en contraposición á un texto legítimo del Almirante, unos sacados de la traducción del Sr. D. Francisco Antonio González.

Ese portentoso descubrimiento, ni en él ni en mí podía serlo. Tal noticia está dada en la página 36 de mi primer opúsculo sobre el asunto, opúsculo publicado en 1890.

Mas vamos á la cuestión verdadera. La carta á Santángel no es exactamente igual: más claro, no es la misma que la que Colón dirigió á Sánchez el tesorero. El señor Asensio cree que sí, con el parecer de los Sres. HARRISSE, VARNHAGEN y otros, en tanto que juzgo por lo que me dictan la razón y lo que han escrito Fernández Navarrete y el conde Rosselly con algunos más, el primero que *en sustancia* viene á ser la misma, y el segundo que la de Sánchez es un modelo de elegantísimo estilo.

Ahora bien: repito que en la de Santángel (en todas las ediciones de seguro) faltan nombres de pueblos, que existen en la de Sánchez, que en lengua latina tradujo Cosco. El texto de éste dice así:

«Itaque monstra aliqua non vidi,

neque eorum alicubi habui cognitio-  
nem, excepta quedam insula *Charis*  
nuncupata quæ secunda ex Hispa-  
nia in Indiam transferantibus exi-  
stit... Hi carne humana vescuntur.»

¿Este nombre de *Charis* ó *Carib*,  
fué sacado de su cabeza por Cosco?  
No. Lo puso porque lo leyó en el  
texto de la carta original de Colón  
á Sánchez.

En la de Santángel no se nombra  
á *Charis* ó *Carib*.

He aquí una diferencia.

En otro pasaje de la versión lati-  
na de Cosco, se lee:

«Hi sunt qui coeunt cum quibus-  
dam feminis quæ solæ insulam *Ma-  
thenim* primam ex Hispana in In-  
diam trajecientibus habitant.»

Perdónenme los lectores las citas  
latinas, pero cuando hay críticos  
como el Sr. Asensio, que se agarran  
de cualquiera idea para confundir la  
verdad, he tenido que citar el tex-  
to de la versión de la carta del Al-  
mirante.

En ella se cita á *Mathenim* ó *Ma-  
tinino*, y ¿por qué? Porque así lo  
escribió Colón en la carta á Sán-  
chez. No se halla ni por sombras  
en el texto de Santángel. ¿Se quie-  
ren más testimonios de que hay di-  
ferencias notables en ambos docu-  
mentos?

Colón, el 13 de Enero, decía en  
su *Diario de navegación*, según el  
escrito de las Casas, «que en las

islas pasadas estaban con gran te-  
mor de *Carib*..., que debe ser gen-  
te arriscada, pues andan por todas  
estas islas y comen la gente que  
pueden haber.»

En 14 de Enero. «Afirman de que  
allí había mucho (oro) y en *Carib*  
y en *Martinino*.»

En 16 de Enero. «Dijéronle los  
indios que por aquella vía hallarían  
la isla de *Martinino*, que diz que  
era poblada de mujeres sin hom-  
bres.»

Leandro Cosco no conocía ni pudo  
conocer el *Diario* de Colón. Se atu-  
vo al texto de la carta de éste. No  
cabía que inventase esos extraños  
nombres. En el texto de Santángel  
estaban omitidos porque era dis-  
tinto.

Pues bien: de la misma suerte  
que habló de *Carib* y de *Martinino*,  
y que puso otras cosas que hoy omi-  
to para no incurrir en prolijidad  
enojosa, puso lo del *viaje desde*  
*Cádiz*.

No basta que el Sr. Asensio ca-  
lifique de capricho de Cosco esto  
último, y que lo asegure con la im-  
perturbable seguridad de quien se  
lo hubiese visto escribir.

La lógica inexorable atestigua la  
opinión de ser diversas las cartas,  
aunque en la esencia parecidas.

Cosco citó el punto de partida del  
viaje desde Cádiz, porque así debió  
estar en el texto de Colón.

## III

Después de haber hecho varios alardes de polemista, el Sr. Asensio dice que duda, que no puede creer que el ayuntamiento de Cádiz me haya confiado la defensa de la gloria de esta ciudad en el asunto. Y, sin embargo, al punto noveno del cabildo de 17 de Septiembre de 1890, presenté un expuesto, siendo síndico, manifestando mi opinión con argumentos y pruebas. El Municipio me dió las gracias, y autorizó para popularizar y sostener esta idea. Si el Sr. Asensio lo duda, pida un certificado de todo al Ayuntamiento.

Cree desautorizarme recordando que en mis mocedades escribí con ilustraciones el *Buscapié*. Aquello fué una muchachada que tuvo su objeto. Me sentí con alas para volar y darme á conocer, y tan me di, que se tradujo el opúsculo y las más de las anotaciones en Europa (hasta tres veces en Inglaterra por ejemplo). De este juguete, que claro es que en otra edad no hubiera escrito, no tengo por qué arrepentirme, como nadie se arrepiente de diablurillas que sin daño efectivo de otros haya verificado en sus pocos años, y más

juguete escrito con la intención y medios de prueba de declarar más adelante que era debido á mi pluma.

Muéstrase hostil (como siempre ha hecho el Sr. Asensio) á todo lo que sea en mí ilustrar la historia y literatura patrias, desvaneciendo los errores en ellas introducidos. Refiere que el *Centón epistolario* he quitado al bachiller Fernán Gómez de Cibdarreal. Y á mucha honra, por ser una ficción patente.

Añade que á Rioja he despojado de su *Epístola moral á Fabio*, como si el restituirla á su autor fuera despojar. A Sevilla he dado un poeta excelente en Fernández Andrada, con el texto original y genuino de la Colombina, opinión ratificada por haber parecido en la biblioteca de la Universidad de Granada, entre los libros que fueron del duque de Gor, un manuscrito de puño y letra del capitán Fernández de Andrada, con esa misma epístola entre originales de otros poetas sus contemporáneos.

He probado que la carta del rey Alonso el Sabio á Guzmán el Bueno es una ficción genealógica, que le deduce de llamarle *Primo*, título cariñoso sólo dado á los grandes desde Carlos V, de llamar á Sevilla *mía sola leal ciudad*, cuando le eran leales Cádiz, Jerez, Badajoz y Murcia, á la que legó en su testamento el corazón por esa lealtad misma, y

aparte de las frases incongruentes y palabras de más modernos siglos.

Y no intento proseguir en este camino, porque no se imagine que trato de hacer biografía propia, cuando sólo procuro defenderme de quien se opone con sinrazones á una verdad patria, mientras la sostengo á rostro firme, á boca llena y con pluma en ristre contra el Sr. Asensio, que infelizmente ha caído en la más deplorable de las idolatrías, la idolatría de sí mismo, y que se parece al anteojo de larga vista, que por una parte nos presenta los granos de trigo como montes, y por otra los montes como granos de trigo.

#### IV

En el penoso camino que ha emprendido, se halla con una observación para él de indescriptible y efímero júbilo; viene á ser una niñería, pero niñería en los sus maduros y tan maduros años.

En el prólogo de mi *Historia de Cádiz*, dije en censura del P. Fray Jerónimo de la Concepción, que éste había querido probar que los Reyes

Magos estuvieron en Cádiz, que Colón salió de esta ciudad para el descubrimiento de América, y que el estilo corresponde á la *insensatez* de las noticias.

De ahí entusiasmado me califica de esa *insensatez* que yo atribuía al reverendo Padre.

De dislate con el mismo motivo citaba esas noticias D. José Vargas Ponce. Yo las recordé en mi primer folleto (pág. 17), diciendo que, á tener noticia de la carta de Colón, no se hubiese expresado en tan violenta forma.

Mas en realidad, ridículo es el argumento del Sr. Asensio. Ha *treinta y cuatro años* que mi historia de Cádiz fué escrita. En esos he tenido tiempo de rectificar mi equivocación, cualidad y consecuencia de un escritor que no blasona de infalible.

Si porque en la *Biblioteca de Autores Españoles* publiqué como de Rioja la *Epístola moral á Fabio*, no he podido presentar pruebas inequívocas de que estábamos todos en error al creerlo así, renegaría de la consecuencia literaria que me obligase á ocultar la verdad con afrenta de la historia patria. Persistir en un error sabiendo que lo es, quede reservado á los hombres de ninguna conciencia, pobreza de espíritu y apego á tradiciones infundadas é indefendibles.

Yo, al rectificar mi opinión sobre la partida del Almirante, no he seguido al P. Concepción, sino al gran Pedro Mártir de Anglería, primer historiador de Indias, que escribió con noticias de su amigo Colón y primeros descubridores; á Rafael Maffei (*el Volaterráneo*), al primer geógrafo alemán del siglo xvi Munster, al historiógrafo Spondano, al también geógrafo insigne Lamartinière, al P. Fr. Juan de la Puente en su *Conveniencia de las dos Monarquías*, al otro sabio geógrafo del tiempo de la Revolución francesa, y á Roberto de Vangondy, que, en el prólogo de su *Atlas universal*, dice que Colón salió del puerto de Cádiz en su viaje primero.

Omito citar más autores, porque algunos otros lo han sido ya en la polémica presente.

¿Qué quiere el Sr. Asensio, que para no escandalizar su atrabiliario criterio oculte mis investigaciones, encogiéndome en el nido de una inútil modestia? De tal guisa le enamoró el argumentillo con lo que pensaba rematarme, que, envuelto en ciertas nieblas, lo anuncia al principio de su artículo como concluyente, sin comprender su realidad, y sin advertir que eso era vender la caza antes de tenerla muerta. Con razón escribió Erasmo el *Elogio de la locura*.

## V

Prosigue el Sr. Asensio juzgándome, no como soy, sino como su aviesa voluntad se figura. No pertenezco ni he pertenecido á los fanáticos por su patria que buscan glorias falsas pretendiendo así engrandecerla. He dado pruebas de todo lo contrario desde el primer vuelo que en literatura dió mi deseo.

Cuando descubro errores, aunque tengan origen en mí, lo que tardo en publicarlos es lo que tardo en saberlo.

El pintor D. Clemente de Torres, discípulo de Valdés, pasaba por gaditano, según el Diccionario de Ceán Bermúdez, la Biografía y Bibliografía de Cambiazo y otros autores, y yo el mínimo de todos entre ellos. Pues bien: examinando para muchas y útiles cosas los libros parroquiales de Cádiz, supe que la partida de bautismo de ese pintor con su no existencia, harto á las claras revelaba que Torres no había nacido en esta ciudad. En su lugar hallé que en 24 de Julio de 1727 se enterró en San Francisco D. Clemente de Torres, de edad de setenta años, natural de Sevilla, marido en segundas nupcias de su mujer doña Juana Soberanis.

Al punto publiqué la noticia en el diario *La Palma*, para que no subsistiese más el engaño. Cádiz cuenta pocos artistas notables de ese tiempo, y no por un indiscreto amor patrio negué á Sevilla lo que le corresponde.

Vamos á otro suceso semejante. El héroe de la campaña del Rosellón contra la primera república francesa, *D. Antonio Buenaventura Ricardos*, era tenido por gaditano también. Para probar que no se refería á él la partida de bautismo de uno llamado así en Barbastro, Cambiazo quiso probar que en 1732 nació en Cádiz otro Antonio Ramón Ricardos Carrillo y Albornoz, infiriendo que aquel su hermano mayor debió morir, por no ser posible que ambos se llamasen *Ramón*.

Pero aunque asimismo tuve por gaditano á aquel en mi historia de Cádiz, vi después papeles de familia que existen en la Biblioteca municipal, por los que consta que el padre ponía por devoción á San Antonio este nombre como primero. Antonia Engracia se llamó la que fué marquesa de Tablantes, Antonio Buenaventura (el teniente general), Antonia Clara, y Antonia Bienvenida, monjas, y Antonio Ramón.

Este último no pudo ser el General, como Cambiazo pretende, creyendo que para fingir mayor edad se sirvió de la partida del otro, por

la convincente razón de que el Antonio Ramón falleció de año y medio, el 10 de Enero de 1734, según se acredita por los libros parroquiales.

De igual manera procedí en el asunto. En *La Palma de Cádiz* publiqué con los documentos las noticias, en rectificación de todos y todo, y en testimonio de abnegación patria para honra de la verdad.

Así he entendido siempre la obligación de escritor: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Hay que mirar con cierta elevación las cosas y ser firme como un risco contra las pasiones y los apasionados. Ya se sabe que en los riscos más levantados anidan las garzas de subido vuelo.

## VI

¿Dónde está la reputación de gran criterio de que blasona el señor Asensio?

Un día le tentó el diablo, y anunció que la figura grosera de un barquero que se halla en un cuadro de la vida de San Pedro Nolasco, en el Museo de Sevilla, por ser rubio y barbudo, era el retrato de Cervantes, pintado por Pacheco. Con esto creyó haber llegado á la cúspide del Parnaso.

Cervantes fué redimido por los Trinitarios, no por los Padres de la Merced. ¿Qué filosofía encerraba poner el retrato del insigne novelista con trazas semejantes? ¿Fué barquero alguna vez; viajó con frailes redentores sirviéndoles de tal? ¿Por qué Pacheco pintó en las manos del soldado en vez de la espada ó el arcabuz el bichero?

Miróse esto al cabo como cosa de burla y entretenimiento á costa de un literato tan irreflexivo.

Siquiera el que inventó el retrato que hoy pasa como de Cervantes desde el último siglo, le dió los lejos del de un grande hombre (el rey Enrique IV de Francia).

Poseedor del libro manuscrito de los retratos de Francisco Pacheco, con biografías, se apresuró á darlo á luz hará pocos años, creyendo prestar un servicio á las letras y á las artes.

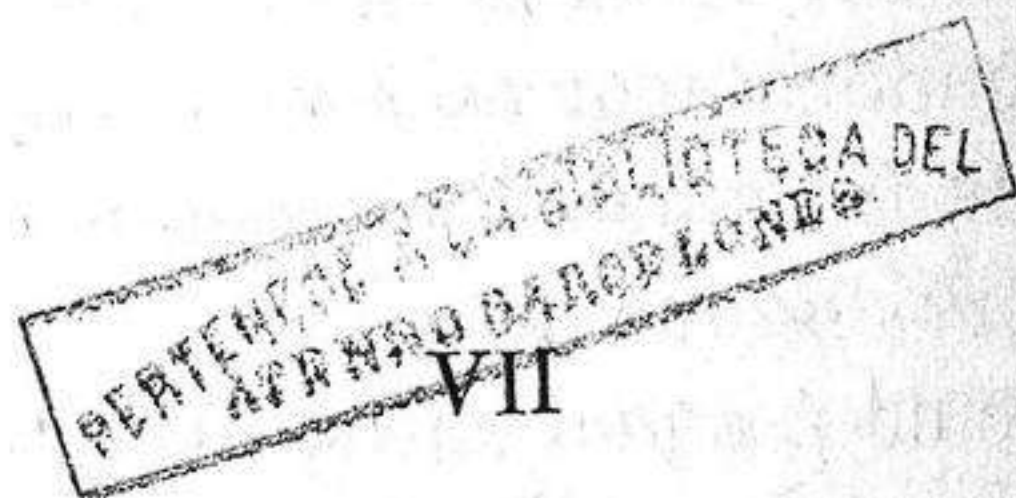
Los dibujos están faltos de la gracia y del encanto de la buena escuela sevillana, y trazados con la sequedad distintiva de Pacheco, y por la cual sus obras jamás han conseguido ser populares.

¿Qué se podía esperar de esa publicación tan ponderada? Los más de los retratos, según el mismo Pacheco confiesa en su *Arte de la Pintura*, son ideales.

En lo referente al texto, no hay más que decir sino que apenas pue-

de interesar. Salvo algún que otro retratado, la mayor parte sólo inspira la indiferencia consiguiente. Trátase de personajes, no adocenados, sino acentenadísimos; personajes de apelmazada ciencia, de obras de fatigosa lectura y de ninguna valía para la posteridad, por más que le diesen aquélla en su siglo el capricho de los amigos.

En un monte nevado, todo aparece igual, todo blancura. Pero cuando el sol deshace la nevada, todo se ve tal cual es: lo que torre, torre; lo que choza, choza; lo que cuesta, cuesta; lo que camino de despeñadero, camino de despeñadero, de que Dios libre á críticos como el señor Asensio.



El Sr. Asensio se disculpa al ver que notamos su falta de riqueza en giros, su estilo desmayado, su ninguna gravedad de sentencias, sin penetrante fuego en sus frases, y que la que debiera ser florida retórica en su pluma, no pasa en realmente de un erial agostado.

Dice que su propósito es hablar de un modo sencillo, para que así mejor lo comprendan.

En verdad, con sencillez puede



expresarse un escritor y aparecer elegante y aun grandioso en su sencillez, y hasta modelo retórico.

Pero, ¿qué muestras nos da de su conocimiento en el habla castellana el que aspira en Sevilla á que lo tengan por heredero de los Arjonas, Listas, Castros, etc., etc.?

En su libro sobre Colón, violando los preceptos gramaticales, dice *virreinato* con dos *rr*, en vez de *vi-reynato*, y *virreina* en lugar de *vi-reina*, y esto varias veces.

En otro pasaje de la referida obra cuenta de un marinero que «se escondió en *oculto sitio*». Si se escondió, claro es que el sitio tenía que hallarse alejado de la vista, por lo que sobra el calificativo de *oculto*.

En otro lugar escribe:

«Entre estas *reminiscencias de pasados sucesos*.»

Lo de *pasados sucesos* sobra. No hay reminiscencias de hechos futuros.

Vaya otro regalo para divertimento público:

«En una extensión de mar que *no tenía fin* y en la que *no descubriría tierra alguna*.»

Si *no tenía fin el mar*, ¿cómo en él se había de *descubrir tierra*?

Siguiendo por este camino, puede obtener una dicha que, mediante escritos con estas galas inocentes, el clero que vaya á darle cristiana sepultura, use rito blanco y le ento-

ne el gloria; á que deben agregarse algunos otros merecimientos, entre ellos la narración de la entrada del Almirante en Barcelona escrita con las luces mustias de un aparente juego retórico. «Por verle salió toda la gente (dice) y toda la ciudad. No cabían por las calles, *oprimiéndose y estrujándose* por acercarse.»

*Oprimirse y estrujarse* viene á ser lo mismo, pero, en fin, se halla más elegancia, más nobleza en la palabrilla *estrujándose*, porque jún-tase en ella á ambas la circunstancia de haberse usado por primera vez en una historia española, lo que viene á ser un adelanto.

Pero el Sr. Asensio no tiene conciencia de estas cosas. Su viña no está bien labrada. Alternan en ella, aquí las cepas, y allá los espontáneos y fecundos matorrales.

En el artículo á que respondo, dicho señor, llevando las cosas por el desatentado camino del despecho, pierde pie de la manera más absurda, lo que sinceramente deploro, porque me apena ver adónde sus malas andanzas lo precipitan.

Véase este parrafito, ejemplo de un desconcierto sin igual.

«Como medio el más directo y eficaz para que *fuera* patente el *error*, y ningún *lector*, por confiado, por ligero *que fuera*, *podiera* dejarse arrastrar por él, etc...»

Aquí, por compasión hacia el se-

ñor Asensio, pido al lector que no censure esas frases. Estamos en tiempo cuaresmal, y debemos no abusar de los errores de un adversario. Por eso nos circunscribimos á lo más estrictamente imprescindible para nuestra defensa, sintiendo tener que decir algo de su *Historia de Colón*, que no vamos á analizar á fin de no meternos en tan formidable montería.

### XIII

Con aparente deseo é ineficaz propósito, y cual pájaro deslumbrado que se arroja por esta ó esotra parte, y sin saber con certidumbre á dónde, nos refiere cuáles han sido, en su sentir, los memorables escritores que le han precedido en investigar la vida de Colón.

Los que algo de ella saben, jamás omiten hablar de William Robertson, el ilustre autor de la *Historia de América*, porque, después de cerca de dos siglos, es el que ha despertado el estudio hacia las vidas del Almirante y otros héroes del Nuevo Mundo, con un criterio filosófico que hubiera sido aún más notable de lo que fué, á no tener herméticamente cerrados sus archivos á mediados del siglo último para los extranjeros el Gobierno español.

Pero así y todo, su obra es un modelo de ingenio, elocuencia y buen sentido.

La Real Academia de la Historia, en público reconocimiento de su mérito, admitió á Robertson en el catálogo de sus individuos por unánime acuerdo, y uno de ellos comenzó á traducir la obra, secundando los deseos de todos. El ministerio español, al que desagradaron algunos juicios de este sabio, impidió que la versión saliese á luz, á fin de que no se popularizasen. En cambio, comisionó á Don Juan Bautista Muñoz para escribir una historia del Nuevo Mundo, por expresa voluntad de Carlos III, disponiendo que «se le franqueasen sus archivos y bibliotecas sin reserva alguna, y que todos los cuerpos y particulares hiciesen lo mismo».

Muñoz, que escribió esto, dijo más: que esa historia era importantísima para el Gobierno, para la instrucción común, *para luz y desengaño general de la república literaria*, palabras en que se transparenta el pensamiento.

De este libro sólo tiene noticia la generalidad por el tomo I, dado á la imprenta en 1793.

Como no conocía el Sr. Asensio la causa de este encargo, de aquí que ni una palabra en este punto nos hable de la historia de Robertson, cual si fuera un autorzue-

lo merecedor de desdén y hasta olvido, y el mismo público no digno de saber esa parte importantísima de la bibliografía que ilustra la vida del Almirante. El Sr. Asensio, cuando en su fantasía al escribir aquélla cree tener los ojos de Argos, se encuentra más y más en tinieblas.

## IX

Allá nos copia, en su libro de Colón, el parecer de éste cuando se aplicó denodadamente la que creyó profecía del descubrimiento del Nuevo Mundo, opinión que siguió su hijo D. Fernando, y que han repetido muchos y muchos, y entre ellos yo en mi juventud.

El Sr. Asensio, á quien no se alcanza mucho en erudición poco conocida, por más que en todo lo corriente, y hasta vulgar, se lozanea á más y mejor, nada dice de la historia de este pensamiento.

Y en una obra de las sublimes pretensiones de la del Sr. Asensio, y en los momentos solemnes del centenario, no sabe bien eso de dejar sueltos puntos tan importantes. Tiene derecho la humanidad á que se le ilustre.

Todos no están concordados en lo de la profecía. D. Juan Solórzano, en

su *Política Indiana*, uno de los más sabios en lo tocante á América, declara que el pronóstico de Séneca no puede referirse al Nuevo Orbe, que, como se ha dicho, «se descubrió pasado Cádiz, y al Occidente, y no al Septentrión, de que Séneca habla, pues hace mención de la Isla de Tule, que era entonces tenida por la última de aquel clima».

Fray Antonio de San Román, en su *Historia de la India Oriental*, cree que la profecía de Séneca debió haber expresado *nec sit terris ultima Gades*, no al Septentrión, donde se halla Tule, sino al Occidente, donde se encuentra mi patria.

Por último:

El sabio y eminente filósofo, autor del libro *El Mundo, su origen y su antigüedad*, escrito en lengua francesa, y publicado como impreso en Londres el año de 1751, escribe:

«Hay unos pensamientos de Séneca que un autor moderno no ha entendido, pues ha hecho decir á ese poeta, en profético tono, que un día se descubrirá el Nuevo Mundo. Séneca, lo que ha querido expresar en ese pasaje, es que algún día la mar, retirándose de los lugares que entonces estaba cubriendo, patentizaría nuevas tierras, de suerte, que la isla de Tule no sería considerada como la extremidad del mundo. Plinio hace una larga y exacta enumeración de tierras que el mar ha

abandonado, de las que ha cubierto, de las islas que de nuevo han parecido, y de las que se han juntado al continente.»

Hay que lamentar que el señor Asensio, ya que estas cosas no ignore, lo que en amable cortesía le concedo, las entregue por insignificantes á un sospechoso silencio, negando á la posteridad un gran juicio sobre esas opiniones. No basta á la ciencia histórica que todo dé por hecho, pues Colón habló en su día, y hay que atenerse á Colón so pena la merced del Sr. Asensio, á quien no debemos desacatar por ciertos respetos, si bien hay ocasiones tan pesadas y violentas, que la indignación pudiera parecer disculpable y hasta precisa.

## X

El Sr. Asensio es tan adicto al error, que ahora va á ser mártir de errores ajenos. Ciertamente, cuando ve uno y grande, allá corre desalado por hacerlo suyo. ¡Qué abnegación ó inocencia!

«Dicho sea en honra de nuestra nación—exclama—España no aceptó aquel nombre (el de América)... Esta es una verdad que no necesita confirmación. Siempre se ha con-

servado *ese término oficial* (el de Indias) para designar el mundo descubierta por Cristóbal Colón.»

No hay duda: anda enteradillo el Sr. Asensio. Leyó en Fernández Navarrete una opinión semejante. ¿Cómo ha de ser? Los grandes maestros á veces se equivocan. Pero, al fin, más fácil es seguir á ciegas algunos pareceres, que estudiarlos y satisfacerse de su verdad ó incertidumbre.

Se ha seguido llamando *Archivo de Indias*, y *Patriarca de Indias*, y otras cosas así, por tradición oficial. Pero *oficialmente* el nombre de *América* se ha generalizado desde los fines del siglo xvii.

Del tiempo de Carlos II hay una cédula de 18 de Agosto de 1693, en que se dice que «se ejecute el arqueo de los navíos de registro que salieren de dichas islas para los puertos de la *América*».

Véanse los papeles referentes al colegio de San Telmo, donde estaba el gremio de *mareantes de Sevilla*, papeles que debe conocer el señor Asensio, y en que tantas veces se nombra á las Indias oficialmente, no Indias, sino *América*.

Ustáriz, en su *Teórica y práctica de comercio y marina*, nos cita Reales órdenes de Felipe V en 1718, 1719, 1720 y 1726, en que repetidamente se da el nombre de *América* al Nuevo Mundo.

Por Real orden se nombró *Navío-América*, de 68 cañones, al construido en el Astillero de la Habana el año de 1775.

Los marinos que firmaron varias cartas para que se publicasen por el Depósito Hidrográfico, pusieron en ellas el nombre de *América Meridional*, costa occidental de *América*, costa N. O. de *América*, etc. Todas ellas fueron presentadas al rey Carlos III y Carlos IV respectivamente, y así aprobadas.

En la isla de Cuba existía de Real orden el regimiento de Dragones de *América*; en las *Guías de forasteros de Madrid de 1808*, pág. 135, consta el *Estado Militar de América*.

En las Ordenanzas de la Armada, publicadas oficialmente en tiempo de Carlos IV, se llama multitud de veces América á las Indias. En las Cortes de Cádiz, *Américas* se nombraban, y en la Constitución de 1812, el nombre de Indias desapareció completamente.

La prueba no puede ser más terminante. El Sr. Asensio, si sabe esto, escribe contra lo que conoce, y si no lo alcanza, afirma lo que no sabe.

Por lo pronto, acusa de que deshonra á España el que oficialmente ha usado el nombre de América. Aquí que no peço.

## XI

¿A qué seguir? Sobra lo escrito para mi propósito. Mas no he de terminar sin que conste un testimonio más de que el Sr. Asensio carece de toda autoridad para discutir en asuntos de América. Excusado es acumular razones y probabilidades. El estima únicamente los supuestos falibles. Con piedras en pared se dan por hechos los edificios, con piedras en montón... moralmente edificios como su historia.

Para que este artículo acabe en algo ameno, que al propio tiempo quede por lo peregrino como festiva memoria, recordaremos que en la historia nos cuenta un suceso que los más sesudos escritores han evitado narrar, ó que, si lo han narrado, esquivaron prudentemente todo exámen ó lificacación.

El Sr. Asensio ha preferido lo contrario. Dice (hablando del segundo viaje de Colón) que un ballestero bajó en Cuba á explorar la tierra, cuando se le apareció un hombre vestido todo de blanco, por lo cual al pronto creyó que era el confesor del almirante, un religioso de la Orden de la Merced, y que seguidamente se fueron presentando

otros, hasta el número de treinta, á lo lejos y con iguales túnicas blancas. Luego que se retiraron, huyó hacia las naves, dando cuenta del hecho. Formáronse dos cuadrillas para explorar la tierra, y semejantes hombres no se hallaron. Esto puso muy en cuidado al Sr. Asensio, y á fuerza de meditaciones, y dando por asentada la veracidad del ballestero ó soldado que salió á caza, y no de gangas, no quiso dejar á la posteridad más remota la averiguación del caso, prestando así un servicio á la historia desde luego.

Entre lo que recopiló, parecióle harto bien decirnos que debieron ser aves. Pero como los historiadores narran que fué un hombre el que de improviso salió al paso al ballestero, no parece fácil que se equivocase con un ave. El flamenco

tiene, por ejemplo, el doble alto que la cigüeña, pero su pico es rojo y de cinco pulgadas de longitud, con dorso y cubierta de las alas de color de fuego, señas todas para confundirlo con un fraile de la Merced ó un hombre con manto blanco. Lo mismo se nos ocurre de otras aves.

Dejemos, pues, al Sr. Asensio con su criterio dado á pájaros ó pajaracos, y Dios le perdone el meterse escribir de estas cosas, y no busque, pesquise, vuelva y revuelva más sobre haber tomado Colón el rumbo desde Cádiz para el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Si ahora, por ende, le arde algún tanto el pelo, no me culpe, que yo no he buscado esta polémica ni la he puesto en el punto á que sus provocaciones la han traído.

ADOLFO DE CASTRO.

## LA ARQUEOLOGÍA Y LAS ARTES PLÁSTICAS

### EN EL TEATRO

**E**l teatro es una de las manifestaciones más complejas del arte. Teniendo por fundamento la literatura y á veces también la música, por medio la declamación, por complemento las artes del dibujo, combina varios y distintos elementos para ofrecer al espectador un trasunto de la vida lo más ajustado posible á la verdad, dentro de la esfera y de las exigencias escénicas. Puede considerarse al teatro como una de las artes decorativas, puesto que participa de éstas, en cuanto hay en él de plástico y santuario, y ofrece conjuntos que, aun dentro de la misma acción y de la expresión literaria ó musical, guardan analogía con los conjuntos decorativos de las artes del Dibujo. En general, los autores dramáticos suelen pensar que en el teatro no hay más arte que la literatura; los actores, más extra-

viados aún, suelen pensar que la declamación es el arte supremo de la escena. De aquí nace, sin duda, la afición que algunos actores demuestran por obras de escaso valor literario, que les dan ocasión de lucir sus facultades, á veces en un terreno ajeno al del arte escénico, y que frecuentemente se desatienda la propiedad, el decoro y hasta la propiedad escenográficas, presentando las obras con decorado, trajes y accesorios, no sólo mal ajustados á la verdad, sino tan falsos é impropios, que toda ilusión huye luego de la imaginación del espectador. A nuestro modo de ver, ni los autores ni los actores tienen razón cuando juzgan y proceden de esa suerte. La literatura dramática, al contrario de la lírica y de la novela, que sólo han menester el oído para la percepción intelectual, pide una manifestación á lo vivo,

de la cual no puede participar el oído sin la vista, ni la vista sin el oído. Al ciego no le llevéis al teatro más que para oír música; al sordo no le llevéis más que á presenciar representaciones mímicas. Cada uno de ellos está privado por la Naturaleza de un órgano que le impide recibir íntegra la sensación que produce en las demás personas la representación dramática.

Esta circunstancia, este dualismo ó participación común de los dos sentidos, que con razón se llaman intelectuales, porque son los que transmiten al cerebro las imágenes y los sonidos, no concurre más que en el teatro, y por eso creemos que al teatro debe considerársele, dentro de la esfera del arte, como una manifestación especial, que hoy día alcanza tal vez su más completo desarrollo. La arquitectura, la escultura, la pintura, son artes oculares; la música auditiva, y auditiva en general es la literatura, siquiera exija fuera del teatro el recuerdo de la inspección ocular del mundo real para ser debidamente comprendida. Ya la oratoria, que participa de la literatura y de la declamación, produce un efecto estético más completo cuando vemos al orador al propio tiempo que le escuchamos, y por lo mismo puede considerársela, dentro de la escala de las ar-

tes, como el paso de la literatura, propiamente, dicha á la declamación. ¿Qué es el orador sino autor de su propio discurso en un momento dado, y en una ocasión solemne, y á veces transcendental?

Es verdad que la obra dramática, como el discurso, subsisten sin el actor y sin el orador; pero subsisten, como un traje primoroso puesto en un maniquí, sin la vida, que sólo puede prestarle á la primera la escena y al segundo el momento de su origen. Por el contrario, la declamación es un arte cuyos fugaces y sucesivos efectos no tienen estabilidad, si bien ganan en intensidad de expresión, por cuya virtud es como hieren á la imaginación y se graban en la memoria del espectador. No puede existir sin la dramática, como el ornato no puede existir en la plástica sin la obra que deba ser decorada.

Pero la representación de la obra literaria sería incompleta si se nos ofreciese sin fondo apropiado. Una estatua, en rigor no necesita fondo, y, sin embargo, se procura que destaque sobre el tono de una pared ó sobre la masa oscura de una arboleda, ó sobre la diáfana claridad del cielo, cuando se trata de un monumento público.

En un cuadro, el fondo es elemento esencial de las composiciones, pues sirve para determinar las



circunstancias locales del asunto. En la escena, por lo mismo que se representa la vida con todos sus accidentes, el fondo tiene más importancia, si cabe, que en los cuadros, pues el efecto que la representación produce en el ánimo del espectador, es tanto más vivo y la ilusión más fuerte y poderosa, cuanto la escenografía presta realce más apropiado á las circunstancias locales y á los sucesivos momentos de la acción.

Hay otro elemento de las artes plásticas que también influye poderosamente en el efecto estético de la representación dramática, elemento esencialmente plástico, que se enlaza por igual con la declamación y con la indumentaria. El gesto, la expresión, el ademán, sin los cuales no puede tener efecto frase alguna en el teatro, determinan en los sucesivos movimientos del actor una serie gradual de efectos estéticos. Estos efectos no sólo se producen de un modo individual y aislado en el actor que recita un monólogo ó que habla en un momento dado, sino con más relieve é importancia á veces en las agrupaciones ó conjuntos que en determinados momentos forman lo que se llama un *cuadro*.

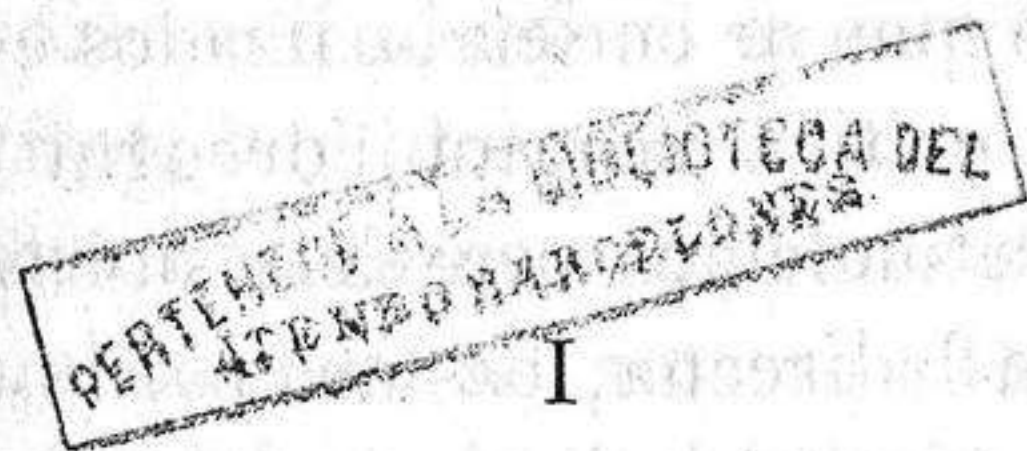
De todo lo expuesto se desprende que el teatro reúne y combina elementos de todas las artes para pro-

ducir la emoción estética. Há menester de la arquitectura, de la escultura y de la pintura, para ofrecer un fondo apropiado á la acción de la obra dramática; há menester de la plástica para inspirar á los actores la expresión real y el carácter local que deben dar á los personajes de la obra que representan; há menester, en fin, de la música, de la mímica, del baile, etc., etcétera.

Ahora bien: hoy que se dispone de tantos elementos científicos y mecánicos, y que se han encontrado medios de aplicarlos á las necesidades del teatro; hoy que alcanzamos una cultura artística sólida y provechosa, ¿ofrecen efectivamente los espectáculos teatrales la ilusión de la realidad y satisfacen las exigencias de las personas conocedoras del arte?

No nos proponemos hacer crítica en el sentido que el uso ó el *abuso* quiere que se entienda hoy esto de hacer crítica respecto del teatro. No pretendemos censurar á éste ó á aquél director de compañía, á éste ó á aquel artista, declamador ó escenográfico. Tampoco nos proponemos enaltecer lo extranjero para deprimir lo nacional, como por sistema hacen no pocas veces muchos españoles, que poseídos de un falso entusiasmo, hijo de la vanidad, acuden á aplaudir á las compañías ex-

tranjeras que cantan ó declaman en nuestros teatros, y en cambio desacreditan á nuestros autores y á nuestros actores, sin haberse dado la molestia de comprender á los primeros ni de apreciar el mérito de los segundos. Si en España no se ha hecho más en pro de la verdad escénica de lo que hasta ahora se ha hecho, mucha parte de culpa la tiene el vulgo, que ora con sus alabanzas inmerecidas, ora con su desdén infundado, suele aplaudir lo censurable y deprimir lo que merecería aplausos. Por consiguiente, si en el fondo de nuestro discurso halla el lector algún espíritu de crítica, y si en nuestras palabras advierte alguna censura, sepa de antemano que una y otra se dirigen al vulgo, se dirigen al mal gusto y á la ignorancia, cómplices, en muchos casos, de las rutinas y falsedades con que se ofende en la escena á la cultura del público.



La propiedad en las decoraciones, no siempre bien observada, debe sujetarse á varias circunstancias. Si se trata de una obra histórica, las decoraciones deben ajustarse, no sólo al arte imperante en la época

de la acción, sino al estilo ó estilos de la localidad ó localidades en que la misma se desarrolle. No es lícito, por consiguiente, presentar la corte de los Reyes Católicos, por ejemplo, en salones de moda Luis XV, ni la de D. Alonso el Sabio en aposentos de los palacios de Bizancio. Un salón árabe granadino no puede admitir en modo alguno personajes de la corte de Alfonso VIII, ni los Comuneros de Castilla pueden aparecer en una sala empapelada que luego sirve, y es natural que sirva, para representar una piececita de personajes del día. Estos errores, sin embargo, se cometen algunas veces en obras de repertorio, para las cuales se aprovecha el decorado disponible en los teatros. En las obras nuevas, los pintores escenógrafos suelen sacar partido de los elementos que les ofrece la historia del arte monumental para ajustarse á la verdad histórica. La arqueología, por lo mismo que ha adelantado mucho, hace imperdonables los errores, en otro tiempo frecuentes. Las personas inteligentes en esta materia, encuentran, sin embargo, un defecto capital en no pocas de las resurrecciones que de lo pasado se presentan en el teatro. Suelen encontrar falta de carácter. No basta cubrir con tapices flamencos un escenario, poner sitaliales de gusto

ojival y sacar personajes vestidos con ropones y calzas para caracterizar el siglo xv; es menester que la planta y dimensiones de la estancia, el gusto decorativo de los tapices, la forma de los sitials y la hechura de los trajes, contribuyan á dar la fisonomía especial de aquella época; es menester que en la escena haya algo del *medio-ambiente* (permítasenos la palabra), del momento histórico que se reproduce, para que el público respire ese ambiente y se identifique, sin darse de ello cuenta, con los personajes y con la acción. Ese algo, al parecer impalpable, y que sin embargo es un efecto de los medios tangibles de que la escenografía dispone para producir la ilusión en el ánimo del espectador, es el *carácter*, esencia y espíritu, por decirlo así, de toda obra artística. En vano se representará una de aquellas clásicas comedias en que palpita con tanta verdad la España de Felipe IV, si á tan viva expresión de aquella sociedad no responden la decoración, los trajes y el mobiliario.

Este ejemplo nos trae por la mano á un punto de vista importantísimo de esta cuestión. Las comedias de costumbres, debidas á los autores de tiempos pasados, exigen un cuidado especial para ponerlas hoy en escena, pues estas representaciones tienen algo de resurrección arqueo-

lógica. Como están escritas en unos tiempos en que el teatro disponía de medios sumamente imperfectos para producir la ilusión escénica, hay en ellas convencionalismos que hoy resultan inocentes, pero que sin embargo son susceptibles de enmienda con los recursos modernos. No hemos de tratar aquí de las representaciones de obras del teatro griego ó romano, pues en este caso, que sólo por excepción se ofrece, hay que prescindir en absoluto del sistema que en la antigüedad se empleaba para presentarlas. Con recordar á los ilustrados lectores que ante un público que estaba al aire libre en una gradería dispuesta en hemiciclo, y un escenario consistente en un pórtico de fábrica medio cubierto por una decoración compuesta de una caprichosa construcción de madera, se presentaban los actores con el rostro cubierto por una careta, cuya boca tenía forma de bocina, calzados con el *coturno*, ó sea un borceguí de elevada suela, para realzar su estatura en la escena, bastará para que se comprenda la distancia que separa á aquellos tiempos en que las obras dramáticas se cantaban al aire libre y los tiempos presentes en que se declaman, prestándoles toda la expresión de la realidad. Hoy es menester presentar en la escena los héroes de las tragedias

griegas, no como se presentaban en aquellos teatros, sino tal como pudieron presentarse ellos ante sus contemporáneos, con su faz augusta, sus túnicas y sus sandalias, sus mantos de severos pliegues y sus actitudes estatuarias (1). Hay que presentarlos en una decoración, no caprichosa, sino real: alguna de aquellas famosas *ágoras*, de pórticos monumentales, donde los antiguos acostumbraban á ventilar los negocios de transcendencia para la vida pública ó la privada. Y esta adaptación del teatro antiguo á la escenografía moderna, se hace menester también, aunque en menor escala, en las obras escritas desde que la escena tomó el carácter que conserva. En las obras del siglo de oro de nuestra literatura, si por parte de sus autores se hace poco aprecio del decorado, si al comienzo de sus actos ó en las acotaciones de cualquiera mutación no se lee más indicación que *palacio, bosque, calle*, y por excepción algo más preciso, á causa de lo deficiente y pobre que entonces debía ser el decorado en los teatros, no por eso debe seguirse la rutina y el convencionalismo que esas indicaciones dejan traslucir, y

que sin embargo suele seguirse. Así como se procura arreglar dichas obras á las modas ó conveniencias de hoy, en su parte literaria, entendemos que con mayor razón deben adaptarse á los adelantos escenográficos. ¡Cuánto realce, qué verdad no tendrían muchas de aquellas obras si se presentaran con verdadero carácter de época y de realidad! ¿Qué atractivo no se les prestaría, si en vez de presentarlas con telones de desecho se presentaran con el lujo que merecen y la propiedad que reclaman?

En general, tanto en las obras antiguas como en las modernas, es necesario que las decoraciones produzcan la ilusión de la realidad, de tal suerte, que huya por entero la idea de los lienzos pintados. Este es el *naturalismo* que queremos en el teatro. Pondremos un ejemplo para mejor hacer comprender nuestro pensamiento. El eminente cuanto malogrado actor don Rafael Calvo, de vuelta de un viaje que hizo á Alemania, contaba, y nosotros tuvimos la suerte de oírsele, que en cierta obra que vió representar en Berlín, se presentaba una habitación de un palacio, en la cual las hojas de las puertas, que simulaban de pesado roble, estaban como embutidas en el grueso de los recios muros, y todo su herraje, tiradores, picaportes, etc., era real

(1) De este punto hemos tratado por extenso en un artículo titulado *El Edipo de Sófocles*, que vió la luz pública en *La Ilustración Española y Americana*, número correspondiente al 22 de Marzo de 1884.

y en extremo lujoso; aquellas puertas, al abrirlas ó cerrarlas los personajes, hacían el efecto de puertas pesadas; la decoración, en una palabra, se confundía con la realidad. Parecerá un detalle esto que decimos; pero á nuestro modo de ver, esas puertas que vemos por lo general en nuestros teatros, que no suenan al abrirse ó cerrarse, que á cada movimiento retiemblan acusando su falsedad, mal pueden contribuir al efecto dramático. Mal pueden pasar por de fábrica esas construcciones en que ni la pintura, ni á veces la disposición de los *trastos*, son bastantes á disimular la endeblez y falta de estabilidad arquitectónica.

No queremos nosotros que el *naturalismo* escenográfico se lleve al punto de sustituir la ficción con la verdad. Preferimos el oleaje y la cascada simulados al estanque y al salto de agua natural, que por fuerza tiene que hacer resaltar lo ficticio del paisaje. La Naturaleza no es el arte, y no hay que olvidar que abogamos aquí por el arte escenográfico. Queremos exactitud, realidad, efecto, dentro de las condiciones y de las conveniencias del teatro.

Justo es decir que en no pocas ocasiones se ofrecen decorados que satisfacen, sin duda, á las personas más exigentes; pero esto no es tan

constante como fuera de desear. Por otra parte, los escenógrafos y los directores de escena suelen pecar por *carta de más*, como vulgarmente se dice, presentando la escena con un lujo impropio de la acción que se representa. Este exceso de lujo nos hace el mismo efecto que la abundancia de metáforas y de frases ampulosas é inútiles en lábios de personajes dramáticos, que por salir á las tablas de levita, y desarrollar una acción sencilla de la vida, resultan hablando de un modo impropio.

Hay otro elemento en el teatro que tiene capital importancia para el efecto escénico: la luz. El citado D. Rafael Calvo nos contaba, describiéndonos la primera representación de aquella obra en que tanto sobresalía su genialidad, del *Gran Galeoto*, de que él fué espectador en Berlín, que en el teatro en que allí se efectuó, las obras se representan estando la sala de espectadores á oscuras. En el momento de levantarse el telón la sala queda completamente sin luz; sólo en el fondo lucen seis bujías encerradas en linternas, para caso de incendio. De este modo los espectadores tienen por fuerza que concentrar su atención en la escena, y así, el realce de lo que en ésta se ofrece es extraordinario. Hay más. Decía el Sr. Calvo, ponderando el efecto

de aquella escena del primer acto de dicho drama, en que Ernesto y Teodora hablan junto al balcón, que la escena no recibía más luz que por dicho balcón, cual hubiera sucedido en la realidad; y siguiendo este sistema, la escena se alumbraba allí por el lado de que se supone viene la luz; no por todas partes y por igual, como aquí suele hacerse, para no conseguir otro efecto que el de la luz artificial.

Ya comprendemos que hablar de quitar la luz de la sala á un público como el nuestro, acostumbrado á las luminarias de nuestro Teatro Real, á un público para el cual se hacen las nuevas instalaciones de luz en los teatros, prescindiendo de lo que allí importa, que es la escena, y poniendo cuidado en que lo que luzca sean los trajes de las señoras que ocupan la platea, á un público que encuentra oscuros los teatros de París, donde sin dejar en tinieblas la sala se procura algo del efecto indicado, ya comprendemos que nuestras palabras le parecerán ó heréticas ó risibles. Pero tenemos la convicción de que mientras no se llegue á ese grado de adelanto de que en Alemania se goza, no hay que pensar en que las representaciones dramáticas produzcan la impresión vivísima que allí deben producir. Prescindiendo de la cuestión de quitar luz á la

sala, que á nuestro juicio es de más importancia que la cuestión de la luz en el escenario, y refiriéndonos solamente á ésta, juzgue seriamente el lector si nuestros escenarios se alumbran como debieran. Aquí se pone á toda luz la batería del proscenio, se ponen hileras de profusas luces tras de las bambalinas y hasta tras de los bastidores cuando la decoración no es cerrada, y así sucede que, aunque la escena se suponga á las doce del día, al espectador no puede hacerle otro efecto sino que aquello sucede en el *teatro* y por la noche. No es esto lo que debe ser el Teatro.

Se nos dirá que la imaginación de los espectadores tiene siempre que poner mucho de su parte. Pero á esta observación contestaremos diciendo que si el efecto dramático ha de ser completo en las tablas, el espectador no debe poner otra cosa que su atención. En el teatro nada es verdadero; pero todo debe parecerlo. Pónganse luces en el proscenio, en las bambalinas, en los bastidores; pero sin perjuicio de ello alúmbrese la escena desde el punto y del modo más propio de la circunstancia en que se desarrolla la acción, que artificios sobrados hay para ello, y el efecto será completo. ¿Qué efecto no tiene aquel final de *La Africana*, en que Selika y su amante aparecen

cobijados por la mortífera sombra del manzanillo? El artificio escénico entra allí por mucho para que el espectador se apiade y se interese ante el sublime suicidio de aquellos dos mártires del amor. En el final del drama *La muerte en los labios*, los lívidos reflejos de la hoguera en que queman á Miguel Servet al entrar por la ventana de la estancia y alumbrar la triste agonía de Conrado y la desesperación de su padre, contribuyen poderosamente á llevar el horror y el espanto al ánimo de los espectadores, cual conviene. Y todavía estas impresiones serían más vivas si en uno y otro caso no hubiera luz en la sala; pero quítense ambos efectos de luz, y el público no haría más que escuchar sentidas notas de Meyerbeer ó la robusta prosa de Echeagaray, y para eso sólo suprimase el escenario y cántense las óperas y declámense las obras en un salón de conciertos y de recitaciones. Si al teatro se va á sentir oyendo y viendo, ya que se dé á los oídos lo suyo, dése á los ojos lo que les corresponde.

## II

Cuanto hemos dicho de las decoraciones es aplicable á los trajes,

pues en la hechura y en la elección y combinación de colores consiste el que tengan el *carácter* propio de la época y de la circunstancia. No queremos repetir ideas que el lector puede fácilmente aplicar aquí. Pero sí queremos indicar algunos defectos indumentarios, harto repetidos en nuestra escena, sin duda por lo mismo que esto de los trajes está muchas veces á merced del gusto y aun del capricho de los sastres y de los actores, que no siempre poseen la erudición arqueológica y el esmero suficientes. Hace algún tiempo escribimos y publicamos un artículo titulado *La Arqueología en el Teatro* (1), en el cual indicamos las rutinas por que se guían generalmente los sastres de teatro, y los errores y absurdos anacronismos frequentísimos en el teatro Real y no escasos en los demás. Dijimos allí cómo se presentan á un tiempo en la escena personajes vestidos con modas de distintos tiempos, á veces apartados unos de otros, que suele no ser ninguno de ellos el de la obra, y cómo dichos trajes suelen no ajustarse á la época que representa la decoración. Justo es repetir aquí, sin embargo, algo que dijimos entonces, á saber: que fuera de alguna que otra obra, sólo los

(1) Vió la luz pública en «Los Lunes de *El Imparcial*» el 2 de Abril de 1883.

actores de buen criterio é ilustración notorios, que han sabido no dejarse *clasificar* por el sastre, se han presentado en la escena con verdadera propiedad. Ya se comprende que la propiedad indumentaria de uno, de dos, de tres actores, no constituye la propiedad de una obra. Esa propiedad, en muchos casos, resulta, por desgracia, contraproducente, pues hace resaltar lo impropio de los demás trajes. Presenciar un diálogo en que un personaje viste á lo Fernando el Católico y otro á lo Felipe II, ó uno á lo Felipe V y otro á lo Carlos IV, como acontece repetidamente, es cosa que causa duelo y que roba toda ilusión teatral. Donde los errores son naturalmente de más bulto es en esas grandes masas de personal escénico que se denominan cuerpo de coros y cuerpo de baile, que están, en lo que atañe á los trajes, bajo la inmediata jurisdicción de los sastres. No comprendemos por qué se siguen ciertas rutinas. Por qué, tratése de la época de que se trate, han de salir á escena las bailarinas con su falda hueca y con las piernas vestidas de malla. ¿No sería mucho más racional que en vez de salir de esa suerte aquellas bailarinas del segundo acto de *Fausto*, salieran verdaderamente de aldeanas, con trajes cortos, aunque al bailar descubriesen cuanto el pudor escénico

permite? Tampoco comprendemos por qué cuando sale algún coro ó acompañamiento, por ejemplo, de aldeanos, todos representen la misma edad juvenil y vistan con trajes, no ya de la misma hechura, sino del mismo color, cual si fuesen soldados de un mismo regimiento. Mucho habría que hablar también del modo de colocarse ó de *formarse* esos coros ó acompañamientos en la escena; como de la súbita aparición de todos ellos (cuando no lo pide la acción), en vez del engrosamiento paulatino de varios grupos, que sería lo más ajustado á la verdad.

Igualmente censurables son el manto encarnado con forro de armiño que sirve de invariable insignia á los reyes de la Edad Media; los tacones que llevan algunos actores hasta en las sandalias con que pretenden caracterizar los personajes de la Antigüedad, siendo así que ya no son menester *coturnos*; el peinado moderno, que tanto desdice de los trajes que no lo son, y otros muchos detalles, aunque prolijos de enumerar aquí, no por esto menos impropios y ridículos. En esto de los trajes, permítasenos decirlo francamente, no tienen disculpa los actores, pues ellos no pueden darla diciendo que de indumentaria no entienden. Sin ser eruditos, sin que tengan que matricularse en



una cátedra de Arqueología, pueden y deben tener el suficiente conocimiento de la materia. Hace algunos años, cuando el estudio de la Arqueología era patrimonio de pocos y no estaba divulgado como hoy por medio de obras ilustradas, debía ser un problema harto difícil para un actor el de encontrar figurín apropiado á cualquiera obra de época, y por esto mismo son disculpables los errores y las rutinas de ayer. El Sr. D. Diego Luque, persona bastante competente en estas cosas y que ha sabido presentar algunas obras con satisfactoria propiedad, cuenta cómo le costó una polémica, cuando se estrenó el drama titulado *Las Querellas del Rey Sabio*, el que este saliera sin barbas á la escena, pues hasta entonces barbados, y muy barbados, habían salido todos los reyes; cual si las barbas hubieran sido distintivo real, ni más ni menos que la corona *radiata* y el manto rojo forrado de armiños. Hubo el Sr. Luque de presentar pruebas arqueológicas para que prestaran fe á su aseveración de que D. Alonso *el sabio* iba afeitado, y le hicieran caso. Repetimos que aquellos errores son disculpables; pero en modo alguno pueden serlo las rutinas de hoy cuando existen obras especiales, no de crítica, no de erudición propiamente dicha, sino *enciclopédicas*, de vulgarización,

de conocimientos; obras hechas *ad hoc*, en una palabra, donde abundan, clasificados cronológicamente, los figurines ó documentos indumentarios de los diversos tipos sociales de cada pueblo y las distintas modas seguidas en cada época. *Le Costume Historique*, de M. Racine, la *Historia del Traje*, del alemán Hottenrot, de lo que hay una edición castellana, han puesto al alcance de los vestuarios cuantos elementos y detalles puedan apetecerse. Respecto de España (en cuya parte son deficientes esas obras), algo se ha hecho también; alguna obra del mismo género se ha comenzado á publicar, y mucho pueden hacer las personas encargadas de esta clase de investigaciones en los teatros, sin más que ir á examinar con algo de detención los cuadros de las salas españolas del Museo de Pinturas.

Hay una época que se presenta muy frecuentemente en las tablas, la época que los artistas llaman *de Goya*, que en la literatura dramática está representada, no sólo por obras escritas entonces, como son las del inmortal D. Leandro Fernández de Moratín y las del ingeniosísimo D. Ramón de la Cruz, sino por la serie de obras modernas cuyos asuntos están tomados de esa gran epopeya nacional que se llama la guerra de la Independencia; época que, á pe-

sar de ser la de nuestros abuelos y estar plásticamente representada en los lienzos y aguas-fuertes del incomparable Goya, suele presentarse sin carácter indumentario. Porque, digámoslo de una vez, aunque hoy no sale á las tablas Aristóteles con casaca y peluca, como refiere Moratín haberle visto; aunque hoy, por punto general, los actores y hasta los comparsas se presentan vestidos con las prendas que la época de la obra pide, es muy frecuente, frecuentísimo, que estas prendas reúnan todos los requisitos menos el más esencial: el *carácter*. No se crea que esto del *carácter* indumentario es un algo muy sutil, impalpable, dependiente quizá de la imaginación ó del fino paladar de los espectadores amantes de las artes. En el arte todo es real. La idea no es arte mientras no toma forma. El *carácter* indumentario consiste en dos cosas solamente: en la hechura, y en el género y el color de las telas. Una camisa femenil no puede pasar por túnica, ni una manta jerezana puede pasar por manto de un rey moro; y sin embargo la hechura de la túnica se aproxima á la de la camisa, y los brocados arábigos tienen alguna semejanza ornamental con las citadas mantas. Vestir á Safo con túnica de seda y manto rojo de lo mismo, es un pecado de

lesa Arqueología, puesto que los antiguos no conocieron esas telas ni teñían las que fabricaban de colores tan vivos.

Volviendo á los trajes del tiempo de Goya, obsérvese cómo desdican al lado de las casacas auténticas, que suelen lucir algunos actores, las imitadas que llevan otros; en las que por no haberse molestado el sastre en sacar unos patrones de aquéllas, las mangas resultan anchas, no acusan el codo, no arman; el cuerpo de la casaca entalla mal, los faldones caen sin gracia, y toda la prenda, en fin, acusa á la legua que es una torpe imitación. Lo mismo diremos de las faldas de raso con que se trata de remendar las *basquiñas* de las *majas* de antaño, y de la confusión lamentable que con demasiada frecuencia ocurre en estos trajes con los de las *manolas* de tiempos posteriores y las *boleras* que ya pasaron también. Y si esto acontece con la época de nuestros abuelos, ¿por qué hay que extrañarse de que las modas de nuestros padres, aquellos fraques y levitas de levantado cuello, aquellos corbatines altos, etc., etc., se presenten con tan poco cuidado, que algunos actores despreocupados saquen dichas prendas según la moda reciente, para hacer papeles del teatro de entonces?

Entiéndase bien, sin embargo,

que nuestras censuras no se dirigen á todos los actores ni á todos los teatros; pero sí se refieren á la generalidad, pues que en dos ó tres teatros se rinda culto ferviente á la verdad histórica, no quiere decir que se rinda siempre, ni que se rinda en todos. Por otra parte, la propiedad que debe pedirse no impone ni puede imponer una exactitud arqueológica irreprochable. Esto sería ridículo. Es la propiedad artística la que hay que exigir. Los defectos que hemos señalado, nótese bien que no son perdonables porque contribuyan á embellecer el efecto escénico, pues además

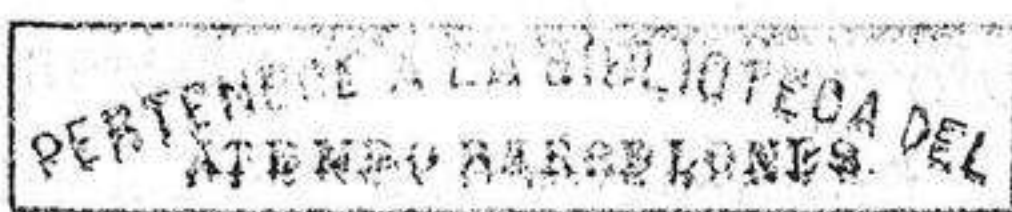
de desfigurar la acción, la afean y la quitan expresión y vida. Lo convencional no puede ser bello nunca.

En resumen: si se quiere que los espectadores reciban en el teatro la impresión de la verdad, tal como el poeta la haya concebido al escribir su poema, procúrese que las decoraciones, los trajes, los accesorios y todos los medios escenográficos que se pongan en juego, presen á la obra el carácter artístico que pida la acción en todos sus momentos, y de este modo se producirá la belleza, que producirla es el fin del arte.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

# NOCHE DE LUNA

## EN EL SEPULCRO DE MI HIJA



**Y**a la luna su disco á la aérea cumbre  
Sobre el silencio universal levanta,  
Y con la voz de su nevada lumbre  
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento  
Quedaba dulcemente adormecido,  
Cesando en tanto el llamear violento  
De este fuego interior, siempre encendido!

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo,  
¡Oh luna!, al contemplar tu faz errante,  
A henchirla toda, con rumor profundo,  
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,  
A ella bajan rompiendo sus neblinas;  
No ya á alumbrar mis encantados sueños,  
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente entonces, desolada y vaga,  
A la mansión de los extintos vuela  
Do el mundanal clamor sordo se apaga,  
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida,  
Junto al sepulcro en que mi hija mora,  
Sin voz, inmensamente dolorida,  
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡Cómo tu luz, oh luna, triste baña  
La blanca tumba en que mi amor se estrella,  
Y la besa, y la halaga, y la acompaña  
Cual si quisieras conversar con ella!

Ya su sepulcro alucinado veo  
Resplandecer con místicos fulgores,  
Y se entreabre radioso á mi deseo,  
Y vuela de él un ángel entre flores...

¡Hija adorada! Ante tu losa fría  
Gime y se encoge el corazón temblando,  
Que ya no hay luz, ni esencias, ni armonía,  
Donde no va tu júbilo sonando.

¡Señor! ¡Señor! Pues tu justicia ordena  
Que caiga en mí tan honda desventura,  
De respeto y de amor el alma llena  
Alzo á ti en holocausto mi amargura.

Mas no, Dios mío, bienhechor consuelo,  
Ni olvido infiel de tu bondad imploro.  
¡Pues es por ella mi profundo duelo,  
Yo adoro mi dolor, mi llanto adoro!

De la hija mía la infantil belleza  
Trocó en ceniza un huracán de fuego...  
En vano el día brillará... ¡Oh tristeza,  
Esencia de la vida, á ti me entrego!

CALIXTO OYUELA.

## CONCEPTO COLOMBINO

---

**E**l eco de las conferencias con que el Ateneo de Madrid, en la proximidad del cuarto aniversario, conmemora el hallazgo de las Indias, va extendiendo la evidencia de existir, por encima de la esfera vulgar, un concepto generalmente admitido del suceso y de las entidades que á él contribuyeron, que puede sintetizarse en esta forma:

«Cristóbal Colón, excelente marinero genovés, dió á España un mundo. La nación pagó el beneficio con el desprecio, la humillación y la miseria».

¿Cómo ha llegado á formarse este criterio? ¿Cuál es su origen? ¿Por qué causas favorables ha germinado y extendídose?

Sabido es que eran los españoles en el siglo xvi «largos en las fañas, cortos en describillas». Hubo

frailes y soldados que robando tiempo al sueño, por natural disposición, sin presupuesto ni estímulo, tomaban la pluma con desembarazo narrando sencillamente los hechos en que por suerte eran actores, porque de aquellos quedarán memoria; pero no hay que buscar en sus escritos encomios personales, repugnantes á los principios de una educación fundada en el deber del sacrificio de hacienda y vida por la religión, la patria y el rey. Las relaciones se ajustaban al molde estrecho de la crónica, condensando lo esencial.

Hecha la exploración primera del Océano; repetidos sucesivamente los viajes á las islas descubiertas, y de ellas al vecino continente en su inmensa extensión, con el conjunto de las primeras noticias, se fueron redactando las historias generales,

no más amplias en lo individual, acaso menos en lo específico, porque la concisión natural de los autores hallaba todavía restricciones en la revisión de los Consejeros de Indias, servidores de una política suspicaz y cuidadosa de no divulgar las sendas que conducían al Nuevo Mundo y menos lo que ese mundo producía.

Sin excepción, las historias encañaban los méritos, las condiciones apreciables y la respetabilidad de Cristóbal Colón, caudillo de los nautas españoles; no se le tenía, sin embargo, por hombre extraordinario, como andando el tiempo había de ser considerado. Cuando sonó en Valladolid su última hora, la muerte no produjo en el público impresión distinta que la de cualquiera de los magnates ó personas significadas en el reino. De los funerales se encargaron, como era razón y costumbre, los deudos; su elogio no ocupó la atención, rompiendo tradiciones por las que no se había dedicado ni se dedicaba manifestación semejante á personajes de la altura y representación de Gonzalo Fernández de Córdoba, de los Cardenales Mendoza y Cisneros, de la reina doña Isabel, universalmente admirada. En la corte andaban el activo noticiero escolar Pedro Martín de Anglería, los Geraldinos, los embajadores de Roma, Génova y

Venecia, que no más que los nacionales, concedieron al compatriota italiano mención especial ó recuerdo encomiástico.

Poco más de un siglo había transcurrido, cuando Alfonso de Ulloa dió á la estampa, en traducción toscana, la *Historia del almirante*, escrita por su hijo D. Fernando, con plan distinto de las anteriores obras. Mejor que historia es panegírico entusiasta que oculta, con lo que no fuera bueno decir, el origen, la patria, la edad, los actos de la juventud, el casamiento, la sucesión, las razones ó motivos de la venida á España de su padre, y las gestiones y vicisitudes hasta el momento de firmar capitulación con los reyes.

Por este libro convencional se tuvo en Europa la primera idea del descubridor de las Indias, y se compusieron los epítomes destinados á satisfacer la curiosidad, sin mucho cuidado de ilustrarla. Italia, donde empezaron á disputar la cuna del navegante los pueblos de Lombardía y el Genovesado, controvertió sus merecimientos, anteponiendo los de Américo Vespucci, una escuela formada en Florencia. Alemania adjudicó á Martín Behaim la primacía del descubrimiento de tierras occidentales; si en Francia y en los Países Bajos tuvo mayor predicamento la figura, fué por encon-

trar en ella motivo y ocasión de zaherir á la nación, que por el hecho del descubrimiento mismo, por los recursos que con él se obtenía, por su aplicación á la lucha tenaz contra la Reforma, era preponderante, temida y odiada.

Cristóbal Colón español, disfrutando tranquilo los beneficios del Almirantazgo; acabando su carrera en honrosas funciones palatinas, no diera á los émulos de España, más que otro cualquiera de los descubridores ó conquistadores del suelo americano, motivo para cambiar la turquesa en que vaciaban á cada momento las frases discurredas para ennegrecer á cuantos trasponían el Océano. Colón extranjero y aherrojado, ofrecía á su animosidad un recurso con que aumentar el efecto teatral de las declamaciones, motejando á los reyes, á los ministros, al pueblo, en suma, de ingrato y desleal tanto como de intolerante y codicioso.

Del libro de D. Fernando, combinado con la sustancia de aquel otro vertido á todas las lenguas europeas que deleitaba á la malevolencia; de la *Historia* promulgada en Venecia, con mezcla de *La Destrucción de las Indias*, delirio del P. Las Casas, tomaron, pues, los trasmontanos aquello que á sus miras cuadraba, forjando un tipo tan brillante como inverosímil, muy luego, con todo,

olvidado, porque realmente la personalidad de Colón no más que á los alemanes ó á los italianos interesaba por sí misma á otros, excepción hecha de aquellos que por doquiera cultivan el campo de la erudición.

Así pasaron muchos años, descendiendo España desde la cúspide de la preponderancia á una situación que la envidia desdeñaba. Las generaciones pasaron también; las ideas, en rápido giro, siguieron los cambios del mapa de Europa, notando que en el de América habían desaparecido los colores del pueblo que lo diseñó. Relegado éste á la indiferencia vecina del olvido al correr el primer tercio de este siglo, la aparición de obra especial del académico marino D. Martín Fernández de Navarrete, titulada *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, atrajo las miradas de los doctos, separadas tiempo atrás de las páginas de Oviedo y Gómara, y aun de la recopilación hecha por Herrera en sus *Decadas*. El nuevo trabajo, en que se habían reunido cédulas reales, provisiones, memoriales, la institución de mayorazgo, el testamento, las cartas del almirante de las Indias, en número de más de 400 documentos, ilustrados y comentados con examen crítico racional, pareció revelación de la vida del



Colón que incompletamente se conocía.

Recibido con aplauso; considerado por Humboldt monumento insigne de los tiempos modernos; elogiado sin tasa por el barón de Zach, por Verneuil, la Roquette, Berthelot, Prescott; traducido, sin pérdida de tiempo, al francés, al inglés, al italiano, llevó otra vez el pensamiento al siglo de León X y á la epopeya que en él realizaron los españoles.

El egregio americano Washington Irving, tomó á cargo vulgarizarla en páginas que todavía entusiasman, aunque en imaginaciones juveniles, no tanto como las iluminadas luego con el lirismo de Lamartine. Entre ambos autores transfiguraron al descubridor del Nuevo Continente, dándolo á conocer por héroe en Odysea repetida, astro en el firmamento de la sabiduría, prototipo entre los bienhechores de la humanidad, si bien humano. En lo último, ha disentido Roselly de Lorgues — otro admirador — para el cual, cuando menos, fué semi-divino, embajador de Dios, y por ser ley de mecánica que á la acción iguale la reacción, han producido las exageraciones místicas del último los repulsivos discursos de Goodrich: la poesía de Lamartine, el razonamiento frío de Harrisse, el digno entusiasmo de Irving, la crítica ele-

vada de Justin Winsor, estudios de tres norteamericanos que, con muchos más, dan testimonio del natural empeño con que allí investigan los orígenes de la historia patria en el hombre que fué causa principal de su existencia.

En nuestro continente es asombroso el número de escritos á Colón dirigidos: se han multiplicado últimamente en modo que dificulta mucho reunirlos y conocerlos todos; como que llegan á estas horas á componer un conjunto bibliográfico superior al de las más grandes figuras de la historia; mas, por lo general, no enseñan cosa distinta que los primitivos, ni profundizan mucho en lo que ellos decían. La mayor parte copian ó imitan, con ditirámica frase, uno de los tres modelos celebrados por su lectura recreativa; traspasan los límites de la apología; ponen más alta la imagen, pero sin lineamiento.

El solidísimo cimiento sentado por Navarrete, no soporta todavía la edificación á que se destinaba. Tenemos buena copia de cartas escritas por el Almirante; nadie ha estudiado aún en lo tangible de su espíritu las condiciones morales que revelan. Tenemos diarios y relaciones de los viajes; aún no está hecho su análisis; ni científica ni técnicamente se han considerado las derrotas, las observaciones, las ideas del

objeto, como marinero, como cosmógrafo, como piloto, como capitán. En las cédulas, en las instrucciones, en los memoriales, queda también por averiguar lo relativo al contacto social con las personas significadas de su tiempo.

Roselly de Lorgues, cuyas obras melodramáticas claramente descubren el desconocimiento de nuestro país, de nuestra lengua, usos, costumbres, hombres y sucesos, no menos que la animadversión á nuestras cosas, por herencia ó tradición atesorada, sin duda; Roselly, que entre las enormidades discurridas supone que su héroe, inspirado por la divina sabiduría, buscaba por el Escudo de Veragua un estrecho de salida hacia el Pacífico, donde, en verdad, no lo hay, pero donde lo habrá cuando se acabe la empresa acometida por el *Gran Francés*; Roselly, ha conseguido en Francia una reputación, una popularidad, que acuerdan á su historia colombina el envidiable juicio de magistral y definitiva. «Colón fué revelador de América: Roselly es revelador de Colón», dicen sus adeptos.

No ha logrado tan favorable opinión en Italia. Allí la crítica ha presentado serias objeciones á la veracidad y á la tendencia de su exposición histórica. Ha tenido, no embargante, acogida en determina-

dos círculos, ejerciendo influencia suficiente para estimular á la imitación, y acaso, acaso, no es ajena á un hallazgo ocurrido con pasmo del mundo.

El público, en España, ha dispensado á los escritos del Conde postulado, en la causa de beatificación, una acogida poco menos calurosa que la de sus compatriotas. Repetidas ediciones, adornadas con orlas y estampas, los han hecho familiares á la niñez, acostumbrándola á «considerar la figura de Colón como la del héroe y del mártir que dió un nuevo mundo á Castilla y á León, y murió víctima de la ingratitud.»

Por sí sólo no es Roselly fundador del concepto que ha ido arraigando y extendiéndose por vulgarización, admitido sin reparo como justo y hasta patriótico; pero más que los otros poetas historiadores lo ha inculcado, por sucederles en la cátedra literaria y tocar con sus apreciaciones una cuerda sensible en las creencias religiosas.

No se desconoce en esferas más ilustradas la procedencia externa, ni la vía por donde ha venido como artículo de importación: sábase muy bien que pugna con las tradiciones nacionales; no obstante (y esto prueba cuánto han ahondado las raíces), persevera frente á la contradicción, teniendo sostenedores en la prensa

periódica que lo anteponen á cuanto han contado los contemporáneos del Almirante, alegando que los textos escritos valen poco cuando están en oposición con la lógica; que los autores antiguos son recusables, porque vivieron bajo el poder de reyes que habían sido ingratos con el grande hombre, ó se creían en el deber de no tolerar que se manchase el buen nombre de los monarcas anteriores.

Los valedores del criterio exótico rechazan todo lo que tienda á desautorizarlo, juzgando inconveniente é inoportuno que se examine razonadamente, y sobre todo que se ponga en duda el fondo en que encarna. La opinión formada del descubridor de las Indias les parece indiscutible. Sostener que la patria no fué nunca ingrata con él; probar que las contrariedades que sufrió, por su carácter, condiciones y proceder, se explican; que no fueron malvados todos aquellos que en su camino encontró, y en que en la hora de la muerte no le acompañaban la prevención ni la indigencia, tienen por desvarío. Ataques á Colón consideran las indicaciones de cartas que escribió; insidiosa la cita de sus diarios y memoriales; datos más ó menos sospechosos cuantos como éstos conducen á conocer los actos de su vida.

Identificando á la personalidad

con el suceso, piensan que es centenario de Colón el que va á celebrarse, y que en tales momentos, no el estudio de las cualidades con que se empequeñece al que nos consiguió colosal imperio y preponderancia en el globo, se desluce la festividad que le está consagrada; se perpetúa la indiferencia de que tenemos que arrepentirnos; no la rebusca de papeles apolillados que, al fin y al cabo, no han de pesar en los ánimos bien dispuestos; el himno de alabanzas á su gloria inmortal, en coro plebiscitario sin nota discordante, es lo que procede.

A falta de mejores razones insinúan, de un modo general, ser nimio é impertinente hacer auptosia de las grandes figuras; aplicar á sus acciones las reglas de la moral casera; reformar apreciaciones que han recibido la sanción del tiempo y pasan por autoridad de cosa juzgada. Comprenden que con la investigación podría ganar la verdad histórica, pero sería perdiendo mucho la poesía, á que parece dan culto preferente.

No es rara la opinión: está reconocido que la mitología no es el carácter especial de algunas épocas; es una función permanente en todas, hasta en las que pretenden ser más positivas; porque ni los pueblos ni los individuos viven exclusivamente de voluntad é inteligencia; viven

también con la fantasía que agiganta la realidad, purificándolos, y más que nada con el sentimiento, que se compenetra con los grandes sucesos, se hace sangre y carne con los personajes extraordinarios, á cuyo alrededor, como el misticismo en la cabeza de los bienaventurados, coloca nimbos luminosos.

Pero los que estiman grande y bella á la historia sin verdad; los amantes de la ficción fuera del arte, combatiendo á los que en la esfera del arte mismo, sin apariencia verdadera desechan el artificio, contradicen el espíritu resueltamente investigador, analítico y práctico que preside á nuestra edad, alentando insaciable deseo de penetrar todo misterio. Hoy, que se mide la altura de las cordilleras por milímetros y la paralaje de los astros por milésimas de segundo, se recomienda la anatomía moral de los hombres; se hace más escrupulosa y detenida cuanto el objeto más se elevó, y no por curiosidad pueril ó satisfacción vanidosa, porque la operación analítica procura mejor conocimiento de la época, de la región, del hombre, sobre todo, nunca bastante estudiado.

Por esta labor ímproba del siglo se corrigen errores de los otros; caen del pedestal estatuas erigidas por la lisonja; se alzan las que abatió la pasión. Unos descienden, otros

se rehabilitan, presidiendo la justicia á la inspección retrospectiva que por turno y tiempos trae muertos conspicuos á la mesa de disección, á fin de que los Vesalios modernos de la filosofía preparen á su vista lecciones provechosas. Los demolidores de consejas rancias y de reputaciones inmerecidas, edifican la verdadera historia con materiales sólidos, que son los documentos, por regla que ya sentó nuestra Mariana al preceptuar que no se asiente en las cuentas partida sin quitanza.

Alabar otro procedimiento; querer que sea Colón excepcional é indiscutible, equivale á condenar lo adelantado por la razón, á contradecir lo que por otros conceptos se preconiza, y á separarse de las corrientes que por doquiera se abren camino.

Hay ahora escuela realista colombina, otra mística, otra idealista; todas contribuyen á engrandecer al personaje memorado; todas en el contradictorio juicio lo avaloran, haciendo juntas el oficio del crisol que depura.

¿Qué monumento digno de su inmortalidad equivaldrá á la historia que no tiene?

Tiempo ha que M. Deschanel entendía ser llegado el momento de separar á los dos Colones confundidos, el de la leyenda y la poesía, y el de la realidad y la historia. Tiem-

po es realmente de demostrar que no ha reunido jamás la fantasía en menos palabras errores tantos en número y bulto, como en el consabido concepto á la moda.

«Cristóbal Colón, excelente marinero genovés, dió á España un Mundo. La nación pagó el beneficio con el menosprecio, la humillación y la miseria.»

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

## CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Felicitaciones á León XIII por su exaltación al Trono pontificio.—Carácter del Papa reinante.—Reconciliación entre la Iglesia y la democracia.—Antecedentes históricos de una democracia católica y de un catolicismo democrático.—Mala inteligencia entre la República y el clero en Francia.—Necesidad imprescindible de que concluya una situación semejante.—Nuevo Ministerio francés.—Resistencias de todos los republicanos á reabrir el período constituyente.—La futura reforma constitucional en Bélgica.—Pretensiones del rey Leopoldo al *Referendum*.—Pretensiones de los reyes contemporáneos al gobierno directo en todo contrarias con el régimen constitucional.—Crisis de Grecia.—Progresos del partido liberal en Inglaterra.—El emperador Guillermo y el socialismo.—Conclusión.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS.

### I

**E**n la sala del Vaticano, donde aguarda León XIII las visitas solemnes ó recepciones, como en el habla moderna se denominan ahora los antiguos besamanos de corte, hase reunido el Colegio cardenalicio con el fin de felicitar al Pontífice por su cumpleaños. En efecto, acaba de cumplir ochenta y tres; edad avanzadísima, muy agravada por el estudio continuo de todas las ciencias así divinas como humanas y por las vigiliadas impuestas á la más alta y mayor autoridad moral que hay en el mundo. Así León XIII vive como de milagro. La demacración en él á tales extremos ha llegado que parece figura

de blanca transparente cera. Fina y alba su piel pégase tanto al hueso que veis el esqueleto, como en algunas efigies de santos esculpidas por los artífices católicos. Y sin embargo, la vida espiritual sobre su rostro en animación continua luce, como las visiones beatíficas lucen sobre las caras de los penitentes en arrobado éxtasis. Y esta luz proviene de aquellos sus ojos, los cuales irradian como astros espirituales el resplandor de una idea viva desde sí, cual sondean en los demás con su aguda penetración las profundidades del pensamiento y los secretos del alma. Así León XIII vive con el espíritu y para el ideal. No

de otra suerte podemos explicarnos la epístola reciente á los cardenales franceses, en que la Iglesia y la República se han dado un ósculo de paz, por cuya virtud la democracia encuentra una idealidad moral indispensable á su vida; y la Iglesia ve aumentarse ahora el número de fieles con aquellos numerosos que habían dejado de frecuentar sus altares mientras la creyeron enemiga de todo progreso y en pugna perpetua con el principio de la humana libertad. Quien esto escribe se halla en tales vías. Destinado á combatir por los humanos derechos y por la democracia universal, sublevóse contra la Iglesia, cuando la Iglesia quiso un día obligarnos á optar entre la fe y la libertad, optando por la libertad resueltamente. Mas ahora que la Iglesia comprende cómo el Cristianismo habrá de ser la eterna religión de los pueblos libres y mueve los católicos franceses á la paz y concordia con el régimen republicano, tan combatido antes por el clero, ahora el demócrata de toda la vida está en el caso de cumplir lo previsto y anunciado en la sesión de nuestra inmortal Constituyente del 79, á 5 de Mayo, que traslado con las emociones del auditorio aquí del *Diario de Cortes*: «Yo, señores

»diputados, yo, decía entonces quien

»escribe hoy estas líneas, yo no per-

»tenezco al mundo de la teología y

»de la fe; pertenezco, creo pertene-

»cer, al mundo de la filosofía y de la

»razón; pero si alguna vez hubiera

»de volver al mundo de que partí, no

»abrazaría la Religión protestante,

»cuyo hielo seca mi alma, seca mi

»corazón, seca mi conciencia; esa re-

»ligión protestante, eterna enemiga

»de mi patria, y de mi raza, y de mi

»historia; volvería de seguro al her-

»moso altar que me inspiró los más

»grandes sentimientos de mi vida;

»volvería de hinojos á postrarme ante

»la Virgen Santísima que serenó con

»su dulce mirada mis primeras pa-

»siones; volvería de seguro á empa-

»par mi espíritu en los aromas del

»incienso, y en los arpegios del órga-

»no, y en la luz cernida por los vi-

»drios de colores y reflejada en las

»áureas alas de los ángeles, eternos

»compañeros de mi alma en su infan-

»cia; y al morir, señores diputados,

»al morir, pediría un asilo á la cruz,

»bajo cuyos brazos se extiende hoy

»el lugar que más amo y venero so-

»bre la faz del planeta: la tumba de

»mi madre. (*Aplausos en todos los*

»*lados de la Cámara.*)» Copio este movimiento del Congreso, como está en el *Diario de Sesiones*, no por pueril vanidad oratoria, por demostrar que yo expresé con acierto en aquella ocasión solemnísimamente, defendiendo la humana libertad, el estado de ánimo en que respecto de la religión católica nos habríamos de

hallar todos los demócratas el día feliz de una esperada compatibilidad y concordia entre la creencia religiosa, verdadera levadura de nuestra vida espiritual, y los progresivos principios á cuyo triunfo y arraigo hemos consagrado todas nuestras ideas y todas nuestras fuerzas. Hablando hace pocos días yo con un amigo mío tan católico y tan artista como el marqués de Cubas, en quien la religión y la estética señorean el esclarecido pensamiento y el gran corazón, antiguo discípulo de las nacionales Academias, ilustradas luego por sus obras, y habitante en la mocedad suya de Roma, adonde le condujeron premios ganados por sus méritos, contábame cómo el Papa se acordaba mucho de tal párrafo de mis discursos, y lo traía frecuentemente en sus conversaciones varias con nuestros compatriotas en general, y especialmente con él, á quien por todo extremo aprecia y distingue. Pues bien: yo debo decir que me sentí movido á ese reingreso en la religión de mis padres, nunca por mí totalmente abandonada, nunca, desde la hora misma en que subió León XIII por providencial designio al trono de los Papas. No revelo ningún secreto recordando cómo desde el poder ejecutivo de la República hice cuanto estuvo en mi arbitrio por prosperar la reconciliación entre los

gobiernos republicanos y la Iglesia católica con el nombramiento de Obispos y recordando también cómo con satisfacción y honra perdí la jefatura del Estado por tal acto de mi programa, reducido á la idea clara y al propósito firme de concluir con la guerra carlista en breves días á cualquier precio. Y no revelo tampoco un secreto si digo que yo un día llegué á enemistarme con los republicanos oportunistas franceses por lo acerbo de mi censura constante á su proceder respecto del clero y respecto de las ideas religiosas. Las siguientes palabras del discurso de Alcira, dichas el 2 de Octubre de 1888, se pueden aplicar por tal modo á la situación presente, que parece imposible tengan doce años de fecha. «Todo enseña que aspira  
 » hoy el Pontificado á una concilia-  
 » ción en la venerable persona de  
 » León XIII. Pues bien: hay que  
 » buscarla de nuestra parte, hay  
 » que buscarla con perseverancia,  
 » porque no conseguiríamos poco si  
 » consiguiéramos calmar ciertas in-  
 » quietudes religiosas y traer la par-  
 » te más ilustrada del clero, sino á  
 » la democracia y á la libertad, á  
 » un desistimiento de toda tenden-  
 » cia política y á un espiritualismo  
 » capaz de levantar consoladores  
 » ideales, sobre las inclinaciones de-  
 » masiado positivistas de nuestro si-



» glo, quien peca, como la civiliza-  
 » ción romana en sus últimos tiem-  
 » pos, de sobrado economista y uti-  
 » litario. Así declaro que no conoz-  
 » co momento más inoportuno para  
 » reñir con la Iglesia que este mo-  
 » mento, no lo conozco. Aun com-  
 » prendo que cierto Emperador gi-  
 » belino satisfaga las tenaces aspi-  
 » raciones germánicas, representan-  
 » do enfrente de la Ciudad Eterna  
 » el papel de Arminio y de Lutero.  
 » Pero no lo comprendo en la Re-  
 » pública francesa. El sentido que  
 » hoy domina en los asuntos religio-  
 » sos de Francia, me asusta por su  
 » carácter jacobino; y el carácter  
 » jacobino me asusta porque todo  
 » Robespierre será el predecesor in-  
 » evitable de todo Napoleón.» (Pido  
 á mis lectores que se fijen cómo está  
 con ocho años de anticipación anun-  
 ciado aquí el movimiento boulan-  
 gerista.) «El partido republicano  
 » francés, con sus procedimientos,  
 » se ha separado de los principios de  
 » libertad naturales á la democracia  
 » moderna; se ha salido de las tra-  
 » diciones de M. Thiers; se ha ahu-  
 » yentado de hombres como Julio  
 » Simon; ha herido ministerios como  
 » el ministerio Freicynet; y ha lle-  
 » gado á una tan estéril agitación  
 » y á una tal violencia, que sólo  
 » puede ceder en daño de esa de-  
 » mocracia, la cual hasta aquí ha-  
 » bía merecido la noble admira-

» ción del mundo por su tacto esqui-  
 » sito y por su exquisita prudencia.»  
 «Conservaremos nosotros el pre-  
 » supuesto y el patronato eclesiásti-  
 » co, si volvemos al poder; y en  
 » nombre de la libertad religiosa, en  
 » nombre del derecho individual, en  
 » nombre del respeto al principio de  
 » asociación, dejaremos que los se-  
 » res tristes, desengañados del mun-  
 » do y poseídos del deseo de la muer-  
 » te, se abracen, si quieren, á la  
 » cruz del Salvador, como la yedra al  
 » árbol, y aguarden la hora del úl-  
 » timo juicio, envueltos en el sayal  
 » del monacato y tendidos sobre las  
 » frías losas del claustro, hasta eva-  
 » porar su vida, como una nube de  
 » incienso, en la inmensidad de los  
 » cielos: que si nuestro respeto á la  
 » libertad nos impide poner tasa al  
 » interés, tasa al lucro, tasa al cam-  
 » bio, nuestro respeto á la libertad  
 » también nos impide poner tasa á  
 » la oración, tasa á la piedad, tasa á  
 » la penitencia.» Citamos todo esto  
 para demostrar con qué mezcla de  
 verdadero entusiasmo y de firme  
 tenacidad nosotros hemos desea-  
 do una política como la formula-  
 da hoy por León XIII; y con  
 qué grande satisfacción veremos  
 que le sobrevive á él mismo y  
 se vincula en sabio sucesor para  
 trascender al venidero siglo y en-  
 gendrar un estado religioso muy  
 superior al que nosotros hemos po-

dido alcanzar en el corriente siglo, porque muy de antiguo tenemos notado con verdadero dolor, cómo en los pueblos latinos se dividen las gentes entre supersticiosos y escépticos, así como se consumen las fuerzas del Estado combatiendo con el ideal de la Iglesia y el poder vivificante de este ideal se disminuye y hasta concluye por fin eclipsándose en su lucha continua con todos los progresos de nuestra política y con todos los términos de nuestros derechos. El pensamiento humano jamás podrá medir la felicidad moral y la luz espiritual y el bienestar práctico que habrá de traer á las naciones de sangre y de prosapia latinas esta bendición del Pontificado á la libertad y á la democracia.

## II

Así una brisa de consoladora esperanza corre por todo el océano de la vida cristiana. Sabíamos cómo las naciones tienen el derecho de gobernarse á sí mismas y cómo este derecho lo habían formulado innumerables doctores cristianos. Habíamos visto el concepto aristotélico de la soberanía en el Estado y de los organismos naturales al go-

bierno social, secularmente legado por un filósofo heleno como Aristóteles á un doctor católico como Santo Tomás. Habíamos compenetrado nuestro pensamiento con el pensamiento de las Universidades castellanas del siglo décimo sexto, donde, cual un día me dijo el sabio alemán Gneist, naciera el derecho natural moderno. Recordábamos la santa indignación del P. Las Casas contra la increíble apropiación del hombre por el hombre y sus vehementísimas invocaciones al derecho natural y de gentes contra tan bárbaro crimen. No habíamos olvidado que las nociones fundamentales del decálogo democrático y la infusión de humanos afectos en estado tan crítico y morboso cual el estado de guerra se debían al P. Victoria, y que Suárez observaba cómo diera el Criador la soberanía sobre los animales al primer hombre, pero no la soberanía sobre los demás hombres. En las páginas de nuestros clásicos, á manos llenas hemos recogido mil veces enseñanzas profundas acerca de la correlación íntima entre un Gobierno sacado de las entrañas del elemento social y el alma cristiana de estas sociedades por Cristo redimidas y salvadas del antiguo fatalismo pagano. Pero no recordamos haber visto en autor ninguno esta serie de verdades con tanta lógica dispuestas y

de manera tan clara dichas, como en la epístola de León XIII á los Cardenales franceses. La pretensión de los monárquicos á convertir la Monarquía en organismo consustancial con el ser y estado perpetuos de las humanas sociedades, queda con un soplo de los inspirados labios del Pontífice desvanecida, y declarado el movimiento político sujeto á cambios diversos de la inmutabilidad que alcanzan por su compleción intrínseca el principio moral y el dogma religioso. Tras esta declaración sublime de principios los reyes no podrán alegar títulos divinos á la dominación soberana y menos creer vinculada en sus generaciones una perenne autoridad política, sino que habrán de reconocerse por completo sujetos á lo que les imponga el estado social, compuesto por factores, los cuales pueden convertirlos de reyes teócratas en reyes feudales, de reyes feudales en reyes parlamentarios, de reyes parlamentarios en reyes demócratas, ó anularlos en estas perdurables metamorfosis del alma y de la sociedad para siempre. Así, el Papa rompe la consustancialidad establecida por los jurisconsultos restauradores del Derecho romano entre la incomunicable autoridad de Dios y la movible autoridad real, á la hora misma en que un Emperador germánico se proponía como

un delegado directo del cielo en inverosímil discurso á sus súbditos espantados.

Y después que así condena las pretensiones cesaristas de los reyes á un poder parecido al que gozaran en Asia y Roma los emperadores idólatras, persuade al clero francés á que acepte la República y se proponga dentro del Derecho común suyo prosperarla y prosperar también, una relación del todo congruente con la verdad católica. Profundísimo y agudo al par el pensamiento pontificio, va del análisis á la síntesis con segurísimo paso y distingue con grande acierto el Gobierno de la legislación observando la imposibilidad completa de mejorar las leyes del Estado cuando se concentra todo el esfuerzo humano en la obra demoledora de arruinarlo y destruirlo en las varias encarnaciones del poder y del Gobierno. Es, por ende, luminosísimo el pensamiento y el propósito de mostrar al clero francés cómo imposibilita en sus relaciones con el Gobierno republicano el intento desatinado de destruirlo para el intento recto y justo de mejorarlo. Yo conozco pocos documentos políticos en la historia universal comparables con la epístola de León XIII, que debemos poner sobre nuestra cabeza como si fuese una epístola de San Pablo. La paz reina en ella, la paz del *Gloria in*

*excelsis* y del ósculo santo en la Misa. Por eso la oíamos con la cabeza inclinada bajo el peso de un grande respeto y con el corazón henchido de un profundo agradecimiento. Y como así la oímos, parécenos mal hayan los Cardenales comparado la grandeza de Inocencio III con la grandeza de León XIII. La coincidencia de haber levantado éste á su predecesor un sepulcro glorioso no autoriza paralelo semejante. Inocencio III fué un Papa de combate, mientras León XIII es un Papa de reconciliación y de paz. Ciertamente que Inocencio III combatió, según las circunstancias aquellas, con los Suavias en el siglo décimotercio, y que combate con los Brandeburgos León XIII, según las circunstancias éstas, en el siglo corriente. Pero aquí acaba el paralelo. Ha debido comprender la disparidad entre unos y otros tiempos. Usando con esa claridad que le caracteriza para distinguir los semejantes, ha dicho el Papa que la civilización en los tiempos del ilustre antecesor suyo tenía mucho de ruda y que la civilización hoy tiene mucho de humana y de culta en paralelo admirable, aventajándola sólo en el espíritu religioso al de hoy superior y en la influencia de la fe cristiana sobre las almas. Justo, pero nosotros nos permitiríamos á este respecto una observación que creemos justísima y

que nadie podrá conrastar en verdad. Las creencias resultan más cristianas en la centuria de Inocencio III que en la centuria de León XIII; pero no las instituciones, no las leyes, no los Estados, no las costumbres, no la vida. El castillo feudal ha caído á impulsos de su propio peso, y la servidumbre del terruño hase acabado para siempre, demostrando que la democracia moderna tiene raíces idénticas á las raíces del árbol de la Cruz.

### III

Por esta razón y causa nos dolemos tanto nosotros de que la democracia oficial francesa no aparezca en el mundo tan cristiana como lo es indudablemente la democracia nacional. Con una ligereza indigna de consumados repúblicos firman proposiciones de discordia religiosa y política los radicales sin alcanzar que han difundido en el suelo gérmenes de guerra civil, y de lo consiguiente á la guerra civil en Francia, de irremediable cesarismo. Si la crisis última, según aseguran muchos, provino de incompatibilidad entre Constans y Freicynet, nada digo. Un estadista, en su proceder tan violento, y en su idea tan exa-

gerado, cual Constans, no contará con mis predilecciones y mis preferencias nunca. Pero huéleme á ingratitud este desabrimiento con quien saltara sobre todo género de consideraciones en la hora de arrancar á las uñas del general Boulanger, muy en potencia propincua de dictador, la magistratura del modesto Carnot, muy en riesgo por las complacencias de los hoy arrogantes con el competidor suyo, favorito entonces de la plebe. Detesto la ingratitud y repruebo los medios empleados en derribar á Constans del Gobierno, si, como el rumor público dice, ha en ello andado Rochefort metido; pero comprendo una crisis pensada con el ánimo y hecha con el objeto de combatir y derribar tal ó cuál ministro. Lo incomprensible para mí es el combate político á muerte y el voto contrario á un Gobierno y á un programa que creeríanse desaparecidos para siempre, y la reaparición inmediata del mismo Gobierno resucitado nuevamente y del mismo programa nuevamente rehecho. ¡Cuán larga crisis y cuán corto resultado! Primero Freicynet, como en las comedias nuestras, hace que se va y vuelve. De idéntica manera se van y vuelven Rouvier como Ribot. No me quejo yo de su vuelta, siendo correligionarios y amigos míos muy amados; me que-

jo de su ida. Si necesitaban quedarse, ¿cómo se fueron de súbito? Y si de súbito se fueron, ¿cómo vuelven estos señores tan pronto? Y si las idas y vueltas atropelladas al modo de las usuales entre los autores dramáticos malos, parecénme informales; aún me lo parecen más los encargos decernidos á tanta opuesta gente de formar gabinete. Sabido por todos que Rouvier significa la derecha del partido republicano, ¿cómo comprender que se le llame á formar Gobierno en el día mismo en que llaman al representante de la izquierda, es decir, á M. Bourgeois? ¿Y cómo Freicynet, que no ha querido entrar en un ministerio Ribot, ni en un ministerio Rouvier, ni en un ministerio Bourgeois, porque diz no consentía le presidiese ningún igual suyo, consiente luego la presidencia de Loubet? Ministerio impenetrable quizá á los que nos hallamos tan apartados hace tiempo de la política francesa y á tanta distancia de París. Pero si el anterior ministerio ha caído al empuje de una fácil coalición entre la derecha y la izquierda por juzgar ésta demasiado reaccionaria su política religiosa y aquélla demasiado radical, parecíame llegada la hora de una definición bastante clara para traerse consigo, bien á los unos, bien á los otros; y bastante fija para impeler á un objeto

claro y seguro el Gobierno. Mas al oír ó leer el programa de Loubet, las palabras, duda y resolución, y perplejidad y marasmo surjen á uno en la mente; pero no las palabras que puedan significar pauta, norma, programa, gobierno. En primer lugar, no está permitido en los sistemas parlamentarios esa designación personal de presidentes del Consejo que ponen las cabezas en los piés y los piés en la cabeza. Como en Londres no sería ministro Gladstone, desde que ascendió á primero bajo la presidencia de ninguno de sus colegas, en Francia no deben Rouvier y Freicynet dejarse presidir por un Loubet, aunque sea talentado y elocuentísimo. Pero lo que debían permitir menos á los demás, y aun á sí mismos, es la confusión coalicionista de términos en programas por igual repulsivos á la derecha y á la izquierda. Esos discursos, en que arrojan los ministros una de cal y otra de arena, diga cuanto le parezca mi exaltado amigo el casi radical Ranc, no pueden servir sino á sostener el equilibrio inestable de una política, ocasionada como cualquier cabalgadura de mal paso, á echar por un costado ú otro al suelo, por la cola, por las orejas, con grandes y peligrosos y hasta ridículos batacazos un gobierno. Decir que no se irá de modo alguno á la separación entre la Igle-

sia y el Estado, pidiendo luego apoyo á los mismos que profesan tales principios, pareceme un proceder análogo al de aquellos que ofrecieran al catecúmeno deseoso de ingresar en la religión cristiana, no el bautismo litúrgico nuestro, no, la circuncisión israelita. Ya es hora de definirse ó de fijarse, republicanos franceses.

#### IV

La separación entre la Iglesia y el Estado supone un período constituyente; y un período constituyente supone á su vez la debilitación de Presidencia, Senado, Congreso, régimen parlamentario y republicano. El peligro de tales crisis á la vista salta en cuanto uno lo estudia con cualquier motivo, sobre los ejemplos ofrecidos por las sociedades contemporáneas. Y si lo dudarais, ahí tenéis Bélgica. El establecimiento de su Monarquía parlamentaria significó el triunfo de las clases medias; y este triunfo dictó aquella Constitución por todo extremo burguesa. Un monarca irresponsable y un censo alto constituían los dos elementos de tal régimen, cual constituyen el agua dos gases, el hidrógeno y el oxígeno. En la ce-

guera de su triunfo, las clases medias colocaron el censo, una constitución aborrecible sin duda, entre los artículos de la Carta, artículos fundamentales, y, por lo mismo, intangibles á la legislación ordinaria. No pueden los belgas, por ende, ahora, establecer ningún otro medio de nombrar su Cámara sin herir la constitución y resignarse á un periodo constituyente. Así el problema de la indispensable complicación del sufragio, surgido cuando las democracias progresan, y con el progreso de las democracias el trabajo y la industria crecen, aparecía á los ojos de las clases conservadoras belgas como algo apocalíptico y tenebroso que traía indefectiblemente aparejado el juicio final. Esta especie de terror misterioso se presenta de bulto á la sola consideración de que las clases medias belgas han resistido sesenta y más años el sufragio universal aceptado hasta en la monárquica y nobiliaria Prusia. Pero poned puertas al campo. Las abstracciones huyen al conjuro de las realidades. Creciendo en Bélgica el trabajo, había de crecer con el trabajo en Bélgica la democracia; y creciendo la democracia en Bélgica, también había de imponerse tarde ó temprano el principio democrático por excelencia, el sufragio universal. No lo quería creer el Monarca, no lo quería creer el Sobera-

no; mas las ideas democráticas entran en todas las combinaciones de la política moderna como el éter luminoso y creador en todos los átomos del Universo material. Y el elemento democrático subió cual una marea viva. Bien al revés de lo sucedido en España, donde los representantes de las clases medias liberales han recibido en las venas de sus almas aquella infusión de ideas democráticas, naturales al estado intelectual y moral de nuestra sociedad, los progresistas belgas contrarian la extensión del sufragio al pueblo. Frere Orban jamás ha querido asentir á tal progreso. Pero el jefe allí de la democracia monárquica, el muy liberal Jakson, y todas las escuelas socialistas sin excepción alguna, reclaman el sufragio universal. Estas últimas, en todas partes desatentadas, han tenido allí la previsión de posponer á todos sus principios el sufragio universal y han dado con esto una prueba de buen sentido, pues únicamente podrá por el sufragio universal y por la libre asociación mejorarse la suerte del jornalero, y convertirse tarde ó temprano, con la cooperación y las participaciones en las ganancias señaladas por voluntarios contratos, el salario en dividendo. Pero la necesidad inevitable de que la cuestión de amplitud al sufragio as-

cienda de suyo al nivel de una cuestión constituyente, trae los belgas á muy mal traer ahora. El Rey, con pésimo consejo, viendo que se tira de la cuerda para unos, quiere que se tire de la cuerda para todos, y reclama, como compensación al sufragio del pueblo, una facultad tan difícil como la facultad del *Referendum* al pueblo para sí. Esto del *Referendum*, quiere decir la potestad en el Rey de acudir al sufragio popular directamente siempre que le plazca, sometiendo á su voto soberano é inapelable las cuestiones que crea deber someterle y con especialidad sus disentimientos del parecer y del acuerdo de las Cámaras. En Suiza el pueblo conserva por medio del *Referendum* la soberanía inmanente, y la ejerce, así para sancionar las leyes constitucionales en su día, como todas las demás leyes cuando lo pide cierto número de electores designados en la Constitución. Pero este derecho del pueblo helvecio, muy congruente con el ejercicio secular de las instituciones republicanas, tiene muchos peligros en Francia, cuya monarquía viviera veinte siglos y cuya República vive de un modo regular hace veinte años solamente, y no podría de manera ninguna en Bélgica establecerse ahora, sin que recibiera el principio monárquico parlamentario los daños y men-

guas consiguientes á su transformación en principio monárquico cesarista. Leopoldo II, sin duda, olvidado del nombre y del ideal de su glorioso padre, intenta sobreponerse á las Cámaras nacidas del sufragio universal consciente por medio de un sufragio universal inconsciente, como el que probaría ese temerario *Referendum*, y quiere asociar el pueblo entero á su conjuración contra la libertad, como asociaron los Césares antiguos y los Napoleónidas modernos, dos pueblos tan cultos, como el romano y el parisién, á sus sendas infames é infamantes dictaduras. La reforma constitucional ha comenzado con una grande agitación; y si llega el Rey á empeñarse con sus temeridades en ello, puede concluir por una revolución.

## V

Los reyes contemporáneos están dejados de la mano de Dios. No saben los cuitadísimos, en su deseo de mangonear á tontas y á locas, que la monarquía perdura entre los ingleses porque no intervienen personalmente nunca en el Gobierno los monarcas, y obedecen, como las



máquinas al vapor, ellos á la opinión y á las Cámaras. Pero dadle á los ingleses un Rey Humberto emperradísimo en la triple alianza, un Emperador Guillermo de Brandeburgo metido á la continua en todos los fregados germánicos, un Rey de Dinamarca en lucha constante con la representación nacional, un Rey de Suecia en disentimiento con la democrática Noruega, un Rey de Lusitania que inaugura su reinado con retrocesos en las libertades públicas, y decidme que restaría de la realeza en pueblo tan acostumbrado al gobierno de sí mismo como el pueblo inglés, admirable por su libertad y admirable por su Parlamento. Digo todo esto por un Rey omitido en la enumeración anterior, dígolo por el Rey de Grecia, que ha llegado hasta destituir á sus ministros frente á frente de una mayoría parlamentaria muy numerosa y muy compacta, cuando el jefe de tales ministros, Deyalnnis, le impusiera con soberano imperio á esta mayoría un acto de cordura, como la renuncia irrevocable á todo procedimiento judicial contra las malversaciones atribuidas á su antecesor Tricoupis. El Rey cohonestaba la intervención personal suya en los actos gubernativos con el pretexto de la grave crisis económica por los helenos hoy sufrida, y á la cual nunca ha ocurrido su ministe-

rio, sino enconándolas con encono exacerbado y terrible.

Mas á los reyes no debe permitírseles intervenir en el gobierno de las naciones, ni aun para el bien y la prosperidad nacional. Parecerá una paradoja; pero creo preferible que se haga el mal sin ellos al bien con ellos. Fragmentos aerolíticos del sol de la monarquía ya pasada y Bautistas inconscientes de la forma republicana futura, representan la estabilidad social y pierden su representación en cuanto salen de la neutralidad constitucional y dejan de cumplir así el fin para que fueron instituidos. Cierto que la nación helena, poseída por una doble atención al compromiso de proteger todos los tenaces movimientos de las tribus griegas, mal de su grado á Turquía sometidas, y de contrastar todas las múltiples aspiraciones de los búlgaros al territorio macedón, siempre codiciado por los Estadillos esclavones aturdidamente, habría caído en gastos enormes de guerra y marina, generadores de una inminente bancarrota. Cierto también que los desniveles en el cambio, que la baja de los fondos, que la clausura de los antiguos mercados por la demente guerra de tarifas, que los gangrenosos cánceres del déficit, que la depreciación de los valores fiduciarios, que las menguas de todos los

ingresos y la deficiencia de todos los tributos habían traído una agravación grande del mal, á la que pudo el ministerio Deyalnnis oponer actividades mayores para el remedio ya urgente. Pero el Reyno debió hacer lo que hizo; despedir un Ministerio con mayoría, sin exponerse á lo que ahora está expuesto, á una rota del ministerio nuevo nombrado por la voluntad personal en los próximos comicios que resulte su personal derrota, en suma, y lo destroñe á él y á toda su dinastía para siempre. Los orientales mudan de reyes como de camisa. En Servia la dinastía del príncipe Karageorsd, en Rumania la dinastía del príncipe Kouza, en Bulgaria la dinastía del príncipe Battemberg, en Grecia la dinastía del príncipe Maximiliano, expulsadas todas por sus respectivos pueblos, enseñan que pueden hallarse los daneses llamados al trono artificial y extranjero sobrepuesto por la diplomacia y los tratados á un pueblo tan republicano como Grecia, en vísperas de un definitivo é inapelable destronamiento. Así, hay quien dice que piensa el Rey abdicar en su hijo, medida poco hacedera en primer lugar, y en segundo lugar poco benéfica; y quien dice que piensa el Rey acudir á las potencias signatarias del tratado que aseguró su gobierno independiente á Gre-

cia, medida poco nacional y que podría traer consigo una intervención extranjera, siempre á los pueblos repulsiva, y mucho más al pueblo que inició los combates por la independencia en campos como los de Marathon, en aguas como las de Salamina y en desfiladeros como los defendidos por Leónidas: hermosos númenes de todos cuantos pelean por la libertad y por la patria.

## VI

Felices los ingleses, maestros en el arte de practicar el gobierno de sí mismos, tanto en la esfera de lo individual como en la esfera de lo colectivo. Inútilmente los gobiernos conservadores pugnan á una, con todos los medios conseguidos por una larga dominación, para retener en sus manos el público poder, que le arrancan de consuno la conciencia y la voluntad general, impelidos por los grandes motores, ó sean las progresivas ideas. Aquellos comicios tan reflexivos, después de largas meditaciones, ejercen su libre albedrío con tanta medida de proceder y tanta prudencia de juicio, que derrotan á un estadista como Hartingthon, noble de abolengo y liberal de convicción, en

cuanto claudica en su antigua consecuencia política y retrocede hasta prestar su apoyo á los torys en las resistencias á los progresos de Irlanda. Pues bien: ahora, en las últimas elecciones municipales, han derribado por tierra en buena lid todo el ejército conservador. Justa es, pues, la grande acogida, por las oposiciones dispensada en el Parlamento, al reingreso allí, tras la última excursión, de su excelso guía y maestro, al inmortal jefe mister Gladstone, quien realizará en su vejez la reconciliación entre Inglaterra é Irlanda, obra particular y nacional, análoga con la mayor y más católica que realiza León XIII hoy, análoga con la reconciliación entre la democracia y la Iglesia. El Gobierno tory ha tratado de vencer al partido liberal, poniendo con sus proyectos recientes una fábrica de falsificar los programas de Gladstone. Así ha presentado el sofisma escandaloso de los proyectos relativos al gobierno local de Irlanda. En los títulos de la ley, en sus proporcionadas distribuciones, en sus principios generadores, veis muy pronto que también las idealidades abstrusas privan entre los positivos y utilitarios ingleses. La mayor asimilación dable de las regiones en sus respectivos consejos municipales, queda formulada por las leyes y reconocida como una verdad incon-

testable. Los gobiernos locales, en estas disposiciones, aparecen organizados como los gobiernos locales británicos. Diéronlo todo allí concluido y perfeccionado como en programa electoral de cualquier candidato avanzadísimo. Pero hecha la ley, hecha la trampa. Por debajo de todo aquello hay sirtes y más sirtes de bien compuestas excepciones que revocan todo lo concedido y legislado arriba. Existen unos tribunales de combate allá en Irlanda. Estos tribunales son lobos revestidos con pieles de carneros. Así, bien puede asegurarse que se hallan puestos allí para sostener, bajo la forma externa de la ley común, el derecho antiguo de conquista. Y cuando á estas corporaciones, verdaderamente burocráticas, no jurídicas, de algún modo se les antoje disolver las municipalidades opuestas al capricho de Inglaterra, las disolverán sin género alguno de consideraciones, quedando todo el gobierno local irlandés á merced y arbitrio de los poderes nacionales británicos. Dado tal carácter de las leyes nuevas, creo excusado decir las terribles violencias empleadas por unos y por otros en los debates. Los ministeriales llamaron separatistas á los wighs, y éstos á los ministeriales embusteros. Así va creciendo la convicción íntima del próximo triunfo electoral de Gladstone. Por más

que los ministeriales hacen y dicen, la opinión pública los desatiende, si no los menosprecia. Una prueba de cómo deben ya sentirse abandonados de la opinión, aparece con suma claridad en el amenazador discurso últimamente pronunciado por Salisbury, anunciando que apelará en el combate próximo á la Cámara de los Lores, caso de darle una Cámara de los Comunes favorable á Irlanda el próximo comicio nacional. Parece imposible que así pueda espesarse la ceguera de los políticos hasta ignorar el mal que les aguarda. La última fortaleza de los torys está en la Cámara de los Pares. El día que desaparezca, desaparece con ella el secular tronco de la nobleza histórica. Y desaparecerá de entre las instituciones vivas si recoge para su respiración las ideas muertas. El patriciado inglés sobrevive á tantas ruinas, como hay amontonadas en torno suyo, por la flexibilidad constante suya en el difícil trabajo de adaptación al medio ambiente compuesto por la opinión británica. En una ocasión, el grande orador Brighth lo dijo con frase, tan profunda por el sentido intrínseco y hondo como por la forma clara y correcta: no le permitió la opinión pública el veto á la corona, ¿y había de permitírsele á los patricios? El día, en que los Lores no quieran admitir la demo-

cracia, sucederáles aquello mismo que les sucedió á los antiguos senadores de Roma cuando se resistieron á recibir el Cristianismo, desaparecerán del planeta.

## VII

¡Felices los pueblos regidos por instituciones parlamentarias! Ellos no tendrán que mirar al ceño de un solo individuo, para ver si en el fruncimiento de sus cejas la tempestad se aglomera y en el mirar de sus ojos el rayo se fulmina. Los alemanes, vanagloriados hasta creerse á sí mismos los dioses de nuestra Europa contemporánea, se me aparecen muy disminuidos bajo la tutela de un joven, que dice á roso y belloso cuanto el gusto le pide, sin respeto alguno á la propia corona y al sumiso pueblo. Nada nos maravilla como las extrañezas muy recientes de la opinión por el discurso que acaba de pronunciar en la Dieta de Brandeburgo el joven y aturdido César, como si no fuera otro discurso más añadido á los desvariadísimos en él habituales desde su trístisima exaltación al trono de sus mayores. Todavía no llevaba ceñida en sus sienes la diadema imperial, cuando ya pronunció arenga extravagante-

te, la primera solemne de su vida, en que llamaba con énfasis al Canciller, bien pronto de su gracia caído, portaestanderte del Imperio alemán; y con tal motivo dije yo entonces aquí en estas crónicas quincenales que temía le aquejase algo del romanticismo literario y filosófico y político, á cuyo embriagador opio muriera, como dementado por los filtros de las ideas indigeridas é inconexas, el célebre Federico Guillermo IV, apellidado por el doctor Strauss en célebre folleto de sus mocedades, á causa del desvarío crónico suyo de resucitar las ideas reaccionarias, Juliano el Apóstata. Todas las palabras y todos los actos de Guillermo II en los días críticos del paso desde su condición de Príncipe imperial á su condición de César ó Emperador reinante, indicaban el predominio de los tirantes nervios en todo su sistema fisiológico y el predominio de las ideas exageradas en todo el enlace, ó como si dijéramos, organismo de las facultades psíquicas. Pero los periódicos alemanes, en su culto al Imperio, no se habían dado cuenta del carácter intelectual, predominante de suyo en Guillermo II; y ahora se alarman y alarman á la opinión universal con motivo de un discurso, tan incongruente y tan desatinado en sus términos como todos los que viene pronunciando á roso

y belloso, desde que á sí mismo se concedió él mismo la palabra con ánimo de permitirse decir cuanto le pasara por la mollera, verdadero ó falso, bueno ó malo, torcido ó derecho.

### VIII

Ahora no ha dicho mucho en comparación de lo en varias otras veces hablado; ha dicho con verdadera sencillez que todos cuantos creen vivir en las torturas de un potro por vivir en el imperio de Alemania, y lo dicen, bien podrían irse á cualquier otra parte con la música, pareciéndole todavía corta la continua emigración desangradora de Alemania. Y no tan sólo mueve las gentes á largarse; dice que nadie con él porfíe, porque guarda en todas sus empresas la complicidad de Dios en vínculo heredado de sus mayores, cual se demuestra recordando cómo Dios había peleado por ellos, no añade si caballero sobre blanco caballo, cual nuestro Santiago Matamoros, en la batalla de Rosbach. Mas ¡ay! que mientras él habla, el motín reina en ese Berlín parecido antaño á Varsovia. Las muchedumbres sueltas salen por las calles

mayores de la corte germánica en son de motín; y aquí apedrean un establecimiento de ultramarinos; allí pegan empellones á la policía; más lejos á saco entran en rica tahona; y por no dejar títere con cabeza en sus desahogos tumultuarios, silban, como si fuesen cómicos de la legua, con espantoso estruendo, á los guardias de orden público, representantes á sus ojos del poder imperial. El Emperador ha visto las oleadas populares desde los balcones de su imperial palacio y ha oído el estruendo de la voz pública desde la carretela en que ha recorrido de gran uniforme las removidas y fragorosas calles. No ha salido por ninguna parte la tropa; mas tres días consecutivos con sus tres sendas noches ha en la ciudad ido todo y han ido todos arreo manga por hombro, según decimos en familiar lengua española. Y se han los unos cansado de gritar y los otros de reprimir, acabándose todo por una igual flojera en las resistencias y en los ataques mutuos, pero indicando á la postre

un comienzo de rapidísima descomposición en el Imperio brandeburgués, muy semejante al que precedió la decadencia y descenso rapidísimo de la monarquía napoleónica en Francia. Y basta para comprender la política germánica interior con observar que, después de haber hecho sacrificios tan grandes por una cordial alianza entre Rusia y Alemania, los dos Czares andan á la greña, cual basta con observar, para comprender la política exterior germánica, que, después de haber hecho tantos sacrificios en veintidós consecutivos años para tener Alsacia y Lorena del todo adheridas al Gobierno central, han presentado un proyecto de estado de sitio casi perpetuo al Parlamento para precaverse de cuanto pueda en Alsacia y Lorena sobrevenir de adverso al Imperio, lo cual, unido á las perturbaciones que pululan por todos aquellos espacios, da muy mala espina respecto de la suerte reservada en lo futuro á la grande Alemania. ¡Triste y luctuoso porvenir!

EMILIO CASTELAR.

## IMPRESIONES LITERARIAS

---

**S**e ha sostenido y aún sigue sosteniéndose por autoridades respetabilísimas, que la verdadera aspiración de la poesía debe ser expresar el jugo del pensamiento moderno en el ánfora clásica, ó, como decía Andrés Chénier,

*Sur de pensées nouveaux faisons des vers antiques.*

Enamorados los que tal teoría defienden de la perfección á que llegaron en todo lo referente á la forma, los poetas de la antigüedad clásica, suponen que ella dijo la postrera palabra y señaló el último límite á que, en punto á perfecciones externas, puede llegar el ingenio humano. Los que así discurren, no se han parado á pensar en la relación íntima é inseparable que existe entre la idea y el molde en que aquélla ha de vaciarse, relación tan estrecha, que sólo teóricamente puede establecerse entre ambos una línea divisoria. Los

grandes poetas se han creado siempre una forma propia, y cuando han querido abdicarla (cosa equivalente á suprimir la personalidad artística), para caminar en pos de la imitación, han resultado siempre afectados y artificiosos. Aun en los años que siguieron inmediatamente al Renacimiento, los escritores nutridos con la savia de los clásicos, á pesar de haberse asimilado su espíritu, no lograron, ó lograron muy pocas veces, competir con aquellos otros que adaptaron su inspiración á una forma original y privativa. La superioridad de nuestro teatro sobre el teatro francés, es una consecuencia de lo que dejo apuntado.

Por mucha admiración que se sienta hacia nuestros líricos del siglo de oro, es imposible desconocer que en casi todos ellos, aparte de lo vigoroso de su fantasía, de lo brillante de sus imágenes, de lo sonoro de su versificación, muéstrase cierta

afectación, cierta falsedad que debilitan gran parte de su mérito. Cuando Herrera nos habla, á propósito del joven de Austria, del *crinado Apolo*, de *Encelado arrogante* y de otras zarandajas mitológicas de la misma especie, podrá ser todo lo pindárico que se quiera, pero no creo que nadie, al leer las obras del gran maestro sevillano, sienta la emoción sincera, que sin duda experimentaban los helenos cuando recitaban ú oían recitar las inspiradas odas del cisne tebano. En el mismo Fr. Luis de León nos molesta á veces la humildad con que sigue á Horacio y los extemporáneos rasgos de paganismo derramados por muchas de sus poesías, sin excluir alguna de las religiosas.

Lo de

«...Eolo derecho  
hinche la vela en popa.»

lo de

Con la punta acerada  
el gran padre Neptuno da la entrada.

como lo del *sanguinoso Marte*, la *infernal Meguera*, y otras muchas alusiones parecidas que sería facilísimo citar, no obstante ser ellas defecto más bien de la época que del autor, son lunares que afean las hermosas composiciones del egregio agustino.

El divorcio que existe hoy entre nuestro modo de concebir la belleza y las formas y procedimientos clásicos, es mucho mayor que en épocas anteriores. Por esta razón, los poetas de nuestro tiempo, que han pretendido ó pretenden seguir las huellas de griegos y latinos, vistos casi siempre al través de nuestros escritores de las tres últimas centurias, sólo han acertado á producir obras artificiosas y amaneradas, estimables únicamente para unos pocos eruditos, más dispuestos á apreciar las dificultades de la ejecución, que sensibles á los encantos de la verdadera poesía.

Entre los autores americanos, lo mismo colombianos que bonaerenses, dominan la afición á los estudios clásicos y la tendencia á la imitación de las literaturas griega y romana, no siempre bebida en las fuentes originales. Calixto Oyuela, poeta argentino, alguna de cuyas composiciones es conocida de los lectores de esta Revista, participa de las aficiones literarias que constituyen uno de los rasgos distintivos de la poesía americana. La colección de las suyas, recientemente publicada, lo prueba cumplidamente. En todas ellas descúbrese el entusiasmo que el poeta siente por Grecia, por sus dioses, sus héroes y sus artistas. No obstante vivir en el seno exuberante de América,



vuela en alas de la fantasía salvando mares y cordilleras en busca de las mieles del Himeto; más dignas le parecen de ser cantadas las cimas del Hemus que las empinadas crestas de los Andes; más poético el valle del Tempe que las riberas del Plata, más merecedoras de admiración las severas hojas del árbol consagrado á Minerva, que los pétalos de la delicada flor del seibo. Así lo declara el poeta en casi todas sus poesías, y más que en ninguna en la epístola dirigida á Rafael Obligado, otro escritor argentino digno también de ser conocido y celebrado.

¡Vive Dios que es tu empeño peregrino!  
 ¡Obscuro el sol de Atenas! ¿Te ha cegado  
 Su mar de lumbre, su fulgor divino?

Deja para quien nunca ha penetrado  
 En el templo del arte, hallar más grande  
 Que el áureo Olimpo el Ilimani helado...

Mayor entusiasmo aún por la patria de Píndaro y Alceo, revelan los siguientes versos de su oda *Al Arte*:

No; tus dioses no han muerto. Aún radiante  
 De tus cerúleas ondas  
 Nace gentil la voluptuosa Venus;  
 Aún rige Apolo el centellante carro  
 Del sol y sus flamígeros corceles,  
 Y al sátiro lascivo  
 Huyendo leves las gallardas ninfas,  
 Rodeadas de cándidos amores  
 Van por la margen de las claras linfas  
 Tejiendo danzas y esparciendo flores.

Esta afición del poeta argentino

á las literaturas clásicas, le lleva á veces á incurrir en cierto amaneramiento semejante al que existe en nuestros buenos escritores del siglo xvi y siguientes, amaneramiento que se echa de ver en el corte de las cláusulas, en el uso y aun en el abuso de voces poéticas (flamígero, silente, undívago y otras tales) y, en las alusiones al paganismo desterrado ya definitivamente de los dominios de la poética moderna.

Nótase también en las composiciones del Sr. Oyuela una pasmosa facilidad de asimilación, cualidad que le permite ser un excelente imitador, pero que pocas veces le deja llegar á esa individualidad poética que es como el sello divino de los grandes creadores. Es pasmosa, vuelvo á repetirlo, la manera cómo se apropia, en el buen sentido de la palabra, el estilo de los poetas á quienes imita. Estrofas hay, por ejemplo, en su oda *A la Astronomía*, que podrían intercalarse entre las liras de *La noche serena* de Fray Luis, y aun engañar á los no muy avisados. Véanse, en corroboración de lo dicho, las siguientes estancias:

Sirio en lejano asiento,  
 fijo en la altura espléndido aparece,  
 y Saturno opulento,  
 que en color se enriquece,  
 entre anillos y lunas resplandece.

.....  
 13

¡Oh, asientos de ventura;  
alcázares de amor y poderío,  
lucientes de hermosura  
do busca *ya sombrío*  
alto refugio al pensamiento mío!

.....  
Tal vez allá ascendido  
pueda algún día contemplar radiante  
vuestro amor encendido,  
vuestra vida brillante,  
la gloria de los orbes centellante.

En los tercetos que llevan por título *Impresiones*, intenta seguir las huellas del autor de la epístola moral á Fabio; en la oda *El Titán* pretende levantar el vuelo á las alturas conquistadas por Quintana, y en *Gloria y Fe* se adivina la influencia de Zorrilla.

Superiores á estas poesías imitadas y á las varias traducciones de Leopardi, Heine, Sheley, Byron, Chénier y otros, incluidas todas ellas en la colección, me parecen las composiciones originales, y muy principalmente la titulada *La vuelta al campo*. En el plan de esta oda, que pertenece al grupo de las que los retóricos llaman morales, en lo oportuno de las digresiones, en la buena elección de las imágenes, en lo adecuado de los epítetos, en el estilo limpio, sin aridez, sencillo sin bajeza y natural sin prosaismos, y, finalmente, en lo correcto de su difícil versificación (versos libres), hay mucho que admirar y no poco que aplaudir.

El poeta, al volver á su hogar,

se complace en traer á su memoria los recuerdos de su niñez, los juegos de su infancia, la manera cómo brotan en su pecho sus primeros amores, sus estudios, sus anhelos y sus alegrías. Todo en el antiguo albergue habla en su corazón, todo evoca el recuerdo del pasado.

Alamos solitarios, semejantes  
á solemnes columnas  
de antiguo monumento destruido,  
al cielo elevan sus soberbias copas;  
por la suave hondonada  
blancas ovejas, bueyes y caballos  
en grata variedad vagan paciendo;  
y allá en lejana altura, medio oculto  
entre verde arboleda, se divisa  
nutrido y caprichoso caserío,  
do en lazo extraño alternan la europea  
choza del labrador y el rancho humilde.

.....  
La vista de estos objetos queridos conducen al poeta á la contemplación de la hermosa naturaleza, cuyos encantos celebra con inspirados deseos, y en cuyo tranquilo seno, lejos de la agitación de las ciudades, desearía reposar plácidamente.

Tales, en breve bosquejo, esta oda que refleja, mejor que otra alguna del mismo autor, las cualidades poéticas del Sr. Oyuela, y en la cual llega algunas veces á seguir de cerca el melancólico encanto de la descripción del Paular de nuestro inolvidable Jovellanos.

En suma, el poeta argentino cuyas poesías, coleccionadas bajo el

nombre genérico de *Cantos*, son objeto de estos renglones, manteniéndose siempre en los límites de lo discreto, sin traspasarlos nunca, abusa un poco de los rasgos de erudición clásica, carece de individualidad vigorosa, pero acierta cuando se propone expresar afectos suaves y tranquilos.

\*  
\* \*

Entre los libros que en los últimos días han salido de las prensas españolas, uno de los más amenos y de más agradable lectura es el titulado *El santo patrono*, original de D. José M. Mateu. Posee esta novela una cualidad que la hace sumamente estimable; la ingenuidad. Más que una serie de lances parece una narración verídica de sucesos perfectamente estudiados por el autor, más que estudiados vividos por él. La acción, aunque sencilla, es interesante y está hábilmente entrelazada con los sucesos políticos que siguieron á la revolución de Setiembre y terminaron con la venida á España de D. Alfonso XII.

El héroe de la novela, Fernando Marrodán, mozo travieso y osado, no desprovisto de cierta viveza de imaginación, viene á Madrid, donde alcanza la protección de un perso-

naje político, el Sr. Diéguez, á cuya sombra el aventurero, que no peca de corto ni de tímido, logra ponerse en camino de la fortuna. Muerto su protector, con cuya esposa ha mantenido el aprovechado joven relaciones más que amistosas, y rotos sus amores con su novia, la amable y bondadosa Patrocinio, logra, mediante un cambio de casaca muy común en los primeros tiempos de la Restauración, pingüe destino más allá de los mares, con lo cual termina la novela como terminan tantas otras historias de los Marrodanes de la política: con el premio á la apostasía.

A decir verdad, la acción decae bastante en los últimos capítulos, los sucesos se atropellan y el autor corta, más bien que termina, la novela. Esto no obstante, los caracteres están bien sostenidos hasta el fin, la lógica de los acontecimientos no se quebranta, y la peripecia final ó sea el cambio radical en política de Fernando es de tal verdad, que pudiera corroborarse con vivos y numerosos ejemplos.

\*  
\* \*

Bastante inferior á *El santo patrono* es la *Gitana*, de D. Salvador Rueda, novela con pretensiones de pi-

caresca y ribetes de idílica, y escrita con la abundancia de color que es propia de la escuela colorista ó más bien *colorinista*. Lástima que el Sr. Rueda, en vez de dejarse arrebatarse *en alas de su ardiente fantasía* á las hiperbólicas extravagancias de un *andalucismo* exagerado, no ponga cuidado en moderar un poco los ímpetus de su imaginación meridional, teniendo en cuenta que en literatura, como en el arte arquitectónico, vale más la severa desnudez de la columna dórica, que los pámpanos, racimos y hojarasca de los fustes salomónicos.

\*  
\* \*

Conocimiento profundo del asunto, vasta erudición literaria, seguridad en el análisis, capacidad para penetrar en el espíritu del autor estudiado, sabroso y elegante estilo y frase correcta y ceñida al pensamiento, tales son las cualidades que revela el estudio que el P. Mir acaba de publicar del insigne poeta é historiador aragonés, Bartolomé Leonordo de Argensola.

El autor de este interesante trabajo ha examinado con prolija solicitud, no sólo las obras todas del insigne cronista de Aragón, sino aquellas otras que, ya por ocuparse

de los Argensolas ó por tratar de sucesos de aquel tiempo, pudieran esclarecer algunos puntos de la vida de Bartolomé Leonardo. No satisfecho aún con esta ardua labor el P. Mir, ha rebuscado con constancia superior á toda fatiga, archivos y bibliotecas públicas y privadas, ha consultado con los más sabios conocedores de las cosas de Aragón, logrando presentar en un libro, pequeño en volumen pero grande en doctrina, la verdadera fisonomía del autor de *La conquista de las Malucas*, su significación en la literatura del siglo de oro y las cualidades todas que adornaban á aquel correctísimo poeta, historiador insigne y prudente y virtuoso sacerdote.

El sabio académico ha sabido librarse de un achaque que es muy común á los panegiristas: su admiración por el mérito de Bartolomé Leonardo, no le impide considerarle en su justa y exacta medida. Después de leído el libro del P. Mir, tiénese cabal idea de las cualidades morales y de las dotes literarias que adornaban al correctísimo escritor, que mereció ser llamado sin gran hipérbole el Horacio español.

\*  
\* \*

La obra que con el título de *Notas de viaje* ha publicado en Bogotá

D. Salvador Camacho y Roldán, debe ser leída por cuantas personas gusten de conocer las costumbres, riqueza, índole y carácter de la región americana llamada Colombia, y del extenso territorio de los Estados Unidos.

El Sr. Camacho ha recogido en su libro multitud de curiosas observaciones que, expuestas en forma amena y no desprovistas de aderezo literario, se dejan leer con verdadero agrado. El viaje de que las *Notas* son resultado, lo emprendió el autor, según él mismo declara, con un objeto puramente comercial; no es, por tanto, de extrañar que el mayor interés de la obra estribe en todo lo que se refiere á la industria y producción de las vastas regiones del Centro y Norte de América.

La cuenca del Magdalena, su riqueza, su etnografía, sus medios de comunicación, su fauna y su flora y todo lo demás que constituye aquella feracísima región, está tratado en el libro del Sr. Camacho con una seguridad de observación y un sentido tan práctico, que hacen de las

*Notas de viaje* una obra digna de ser consultada por cuantas personas deseen tener idea exacta de la vida y civilización de los pueblos colombianos.

Iguales estudios hace el autor en la parte referente á los Estados Unidos, mostrando siempre, al lado de las cualidades que he enumerado, una amenidad y una cultura muy superiores á la que suele encontrarse en otras obras del mismo género.

\*  
\* \*

Libro también de amena lectura es el titulado *Una historia vulgar*, escrito por D. Tomás Orts y Ramos y lujosamente editada por las casas J. López de Barcelona y Fernando Fé de Madrid.

En esta obrita, primera parte de una novela, se notan muchos puntos de semejanza en el estilo principalmente con otra titulada *Desde la Quilla al Tope*, de la cual me he ocupado ya en uno de los números en esta Revista.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

## REVISTA ECONÓMICA

---

Sumario: Situación general. — El alza de los cambios. — La baja de la Bolsa. — Los presupuestos. — El Banco de España en 1891. — La Compañía de Tabacos en 1891. — Mercados bursátiles.

Va de mal en peor nuestra situación financiera. Y no porque en estos días, ni siquiera en los meses inmediatos, haya ocurrido ningún suceso extraordinario que agrave la enfermedad ó aumente el conflicto, sino porque la labor del tiempo ó la acción continuada de las mismas causas contribuyen á acelerar el mal en gran manera.

España sufre una gran crisis del crédito, y una gran crisis monetaria. Esto es evidente, y, si no lo fuera, los cambios sobre el extranjero, con prima de 15 ó 16 por 100, serían bastante á demostrarlo. Son muy diversos y muy complejos los orígenes de esta crisis, y algunos traen una fecha bastante atrasada.

Error gravísimo fué no incluir á nuestro país en la *Unión monetaria latina*. De aquí dimanaban muchas de las perturbaciones que hoy sufrimos. Desde hace treinta años hay en Europa una gran corriente hacia el monometalismo oro. Terminada la guerra franco-prusiana, Alemania creyó llegado el momento de desmonetizar su moneda de plata, aprovechando las sumas cuantiosas de metal amarillo que logró reunir con la indemnización de guerra. Se ha dicho también que fué su inspiración obra de un famoso Canciller de hierro, en su deseo de arrancar á Inglaterra la supremacía bancaria. Poco importa averiguar los móviles. El hecho es que la desmonetización (un poco incompleta) se realizó, y que, después de ella, dos naciones poderosas de Europa,

el Imperio alemán é Inglaterra, rompieron con la tradición constante del doble patrón monetario y aceptaron como única moneda en las relaciones internacionales la moneda de oro. La baja de la plata fué la consecuencia inmediata de esta medida, y perdida de hecho, en todas partes, la relación clásica y legal del valor del metal blanco con el metal amarillo, surgió un problema monetario gravísimo y difícil de resolver. No todos los países contaban con recursos bastantes para realizar la transformación llevada á cabo por Alemania, ni aun en el supuesto de que hubieran contado con ellos, podía encontrarse oro bastante para las necesidades del consumo, ni era posible, en suma, retirar de un golpe y en breve tiempo de la circulación toda la moneda de plata sin hacer surgir un problema pavorosísimo en el orden económico. Todo el mundo sabe que el precio de los productos es una relación entre el valor de la moneda y el valor de las mercancías.

La reducción de la moneda por la desmonetización de la plata, forzosamente habría de provocar un descenso en todos los valores, y este descenso rompería el equilibrio económico existente y daría lugar á una perturbación extensa y de fatales consecuencias. Solamente en parte ha podido evitarse este resultado á pesar de lo lentamente que la transformación monetaria se está llevando á cabo. En las reducciones de precios sufridas en los últimos años por las mercancías no ha jugado escaso papel la escasez de moneda.

Las naciones que constituyen la *Unión monetaria latina* comprendieron bien pronto la gravedad del problema que planteaba Alemania con la desmonetización de la plata, y la agrupación que formaron se encaminaba precisamente á estos dos fines: el uno de defensa mutua de sus intereses; el otro de preparación lenta y gradual para poder aceptar sin apresuramiento y quebrantos el nuevo régimen del monometalismo oro, contra el cual parece imposible luchar.

Admirablemente han conseguido estos propósitos, ó están en vías de conseguirlos, sin acudir á otros medios que los de dar salida legal en todo el territorio de la Unión á las monedas de cada país y restringir las acuñaciones de plata. Con este régimen, es claro, unas naciones han salido mejor libradas que otras. Italia, sobre todo, ha podido á su sombra recoger su papel forzoso fiduciario y regularizar su circulación en gran manera.

Torpeza, nunca bastante lamentada, fué que España no entrase

también en este concierto. Su régimen monetario estaría hoy ajustado á las nuevas corrientes y á las nuevas doctrinas, y no hubiera abusado tanto como lo ha hecho de la acuñación de una moneda despreciada que agudamente se ha calificado de moneda falsa. La comunidad de moneda entre un grupo de pueblos de esta importancia, acelera las relaciones comerciales, facilita el trabajo, y, sobre todo, libra á las naciones más pobres de pagar ese exorbitante tributo de la *prima de los giros* á las naciones más poderosas. Véase una diferencia bien notoria. Italia tiene, como nosotros, deuda exterior, y en no menor cantidad que nosotros; todos los años precisa reembolsar por este concepto en París, Londres y en Berlín cerca de 200 millones de pesetas, á cuya cifra no llega España. Italia, además, cierra todos los años con una balanza mercantil muy desfavorable, en tanto que en España casi se equilibran las entradas con las salidas del comercio. A pesar de esto, los cambios entre Roma y París están por lo común á la par, y en este momento con 2 ó 3 por 100 de quebranto, en tanto que entre Madrid y París tienen un desnivel de 16 ó 17 por 100. ¿De qué procede esta diferencia? De un modo principal del diverso régimen monetario, del aislamiento en que vivimos, del abuso de acuñaciones de plata, en una palabra.

A la falta de un régimen monetario, en concordancia con el dominante en Europa, ha venido á unirse en contra nuestra la sobrada precipitación con que hemos importado la casi totalidad de nuestra deuda *exterior*, que antes existía en los mercados extranjeros. Aún no hace cuatro años, apenas si habría en España 200 millones de *perpetuo exterior*: todo él estaba en poder de extranjeros. Actualmente pasa de 1.000 millones el *exterior* en poder de españoles, y es claro que este acelerado rescate es suficiente á explicar el desnivel de los giros y el empobrecimiento de nuestro sistema monetario. Los 800 millones importados han costado más de 600 millones de oro, exportación que pocos países serían capaces de resistirla en período tan breve.

Declaramos que el rescate de nuestras deudas es un fenómeno que distamos mucho de lamentar. Prueba que España ahorra, cuando con tanto interés ha procurado apoderarse de los retazos de su crédito que los extranjeros poseían; pero las consecuencias lógicas y naturales de la exportación de numerario han de ocasionar una perturbación más



ó menos larga, y esto y no otra cosa es la crisis del crédito y de la circulación que estamos sufriendo.

Erróneamente se ha tomado en el extranjero esta natural consecuencia del rescate del *exterior* como signo de un malestar profundo y como precursor de desdichas y calamidades sin cuento. No negamos que puede ser grave si á tiempo no se remedia, pero distamos mucho de pensar que no hay panacea que aplicarle ni plan curativo á que responda.

Bastaría con que nuestra administración financiera fuera más previsora y más celosa, y el Gobierno más enérgico para contener los gastos y fecundar los ingresos; bastaría, en suma, con que los presupuestos se nivelaran y el Tesoro no tuviese necesidad de acudir á recursos extraordinarios por el crédito, para que la atmósfera se despejara y la situación cambiara radicalmente.

Por nuestra desgracia, los presupuestos presentados á las Cortes distan mucho de estar inspirados en la gravedad de las circunstancias por que atravesamos. No aumentan los gastos, pero tampoco los castigan con la *crueldad* que es preciso. No queremos juzgarlos al detalle hasta que la *comisión* no los estudie y el Gobierno haya introducido en ellos las reducciones que parece proyecta. Bastará que dejemos consignado que en la forma en que se presentaron hacen poco honor al partido conservador y al ministro que suscribe.

No hemos perdido por completo las esperanzas de que se llegará á una nivelación más ó menos perfecta por lo resuelta que vemos á la opinión pública, dispuesta, como jamás la hemos visto, á imponer economías en todas partes y á obligar al Gobierno y á las Cámaras á que igualen el gasto al ingreso.

\*  
\* \*

El Banco de España ha celebrado el día 1.º del corriente su junta general ordinaria, que se ha repetido, como de costumbre, el día 6, para discutir los hechos realizados durante el ejercicio pasado. Año de dificultades ha sido éste para nuestro primer establecimiento de crédito. Sufriendo crisis la circulación monetaria del país, no era posible

que dejase de afectar á un organismo tan poderoso y que en cierta manera absorbe todo el movimiento bancario de la nación. No conocemos procedimiento dialéctico más irracional que el que consiste en comparar la intención del Banco de España con la de otros Bancos nacionales, y mucho más si estos son los de Francia ó de Inglaterra. Si los Bancos de Inglaterra y de Francia trabajaran en el mismo *medio* que el nuestro, dejarían de ser lo que son, y poco más, poco menos, vivirían como el nuestro vive, y se sometería á iguales procedimientos. Hay mucho oro en las cajas de dichos Bancos, porque en aquellas naciones circula esta moneda en gran abundancia. Lo propio hay que decir de su cartera. Es en su mayoría comercial, porque allí los Gobiernos tienen nivelados sus presupuestos, y porque el comercio del crédito está más desarrollado que lo está aquí. Los Bancos nacionales no pueden elegir sus armas: se las impone el país ó el medio en que viven.

Claro es que aun con estas restricciones es posible que un Banco esté peor ó mejor administrado y peor ó mejor dirigido, y esto cabalmente es lo que cae dentro de la crítica y del juicio. El hecho más notable durante el ejercicio pasado ha sido, sin duda alguna, la reforma de la ley ó la prórroga del privilegio. Cuando se presentó, la combatimos por estemporánea, y sobre todo por el temor de que el Banco, obligado por las constantes demandas de crédito del Tesoro, abusara de la circulación del billete en los límites que la ley le autorizaba. Hasta ahora, para ser justos, tenemos que confesar que nuestro temor no se ha realizado y que la circulación de los billetes está contenida casi dentro de las mismas sumas que antes de aprobarse la modificación de la ley.

También hemos de confesar, con la mayor complacencia, que las reservas metálicas aumentan de semana en semana, y que jamás, desde hace muchos años, ha estado el billete de Banco tan garantido como lo está ahora. Bajo este y otros aspectos, no puede desconocerse la bienhechora ingerencia ejercida por la entrada del Sr. Camacho en el gobierno del Establecimiento.

Las operaciones ordinarias han sido, en 1891, con escasas diferencias, de igual magnitud que en años anteriores, é igual también el dividendo distribuido á los accionistas.

\*  
\*  
\*

También la *Compañía de Tabacos* ha celebrado su junta ordinaria en estos últimos días. Lucha esta Sociedad contra los efectos de una ley absurda, hasta el punto de que no siempre la conviene desarrollar sus energías y su actividad porque la venta prospere. Además de esto, se parte de un canon excesivo que en los tres primeros años se ha traducido para la Compañía en una pérdida de 14.294.538 pesetas. En el pasado ejercicio ha cambiado radicalmente el estado de las cosas, y ha conseguido obtener un beneficio de cerca de seis millones de pesetas, reduciendo las pérdidas de anteriores ejercicios á 8.427.960 pesetas.

La prensa diaria había anunciado que el Gobierno se proponía, de acuerdo con la *Arrendataria*, reformar la ley del contrato por modo más equitativo y más conveniente para el Estado y para la Compañía.

Sería una medida acertada.

\*  
\* \*

Poco más, poco menos, como salieron de Enero próximo pasado los valores del Estado, salen de Febrero. Las diferencias son escasas. Después de tanto batallar en los últimos días, la liquidación se hace al fin en baja. Se esperaba que el papel escasearía más, pero no se han realizado los pronósticos que se habían formado, y la contestación de primas y las liquidaciones se han hecho en la Bolsa de Madrid con gran facilidad. Las operaciones al contado han cerrado casi á iguales tipos que las operaciones á fin de Marzo, con cinco céntimos de ventaja todavía.

Es de notar la paralización de operaciones á plazo. La especulación revela poca decisión en uno y otro sentido. Esto procede de dos causas distintas. La primera, la falta de confianza *en el personal*. Después de las últimas quiebras, los más prudentes se abstienen de mezclarse en estas operaciones. La segunda, es la falta de orientación sobre el porvenir. Llevamos ocho meses bajando y bajando, sin que muchas veces pueda determinarse á qué causas obedece el descenso. Madrid ha resistido con firmeza, porque el papel está bien colocado,

y el temor y el miedo no han penetrado apenas en la masa de los rentistas. Pero contra toda lógica y todo pensamiento razonable están los hechos y las liquidaciones en baja que han impuesto prudencia y recelo hasta en las naturalezas más optimistas y animosas.

Aparte las causas permanentes y esenciales que obran en contra de nuestro crédito público, y que todas pueden resumirse en la desnivelación de los presupuestos y en la falta de energía en los poderes públicos para imponer reducciones en los gastos y cerrar herméticamente el portillo de los déficits, no es posible pasar en silencio un hecho que todos los que frecuentan nuestro mercado han podido observar, es á saber : que mientras la especulación á la baja está organizada y dispone de elementos en París y en Madrid, y se sale de cuantos medios lícitos ó ilícitos puede, los grupos alcistas carecen de organización y de plan, y obran de un modo aislado y atómico que forzosamente ha de ser infecundo. Todo el mundo sabe que en este mes que reseñamos, una casa de importancia y que dispone de medios poderosos lo mismo en Madrid que en Barcelona, ha hecho grandes esfuerzos por levantar los valores. Si á su alrededor se hubieran agrupado los elementos que en pensamiento y en esperanzas estaban con ella identificados, el éxito hubiera sido seguro. Se la abandonó, se la dejó sola, teniendo que luchar en una línea extensísima y con valores distintos, y por necesidad ha tenido que cejar en su empeño, consiguiendo, no obstante, defender muy bien aquellos valores en que, en primer término, estaba interesada.

De media docena no pasan los que empujan á la baja nuestros valores : tres de ellos operan aquí y otros tantos en París. No hay medio á que no acudan ni procedimiento de que no se valgan. Noticias alarmantes, telegramas falsos, cotizaciones mentira, todo lo ponen por obra. El día de la liquidación de este mes la Bolsa de París reveló una gran firmeza : todos los valores subieron, todos menos el exterior español que consiguieron tumbar allá, haciendo correr la especie de que el Sr. Camacho abandonaba el cargo de Gobernador del Banco. No queremos hacernos eco de las especies que por ahí circulan de que cuentan con apoyos más ó menos subalternos en las esferas oficiales. Se nos resiste creer la noticia, no obstante lo mucho que circula y el asentimiento que se la presta.

Los giros sobre el extranjero no dejan de ayudar á estas maniobras

bajistas. Cada día están más altos, á pesar de las razones que hacían esperar que en el mes de Febrero bajarían bastante. Es escasa, si es que existe, la importación de títulos del extranjero. Nuestro comercio exterior durante el mes de Enero (último conocido) no ha podido ser más favorable: 67.151.000 pesetas hemos exportado á Francia, y no hemos recibido más que 17.252.000, según la valoración oficial de aquella República. ¿A qué causas obedece este desnivel tan grande y tan perjudicial en los giros, totalmente opuesto al que presentan los cambios de mercancías? Demos toda la importancia que realmente tiene á nuestra circulación monetaria, basada en un metal depreciado y en los billetes de Banco; pero así y todo, es preciso recurrir á otros factores para explicar satisfactoriamente lo que con los giros sucede.

El mercado de letras y cheques, muchas veces lo hemos dicho, está hoy acaparado por unas cuantas casas que lo dominan á su antojo é imponen los precios que quieren. El Banco es quien puede destruir esta especie de monopolio. Medios tiene sobrados para ello, y cabalmente no hay empresa que caiga más y mejor dentro de las funciones de un Banco nacional que la de normalizar y regularizar los cambios.

La prima de los giros y la prima del oro, constantemente subiendo una y otra, son axioma que exprimen á maravilla los bajistas contra nuestros valores, sobre todo en el mercado de París. Las oscilaciones de la Bolsa guardan una relación matemática é inversa con la de los cambios internacionales. Tras del alza de éstos, la baja inmediata en las cotizaciones, lo mismo de valores del Estado que de ferrocarriles y minas.

Por esta razón importa tanto poner mano en este negocio, en el cual nadie puede hacer tanto y tan provechoso como el Banco de España.

Los sucesos políticos, tanto interiores como exteriores, han ejercido escasa influencia en los mercados bursátiles durante el pasado mes de Febrero. Únicamente importa señalar el mal efecto causado por los discursos cargados de pesimismo del Sr. Cánovas del Castillo, la crisis del Gobierno francés y los disturbios socialistas de Berlín. Desde el día 1.º al 29, los valores principales de la Bolsa de Madrid han sufrido las alteraciones siguientes:

VALORES	1.º FEBRERO	29 FEBRERO	DIFERENCIAS
4 por 100 interior.....	64,90	64,25	— 65
Idem exterior.....	70,45	70,60	+ 15
Idem amortizable.....	76,50	76,50	=
Billetes de Cuba al 6 por 100....	101,75	103,30	+ 1,55
Idem íd. al 5 por 100.....	89	93,50	+ 4,50
Cédulas del Banco Hipotecario al 5 por 100.....	100,50	100	— 50
Banco de España.....	352	350	— 2
Compañía de Tabacos.....	98	93,50	— 4,50

Las diferencias, como se ve, son escasas; pero hay que medirlas, teniendo en cuenta que la comparación se establece entre dos fechas igualmente bajas. Como resulta en toda su magnitud la pérdida, es enfrentando los cambios en fin de Febrero próximo pasado con los de igual mes del año anterior. He aquí el resultado :

	FIN FEBRERO 1891	FIN FEBRERO 1892	DIFERENCIAS
4 por 100 interior.....	77,20	64,25	—12,95
Idem exterior.....	78,85	70,60	— 8,25
Idem amortizable.....	89,45	76,50	—12,95
Billetes de Cuba al 6 por 100....	103,10	103,30	+ 20
Idem íd. al 5 por 100.....	98,10	93,50	— 4,60
Cédulas al 5 por 100 del Banco Hipotecario.....	101,70	100	— 1,70
Acciones del Banco de España... ..	400	350	—50
Idem de la Compañía de Tabacos.	88,50	93,50	+ 5

Con ser ruinosísimo este descenso, todavía es mayor y de superiores alcances el que han sufrido en París los valores industriales de Es-

paña. Véase, como término de este artículo, la pérdida de algunos de ellos, los más importantes :

	<u>FIN FEBRERO</u> <u>1891</u>	<u>FIN FEBRERO</u> <u>1892</u>	<u>DIFERENCIAS</u>
Acciones del Banco Hipotecario de España.....	552	495	— 57
Idem del Gas de Madrid.....	440	220	— 220
Idem de Tabacos de Filipinas.....	735	615	— 120
Idem del Fénix Español.....	644	490	— 150
Idem de Riotinto.....	581	432	— 149
Idem de Tharsis.....	174	140	— 34
Idem de ferrocarriles del Norte...	350	166	— 184
Idem de id. de Zaragoza y Alicante.....	321	175	— 146
Idem de id. Andaluces.....	476	275	— 201

UN EX-MINISTRO.

	<u>FIN FEBRERO</u> <u>1891</u>	<u>FIN FEBRERO</u> <u>1892</u>
.....	77,77	81,37
.....	73,50	70,80
.....	87,75	70,00
.....	108,30	108,30
.....	28,10	28,30
.....	101,75	100
.....	400	370
.....	102,20	102,00

# ÍNDICE

---

	Páginas.
<i>Querida (novela), por Edmundo de Goncourt.....</i>	5
<i>Una corta en el bosque, por el Conde León Tolstoy.....</i>	45
<i>Un jugador, por P. Bourget. ....</i>	81
<i>Toc... toc... toc..., por Iván Turgueneff.....</i>	91
<i>El sitio de Berlín, por Alfonso Daudet. ....</i>	114
<i>Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas, por Stuart Mill.....</i>	121
<i>Algo sobre las cuestiones acerca del primer viaje de Colón, por Adolfo de Castro.</i>	136
<i>La arqueología y las artes plásticas en el teatro, por José Ramón Mélida.....</i>	151
<i>Noche de luna, poesía, por Calixto Oyuela.....</i>	164
<i>Concepto colombino por Cesáreo Fernández Duro.....</i>	166
<i>Crónica internacional, por Emilio Castelar.....</i>	174
<i>Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas.....</i>	191
<i>Revista económica, por un Ex-Ministro.....</i>	198

